Una constelación de fenómenos vitales

ANTHONY MARRA

armaenia

narrativa

UNA CONSTELACIÓN DE FENÓMENOS VITALES

ANTHONY MARRA

Traducción de Jacinto Pariente

armenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *A Constellation of Vital Phenomena*

Edición original: Hogarth, New York, 2013
2.ª edición: junio 2020
1ª edición ebook: agosto 2021

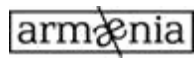
Ilustración de cubierta: Adoon Kitimoon © CM Portrait Paintings (Thailand), 2016

Fotografía de solapa: © Smeeta Mahanti, 2013
Copyright © Anthony Marra, 2013

Copyright de la traducción © Jacinto Pariente, 2016
Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L. 2016, 2020, 2021
Esta traducción está publicada bajo acuerdo con *Hogarth*, un sello de *Crown Publishing Group*, una división de *Penguin Random House LLC* y *International Editors Co*.
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-23-4



A mis padres y hermana

El cardo aplastado en medio del campo arado
me hizo recordar esta muerte.

L. Tolstoi
Hadji Murat

EL PRIMER Y SEGUNDO DÍA

1

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

La mañana después de que los federales quemaran su casa y se llevaran a su padre, Havaa se despertó de un sueño de anémonas marinas. Mientras la niña se vestía, Akhmed, que no había pegado ojo en toda la noche, daba vueltas frente a la puerta del dormitorio y veía cómo el cielo se iluminaba al otro lado del cristal de la ventana; nunca antes el amanecer le había hecho sentir que iba con retraso. Cuando salió de la habitación, con aspecto de tener más de los ocho años que en realidad tenía, Akhmed le cogió la maleta y ella salió detrás de él por la puerta de la casa. Condujo a la niña hasta la mitad de la calle antes de elevar la mirada hacia lo que había sido su hogar. —Havaa, tenemos que irnos—, dijo.
Pero ninguno de los dos dio un paso.

La nieve se fundía alrededor de sus botas mientras contemplaban el amplio trozo de tierra completamente carbonizado al otro lado de la calle. Aquí y allá algún rescoldo naranja siseaba aún entre charcos de nieve sucia, pero el resto eran cenizas. No habían pasado ni siquiera siete años desde que Akhmed ayudara a Dokka a ampliar la casa para construirle a la niña su propia habitación. Había dibujado los planos, había talado los árboles, había cortado los tablones y había levantado una habitación con ellos; y cuando Dokka le prometió hacer lo mismo por él si alguna vez tenía un hijo, le dio las gracias, se fue a su casa, y el nudo que se le había hecho en la garganta se deshizo en un sollozo cuando por fin cerró la puerta tras de sí. Cargar la madera los cuarenta metros que separaban la casa del bosque le había dejado los nudillos llenos de ampollas y las axilas empapadas, pero de pronto, en unas pocas horas, las llamas se habían llevado por delante meses de diseño, semanas de transporte, días de construcción; todo menos los clavos y los remaches, todo menos las bisagras y los cerrojos, todo se había convertido en humo. Así habían desaparecido también los pequeños tesoros que convertían la casa de Dokka en su hogar. Sobre una mesita redonda, el ajedrez tallado a mano; al moverlo, el achaparrado rey blanco, al que Dokka llamaba su majestad Boris

Yeltsin, daba tumbos de lado a lado como un borracho que apenas pudiera mantenerse en pie. El jarrón de porcelana adornado con arabescos de estilo persa al lado de un radiocasete que descansaba sobre una guía telefónica y cuya antena, aunque llegaba al techo, no recogía más que interferencias. El Corán que el abuelo de Dokka había comprado en la Meca ochenta y cinco años atrás, con su sinuosa caligrafía en la cubierta de color morado. Todo eso había y todo eso lo devoraron las llamas, y dado que el fuego no distingue entre la palabra de Dios y la de la Compañía Soviética de Teléfonos, tanto el Corán como la guía telefónica habían retornado a Su boca en el mismo hálito de humo.

Los dedos de la niña rodeaban su muñeca como una pulsera. Hubiera querido echársela al hombro y salir corriendo hacia el norte hasta que el bosque se tragara al pueblo, y sin embargo, allí, de pie frente a las maderas ennegrecidas, era incapaz de reunir las fuerzas necesarias para que de sus labios saliera una palabra de consuelo, para sostener la mano de la niña en la suya propia, para dirigir sus pies en la dirección que quería tomar.

—Eso es mi casa—. La voz de la niña rompió el silencio y él la escuchó como si fuera el único sonido en un pasillo vacío.

—No pienses más en ella así—, dijo él.

—¿Así cómo?

—Como si aún fuera tuya.

Le envolvió el cuello con su pañuelo de color naranja brillante y frunció el ceño ante la huella tiznada de un dedo en su mejilla. La noche anterior él estaba despierto en la cama cuando llegaron los federales. Primero el murmullo de un motor diésel, un ruido sordo y débil que había aprendido a temer más que a los disparos, después voces que hablaban en ruso. Fue al salón y se asomó por detrás de las cortinas tanto como le permitió su osadía. A través del triángulo de cristal, los faros de un vehículo partían la noche. Cuatro soldados fornidos, bien alimentados, bajaron del furgón. Uno de ellos bebía vodka de una botella y maldecía la nieve dando trompicones. La mañana en que se presentó en el centro de reclutamiento de Vladivostok, su abuelo le había contado que de no ser por las dotes entumecedoras del vodka habría perecido en Stalingrado; el soldado, de mejillas erosionadas tras años de aplicarse pasta de dientes sobre el acné juvenil, opinaba que la guerra de Chechenia era peor que la de Stalingrado y se dosificaba el vodka proporcionalmente. Desde el salón de su casa Akhmed quería gritar, batir los tambores de alarma, encender una bengala. Pero al otro lado de la calle los soldados ya llegaban a la puerta de Dokka y él ni siquiera miró el teléfono, sin línea desde hacía diez años. Golpearon la puerta una vez, dos veces, y la echaron abajo a patadas. A través de la entrada Akhmed veía la luz

de las linternas moviéndose por las paredes. Así pasaron los dos minutos más largos de su vida hasta que los soldados reaparecieron en el umbral con Dokka. La cinta americana que le tapaba la boca ahogaba sus gritos. Le pusieron una capucha negra en la cabeza. ¿Y Havaa?

La frente de Akhmed estaba perlada de sudor. Sentía las manos imposiblemente pesadas. Cuando los soldados agarraron a Dokka por los hombros y el cinturón y lo lanzaron a la parte trasera del furgón, la sensación de alivio que invadía a Akhmed se trocó en desprecio hacia sí mismo porque él estaba vivo y a salvo en el salón de su casa, mientras que al otro lado de la calle, a menos de veinte metros de distancia, dentro del furgón Dokka era ya hombre muerto. Sobre el parachoques del vehículo, la marca 02 pintada en blanco indicaba su pertenencia al Ministerio del Interior, lo cual significaba que no quedaría registro del arresto, lo cual significaba que Dokka nunca había sido oficialmente detenido, lo cual a su vez significaba que nunca se le volvería a ver. —¿Dónde está la niña?—, se preguntaban los soldados unos a otros. —Aquí no está. —¿No estará escondida bajo la tarima? —No. —Ocupaos de ello por si acaso. El soldado borracho destapó una lata de gasolina y entró dando tumbos en casa de Dokka. Mientras salía, lanzó una cerilla por encima del hombro y cerró la puerta. Las llamas treparon por las cortinas delanteras, los cristales del alfeizar se empañaron. ¿Y Havaa? Cuando el furgón partió finalmente las llamas ya se habían extendido por las paredes y el techo. Akhmed esperó hasta que las luces traseras del vehículo se habían convertido en cerezas de luz en la distancia antes de cruzar la calle. Rodeando las llamas penetró en el bosque que había detrás de la casa. Sus botas quebraban el matorral congelado y a la luz del fuego habría podido contar los anillos de los tocones de los árboles. Detrás de la casa, escondida entre los árboles, titilaba la cara de la niña.

De sus ojos salían líneas de piel blanca que atravesaban las manchas de ceniza que tenía en las mejillas. —Havaa—, la llamó. La niña estaba sentada sobre una maleta y no respondía a su nombre. La levantó en sus brazos como a un hato de leña fina, la llevó a su casa y le limpió la frente de ceniza con un paño húmedo. La metió en la cama junto a su mujer inválida y ya no supo qué más hacer. Podía haber salido a tirar bolas de nieve a la casa en llamas o quedarse en la cama para que la niña sintiera el calor de dos cuerpos adultos, o realizar las abluciones y rezar, pero hacía horas que había hecho la plegaria del *isha'a* y si cinco oraciones diarias no habían salvado a Dokka, una sexta no iba a apagar el incendio. Finalmente fue al salón, descorrió las cortinas y observó cómo la casa que había ayudado a construir desaparecía entre las llamas. Ahora, a la mañana siguiente, mientras le envolvía el cuello con su pañuelo naranja, descubrió la

huella de un dedo en la mejilla de la niña, y como podía ser la huella de Dokka, allí la dejó.

—¿Dónde vamos?—, preguntó ella. Estaba de pie sobre los surcos congelados de las ruedas de la noche anterior.
La nieve se extendía a ambos lados. Akhmed no se había preparado para esto. No alcanzaba a imaginar qué podían querer de Dokka los federales, y mucho menos de la niña. Y allí la tenía, no más alta que su estómago, no más pesada que un cesto de leña, pero para él, una criatura inmensa y abrumadora a la que estaba destinado a fallar.

—Vamos al hospital—, dijo con el tono más decidido que pudo.

—¿Por qué?

—Porque es un lugar seguro. Es donde va la gente cuando necesita ayuda. Además allí conozco a alguien, a una doctora—, dijo a pesar de que todo lo que sabía de ella era su nombre. —Ella nos ayudará.

—¿Cómo?

—Le voy a preguntar si te puedes quedar con ella—. ¿Qué estaba diciendo? Al igual que la mayoría de sus planes, este también parecía muy sólido en teoría pero se desplomaría como un ave no voladora en cuanto lo soltara al aire. La niña frunció el ceño.

—No va a volver, ¿verdad?—, preguntó. Fijó la vista en la maleta de cuero azul que había entre ellos apoyada en el suelo de la calle. Ocho meses antes su padre le había dicho que preparara una maleta y la pusiera en el armario, y allí se había quedado hasta la noche anterior, cuando se la había puesto en la mano a toda prisa y la había sacado a empujones por la puerta trasera mientras los federales echaban abajo la principal.

—Me parece que no.

—Pero no lo sabes, ¿no?—. No era una acusación, pero a él le sonó como si lo fuera. ¿Era él un médico tan incompetente que la niña dudaba en confiarle la vida de su padre hasta para hacer conjeturas?
—Seamos cautelosos—, dijo,
—es más seguro pensar que nunca volverá.

—Pero ¿y si vuelve?

El anhelo aparejado a aquella simple pregunta era más de lo que podía soportar. ¿Y si empezaba a llorar? De pronto el llanto de la niña se convirtió en una posibilidad aterradora. ¿Cómo lo detendría? Tenía que mantenerla calmada, tenía que mantenerse calmado. Sabía que el pánico podía extenderse entre dos personas más rápido que cualquier virus. Sus dedos jugueteaban con el pañuelo. De algún modo había sobrevivido al incendio tan naranja como el día que lo sacaron de la cuba de tinte. —¿Qué tal esto? Si vuelve yo le diré dónde estás. ¿Te parece buena idea?

—Mi padre es una buena idea.

—Sí que lo es.

Avanzaron lentamente por la carretera de servicio del bosque de Eldár, el acceso principal al pueblo. Sus huellas comenzaban donde terminaban los surcos de los neumáticos. A ambos lados de la calle Akhmed reconocía las casas por el apellido de sus dueños, no por el número. Un rostro se asomó por una ventana que no estaba claveteada con tablones y desapareció.

—Ponte bien el pañuelo—, le ordenó. A pesar de que los únicos años que había vivido fuera de Eldár eran los que había pasado en la Facultad de Medicina, ya no confiaba en el sistema tradicional de clanes o *teips* que habían sobrevivido a un siglo de gobierno zarista y a otro de gobierno soviético sólo para desaparecer en una guerra de independencia nacional. Después de una tregua demasiado anárquica como para calificarla de paz, la guerra se había recrudecido y el *teip* local se había fragmentado en unidades de lealtad cada vez menores hasta que al final el único vínculo inquebrantable era la fidelidad entre padres e hijos. La industria maderera, único sector estable del pueblo, se hundió en cuanto cayeron los primeros obuses y, a falta de perspectivas viables, los que no podían emigrar sobrevivían vendiendo armas a los rebeldes o se convertían en chivatos de los federales.

Mientras caminaban le pasó a Havaa el brazo por encima del hombro. Siempre había sido una niña dura y valiente pero en aquella resignación, en aquella pasividad, había algo diferente. Iba junto a él pisando la nieve con fuerza y dándole patadas a cada paso, así que para animarla le susurró un chiste sobre un imam ciego y una prostituta sorda. No era apropiado en absoluto para una niña de ocho años, pero era el único que recordaba. No sonrió siquiera, pero le escuchaba. Se abrochó el abrigo acolchado que llevaba encima de la sudadera que en Manchester, Reino Unido, había calentado los hombros de cinco hermanos antes de que el sexto, un fervoroso filántropo de seis años, la donara en la colecta de ropa de la Cruz Roja de su colegio de modo que su madre no tuviera más remedio que comprarle una nueva.

Al final del pueblo, donde el bosque se echaba encima de la carretera, pasaron por delante de un retrato de un metro de altura clavado al tronco de un árbol. Dos años atrás, después de la desaparición de cuarenta y un habitantes del pueblo en un solo día, Akhmed dibujó cuarenta y un retratos en cuarenta y una tablas de contrachapado, los impermeabilizó y los colgó por todo el pueblo. Este en particular era el de una mujer hermosa y ególatra a la que había asistido en el parto de su segunda hija. A pesar de haberla perseguido durante años, jamás le había pagado los honorarios por sus servicios. Cuando la secuestraron, Akhmed decidió pintar en su retrato un pelo rizado que le salía por el agujero izquierdo de la nariz. Después de

aquella pequeña burla, había hecho las paces con el espectro de la vanidosa mujer. Parecía una giganta que mirara fijamente desde el tronco de un árbol.
Al poco tiempo no era más que un par de ojos, una nariz y una boca que se difuminaban entre los árboles.

A su alrededor se elevaba el alto bosque de sauces raquíticos con espirales de corteza grisácea colgando de los troncos. Caminaban por el arcén de la carretera, matorrales congelados se extendían por la grava. Por allí, lejos de las huellas de las rodaduras de los tanques, había menos posibilidades de pisar una mina. De todas maneras no le quitaba ojo a cualquier posible montículo sobre el hielo. Por si acaso, caminaba unos metros por delante de la niña. Se acordó de otro chiste, uno sobre un comisario político locamente enamorado, pero decidió no contárselo. Cuando comenzó a quedarse rezagada, la condujo durante cinco minutos hacia el interior del bosque y se sentaron en un tronco caído que no se veía desde la carretera. Ella le pidió su maleta azul. Se la dio y ella la abrió para llevar a cabo un inventario silencioso de su contenido.

—¿Qué llevas ahí?—, preguntó.

—Mis souvenirs— dijo ella, pero él no comprendió a qué se refería. Sacó un trozo de pan negro seco que llevaba envuelto en un pañuelo blanco, lo partió en dos trozos de distinto tamaño y le dio el más grande a la niña. Ella comía con rapidez. Él se tomaba su tiempo. El hambre llevaba tanto tiempo instalada en su estómago que ya la sentía como si fuera un órgano inflamado. Con la lengua convirtió la pulpa del pan masticado en un óvalo que se colocó contra la cara interna de la mejilla como si se tratara de una píldora.
Si el pan no le llenaba el estómago, que al menos le llenara la boca.
Antes de que le diera un segundo mordisco al pan,
la niña ya se había terminado la mitad de su ración.

—No tengas tanta prisa. Las papilas gustativas no están en el estómago.

Ella se detuvo a considerar aquel razonamiento y le dio otro mordisco al pan.

—El hambre tampoco está en la lengua—, murmuró mientras masticaba. Una de sus manos era una bandeja con la que recogía las migas y las lanzaba a la boca.

—Yo antes odiaba el pan negro—, dijo él. Cuando era niño sólo comía pan negro si tenía encima una buena cucharada de miel. En el transcurso de un año su madre le quitó el hábito cortándole rebanadas cada vez más grandes hasta que el desayuno se convirtió en un diminuto y triste oasis de miel en un enorme desierto de pan.

—¿Entonces, me lo das?

—He dicho *antes*—, respondió mientras se imaginaba un bote miel lleno hasta el borde sobre una encimera y ninguna tabla de cortar pan a la vista.

La niña se puso de rodillas y empezó a curiosear bajo el tronco. —¿Estará bien Ula allí sola?

Su mujer no estaba bien sola, ni con él, ni con nadie.
En su opinión padecía, en términos médicos, de lupus asociado a alguna forma de demencia temprana, pero en la práctica sus nervios estaban tan destrozados que le dolían los codos al hablar y tenía más cerebro en los tobillos que en la cabeza. Aquella mañana antes de salir le había dicho que estaría fuera todo el día. Mientras lo miraba con ojos aturdidos y vacíos, Akhmed se sintió como una más de sus visiones. La tomó de la mano y le describió de memoria los apacibles campos, el jardín de hierbas aromáticas y la cabaña de un óleo de Zakharov, hasta que el sueño volvió a apoderarse de ella. Cuando despertara otra vez aquella mañana, ¿le seguiría viendo allí sentado en la cama a su lado? Quizá una parte de él estaba aún allí; quizá él mismo era algo que ella había fabricado en sueños.

—Ya es mayor—, respondió por fin sin pensar demasiado. —No te preocupes por los adultos.

Detrás del tronco, Havaa no dijo una palabra.

Siempre había intentado tratar a Havaa como a una niña y ella siempre lo había aceptado, como si la inocencia y la niñez fueran criaturas míticas desaparecidas hacía siglos y resucitadas tan sólo por medio de la fantasía de los juegos. Ella sólo había pisado una escuela las veces que habían ido a robar pupitres para hacer leña, pero a veces él se imaginaba que compartían la misma sabiduría y únicamente los años y la experiencia los separaban. Aquello, por supuesto, no era verdad, pero él necesitaba creer que la niña había vivido más años de los que tenía, que era capaz de enfrentarse a lo que nadie con ocho años es capaz de enfrentarse. Se volvió a subir al tronco sin mirarle.

—¿Qué es eso?—, le preguntó. Ella levantó con delicadeza algo de color amarillo en la palma de la mano.

—Un bicho congelado—, respondió metiéndoselo en el bolsillo del abrigo.

—Por si te da el hambre luego, ¿no?

Sonrió por primera vez en todo el día.

Siguieron avanzando por el arcén de la carretera y el paso más ligero de la niña compensaba el tiempo perdido en la pausa. Respirando profundamente, Akhmed buscaba hilos de humo de motor diésel o de goma de neumático quemada en el aire. La luz del día confería un cierto grado de seguridad. Nadie les confundiría con perros salvajes.

Oyeron a los soldados antes de ver el puesto de control. Akhmed levantó la mano. El viento rellenaba el espacio entre sus dedos. La carretera de servicio del bosque de Eldár, antiguamente utilizada para el transporte de madera, conectaba el pueblo con la ciudad de Volchansk. Los huecos entre los troncos de los árboles eran los únicos puntos de salida entre la ciudad y el pueblo. En los últimos tiempos los federales habían reducido su presencia a un solo puesto de control. Se encontraba medio kilómetro más adelante, al final de una curva muy pronunciada.

—Volvamos al bosque.

—¿Vamos a comer otra vez?

—No. Sólo a caminar. Y tenemos que estar callados.

La niña asintió y se llevó el índice a los labios. El bosque entero se había congelado y caído al suelo. Ramas torcidas surgían de debajo de la nieve y les arañaban las espinillas desde todos los ángulos mientras se alejaban lo más posible del puesto de control. Visto a través de los árboles, no era más que un estropeado trozo de lona del ejército, clavado al tronco de un álamo en un fracasado intento de darle un cierto aspecto oficial, con un puñado de soldados aquí y allá. Atravesar aquel espacio lleno de hojas congeladas en silencio era imposible, pero los soldados, ocho hombres que entre todos sumaban más enfermedades venéreas que palabras en checheno, no parecían estar más alerta que una panda de conejos enloquecidos, así que volvieron a la carretera unos trescientos metros más allá del puesto.
Entre las nubes blancas brillaba un sol de color amarillo huevo.
Era casi mediodía. Detrás quedaban los árboles, repitiéndose una y otra vez por todo el bosque. Ninguno tenía nada de especial comparado con el de al lado, pero cada uno era único en algún aspecto: el número de ramas, la anchura del tronco, el círculo de hojas caídas rodeando el pie. No eran más que detalles nimios, y sin embargo, gracias a los detalles nimios una cara, un par de ojos y una nariz se transformaban en un rostro.

Los árboles dejaron paso a un amplio prado cortado en dos por la carretera.

—Vamos a darnos prisa—, dijo; detrás de él, la niña aceleró el paso. Iban casi por la mitad cuando se encontraron con los cuartos traseros amputados de un lobo. Más adelante la sangre teñía la nieve de un marrón rojizo. El frío lo había conservado todo. La cabeza y las patas delanteras yacían en el suelo conectadas con la parte de atrás por medio de tres metros de vísceras reventadas. Lo que quedaba de la congelada cara del lobo conservaba la expresión con que lo sorprendió la muerte. La lengua sobresalía de las fauces.

—Qué animal tan imprudente—, dijo Akhmed. Trataba de mirar a otro lado, pero había trozos de lobo por todas partes. —No tuvo en

cuenta las minas.

—Nosotros tenemos más cuidado.

—Sí. Seguiremos por la carretera. No caminaremos por los campos.

La niña estaba a su lado. Su hombro le rozaba el costado. Aquello era lo más lejos que había estado nunca de su casa.

—Esto no ha sido siempre así. Antes de que tú nacieras había lobos y pájaros y bichos y cabras y osos y ovejas y ciervos.

La nieve espesa se extendía cien metros hacia el bosque. Unos tallos muertos sobresalían del hielo marrón en el que el lobo yacería hasta la primavera. Sus alientos pesados moldeaban el aire. Ningún profeta había augurado aquel momento. Ni el sonido de las trompetas ni el batir de las alas de los ángeles habían anunciado jamás que algún día precisamente aquella niña sostendría su mano precisamente en aquel prado.

—Vivían aquí—, dijo él con la mirada fija.

—¿Adónde se los llevaron los federales?

—Deberíamos seguir andando.

Polillas blancas volando alrededor de una bombilla fundida.

Una mano firme sobre el hombro la sacó del sueño. Sonja estaba dormida en una cama de la sala de traumatología con la ropa de quirófano aún puesta. Antes siquiera de volver los ojos hacia la mano que la despertaba, antes siquiera de levantarse de la marca que su cuerpo había dejado sobre la débil gomaespuma del colchón, se llevó la mano al bolsillo, más por instinto que por necesidad, y agitó el bote de pastillas de color ámbar como si su contenido la hubiera seguido al mundo de los sueños y también necesitara despertarse. Las anfetaminas tintinearon en respuesta. Se sentó, ya consciente, parpadeando para sacar de su vista las polillas que aleteaban.

—Hay alguien que desea verla—, anunció la enfermera Deshi, y comenzó a retirar las sábanas sin darle tiempo a levantarse.

—¿Verme para qué?—, preguntó. Se agachó y se tocó los pies, aliviada de que aún siguieran allí.

—Ahora se piensa que también soy su secretaria—, dijo la vieja enfermera negando con la cabeza. —Dentro de nada también querrá pellizcarme el trasero como el oncólogo aquel que en un solo año acosó a cuatro enfermeras hasta que salieron corriendo. Qué vergüenza de profesión. Jamás he conocido a un oncólogo que no fuera un hedonista.

—Deshi, ¿quién quiere verme?

La vieja enfermera la miró con sorpresa. —Un hombre de Eldár.

—¿Es sobre Natasha?

Deshi tensó los labios. Podría haber dicho *no* o *esta vez no* o *ya va siendo hora de que se dé por vencida*, pero en vez de eso se limitó a

negar con la cabeza de nuevo.

El hombre estaba apoyado en la pared del pasillo. En la parte de atrás de la cabeza llevaba un *pes* con borlas y cuentas demasiado pequeño y sobre los hombros una chaqueta que parecía estar colgando de una percha. A su lado una niña revisaba el contenido de una maleta azul.

—¿Sofia Andreyevna Rabina?—, preguntó.

Ella dudó un instante. No había oído ni pronunciado su propio nombre en ocho años y ya sólo respondía a su diminutivo. —Llámeme Sonja—, dijo por toda respuesta.

—Me llamo Akhmed—. Una barba negra y corta le cubría la cara. La espuma de afeitar era un lujo prohibitivo para muchos. No podía saber si aquel tipo era un insurgente wahabí o sencillamente un mendigo.

—¿Es usted un barbudo de esos?—, preguntó.

Se llevó la mano a la barba con incomodo. —No, no, en absoluto. Es que llevo algún tiempo sin afeitarme.

—¿Qué desea?

Señaló a la niña con la cabeza. Llevaba un pañuelo naranja, un abrigo rosa demasiado grande y una sudadera del Manchester United procedente, imaginaba Sonja, del aluvión de ropa del Manchester que había inundado los cargamentos de donaciones el año que Beckham fichó por el Madrid. Tenía la pálida piel cerúlea de una pera verde. Cuando Sonja se acercó, la niña había abierto la tapa de la maleta y sostenía en la mano algo que quedaba fuera de su vista.

—Necesita un sitio donde quedarse.

—Y yo un billete al Mar Negro.

—No tiene adonde ir.

—Ni yo he tomado el sol en diez años.

—Por favor.

—Esto es un hospital, no un orfanato.

—No quedan orfanatos.

Se volvió hacia la ventana por pura costumbre, ya que no se veía nada a través de los paneles fijados con cinta americana. La única luz procedía de los tubos fluorescentes del techo, bajo cuyo brillo azulado todos tenían aspecto de sufrir hipotermia. ¿Había una polilla revoloteando alrededor de uno de ellos? No, de nuevo eran sólo alucinaciones suyas.

—A su padre se lo llevaron anoche las fuerzas de seguridad. Al Vertedero, lo más seguro.

—Lo siento mucho.

—Era un buen hombre. Antes de las guerras se dedicaba a la arboricultura. No tenía dedos. Era muy bueno al ajedrez.

—*Es* muy bueno al ajedrez—, le interrumpió la niña fulminándole con la mirada. La gramática era el único ámbito en el que podía mantener vivo a su padre. Después de corregir la afirmación de Akhmed apoyó la espalda en la pared y con una serie de exhalaciones cortas y llenas de certeza dijo *es, es, es*. Su padre era la primera cara que veía al despertar y la última al acostarse, lo era todo, llenaba de tal manera el mundo de Havaa que era una presencia tan difícil de describir como el mismo aire.

Akhmed invocó la figura del arbolista por medio de pequeños detalles y Sonja le permitió continuar durante más tiempo del que normalmente le hubiera concedido porque ella también había intentado resucitar a alguien mediante la enumeración de recuerdos, también había intentado devolver a una persona a la vida dibujando su silueta sobre cenizas, y también esperaba que por medio de la confección de listas con las canciones favoritas, los platos preferidos y las irritantes costumbres de Natasha, su hermana se materializaría espontáneamente bajo la presión de sus particularidades.

—Lo siento—, repitió.

—Los federales no sólo buscaban a Dokka—, dijo él en voz baja dirigiendo su mirada a la niña.

—¿Qué querrían de ella?—, preguntó Sonja.

—¿Qué quieren de cualquiera?—. A la doctora aquella urgente prepotencia le resultaba familiar, la había contemplado en las caras de innumerables maridos, hermanos, padres e hijos, y se alegraba de poder verla en la cara de un extraño sin conmoverse.

—Por favor, deje que se quede—, repitió Akhmed.

—Imposible—. Era la decisión correcta, la decisión responsable. Ocuparse de los moribundos ya era una tarea que la superaba. No podían pedirle que se ocupase también de los vivos.

El hombre miró al suelo con una cara de decepción que inexplicablemente le trajo el recuerdo de *b) sustitución electrofílica aromática*, la única respuesta de su examen final de química orgánica que había fallado. —¿Cuántos doctores trabajan aquí?—, preguntó él, aparentemente decidido a intentar una estrategia distinta.

—Una.

—¿Se ocupa usted de todo el hospital?

Se encogió de hombros. ¿Qué esperaba? Los que podían permitirse el lujo de huir gracias a la titulación superior, los ahorros o los poderes de predicción ya lo habían hecho. —Deshi es la encargada. Yo sólo trabajo aquí.

—Soy médico de familia. No soy cirujano ni especialista, pero tengo el título—. Se llevó la mano a la barba. Una miga de pan salió disparada. —La niña se queda y yo trabajo aquí hasta que le encuentre

un hogar.

—Nadie la acogerá.

—Entonces seguiré trabajando aquí. Me licencié en la Facultad de Medicina entre los diez primeros de mi clase.

A esas alturas la capacidad de aquel hombre de convertir un ruego en una orden la estaba poniendo nerviosa. Ya hacía ocho años que había vuelto de Inglaterra con su título de doctora y aún recibía aquel respeto que tanto le sorprendió el día que llegó a Londres para estudiar Medicina. Daba igual que fuera mujer, daba igual que fuera de etnia rusa; era el único cirujano de Volchansk y eso hacía que fuera respetada, honrada y apreciada en la guerra como nunca lo sería en la paz. ¿Y ahora aquel médico rural, aquel hombre tan flaco que podría tocarle la columna vertebral simplemente apretándole el estómago, esperaba su conformidad? No le molestaba tanto su tono de voz como lo preciso de la valoración que hacía de sí mismo. Como único miembro restante de una plantilla de quinientos empleados estaba completamente agobiada por la cantidad de trabajo. Se alimentaba de anfetaminas y leche condensada azucarada, sufría alucinaciones habitualmente, tenía dificultad para empatizar con los pacientes y había visto suficientes casos de trastorno por estrés traumático secundario como para contarse a sí misma entre ellos. Al final del pasillo, a través de la puerta entreabierta de la sala de espera, podía distinguir el dobladillo de un vestido negro, unos tenis negruzcos que un día fueron blancos y un hijab verde que en lugar de cubrir el frondoso pelo negro de su dueña servía de cabestrillo al brazo roto de una mujer que tenía huesos de pájaro y deficiencia de calcio, y que estaba segura de estar sufriendo su vigésimo segunda fractura cuando en realidad era solamente su vigésimo primera.

—¿Entre los diez primeros?—, preguntó Sonja con franco escepticismo.

Akhmed asintió enfático. —Nueve con seis de media para ser exactos.

—Entonces explíqueme qué haría con un paciente que no responde.

—Mmmmm, veamos—, titubeó Akhmed. —Lo primero sería hacerle rellenar un cuestionario para tener una idea de su historial médico y de cualquier enfermedad o dolencia de carácter hereditario.

—¿De verdad le daría un cuestionario a un paciente que no se encuentra consciente y no responde a estímulos?

—Claro que no, no sea tonta—, dijo él con tono dubitativo, —se lo daría a la mujer del paciente.

Sonja cerró los ojos con la esperanza de que cuando los volviera a abrir, tanto aquel médico idiota como su protegida hubieran

desaparecido. No hubo suerte. —¿Le gustaría saber lo que haría yo?—, preguntó. —Yo comprobaría que las vías respiratorias no estuvieran obstruidas, después el ritmo respiratorio, después le tomaría el pulso, después estabilizaría la zona cervical. Nueve de cada diez veces me concentraría en la homeostasis. Cortaría las ropas para descartar la existencia de heridas abiertas en el cuerpo del paciente.

—Sí, claro—, dijo Akhmed. —Me ocuparía de todo eso mientras la mujer del paciente rellenaba el formulario.

—Probemos con algo más de su nivel. ¿Qué es esto?—, preguntó levantando el pulgar.

—En mi opinión se trata de un pulgar.

—No—, dijo ella. —Se trata del primer dedo de la mano, compuesto de primer metacarpiano, falange proximal y falange distal.

—Es otra manera de decirlo.

—¿Y esto?—, preguntó apuntando a su ojo izquierdo. —¿Qué puede decir de esto, aparte de resaltar el hecho de que se trata de un ojo, es de color marrón y se usa para ver?

Akhmed arrugó la frente pensando qué más podía añadir. —Dilatación de pupilas—, dijo finalmente.

—¿Se molestaron en enseñarles la sintomatología de la dilatación de pupilas a ustedes, los diez primeros de su clase?

—Contusión craneal, consumo de drogas o excitación sexual.

—O más probablemente, la pésima iluminación de este pasillo—. Se golpeó con el dedo una pequeña cicatriz en la sien que nadie sabía cómo se había hecho. —¿Y esto?

Akhmed sonrió. —De lo que pasa ahí dentro no tengo ni la menor idea.

Ella se mordió el labio y asintió. —De acuerdo—, dijo. —Necesitamos a alguien que lave las sábanas sucias, de todas formas. Ella puede quedarse si usted trabaja—. La niña estaba detrás de Akhmed. En la palma de su mano había un bicho amarillo en medio de un charco de hielo derretido. Sonja ya se estaba arrepintiendo de haber accedido. —¿Cómo te llamas?—, le preguntó en checheno.

—Havaa—, respondió Akhmed. La empujó suavemente hacia la doctora. La niña se apoyó contra su mano, temerosa de alejarse de su alcance.

Un año antes, cuando Natasha desapareció por segunda y última vez, las estancias de una o dos noches de Sonja en la sala de traumatología se fueron alargando hasta durar semanas. Cuando llegaron a pasar cinco semanas desde la última vez que había metido la llave en la cerradura de doble vuelta de su piso, abandonó completamente la idea de volver.

Era como si las doce manzanas que la separaban de su hogar fueran el

desierto del Sahara. Esperar a su hermana en aquel silencio era mucho peor que cualquier sonido procedente de la mesa de operaciones. Años antes de aquello, su prometido la había fotografiado posando con la mano apoyada en el Big Ben en perspectiva, de forma que parecía que lo estaba sosteniendo. Eso había sucedido en el octavo día de los diecisiete que había durado su compromiso. La foto estaba pegada con cinta adhesiva encima de la mesa del dormitorio, pero ni siquiera la idea de recuperarla la animaba a volver a casa. Vivir en la sala de traumatología no era tan diferente, ya que de todas formas pasaba allí al menos diecisiete de sus dieciocho horas de vigilia. Conocía los cuerpos que abría, arreglaba y cerraba mucho más íntimamente que sus cónyuges o sus padres y aquella intimidad era tan parecida a la creación como el aliento de la primera palabra de Dios.

Así que cuando aceptó que la niña se quedara con ella, quería decir allí en el hospital, cosa que de todas formas la niña ya había comprendido mientras la seguía hasta su habitación.

—Nosotras dormiremos aquí, ¿vale?—, dijo mientras colocaba la maleta contra una pila de colchones. La niña todavía sostenía el bicho. —¿Qué tienes en la mano?—, preguntó Sonja con indecisión.

—Un bicho muerto—, dijo la niña.

Sonja suspiró, agradecida y aliviada de saber que por lo menos no eran imaginaciones suyas. —¿Por qué?

—Porque me lo he encontrado en el bosque y lo he traído.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Porque tenemos que enterrarlo mirando a La Meca.

Cerró los ojos. No estaba dispuesta a entrar en eso. Cuando era niña ya odiaba a los niños, y seguía odiándolos. —Luego vuelvo—, dijo, y regresó al pasillo.

Por lo menos Akhmed se cambiaba deprisa. En el tiempo de llevar la niña a su habitación ya se había puesto una bata blanca. Lo encontró pavoneándose frente al espejo del vestíbulo.

—Esto es un hospital, no un salón de baile—, dijo.

—Es la primera vez que me pongo una bata—. Le dio la espalda, pero el espejo conservaba su sonrojo.

—¿Cómo pudo hacer la residencia sin usar una bata?

Él cerró los ojos y se sonrojó aún más. —Mis profesores no esperaban gran cosa de mí. Residencia, lo que se dice exactamente una residencia, nunca la hice.

—No es lo que esperaba oír después de contratarle.

—Para mí es un privilegio trabajar aquí—. Sus pálidos bíceps asomaban por las mangas. —Siempre pensé que esto quedaría más holgado.

—Son batas femeninas.

—¿No hay ninguna de hombre?

—Aquí no trabaja ningún hombre.

—Así que llevo puesta ropa de mujer.

—Y también tendrá que usar un hijab—. Se puso pálido. —Es una broma—, añadió, —con un pañuelo será suficiente.

Asintió poco convencido. Era evidente que había contratado un bufón, pero un bufón capaz de lavar sábanas, hacer camas y lidiar con los familiares de los pacientes era mejor que nada. —¿Ha estado aquí antes?—, preguntó ella, que no estaba dispuesta a darle más que un breve tour por el edificio.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Nací aquí.

Lo llevó por las fantasmagóricas salas: cardiología, medicina interna, endocrinología. Sus pisadas quedaban registradas en una gruesa capa de polvo y ceniza. —¿Dónde está todo?—, preguntó él. Las habitaciones estaban vacías. Colchones, sábanas, jeringas, camisones desechables, esparadrapo, apósitos, termómetros y bolsas intravenosas, todo estaba en el piso de abajo. Lo que quedaba era de obra o estaba atornillado al suelo. También había cosas que no servían de nada: retratos de familia, premios profesionales y marcos con diplomas de las facultades de medicina de Siberia, Moscú y Kiev.

—Nos lo hemos llevado todo a las salas de traumatología y maternidad—, dijo ella. —Es todo lo que podemos mantener abierto.

—Traumatología y maternidad.

—Tiene gracia, ¿no? Los que follan y los que mueren.

—No, no tiene ninguna gracia—. Se acarició la barba y se metió los dedos en ella hasta el primer nudillo. En momentos de dificultad o indecisión siempre se hurgaba la barba, rastreando el espeso pelo negro con los dedos sin encontrar jamás ni una pizca de sabiduría. —Vienen y van y todo sucede aquí.

Subieron por una escalera bañada por la luz azul de emergencia. En el cuarto piso lo condujo por un pasillo hasta el ala oeste del edificio. Abrió la puerta de un almacén sin avisarle. Una maliciosa alegría la recorrió cuando lo vio retroceder asustado para no precipitarse al vacío. —¿Qué ha pasado aquí?—, preguntó. A un metro de la puerta el suelo había desaparecido, así como las ventanas y el techo.

La silueta de la ciudad conformaba un mural pintado en el aire del invierno.

—Hace unos años refugiamos a unos rebeldes. Los federales volaron la pared como represalia.

—¿Resultó alguien herido?

—Maali, la hermana de Deshi.

—¿Tan sólo una persona?

—Ventajas de la falta de personal.

Los días en que ambos bandos respetaban el alto el fuego, Sonja solía asomarse por aquella puerta para observar la ciudad y tratar de identificar los edificios por sus ruinas. Aquel que brillaba con diez mil relumbres de sol había sido un edificio de oficinas de vidrio laminado en el que trabajaban novecientas dieciocho personas. Bajo aquel minarete, un obeso imam dirigía las plegarias. Aquello era una escuela, aquello otro una biblioteca, más allá el club de los Jóvenes Pioneros, la cárcel, una tienda de alimentación. Allí estaba el lugar donde su madre le había aconsejado no fiarse jamás de un hombre que afirmara desear una esposa inteligente; donde su padre le enseñó a montar en bicicleta imitando el ruido de un autobús a toda velocidad que la atropellaría si no pedaleaba más rápido; donde resolvió su primer problema de álgebra con un profesor de primaria para quien los éxitos de Sonja servían de consuelo mientras se lamentaba por no haber seguido a su hermano a la mucho más lucrativa profesión de guardia de prisiones; donde había pedido ayuda al ver como un estudiante atacaba a otro con una lanza sólo para enterarse después de que estaban ensayando una tragedia de Esquilo. Parecía una ciudad hecha de cajas de zapatos que hubiera sido aplastada por un niño repelente. Podía pasarse toda la tarde reconstruyéndola y repoblándola hasta que la alucinación se convertía en la más verosímil de las realidades.

—Antes desde aquí no se veía el río—, dijo. —Ahora este es el edificio más alto de la ciudad.

Se habían construido altos edificios y se habían trazado planes para construir otros más altos aún. Tras la disolución de la URSS, las reservas petrolíferas prometían a Chechenia un futuro próspero en el seno de la inminente sociedad capitalista. Yeltsin había animado a las repúblicas a tomar toda la soberanía que pudieran asumir, así que, tras dos mil años de ocupación extranjera, parecía que la república alcanzaría por fin la independencia. Sus abuelos se habían trasladado a Volchansk en 1946, cuando Stalin decidió incluir a los conductores de camión y a las costureras en la lista de profesiones a purgar, pero ella se sentía tan jubilosamente patriótica como sus compañeros de clase chechenos, que podían remontarse hasta la semilla de sus árboles genealógicos. Aquel eléctrico optimismo se notaba incluso en los edificios encargados a arquitectos de Riad, Melbourne y Minsk. Las autoridades de la ciudad colgaron los planos en carteles por las calles y también los repartieron en forma de octavillas por el bazar para que todos los vieran. Sonja nunca había visto nada igual. Los bocetos sugerían que el sumun del diseño ya no consistía en embutir la mayor

cantidad de hormigón armado posible en el rectángulo más espantoso que se pudiera. Un día puso al trasluz una octavilla y, mientras la luz roja del sol atravesaba el papel, las torres se convirtieron en parte de la silueta de la ciudad.

—¿De verdad que buscaban a la niña?—, preguntó volviendo a prestar atención a Akhmed. No es que le extrañara, simplemente lo preguntó. Las desapariciones caían aleatoriamente, como los rayos. Sólo los que eran verdaderamente culpables de apoyar a la insurgencia —una parte infinitesimal de los desaparecidos— disfrutaban del privilegio de comprender por qué morían.

—No tiene sentido—, dijo Akhmed. Sonja no sabía si se refería a la habitación sin suelo, a la ciudad destruida que había detrás o a la niña. En la distancia, una borrosa estela de balas trazadoras subió hacia el cielo y desapareció entre las nubes.

—Pronto será día de paga—, dijo Akhmed.

Ella asintió. A los federales sólo les pagaban si usaban un determinado porcentaje de sus municiones. Cuando los soldados se cansaban de disparar al aire, solían enterrar los proyectiles sobrantes para desenterrarlos unas horas después y reclamar la recompensa por el hallazgo de un arsenal rebelde oculto. —Vámonos—, dijo Sonja.

Pasaron por la sala de maternidad original, fuera de uso desde la muerte de Maali, y bajaron hasta la nueva. Deshi dejó a un lado las agujas de punto y le echó una ojeada llena de recelo a Akhmed mientras se acercaba a ellos. Después de setenta y tres años y doce historias de amor, cada cual con un comienzo más grandioso y un final más devastador que las demás, Deshi había aprendido a desconfiar de los hombres de toda edad y tamaño, ya fueran recién nacidos o tatarabuelos, ya que sabía que todos llevaban dentro el deseo de romper el corazón de las mujeres decentes. —¿Se va a unir a nosotros?—, preguntó.

—Provisionalmente—, dijo Sonja.

—¿Y la niña?

—Provisionalmente.

—Usted es la enfermera, ¿verdad?—, dijo Akhmed. —Nos hemos conocido hace un rato.

—Habla cuando no debe y sin que se dirijan a él—, observó Deshi.

—Sólo quería saludarla.

—Sigue hablando sin que nadie le hable y además tiene una nariz horrible.

—Oiga, que estoy aquí—, protestó Akhmed.

—Ahora nos dice que está delante, como si fuéramos ciegas e idiotas.

—¿Qué estoy haciendo mal?— le preguntó a Sonja.

—Lo único que hago es estar aquí.

—Parece creer que su presencia transformará de alguna forma la fealdad de su nariz cuando lo cierto es que la observación del tal apéndice justo delante proporciona pruebas irrefutables de lo contrario.

—¿Qué se supone que debo decir?, miraba desesperadamente a Sonja. Ella sonrió y se volvió hacia Deshi.

—¿Ve usted cómo me mira?—, preguntó Deshi con una voz que temblaba de indignación. —Está intentando seducirme.

—¡Por supuesto que no! ¡Pero si sólo estoy aquí de pie!

—La negación es el primer impulso del traidor.

—Eso es una cita de Stalin—, dijo Akhmed.

—¿Ve usted? Es una sanguijuela y un estalinista.

—No sea ridícula.

—Seguro que es oncólogo.

—Hay pocos campos de la medicina más importantes que la oncología.

Deshi se quedó atónita. —¡Lo que yo decía!—, gritó. —Sanguijuela, estalinista y encima, oncólogo. Esto no puede ser.
Es demasiado.

—Con todos los respetos, tengo treinta y nueve años y usted podría ser mi madre. Lo único que deseo mantener con usted es una relación profesional.

—¿Lo único que desea? Primero miradas lascivas y ahora insultos. Burlarse de una mujer mayor como yo… ¿Es que no tiene vergüenza este hombre?

—Lo siento, ¿vale? Lo siento. Sólo intento llevarme bien con usted.

Los labios de Deshi se afilaron en una mueca de desprecio. —Sólo un hombre débil pide disculpas a una mujer.

Akhmed tenía los ojos llorosos cuando Sonja intervino para interrumpir la conversación. Parecía aún más espantado que cuando abrió la puerta del almacén del cuarto piso que daba al vacío. A pesar de su risa no podía evitar sentirse culpable de exponer al hombre a Deshi sin previo aviso. —Basta—, dijo. —Akhmed, ésta es Deshi. Deshi, Akhmed. A trabajar.

—Encantada—, dijo Deshi antes de volver a su mesa junto a la incubadora.

—¿Qué le pasa?—, preguntó Akhmed cuando la enfermera no podía oírle.

—Y ahora se cree que a Deshi le pasa algo—, dijo Sonja. Una mirada de horror apareció en su cara y tuvo que asegurarle que estaba bromeando.

—Una vez se enamoró de un oncólogo. No salió bien.

En la primera cama había una mujer con el pelo negro y grasiento y un bebé que mamaba de su pecho izquierdo. Le tapó la cabeza al niño con la sábana cuando los vio acercarse.

—No pasa nada—, dijo Sonja. —Él también es médico.

—Pero es un hombre—, replicó.

—Este hospital es una casa de locos—, dijo Akhmed alejándose. La mujer le echó una mirada fulminante, poco complacida por la insinuación de que su hijo recién nacido estaba loco, y después retiró la sábana para mostrar la arrugada cara del niño que se agarraba al pezón.

—El bebé tiene hambre—, dijo Sonja.

—Ya se acostumbrará—, respondió la mujer cerrando los ojos.

En la siguiente cama otra mujer dormía con media cara enterrada en la almohada. A su lado, una incubadora sobre un carrito de metal. Dentro, un bebé escuálido y sobrecalentado parecía más un pájaro aplastado que un ser humano.

—¿Deficiencia nutricional intrauterina?—, preguntó Akhmed.

—Ausencia nutricional intrauterina. Desde que empezó la segunda guerra sólo hemos tenido un puñado de madres lo suficientemente sanas para dar a luz a niños sanos.

—Y los padres no serán civiles, supongo.

—No es política del hospital realizar ese tipo de preguntas—. Salió por la puerta. En el pasillo paró ante una bombilla apagada. —¿Ve usted alguna polilla por aquí?

—¿Qué?

—Nada—, dijo ella. En cinco semanas se encontraría una polilla aleteando por el comedor y no la creería real hasta que sintiera el crujido de las alas bajo su palma. —La sala de traumatología está al final del pasillo.

2

1994 1995 **1996** 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

Pocos días después de la propuesta de los Acuerdos de Paz de Khasavyurt, Sonja rompió con su prometido escocés, se despidió de su trabajo de residente en el University College Hospital y voló desde Londres a Vladikavkaz vía Varsovia y Moscú. A la parte trasera del taxi pirata que tomó a su llegada le habían quitado los asientos para hacer sitio a los equipajes, de modo que su única maleta se deslizaba de lado a lado con cada curva y golpeaba una y otra vez contra el respaldo de su asiento como si le recordara insistentemente que su vida, a pesar de las ilusiones que se había hecho mientras el pecho de Brendan subía y bajaba junto al suyo, era tan insignificante que cabía entera en una sola maleta. Pensaba, —¿pero qué cojones estoy haciendo yo aquí otra vez?

Oscuras columnas de humo salían de chimeneas lejanas, una cadena montañosa azotada por el viento, el sabor del aire postsoviético como un trapo sucio en su boca. Al llegar a la estación de autobuses esperó a que su maleta estuviera fuera del vehículo antes de pagar al conductor. Al pasar por delante de los baúles de la época imperial de los demás viajeros, la Samsonite, regalo de despedida de Brendan, era un cartel de neón que anunciaba que era extranjera. La compañía de autobuses nacionalizada ya no cubría la ruta a Chechenia, pero después de esperar durante una hora en una cola de tres personas, un empleado le señaló un quiosco en el que se vendía porno lésbico, tabaco ucraniano, casetes de Air Supply y billetes para un autobús privado que hacía un viaje semanal entre Osetia del Norte y Chechenia. La próxima salida no era hasta la mañana siguiente. Aunque estaba cansada del viaje, sabía que no conseguiría dormir. Pasó la noche sentada en un banco de madera con la Samsonite atada al cordón de uno de sus zapatos para evitar que los niños gitanos se la robaran.

—Los voy a llevar derechitos a la tumba—, anunció el conductor mientras recogía los billetes por el pasillo del autobús a las seis y cuarto de la mañana. Caminaba inclinado hacia atrás como intentando

mantener un vaso de chupito invisible en equilibrio sobre la barriga. —A la menor ocasión, pienso venderlos al primer bandido, secuestrador o traficante de esclavos que aparezca. El que avisa no es traidor. Yo no tendría que conducir *esteautobús* hasta *ese* país de no ser porque ustedes han sacado *estos* billetes, y solamente por eso, pienso coger todos los baches y socavones que vea para que tengan un viaje tan horrible como el mío. No, no habrá paradas para ir al baño y sí, esto se debe a que sé cuánto duele un bache cuando tiene uno la vejiga llena.

Dormitó durante una hora con la cabeza apoyada en la ventana. El cristal transmitía cada sacudida y su sien la registraba. El chirrido de los frenos y las instrucciones amplificadas por megáfono de un guardia de fronteras ruso la devolvieron bruscamente a la realidad. Los soldados eran todo miedo y pelusilla adolescente. Ordenaron a los pasajeros que se bajaran del autobús y abrieran su equipaje en un campo a veinte metros de la carretera mientras ellos se acuclillaban con los brazos alrededor de las piernas y apretaban los ojos como si saltaran a un lago. El pobre conductor se balanceaba de lado a lado. Había vivido en la ribera del Terek desde niño y siempre había soñado con ser propietario de un barco de turistas. Hacía seis años y nueve meses, justo una semana antes de la caída del Muro de Berlín, el conductor había hundido los ahorros de su vida en un barco de turistas que nunca se construyó, y en un contrato para transportar por el río Terek a miembros del Partido que nunca se cumplió. Ahora estaba sentado con la espalda apoyada contra la rueda del autobús, pero la tierra firme era un océano incierto y encrespado y él aún había de sentir el mareo durante muchos años.

El control de carreteras espabiló a Sonja, así que se dedicó a mirar por la ventana sobre la que había dormido mientras cruzaban la frontera entre Osetia del Norte, bajo control ruso, y Chechenia. El conductor demostró ser un hombre de palabra por la carretera plagada de cráteres. Pasaron por campos abandonados. Una granja en ruinas. Un arado abandonado al final de un surco cuatro meses después del fin de la siembra. Un pozo petrolífero en llamas. En el horizonte, las montañas llevaban bonetes de nieve. Tardaron diez horas en recorrer los doscientos kilómetros hasta Volchansk. En la carretera había más controles policiales que gasolineras clausuradas con tablones. En cada uno de ellos tuvo que transportar su maleta a veinte metros de distancia de la carretera y abrirla mientras los soldados se tapaban los oídos por si acaso.

Comenzó a hablar con la anciana que viajaba junto a ella. Cada palabra daba vueltas por su boca como un hueso de aceituna antes de ser escupido. La señora resultó ser una maravillosa oyente, atenta y silenciosa, así que abrió el pestillo y le contó cómo había sido su vida

hasta hacía dos días. Incluso le hizo un catálogo de los defectos de Brendan —los padrastros de los dedos sin arreglar, su costumbre de cantar temas de Rodgers y Hammerstein cuando meaba, su reticencia a corregirla cuando cometía errores gramaticales—. Sin embargo, por más que intentara convencer a la anciana de que Brendan habría sido un marido terrible, echaba de menos su costumbre de escribirle las iniciales de su nombre en la yema del pulgar con la punta reseca de los padrastros; cómo el ruido de la cisterna acompañaba los compases de *the hiiiiiilllls are aliiiiiiive with the sound of muuuuuusiiiiiiic*; los errores gramaticales que cometía a propósito para ver si ella los descubría; cómo destrozaban a mazazos las reglas del inglés y volvían a pegar los trozos a su manera para fabricar una lengua que sólo ellos entendían. Era maravilloso desahogarse con un oído comprensivo. Pasó una hora entera antes de que la anciana sacara un cuadernillo de su bolso y le pasara una nota en la que había escrito: *pensé que ya te habrías dado cuenta. Soy sorda*.

La terminal de autobuses de cuatro pisos de Volchansk se había convertido en un montón de escombros de un piso. Mientras el pasaje bajaba del autobús, el conductor puso la gorra para recoger propinas. —Dado que van ustedes a morir en este infierno—, pronosticó animadamente, —¿no prefieren darme sus rublos a mí, un honesto y religioso conductor que se juega la vida cada semana para alimentar a una familia, que a sus impíos asesinos?

A sabiendas de que era una imprudencia, Sonja depositó en la gorra un billete de mil rublos enfermo de hiperinflación y se apeó del autobús antes de que el conductor tuviera tiempo de echarle una maldición. En la manzana siguiente alcanzó a la anciana, que acababa de parar un Lada de color amarillo limón. La anciana había crecido en una plantación de limones y durante sus primeros diecisiete años no había probado una sola comida entre cuyos ingredientes no figurara el limón. Ensalada de pepino y limón, judías a la vinagreta de limón, pollo confitado al limón, trucha rellena de limón, kebab de cordero marinado con limón, arroz con eneldo y limón, muslos de pollo al horno con limón, salsa de yogur y limón, pudding de limón, tarta de albaricoque y limón, galletas con mermelada de limón y así sucesivamente. Aún le quedaban cuatro años y un mes para su septuagésimo sexto cumpleaños y el milagro de su primera lima.

La anciana le hizo señas de que cogiera el taxi y cuando Sonja lo rechazó, sacó de nuevo el cuadernillo y justo debajo de *soy sorda* escribió: *queda poco para el toque de queda y tú eres más joven y más guapa que yo*.

Lo que había sido una camioneta de reparto bloqueaba la calle a tres manzanas del piso. Sonja se bajó y el Lada amarillo limón desapareció a toda velocidad antes de que pudiera cerrar la puerta. A

su izquierda, la fachada de un bloque de apartamentos había desaparecido. Observó las habitaciones como un ratón curioseando en una casa de muñecas. Giró en una calle en la que faltaban trozos de pavimento a intervalos regulares. Se suponía que en cincuenta kilómetros a la redonda el terreno era plano y no había valles ni colinas y sin embargo, allí estaba ella, trepando por la ladera de un cañón de asfalto y arcilla espesa y húmeda, trastabillando sobre piezas de mampostería rota que se habían desplomado desde seis pisos de altura hasta uno de profundidad, pisando canales de desagüe, maldiciendo y dándole patadas a la Samsonite al recordar que las instrucciones decían claramente que la maleta estaba diseñada para su uso sobre superficies lisas y ella se encontraba, por el contrario, en el fondo de un cráter. Fue entonces cuando la realidad la alcanzó de lleno: —*¡Estoy en el fondo de un puto cráter!*—, y el impacto la dobló por la mitad, seguido inmediatamente del puñetazo de una pregunta: —*¿Qué estoy haciendo yo en el fondo de un puto cráter?*—, cuya contestación tenía tan poca sustancia como la palabra en sus labios, como las tres sílabas que daban nombre a la razón de su retorno —*Natasha*—, su hermosa, arrogante y tremendamente sociable hermana, con la que había hablado por teléfono por última vez el día que estalló la primera guerra, hacía un año, nueve meses y tres semanas; a la que había visto por última vez el día que salió para Londres, hacía cuatro años, ocho meses y una semana; a la que había envidiado por última vez el día anterior al que recibió la noticia de la concesión de la beca para estudiar en Londres, hacía cinco años y dos meses, y a la que había querido por última vez en algún momento indeterminado del pasado, antes de que crecieran y se convirtieran en las personas que habían de ser. No se bajaría de la cama por su hermana pero había bajado al fondo de un cráter. No cruzaría una habitación por ella pero había cruzado un continente.

Su bloque de apartamentos estaba más allá de la panadería donde de niña le daban pastas de té a cambio de barrer la harina del suelo y reempaquetarla en bolsitas de papel marrón. Las ventanas habían estallado y una fila de agujeros de bala dejaba entrar la luz en el interior, pero el edificio aún se mantenía en pie. La puerta principal estaba tirada delante de la entrada como un felpudo. Subió a la tercera planta. Le faltaba el aliento.

La puerta de su piso estaba cerrada. Llamó a la puerta y esperó. No hubo respuesta de pasos acercándose, ni crujido de tablas. Después de que a la cuarta serie de cuatro llamadas le siguiera un cuarto silencio, sacó la llave de repuesto del neceser de viaje y abrió la puerta. No saludó en voz alta.

La idea de su propia voz resonando sin respuesta en el piso vacío se le antojaba increíblemente triste. Al otro lado de la habitación, trozos de

ocaso se encuadraban en los marcos vacíos de las ventanas. Una vela medio consumida sujeta con cera derretida descansaba en un vaso de chupito sobre la mesa del salón. En los últimos dos días había dormido cinco horas en total y un doloroso cansancio reverberaba por su cuerpo dándole punzadas en la piel. Encendió la vela.

Un pequeño resplandor aleteó por las paredes de color blanco huevo. No había facturas ni cartas ni sobres, nada ligero que el viento pudiera haberse llevado por las ventanas rotas, nada sobre lo que se pudiera haber escrito una nota de despedida. El mobiliario seguía tal y como lo recordaba; el sofá junto a la pared derecha del salón, aún con las manchas de la vez que Natasha derramó una olla entera de borscht; la televisión Ekran en blanco y negro sobre un taburete para ordeñar; la mesa de la cocina calzada con tres cajas de cerillas. Aquello había sido su vida. Aquel había sido su sofá. Ahora volvía a él y enterraba la cara en los cojines y lloraba sobre la tela que, a pesar de los años, aún conservaba el olor a remolacha.

A la mañana siguiente llamó a las puertas de los pisos vecinos. No se acordaba de los nombres de sus propietarios pero, a juzgar por la falta de respuestas, habían huido de sus hogares tanto como de su memoria. Al cuarto día oyó pasos por el pasillo. Encontró a una anciana encorvada vestida con un impermeable verde a pesar de que brillaba el sol. La mujer llevaba una docena de bolsas de plástico unas dentro de otras atadas por las asas.

—¿Quién es usted?—, preguntó la mujer con tanta sospecha en la voz como para convertir la pregunta en una acusación. Laina iba ya por el final de la mediana edad cuando Sonja aceptó la beca de Londres. Trabajaba en el departamento de cosméticos de los Grandes Almacenes Principales de la ciudad y tenía una piel preciosa, una piel envidiada por las treintañeras, una piel que, según decía su supervisor con toda la razón, era la mejor publicidad del departamento, una piel cuidada con tantas hidratantes y emulsiones como había en el mostrador de cristal de los grandes almacenes, una piel que Sonja y su madre, e incluso Natasha, habían admirado y que ahora parecía la de un melocotón abandonado al sol durante muchos días.

—Soy Sonja—. Los dedos de Laina la escudriñaron sujetándole las muñecas y doblándole las orejas. —Ya veo—, dijo por fin convencida de la existencia física de Sonja. —Tú vivías aquí.

—La he oído caminar por el pasillo—, dijo Sonja unos minutos después mientras tomaban el té en el piso de Laina. —Pensé que era otra persona.

—No deberías abrir la puerta si oyes a desconocidos. No es buena idea.

—Esta vez sí lo ha sido.

—Esta vez ha sido una entre un millón.

—Entonces es que tengo mucha, mucha suerte.

—No. Es que eres muy, muy estúpida.

—¿Por qué lleva puesto un impermeable si no hay ni una nube en kilómetros a la redonda?

Laina se acercó a los marcos vacíos de las ventanas por las que se veía lo que quedaba de la ciudad. La vista se había ampliado dieciséis manzanas en dos años. —No me fío de Dios. A saber lo que andará tramando ahí arriba—.

El bazar se había ido repoblando gradualmente de vendedores ambulantes y quioscos de chapa y ancianas como Laina, para las que la guerra no representaba un obstáculo a la hora de hacerse con una buena ganga. Aquel mismo día acababa de cambiar un frasco de aceite de motor por unas sandalias que portaban las huellas ennegrecidas de cuarenta pies distintos. Tiempo atrás había estado casada con un hombre en el que podía confiar que nunca le sería infiel en un prostíbulo. Ahora estaba muerto. Tiempo atrás había tenido un hijo al que solía amenazar con casarle con Sonja si se portaba mal. Había desaparecido. El cosmonauta Yuri Gagarin sonreía desde el reloj colgado encima de la estufa. Sonja estudiaba su rostro mientras reunía fuerzas para soltar la pregunta que tenía atravesada en la garganta desde hacía un año y medio. Cuando la manecilla pequeña cayó sobre la palma de la mano extendida del cosmonauta, inspiró y preguntó: —¿Sabe usted dónde está Natasha?—. Laina se mordió el labio y sacudió la cabeza. —Yo ya no sé dónde está nadie.

Nadie sabía la respuesta. Los días se convirtieron en semanas. Sonja abordó al resto de los inquilinos mientras se iban al trabajo, al mercado, a la guerra o en busca de un refugio mejor sin recibir más que sacudidas de cabeza, encogimientos de hombros o disculpas. En la puerta no había señales de violencia y la cama de Natasha estaba hecha, lo cual indicaba una partida premeditada. En el último cajón de su armario encontró la rebeca color burdeos que le había regalado por su decimoctavo cumpleaños y que Natasha había detestado y calificado de ropa de babushka. No se la había puesto ni una sola vez, ni siquiera en un día de frío, ni siquiera para complacer a Sonja. Era el típico objeto que Natasha nunca se llevaría. Se pegó la rebeca al pecho y se envolvió el cuello con las mangas como en un abrazo.

El Hospital nº 6 la contrató sin exigirle ni una solicitud formal ni el currículo. Cuando dio una lista de referencias de Londres, Deshi hizo una bola con el papel, lo tiró bajo la mesa e informó a Sonja de que el Doctor Cubo de la Basura las comprobaría debidamente. Los antiguos profesores de Sonja habían huido a Occidente, al campo o a lugares donde podían salvar vidas sin poner las suyas en peligro. Sin el impedimento de la jerarquía burocrática y la memoria institucional, Sonja ascendió de residente a cirujana jefe en tan sólo dos meses. Las

minas terrestres no respetaban los Acuerdos de Paz de Khasavyurt, así que en menos de un año había adquirido más experiencia en cirugía traumatológica que los profesores con los que había estudiado. Sentía gratitud por el dolor de sus pacientes. En sus gritos oía su propio nombre como si fuera ella la hermana desaparecida, traída de vuelta por medio de sus sonidos incoherentes a este lugar en el que amputaba miembros y cortaba hemorragias, en el que sus conocimientos eran tan valiosos y poco comunes que para los pacientes que la veían rondar por las camas ella era el último profeta del mundo al que suplicar, al que alabar, al que dirigir sus plegarias.

Fueron días apresurados, sin un momento para pensar en otra cosa que casos clínicos y lecciones de anatomía.

Por las noches se arrastraba hasta su casa. Si se acordaba, se lavaba los dientes con bicarbonato y rezaba las oraciones que su madre le había enseñado. Balbuceaba aquellas extrañas y antiguas palabras y, aunque nadie la escuchara, sentía un cierto grado de paz en el viejo idioma de la súplica. Se santiguaba, se tumbaba en el sofá y se aplicaba en las manos una buena cantidad, siempre demasiado abundante, de la crema que había traído de Londres. Se le ponían resbaladizas y brillaban a la luz de la vela mientras rezaba por otro par de manos con las que compartir la crema sobrante.

Las semanas se convirtieron en meses que caían del calendario de la Cruz Roja colgado detrás del mostrador de la sala de espera. Era un calendario de 1993 y seguiría en uso hasta 2006, así que durante trece años su cumpleaños siempre cayó en lunes. Ella marcaba los días, pero el tiempo no marchaba hacia adelante sino que el día se convertía en noche, el hospital en piso, la claustrofobia en soledad y vuelta a empezar, como una moneda cambiando de cara. La felicidad se presentaba en impredecibles momentos de gracia.

El hombre ciego que tocó el acordeón para ella mientras entablillaba la pata a su perro lazarillo. El niño que le contó sus sueños mientras se recuperaba de una meningitis.

De pronto, una noche golpearon la puerta cuando se metía en la cama. Mientras el tirador de la puerta se le resbalaba en la mano por el exceso de crema, consideró y descartó el consejo de Laina. Abrió la puerta y quiso gritar. Natasha estaba allí mismo, frente a ella, a un abrazo de distancia. Gritó y la abrazó. Más tarde, sentadas en el sofá, tomó las manos de Natasha y las frotó entre las suyas hasta que se le secaron.

3

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

A pesar de un primer día ciertamente mediocre, Akhmed salió del Hospital nº 6 con paso alegre y sintiéndose en la luna. Sonja era sin duda una mujer fría y dominante, con una mirada capaz de marchitar las flores y provocar abortos, y Deshi estaba claramente chiflada; pero aunque entre las dos no reunieran ni una pizca de compasión y lo único peor que estar bajo sus cuidados era tenerlas como colegas, había sido un buen día. Havaa estaba a salvo. Había puesto en práctica sus conocimientos médicos y por primera vez en meses Ula no era su única paciente.

Akhmed había sido la primera persona de Eldár en ingresar en la Facultad de Medicina, una institución tan lejana y exclusiva que su partida se celebró como si se tratara de un logro colectivo. Hubo fiestas en su honor y colectas para pagarle los libros. En 1986 era el mayor héroe en la historia de Eldár desde el barbero que había afeitado la barba del gran Imam Shamil ciento cuarenta y un años antes. Corrieron rumores de que se mudaría a Volchansk o incluso, aquí la voz de la gente se convertía en un susurro, a Grozni. Cualquier lugar más lejano era demasiado incluso para soñarlo. ¿Había cumplido las expectativas que el pueblo había puesto en él? La verdad es que no. Aunque a Sonja le dijo que había estado entre los diez mejores alumnos de su promoción, lo cierto era que se había licenciado entre los diez últimos, en el cuarto percentil para ser exactos; echaba la culpa de su incapacidad para encontrar un empleo a los prejuicios del Colegio de Médicos Soviéticos y no al hecho de haberse saltado un curso completo de patología para asistir a clases de arte. Al final el pueblo le había ofrecido una casa abandonada en las afueras, habitada, se decía, por el espectro de un pederasta. Abrió una clínica. Por más que la gente hubiera superado el miedo al fantasma, si bien muchos no dejaban entrar a sus hijos menores, y por más que sus vidas hubieran mejorado innegablemente gracias a la existencia de la clínica, Akhmed siempre sintió que los había decepcionado, o al menos se había decepcionado a sí mismo, volviendo al lugar que tanto

había celebrado su huida. Sin embargo, después de haber solicitado veintitrés puestos de hospital diferentes sin conseguir una sola entrevista, aquel día había logrado por fin convertirse en médico del Hospital nº 6. Y no sólo eso, sino que además era el tercero al mando. Visto así, era el honor más alto que jamás había imaginado. Recorrió la carretera de servicio con mucha más seguridad de lo que lo había hecho aquella misma mañana imaginando qué dirían ahora los petulantes miembros de todos aquellos comités de selección. Lo más seguro es que no tuvieran nada que decir. Lo más seguro es que estuvieran todos muertos. En este sentido la guerra era un mecanismo igualador, la primera meritocracia real de la historia de Chechenia. Era un médico mediocre pero un hombre decente que compensaba sus limitaciones profesionales con su empatía con el enfermo, su comprensión del dolor. Al pasar por el prado donde los restos congelados del lobo yacían a la luz de la luna pensó en Marx. Quizás allí fuera donde la historia llegaba a su ciclo final. Una civilización sin clases, propiedad, estado o leyes. Quizás aquello fuera el fin.

Los últimos cincuenta metros a través del pueblo eran los más peligrosos de los once kilómetros de la caminata. Si el ruido de sus pasos llegaba a los oídos equivocados, eso podía resultar tan letal como una mina. Aflojó el paso al acercarse a la única casa sin cortinas opacas. Por las ventanas salía la luz de bombillas alimentadas por un generador. En el interior, Ramzan rebañaba un buen trozo de carne. No parecía un chivato ni un colaboracionista, no tenía un aspecto más amenazador que un hombre al borde de una tremenda indigestión. En la siguiente ventana se veía a Khassan, padre de Ramzan, leyendo en su escritorio. Khassan no le dirigía la palabra a su hijo desde que había comenzado a pasar información dos años antes, y aunque Akhmed no culpaba al padre de los crímenes del hijo, lo cierto era que las bombillas los bañaban a los dos en la misma luz.

El brillo de aquella casa se fue atenuando al acercarse a la suya. El marco estaba intacto. La puerta seguía en su sitio. Al abrir, se tensó. Esperaba unas manos que lo agarraran de los hombros violentamente, un culatazo de fusil en la cabeza. No pasó nada. Encendió una lámpara de queroseno y entró en el dormitorio. Ula estaba en la cama. Se dio la vuelta hacia la luz amarilla.

—¿Dónde estabas?—, preguntó. Incluso obviando el tono, se notaba la acusación en aquellas dos palabras y él esperó que, como de costumbre, su silencio acabara con la pregunta. —¿Dónde estabas?—, preguntó de nuevo. Su cabeza casi no dejaba huella en la almohada.

—He ido a ver a Dokka—, dijo. —Le he estado ayudando a esquilar las ovejas.

Ella esbozó una sonrisa lo suficientemente ancha como para enseñar las puntas de los dientes. Doce años antes aquellos incisivos

habían hecho las delicias del dentista local, un joven al que asaltaban pensamientos lascivos frente a las bocas abiertas de mujeres jóvenes y que había muerto virgen cuando un proyectil descarriado de mortero aterrizó en su consulta y se lo llevó al paraíso en una nube de humo gris. —¡Qué impaciente es Dokka!— murmuró Ula. —El rebaño daría más lana dentro de un mes.

—Sí—, dijo él, —Dokka siempre ha sido muy impaciente—. Se sentó en la cama y colocó la lámpara junto al orinal y el cuenco de caldo. Estaban los dos medio llenos. Una línea de huellas húmedas como puntos suspensivos le seguía hasta la cama. Se desató los cordones de las botas llenas de hielo, se masajeó las puntas de los pies y se tumbó junto a Ula. Tiempo atrás Ula habría tenido que echarse a un lado para hacerle sitio en la cama, pero cada vez ocupaba menos espacio.

—¿Cómo está su familia?

—Todos bien—. Se puso de lado y deslizó la mano izquierda bajo su camisón para calentarse los dedos en su estómago.

—Deberían venir a comer uno de estos días.

—Traerán maíz y pepinos—, susurró él a los pelillos transparentes que Ula tenía en el lóbulo de la oreja. —Habrá carbón ardiendo en el *mangal* y haremos *shashlyk* y nos los comeremos por la tarde y el sol brillará. El cordero ya se está marinando con tomates, cebollas, limón y *uksus* en el cubo de plástico blanco de Dokka. Invitaremos también a los padres de Dokka y vendrán, y quizá él traiga su ajedrez, pero no ese de las piezas de madera tan bonitas, sino el de plástico que le regaló Havaa por su cumpleaños y que él dijo que le gustaba mucho, a pesar de que todo el mundo pensara que un consumado ajedrecista como él nunca jugaría en un tablero de plástico. Pero jugó, ¿te acuerdas? Enseñó a Havaa a jugar en él y cuando llegó su sexto cumpleaños la dejó ganar.
Uno de estos días les invitaremos a comer a todos.

—Tengo hambre—, dijo ella. —No quiero esperar tanto.

Besó la frente de su mujer y dejó los labios pegados en ella hasta que el beso se convirtió en una conversación entre sus pieles. ¿Cómo podía suceder que la enfermedad de su mujer le repugnara y le uniera a ella al mismo tiempo?
Su amor, su piedad y su asco la reclamaban, la inundaban y a la vez procedían de ella. Incluso ahora, mientras cerraba con los labios un cuadrado del tamaño de un sello de correos, temía que, cuando dentro de un momento se separase de ella, su repulsión desbordara la huella de sus labios.

—Tengo hambre—, repitió ella. Se incorporó con desgana. Dejó la lámpara junto a la cama y cruzó la oscuridad hasta la cocina. Después de una década sin electricidad las plantas de sus pies habían

memorizado la ruta. Ocho pasos hasta el salón, un cuarto de giro, seis pasos hasta la puerta de la cocina, dos hasta el fogón. Colocó algo de leña sobre las cenizas de la noche anterior, mojó la madera blanca con una pistola de agua llena de petróleo y echó una cerilla. Preparó un cuenco de arroz y un poco de leche en polvo. El fuego le calentaba las piernas. Mientras se cocía el arroz acercó un taburete al fogón y se inclinó hacia la luz. Quería decirle a Dokka palabras de consuelo y esperaba que el fuego de la cocina las quemara y sus sentimientos salieran por la chimenea y llegaran hasta los oídos de Dokka transportados por el viento o las alas de los pájaros, pero incluso si Dokka hubiera podido oírle, él no habría sabido qué decir, así que no dijo nada.

Cuando el arroz estuvo listo lo vertió en un cuenco de cerámica y dejó la cuchara apoyada contra el borde mientras llevaba el cuenco y la taza de leche en polvo a oscuras, dos pasos, seis, un cuarto de giro. ¿Era así como se sentía un bebé en la barriga de su madre? Había traído al mundo a docenas de niños pero no podía imaginarse aquellos primeros momentos. El velo se rasgaba y de pronto todo eran colores, formas, frío, un mundo de alucinaciones.

La lámpara arrojaba un círculo de luz sobre el suelo. Entró en él con reticencia para llegar hasta Ula. Se sentó junto a ella y empezó a ponerle cucharaditas de arroz en la boca. Poco importaban allí el talento de Sonja y la experiencia de Deshi. Ninguna sabría cuidar de Ula como él. —¿Ha venido alguien a buscarme hoy?—, le preguntó. Ella negó con la cabeza. —¿Estás segura? ¿Nadie ha llamado a la puerta? ¿Nada?

—Creo que no. Estaba durmiendo.

—¿Pero te acordarías si Ramzan llamara desde la puerta, verdad?

—Ah, sí, Ramzan, qué hombre tan agradable. Siempre me pedía mi opinión—, dijo ella tomando un sorbo de leche de la taza azul. —Me parece que la leche está pasada.

Akhmed lavó los platos, se desvistió y se deslizó entre las sábanas. Los dedos de Ula buscaban los suyos bajo las mantas.

—Las cosas están empeorando, ¿verdad?

—No. Nada está empeorando.

—No me queda ya mucho tiempo, ¿verdad?

Aquellos momentos eran los peores, aquellos en que sus desorientadas series de preguntas conducían a la realidad y ya no se veía claro qué sabía y qué no. ¿De verdad creía que él había pasado el día esquilando unas ovejas vendidas, sacrificadas y consumidas hacía mucho? ¿Había olvidado ya a Havaa durmiendo a su lado, su delgado cuerpo como un destello de calor en medio de la habitación oscura? ¿O era la niña del material mismo de los sueños y la luz de la mañana

lo derretiría? Un pensamiento igualmente perturbador: ¿Y si ella participaba conscientemente en aquellos engaños para tranquilizarle a él?

—A ninguno nos queda—, respondió apretándole la mano.

Cuando Ula se quedó dormida respirando profundamente, él retiró la mano de entre sus dedos y pensó en el nuevo día. ¿Cómo sería volver a tratar a un paciente? ¿Sabría hacerlo? Habían pasado seis meses desde los últimos pacientes de la clínica, pero aún recordaba sus reticencias al acompañarle a la consulta mientras se daban cuenta de que su cuerpo los había traicionado primero al enfermar y después al forzarles a confiar en un médico incompetente. A veces se preguntaba si el desprecio que sentía por sí mismo resultaría perjudicial para ellos, si una parte oscura de su corazón quería que pagaran por sus propios fracasos. Y ahora tenía que enfrentarse a Sonja, una cirujana cuya reputación había llegado incluso a Eldár. Ella le había preguntado qué hacer con un *paciente que no responde*, y él, en un momento de torpeza infinita, había creído que se refería a un paciente *callado* o *que no quiere responder*, pensando en el panadero mudo del pueblo que se comunicaba por medio de notas escritas.
El invierno anterior, el sistema había resultado problemático al sufrir el panadero un ataque de impotencia sobre el que la vergüenza le impedía escribir, ni siquiera a Akhmed, quien —astutamente, en su propia opinión— había solucionado el problema haciéndole rellenar un cuestionario con cien posibles síntomas, de entre los cuales el enfermo había señalado tan sólo uno; de esta forma había conseguido salvar los testículos del panadero así como su matrimonio y su honor. Pero Sonja no lo sabía y él, aturullado y abochornado, no había sido capaz de explicarse. Le había lanzado una mirada fulminante, sabiendo que un impostor como él no podía estar entre los diez mejores de su promoción. No le había preguntado cómo sabía su nombre, ni por qué había venido buscándola específicamente a ella. Él no tenía intención alguna de ocultarle la verdad, pero como no le había preguntado, no vio razón alguna para contarle la historia del pecho suturado con puntos de hilo dental.

Sonja se había hecho una habitación en la consulta del antiguo jefe del servicio de geriatría, al que nunca había visto pero cuyos gustos, gafas estilo años cincuenta, predominancia de tweed en el vestuario, rasgos finos, manos delicadas, le evocaban una imagen tan definida que hubiera podido identificar su cuerpo en una pila de cadáveres. El servicio de geriatría había cerrado durante la primera guerra debido a la escasez de recursos y al consenso general de que la prolongación de la vida de los ancianos era una ocupación para tiempos de paz. El director, un solterón que gastaba una buena parte de su salario en la decoración de su despacho, había sido el poseedor de la consulta más

lujosamente amueblada del hospital, así que Sonja, por supuesto, no tardó en apropiársela. En el suelo había una alfombra roja de Tayikistán. Al final del escritorio, un jarrón antiguo ricamente adornado con motivos persas, bajo el cual Sonja había encontrado una foto sin fecha ni nombre de una joven con una curiosa sonrisa en los labios y el Mar Negro de fondo, un fantasma de la vida pasada del director que le había sobrevivido. Se había pasado media vida enamorado de una mujer a la que no había vuelto a ver desde los veintiún años, cuando su padre la había casado con un ucraniano por miedo al escándalo; la mujer era su medio hermana y su amor por ella le había causado tal confusión, que sólo había conseguido expresarlo mediante el amor por los ancianos, incoherentes y perdidos. El escritorio estaba arrinconado contra la pared y sobre él había una última nómina que aún esperaba la firma del director. La cama de Sonja consistía en seis colchones apilados en dos montones de tres sobre los que, después de que Akhmed se fuera a casa, ella encontró a la niña cubierta de arriba abajo de guantes de látex.

—¿Qué has hecho?—, le preguntó. Era algo digno de ver. Se había grapado guantes de látex de color crema por el jersey, por los pantalones, se los había puesto en los pies e incluso llevaba uno en la cabeza como si fuera una especie de cresta con cinco dedos. —Repito, ¿qué has hecho?

—¿Ves?—, preguntó la niña poniéndose de pie. ¿Ver? ¿Qué había que ver? No creía necesitar más razones para renunciar a tener niños, pero allí tenía otra: hablan con acertijos. —Lo que veo es un desperdicio innecesario de material médico que me encantaría no estar viendo.

—¿Ves lo que soy?—, preguntó la niña.

—¿Un incordio?

—No, una anémona marina.

La niña empezó a girar sobre sí misma. Al parecer esperaba que los guantes se inflaran y se extendieran como tentáculos, pero aquellos guantes ni siquiera se abrían cuando Sonja intentaba meter la mano en uno de ellos, de modo que le colgaban blandamente sobre el pecho, los brazos y las piernas. Era todo tan triste que Sonja no pudo mostrar el enfado que aquel derroche merecía.

—Las anémonas marinas no hablan. Cámbiate de ropa—. Sonja señaló con la cabeza a la maleta azul, de pie junto a los colchones donde la había dejado seis horas antes.

—No. Esa es mi maleta de por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso hay una emergencia. Así tendré todas las cosas importantes.

—Ya ha habido una emergencia—, dijo Sonja con un suspiro. Aquella cría era más espesa que un bloque de queso viejo. —Por eso estás aquí.

—A lo mejor hay otra.

—Vamos a hacer un trato—, dijo Sonja frotándose los ojos. —Tú te quitas ese disfraz ridículo y te cambias de ropa, y yo no te mando a dormir al aparcamiento.

La niña, que la noche anterior había sido testigo del secuestro de su padre, tenía miedo de muchas cosas, pero aquella doctora exhausta y malhumorada no era una de ellas. Bajó la vista hasta los guantes marchitos de su disfraz. A su padre le habría encantado la actuación, la habría cogido en brazos y le habría dicho que era su anémona marina favorita. Su aprobación despertaba una chispa de magia en el día más oscuro y le proporcionaba la confianza y la seguridad que en otras circunstancias le faltaba. Sin él y sin confianza ni seguridad, se sintió pequeña y desamparada, y de pronto la posibilidad de pasar la noche en el aparcamiento le sonó muy real. —Vale, me cambio—, le dijo a Sonja con un derrotado movimiento de hombros. —Pero sólo si no tengo que deshacer la maleta.

—Insisto en que no lo hagas—, replicó Sonja dándose la vuelta mientras la niña se quitaba la ropa. —Mi mayor deseo es que tú y tu maleta hayáis desaparecido de mi vista por la mañana. ¿Qué es eso tan importante que no quieres sacar de la maleta?

—Mi ropa y mis souvenirs.

—¿Souvenirs? ¿Dónde has estado tú?

—En ningún sitio—. Aquella era la primera noche que pasaba fuera del pueblo. —Son los souvenirs de la gente que se ha quedado a dormir en mi casa.

Cuando la niña terminó de cambiarse Sonja le dijo,
—tienes una huella sucia en la mejilla. En esa no, en la otra.
No, eso no es la mejilla, es la frente—. Se pasó la lengua por la yema del pulgar y borró la huella de carbón. —Tienes la cara sucísima. En un hospital hay que estar limpio.

—A mí no me parece muy limpio untarle a alguien saliva por toda la cara—, dijo Havaa con tono desafiante. Sonja sonrió. Quizá la niña no fuera tan espesa como había supuesto.

Cenaron en el comedor que había al final de la planta de trauma donde Sonja hizo ostentación de la tecnología más avanzada de todo el Hospital nº 6, una máquina de hielo industrial que consumía la mayor parte de la energía producida por el generador, pero a cambio proporcionaba agua filtrada. La niña estaba más interesada en la imagen invertida de su rostro en la parte de atrás de la cuchara. —Estamos en diciembre—, dijo —El mundo entero es una máquina de

hielo.

—Te veo muy pragmática ahora.

La niña le hizo una mueca a la cuchara. —¿Los dedos pueden volver a crecer?—, preguntó poniendo la cuchara sobre la mesa.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

La niña pensó en los dedos perdidos de su padre. —No sé.

—¿Cómo es que conoces el aspecto de una anémona marina? El mar más cercano está a varios países de aquí.

—Me lo ha dicho mi padre. Es arbolista. Lo sabe todo sobre los árboles. Yo todavía soy sólo minimalista.

—¿Sabes qué significa eso?

Havaa, que esperaba la pregunta, asintió. —Es una forma amable de decir que no tienes nada.

—¿Te lo ha dicho tu padre?

De nuevo asintió mirando la cuchara que reflejaba su imagen invertida. Su padre era tan listo como el diccionario que tenía encima de la mesa. Todas las palabras que conocía venían de él. Nadie podía quitarle lo que le había enseñado, lo cual hacía que las palabras que le había obligado a memorizar, recitar y definir tuvieran por primera vez una importancia enorme. —Me lo ha enseñado todo sobre minimalistas y arbolistas y biologistas y cientifistas y economistas y comunistas y obstruccionistas y terroristas y yihadistas.
Yo le enseñé cosas de los marino-anemonistas.

—Parece que sabes un montón de palabras importantes.

—Es muy importante saber palabras importantes—.
La niña repetía la máxima de su padre. —Una vez que te metes algo en la cabeza ya nadie puede quitártelo.

—Hablas como una auténtica solipsista.

—No quiero aprender palabras nuevas de ti.

Sonja metió los platos en una palangana de agua tibia. Detrás, la niña guardaba silencio. —Así que tu padre es arbolista—, dijo mientras frotaba las cucharas con un estropajo gris. No era una afirmación ni una pregunta sino más bien un puente en el silencio. La niña no respondió.

Cuando volvieron a la consulta de geriatría le regaló a la niña una Barbie rubia de la sección de objetos perdidos. Había pertenecido a la hija de un católico devoto de Varsovia que creía en la existencia de una conspiración de fabricantes de juguetes para convertir a su hija de diez años al paganismo, de modo que había acabado por empaquetar todos sus juguetes, excepto las figuritas del portal de Belén y, embargado por el espíritu de la caridad cristiana, los había enviado a un país de infieles donde no podrían corromper el alma de los niños porque ya estaban condenados de todas formas. La muñeca, vestida

con un traje de noche y adornada con una tiara, parecía sorprendentemente dichosa a pesar de su demacrada figura. La niña inspeccionó la muñeca, desconfiada ante esa visión de la humanidad.

—¿Por qué sonríe?—, preguntó la niña.

—Seguramente ha encontrado esa tiara por el suelo y planea venderla para comprarse un billete a Londres.

—O a lo mejor es porque ha matado a un ruso.

Sonja se rió. —Claro, a lo mejor. Podría ser una *shahidka*.

—Sí, es una Viuda Negra—, dijo la niña complacida con la interpretación. —Se coló en un teatro en Moscú y cogió a todo el mundo de rehén. Por eso lleva un vestido y joyas.

—¿Y dónde están los rehenes? No los veo. ¿Por qué iba a estar sonriendo si no?

La niña fijó la mirada en los dientes antinaturalmente blancos de la muñeca. —A lo mejor se muere de hambre y se acaba de comer un pastelito.

—¿Qué tal una galleta?— se le ocurrió a Sonja de pronto.

—Probablemente sonreiría si se comiera una galleta.

—¿Y tú?

La sombra de la cabeza de la niña todavía se movía de arriba a abajo cuando Sonja sacó del cajón superior izquierdo de la mesa una barra energética con sabor a chocolate pensada para corredores de maratón. Eran la última moda en los envíos de ayuda humanitaria. La niña masticó la densa pasta e hizo una mueca. —¿Qué es esto?

—Una galleta.

Traicionada, negó con la cabeza con los ojos muy abiertos. —Esto *no* es una galleta.

—Es como una galleta. Tiene sabor a galleta.

—¿Cómo puede algo tener sabor a galleta pero no ser una galleta?

—Hay científicos y doctores que saben hacer que una comida sepa a otra.

—¿Tú sabes hacer eso?

Ojalá pudiera. —No soy de ese tipo de doctores.

La niña probó otro bocado y luego dobló el envoltorio alrededor del resto y lo metió debajo de la almohada.

—No está tan malo—, dijo Sonja molesta por el delicado paladar de la niña.

—Lo voy a guardar.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

La niña se removía entre las sábanas pero aún así se quedó dormida antes. Sonja cerraba los ojos con fuerza y apretaba la cara

contra la almohada pero no conseguía obligarse a dormir. Sólo sabía dormir sola; desde su regreso de Londres hacía ocho años sus amoríos esporádicos nunca habían sido lo suficientemente serios como para quedarse a dormir. Suspiró. Cuando Deshi la había despertado aquella mañana nunca habría imaginado que el día terminaría con ella intentando dormir al lado de aquella cosa extraña.
A pesar de todo, la ayuda de Akhmed le venía bien. Necesitaba otro par de manos, por muy temblorosas e inexpertas que fueran. No pensaba admitírselo a él. Tenía que endurecerlo, tenía que enseñarle que salvar una vida y cuidar una vida son procesos diferentes, y que para tener éxito en el primero uno debe deshacerse de la empatía necesaria para el segundo.

Las mantas transmitían la forma de la niña, la marca que dejaba en el colchón, el suave calor que emanaba de su piel. Sonja no la quería allí, no podía imaginarse qué había visto o qué no había visto, qué sabía o qué ignoraba, que la había puesto en el punto de mira de los federales. En algún lugar un coronel daba vueltas en la cama y quería encontrar a Havaa tanto como Sonja quería perderla de vista. Estaba dispuesta a cambiar tranquilamente a la niña por Natasha, o por sus padres, o por un billete a Londres, o por una noche de sueño decente. Havaa había perdido a su padre y ella a su hermana, y aunque la experiencia compartida podía conducirlas a sentir compasión la una por la otra, Sonja se sentía engañada. Aquella tarde había flotado hasta el pasillo con polillas revoloteando en el límite de su visión y la esperanza de que el desconocido trajera algún tipo de información. Natasha se había llevado su Samsonite al desaparecer el diciembre pasado. No había dejado una nota, una despedida, una explicación. Ni siquiera debajo del sofá, donde Sonja había buscado con el palo de una escoba con la vana esperanza de que el viento hubiera escondido allí el adiós de su hermana. Era como si hubiera abierto la puerta del almacén de la cuarta planta y se la hubiera tragado la tierra. Zas, y ya no estaba. No había informe de arresto, ni registro de salida en la frontera, ni cadáver y aquella falta de pruebas era suficiente como para que Sonja no perdiera la esperanza de que el próximo paciente que atravesara la sala de espera y entrara por las puertas batientes de la sala de trauma fuera Natasha. Pero tenía que haber algún tipo de cuota. Un límite de milagros que se le conceden a cada vida. ¿Cuántas veces puede reaparecer un ser querido?

La luz de la noche cubría a la niña de un tono verdoso. Sus mejillas suaves y limpiadas con saliva no daban pistas acerca de los sueños que poblaban su cabeza. Si llegaba a la edad adulta lo haría con doscientos seis huesos. Dos millones y medio de glándulas sudoríparas. Noventa y seis mil kilómetros de vasos sanguíneos. Cuarenta y seis cromosomas. Siete metros de intestino delgado. Seiscientos seis músculos diferentes.

Cien mil millones de neuronas cerebrales. Dos riñones. Un hígado. Un corazón. Cien billones de células que morían y eran reemplazadas una y otra vez. Sin embargo, por mucho que desmembrara y cuantificara el cuerpo de la niña no podía saber cuántos años esperaría antes de casarse, si se casaba, o cuántos hijos tendría, si los tenía; entre la creación de su cuerpo y su final se extendía el misterio que la niña se pasaría la vida desentrañando. De momento, dormía.

4

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Una silueta embutida en un familiar chaquetón azul marino se perfiló contra el horizonte blanco. Hasta hacía dos mañanas, Akhmed habría saludado a su amigo con la mano y se habría acercado a él para darle los buenos días. Habría caminado hasta que la sombra desapareciera del rostro de Khassan, y después un poco más para poder hablar en voz alta sin temores ni vacilaciones. Así habría sido hasta hacía dos mañanas. Estas eran sus reflexiones mientras corría hacia el bosque y se escondía detrás de un tronco gris la mitad de ancho que él. Se acuclilló detrás del árbol jadeando al aire del amanecer con la esperanza de que Khassan, que había sido francotirador en la Gran Guerra Patriótica, no le hubiera visto huir. Se sujetó la mandíbula entre las manos preguntándose si a partir de entonces su vida consistiría en escapar al bosque al más mínimo ruido.

Tres golpecitos sonaron en el tronco del abedul. —¿Hay alguien en casa?—, preguntó el anciano. Akhmed se puso de pie y miró a su alrededor avergonzado. Sus huellas conducían directamente al árbol. Khassan habría podido seguirle la pista hasta con unos prismáticos al revés.

—Hace frío para salir tan temprano—, dijo Akhmed. Mientras volvían a la carretera de servicio no se atrevía a mirar a Khassan a la cara. El cuerpo del anciano aún llenaba su chaquetón y en cada mano llevaba una pesa de dos kilos. A sus setenta y nueve años, veinte más que la esperanza de vida del ruso medio, según le gustaba señalar, Khassan todavía realizaba la rutina de ejercicios que empezó en el ejército medio siglo antes. Cincuenta sentadillas, abdominales y flexiones y una carrera de cinco kilómetros que con los años se había reducido a una caminata a paso tranquilo.

—He tenido las pelotas congeladas en Polonia, en la Alemania nazi y en Kazajistán. Se me han congelado en nueve husos horarios diferentes. Pero ahora…—. Suspiró y se miró la entrepierna con tristeza. —Ahora soy demasiado viejo y ya no las necesito, ¿qué me importa si se congelan?

Desde niño a Akhmed le fascinaban las historias de los dieciséis años de odisea de Khassan. Para alguien que ni siquiera había estado en Grozni, los viajes de Khassan eran pura leyenda. En 1941 el Ejército Rojo le dio cinco balas y la orden de coger un arma de entre los muertos. Arrancó un fusil de unos dedos congelados en Stalingrado y se abrió camino a tiros hasta Alemania a través de Ucrania y Polonia. Por el camino, tuvo que sacarse dos balas del muslo izquierdo, perdió tres amigos por hipotermia, mató a veintisiete alemanes a balazos, a cuatro a cuchillo y a tres con sus propias manos, luchó a las órdenes de cinco generales, liberó dos campos de concentración, oyó las voces de innumerables ángeles en la explosión de un proyectil de mortero y cagó en un retrete del Reichstag, momento conmemorativo de la victoria final. Después de sus años de servicio volvió a una Chechenia sin chechenos. Mientras luchaba, mataba y cagaba en nombre de la Unión Soviética, Stalin había acusado al pueblo checheno al completo de colaboración étnica con el enemigo fascista y lo había deportado a Kazajistán y Siberia. Su comandante, al que había salvado el pellejo en dos ocasiones, pasaría los siguientes treinta y ocho años de su vida trabajando de maletero en la estación de Liski, donde la imagen de las vías del tren perdiéndose en el horizonte clavadas en el sol le recordaría diariamente la desgraciada mañana en la que había tenido que embarcar a Khassan, el mejor soldado al que había tenido el honor de escupir órdenes, en dirección a Kazajistán en un tren cargado hasta los topes de médicos rusos, prisioneros de guerra alemanes, soldados del ejército polaco y judíos. Los padres de Khassan no habían sobrevivido al reasentamiento, así que cuando en 1956, tres años después de la muerte de Stalin, Kruschev autorizó la repatriación de los chechenos, Khassan desenterró sus restos, los metió en una maleta marrón y se los llevó a casa.

—Según te he oído contar—, dijo Akhmed, —no se te congelaron precisamente por falta de uso.

Khassan sonrió. —Gracias a Dios que las fronteras están cerradas. De lo contrario vete a saber cuántas frauleins me estarían buscando para que les pagase la dote.

Las nubes tenían venas de color violeta. Akhmed buscó algo que decir, una frase que los sacara del sumidero de la desaparición de Dokka. —¿Cómo va tu libro?

Khassan dio un respingo. No había sido la frase adecuada. —Lo voy a dejar—, dijo.

—¿No se escribe solo?

—La historia se escribe sola. No le hace falta mi ayuda.

—Pero es el trabajo de toda una vida.

—Como si te pasas la vida limpiando meados en un cuarto de

baño. El trabajo no se vuelve trascendental porque te pases la vida haciéndolo.

Khassan llevaba cuatro décadas escribiendo y rescribiendo una investigación sobre la historia de las tierras de Chechenia en seis volúmenes, tres mil trescientas páginas en total. Akhmed era sólo un niño cuando vio las primeras páginas de la obra. Después de que el cáncer se llevara a su madre por delante, Akhmed y su padre solían cenar una vez por semana en la casa de tres habitaciones que el padre de Khassan había construido, en una época en la que se esperaba de un hombre que cultivara su propio maíz, criara sus propias ovejas y construyera su propia casa. Guardado en ocho cajas de cartón bajo el escritorio de Khassan, había un borrador parcial escrito a mano con la cuidada letra de una carta de pésame. Akhmed lo descubrió una tarde mientras su padre y Khassan estaban sentados fuera, cotilleando como viudas bajo el sol de junio. Cada tarde, mientras Khassan daba clases en la universidad de la ciudad, Akhmed se colaba en el estudio y robaba una página. La leía por la noche, después de hacer los deberes, y la cambiaba por otra al día siguiente. La historia de Khassan comenzaba en la época anterior al ser humano, cuando la flora y la fauna de Chechenia convivían en una sociedad igualitaria y sin clases. En una disertación de veinte páginas sobre la geología del Cáucaso, Khassan demostraba que las rocas y la tierra respetaban los patrones del materialismo dialéctico propuesto por Marx. Una explicación de siete páginas de la teoría de la selección natural comparaba a los *kulaks* con una especie que no había sido capaz de adaptarse a los cambios de su entorno. Akhmed leyó un total de setenta y tres páginas, y no había llegado más que al Neolítico cuando Khassan descubrió que faltaban algunas, para ser exactos, las tres que Akhmed había perdido, dos que había convertido en aviones de papel y una descripción del bosque de Eldár antes del advenimiento de la sierra mecánica, tan hermosa que se había visto obligado a quedársela. Khassan quemó la obra en la estufa de leña creyendo que el culpable había sido un chivato de la policía secreta.

—Tienes que terminarlo—, le rogó Akhmed, no muy seguro de que el anciano estuviera hablando en serio. El único Khassan que conocía era el Khassan obsesionado con escribir un libro de historia que, incluso si llegaba a publicarse, nadie leería. Un Khassan que renunciara al uso de sus piernas no le resultaría más ridículo.

—Tienes razón—, dijo Khassan. Los labios entreabiertos dejaban ver una dentadura de color aceite de cocina. El dentista de la ciudad estaba tan enamorado de los dientes de su joven clientela femenina que era incapaz de mirar dentro de la boca de un anciano más de unos segundos sin sentirse asqueado y traicionado. Jamás le había recetado hilo dental a Khassan. —Y lo siento, Akhmed. Lo de Dokka.

—¿Lo han llevado al Vertedero?

Khassan se encogió de hombros. Ambos sabían la respuesta, pero eso no lo hacía más fácil de aceptar. —No lo sé. Yo no sé nada.

—¿Puedes preguntarle a Ramzan…?— ¿Qué podía preguntarle? Ramzan no tenía respuestas; la oscuridad por la que transitaba era un tono más oscura que la de ellos dos. —¿Puedes pedirle que deje a la niña en paz? Ya no está.

—Ramzan no ha oído mi voz desde que empezó a pasar información, hace un año, once meses y tres días. Llevo la cuenta de los días de mi silencio. Es una idiotez, ya lo sé, pero el silencio es la única autoridad que me queda.

Miraron cada uno más allá del otro, hacia el bosque que se extendía a ambos lados de la carretera, avergonzados e incómodos. —Me he convertido en un apestado. Soy el padre de un chivato. Tú y mi hijo sois los únicos dispuestos a dirigirme la palabra en todo el pueblo, y con él no puedo hablar. Hace un año, once meses y tres días que las únicas conversaciones que tengo son contigo. Tú aún me hablas. ¿Por qué?

Akhmed fijó la vista en los árboles. Ignoraba la respuesta. Ignoraba que al regresar a casa aquella mañana, Khassan escribiría todo lo que recordaba de aquella conversación en un código que Ramzan no sabía descifrar, o que después lo leería sin decir una sola palabra en voz alta para que, incluso sobre el papel, su intercambio contribuyera a mantener en alto aquel telón de silencio. Sólo sabía que Khassan era su amigo, que era un hombre decente y que eso es tan raro como una nevada en mayo.

—No hace ni un momento has huido de mí—, dijo Khassan antes de que Akhmed pudiera responder. —Lo entiendo.
Mi hijo es débil y cruel. No pasa nada. Últimamente he estado pensando en la Fiesta de los Sacrificios. En los campos de reasentamiento la celebrábamos a escondidas y, a falta de un cordero, sacrificábamos un perro salvaje. Me pregunto si a Ibrahim le sudarían las palmas de las manos mientras conducía a su hijo hacia la cima del monte. ¿Le diría que iban de paseo? ¿Llevarían agua? Creo que tuvo que estar tanto tiempo contemplando el puñal, y con tal furia en la mirada, que al final su reflejo se hizo parte de la hoja. Creo que cuando desenvainó el cuchillo y reconoció en él su propia cara, una sensación de alivió debió reemplazar al horror que sentía. Estoy seguro de que supo que él mismo se había convertido en lo que tenía que hacer, tal era la importancia de la tarea, y por eso se ofreció a sí mismo, no sólo a su hijo, al filo del *kinzhal*.

Khassan se agachó y metió las manos desnudas en la nieve hasta los antebrazos. Las dejó allí en lo que un extraño habría interpretado como una muestra de resistencia, pero por el contrario era, como

Akhmed sabía, un ritual íntimo de expiación. El prestigio de Khassan estaba destrozado más allá de lo que Akhmed podía ver, comprender, o menos aún arreglar. —Camina por los dos lados de la carretera para que nadie pueda seguir mis huellas—, le pidió Akhmed. —Estaré fuera todo el día. Asegúrate de que nadie sepa dónde voy. Hazme ese favor.

Khassan asintió con la cabeza. Sacó dos puñados de nieve y se los apretó contra los ojos. La nieve derretida le resbalaba por las muñecas. —Que Ibrahim estuviera dispuesto a sacrificar a su hijo no es difícil de entender. Su hijo era inocente. Es mucho más difícil cuando sabes lo que tu hijo te haría si sobreviviera. Cuando sabes qué pasaría si de pronto un ángel te arrebatara el cuchillo de la mano.

Falange distal, falange proximal, metatarsiano, primera cuña (medial), navicular, astrágalo, calcáneo. De camino al hospital, Akhmed recitó los huesos que forman el dedo gordo del pie y después siguió un rastro de términos latinos en dirección norte hacia el tobillo. Antes de salir esa mañana, había arrancado media docena de diagramas de su viejo manual de anatomía y los iba estudiando por la carretera, levantando la vista cada pocos segundos para comprobar que no hubiera minas. Tenía que estar listo para cualquier prueba que Sonja pudiera hacerle. El sol estaba alto en el cielo cuando llegó al hospital y el guarda, cuyo brazo izquierdo terminaba en el codo, lo detuvo.

—¿Aquí?—, preguntó irritado. —He andado casi hasta Turquía para evitar los controles.

El guarda tenía el puño de la chaqueta cosido al hombro. La fina barba que le colgaba desde el mentón parecía la cola de una ardilla que hibernara en su boca. —Sácate las esquirlas de cristal de la suela de las botas— le ordenó.

—No te preocupes—, dijo Akhmed. —Soy el médico.

—No, el médico es Sonja—, le corrigió el guarda. —Tú eres el idiota con esquirlas de cristal en las suelas de las botas. Ahora te sientas en ese banco y con aquellos alicates te las sacas todas si quieres entrar en el hospital.

No había manera de caminar por la ciudad sin llenarse las suelas de los zapatos de trozos de cristal, y el guarda, aunque había luchado con los rebeldes durante dieciocho arduos meses y había presenciado y tomado parte en todo tipo de atrocidades, tenía miedo de Sonja y de lo que haría si encontraba cristales por los pasillos del hospital. Observó cómo Akhmed se arrancaba un total de catorce fragmentos y los depositaba en un cenicero.

Akhmed suspiró abatido. Su primer día como médico de hospital no empezaba muy bien. —Dime una cosa—, le preguntó al guarda señalando con la cabeza al brazo ausente, —¿te pagan la mitad del sueldo?

El guarda no había recibido una nómina en sus treinta y un años de vida y, de haberlo hecho, no habría sabido qué hacer con ella. Dentro de tres años, cuando el hospital comenzara a emitir nóminas de nuevo, empezando por un enorme cheque por el valor de nueve años de sueldos atrasados, el guarda pondría el suyo en un marco y lo colgaría en la pared de su casa sin cobrarlo siquiera. Durante el resto de su vida no volvería a confiar en los números que la gente escribe en los papeles. —A mí deberían pagarme más que a ti—, dijo sonriendo, —hasta yo sé que lo primero que hay que hacer con un paciente que no responde no es precisamente pasarle un cuestionario.

A Akhmed no se le había quitado aún el rubor de la cara cuando cruzó las puertas del hospital. La cabeza de Havaa chocó contra su estómago como una bala de cañón.

—¡Has vuelto!—, exclamó sin aliento por la carrera a través de la sala. Él le pasó los dedos por el pelo. El cabello de la niña y el dorso de su mano eran del mismo color almendra. Había estado tan ocupado con la nomenclatura latina que se había olvidado de ella y su respiración se ralentizó mientras la niña apretaba el torniquete de sus brazos alrededor de la cintura. Ella no le había olvidado ni un momento.

—Claro que he vuelto. ¿Dónde iba a ir?

—¿Él ha…?—, la niña dejó la frase en el aire. Akhmed le apretó el hombro tratando de consolarla.

—Nos quedaremos un poco más de tiempo, ¿vale?

—Supongo—, respondió. Aflojó el abrazo y se apartó de él mientras el entusiasmo anterior se le esfumaba de la cara.
La maleta azul estaba al lado de la silla plegable en la que había estado sentada.

—¿Planeas ir a algún sitio?

—Por si nos íbamos a casa—. Akhmed le apretó el hombro de nuevo pero el gesto era inútil y superficial y más bien reafirmaba la impotencia que la niña parecía producirle.

—¿Qué tal la noche?—, le preguntó intentando alegrarla, —¿se convirtió Sonja en un murciélago al caer el sol?

Ella negó con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí—, dijo Havaa en un susurro. —Se puso en plan aburrido. No paraba de hablar de su máquina de hielo. Y además me llamó solipsista.

Akhmed la siguió por la sala de espera hasta una zona de sillas plegables con la pintura resquebrajada y se sentó a su lado. Ella levantó la maleta del suelo, se la colocó en el regazo y le pasó los brazos alrededor. —¿Quieres que te lleve eso a tu cuarto?— le

preguntó. Ella rechazó el ofrecimiento con una sola, lenta y abatida sacudida de la cabeza, puso la maleta de lado y la abrazó. —¿Sabes lo que podrías hacer?—, le preguntó de pronto volviéndose hacia ella. —Podrías enseñar al guarda de la puerta a hacer malabares.

—Pero si sólo tiene un brazo.

—Pero tiene muchas ganas de aprender. Lo del brazo le da vergüenza, por eso al principio dirá que no. Tienes que insistir.

—Ser insistente se me da muy bien.

—Ah, ¿sí?

—Mi padre dice que ser insistente es una manera educada de ser irritante.

—En eso eres buena, ¿no?

La niña reconoció su considerable talento con una ligera sonrisa. Las puertas batientes de la sala de trauma se abrieron dando paso a Sonja, y la sonrisa en la que Akhmed llevaba un rato trabajando se marchitó completamente. A cada paso que daba crujía su inmaculada bata de quirófano. En sus ojos había una red de venitas de color rosa. —Llega tarde—, le espetó, sin darse cuenta de la importante labor que Akhmed estaba llevando a cabo con Havaa allí, en las sillas de la sala de espera.

Le hizo a Havaa un gesto con las cejas y siguió a Sonja por un pasillo revestido de un intenso olor a amoníaco. Entraron en el comedor de empleados, donde la famosa máquina de hielo ronroneaba en una esquina. Había sábanas y toallas puestas a secar en cuerdas e instrumentos plateados metidos en agua hirviendo. Las ventanas estaban cubiertas con cinta americana y la luz de emergencia arrojaba un deprimente halo azul sobre las paredes. Akhmed había creído que incluso en tiempos de guerra el Hospital nº 6 sería un lugar con algo más de glamour.

—¿Fue todo bien con Havaa anoche?

Sonja le respondió sin volverse mientras comprobaba si las sábanas estaban secas. —Digamos que no tiene mucha experiencia como huésped—, dijo. Le pasó unas cuantas batas del tendedero. Aún estaban húmedas.

—¿Y la bata que usé ayer?—, preguntó. —La dejé en un armario en el pasillo.

—No puede usarla hoy. Tiene que estar limpia. Y es igualmente importante que esté blanca.

—¿Por qué blanca?

Sonja se apoyó contra la pared y metió las manos en los cavernosos bolsillos de sus pantalones de quirófano. Él se concentró en su cara como si fuera a pintarle un retrato, toda la atención puesta en los ángulos, detalles y volúmenes de sus facciones. Lo que fuera con tal de

no tener que enfrentarse a sus ojos.

—Nuestra apariencia es tan importante como cualquier otro aspecto de nuestro trabajo. Los pacientes tienen que creer que actuamos igual que en cualquier hospital de Omsk—,
respondió mientras sacaba un cigarro de las profundidades de sus bolsillos.

—¿Entonces la sensación de profesionalidad es más importante que la profesionalidad en sí misma?—. Por fin una idea que estaba dispuesto a respaldar.

Ella levantó la barbilla y lanzó una columna de humo hacia el techo. —Somos tres personas a cargo de un hospital que necesita una plantilla de quinientas. Necesitamos aparentar que somos unos consumados profesionales porque sólo así conseguiremos que alguien se trague que lo somos.

—Por lo tanto, ahora mismo, dado que usted está fumando y yo no, soy el más profesional de los dos, ¿no?

La risa de Sonja sonaba más agradable cuando no era a su costa. Observó con satisfacción cómo apagaba el cigarro en un charco de agua de los tendederos y arrojaba la colilla a la papelera. —Está usted caminando dos pasos por delante de su sombra.

—Respecto a eso, se me ha ocurrido que, ya que hoy es mi primer día, quizá fuera buena idea que no trabajara directamente con los pacientes aún.

—Seguramente es la mejor idea que ha tenido usted en toda su vida—, respondió ella pasándole el resto de las batas. Tardó en apartar la mirada mientras él se cambiaba.

Uno a uno, la fila de pacientes fue pasando por la sala de traumatología —un joven con una fuerte tos tuberculosa, una anciana cuyo cabello se había incendiado, dos adolescentes que se habían destrozado las caras a golpes como parte de las negociaciones sobre la propiedad de una pata de gallo de la suerte—. Akhmed daba gracias por no haber tenido que atender a ninguno. Seguro que era estupendo llevar de nuevo el estetoscopio al cuello, pero era mejor todavía andar por el comedor, donde lo peor que podía suceder era que Deshi le soltara algún improperio. Se pasó la mañana siguiéndola y asintiendo educadamente mientras ella culpaba a los rusos de varias calamidades mundanas y de algunas otras —los volcanes, el invierno, la artritis que sufría en las caderas— que caían más bien dentro de la jurisdicción divina.

—Si se pudiera, le echaríamos la culpa a los rusos hasta del estreñimiento—, dijo.

—La tienen. Ya casi no comemos fibra—. Cogió unos pantalones de color marrón de la montaña de ropa que había en el suelo y vació los

bolsillos sobre el mostrador. Un papel plegado, calderilla, llaves, tarjetas de plástico, pelusas, todo acabó en la papelera menos el carnet de identidad y el dinero suelto.

—¿Había algo de valor?—, preguntó. Era el decimocuarto par de pantalones que Deshi vaciaba sobre el mostrador aquella mañana, el decimocuarto par que registraba en busca de tabaco, dinero, cualquier cosa que el dueño no hubiera usado antes de dejar este mundo. —¿Un billete de avión quizá?

—Un billete de avión—. Deshi hizo un gesto con la mano como para alejar el mismo aliento que transportaba una pregunta tan estúpida. —¿Adónde iba a ir este hombre de todas formas?

—No lo sé. A Grozni.

—¿A Grozni?—, lo miró boquiabierta. Cada sábado desde 1976 hasta finales de 1978 Deshi se había reunido con el séptimo de sus doce grandes amores, un geólogo petrolífero, en una suite del Hotel Intourist de Grozni, hasta la noche del sábado en que entró en la habitación para descubrir al geólogo ocupado con otra enfermera. Jamás perdonaría a la ciudad de Grozni por dar cobijo a semejante hombre. —¿Habla en serio este hombre?

—Nunca he ido a Grozni—, dijo Akhmed.

—Si este hombre pudiera ir a cualquier parte, ¿escogería ir a Grozni?

—Nunca he estado allí—, respondió en voz baja. En los quince años que habían pasado desde que abandonara la Facultad de Medicina, había olvidado lo grande que era el mundo más allá de su pueblo, lo pueblerina e insignificante que era su minúscula vida en comparación con prácticamente cualquier cosa. Deshi, que a juzgar por su tono de desaprobación no se conformaría con menos de una vuelta al mundo, se lo recordó inmediatamente.

—Es increíble—, dijo con un suspiro antes de darle la espalda. Inspeccionó el carnet de identidad por si pertenecía a alguien conocido y lo arrojó a una caja de zapatos en la que había varias docenas más. Era un gesto sencillo, poco más que un simple movimiento de dedos, realizado sin malicia, sin desprecio, pero con total desinterés, que sin embargo le atravesó el corazón a Akhmed como una aleta corta el agua. En aquella indiferencia veía la realidad de un mundo en el que se negaba a creer, un mundo en el que era posible descartar a un ser humano como a la pelusa del fondo de un bolsillo. Sin embargo, Deshi ya no le prestaba atención.

—Grozni—, masculló entre dientes. —Menudo médico idiota y estrecho de miras. Seguro que su remedio para la neumonía son las bayas de *kalina*. Y vaya gárgola que le cuelga de donde debería tener la nariz. Es tan enorme que seguro que ni se le mojan los pies en medio de un chaparrón.

Le dio la vuelta a los pantalones y los estiró sobre el mostrador. Había un bulto cosido con hilo negro que sobresalía de una de las perneras por debajo de la rodilla. Deshi cortó la costura con una hoja de afeitar y sacó unos cuantos billetes arrugados y un trozo de papel plegado. A Akhmed se le hizo un nudo en el estómago, cuando ella estiró la mano para arrojarlo a la papelera. —Espere—, dijo. Sabía lo que había escrito en aquel papel, así como sabía que el momento de cumplir cualquier última voluntad ya había pasado, pero preguntó de todas formas. —¿Qué dice esa nota?

Deshi frunció el entrecejo —*Calle del 25 de Octubre número 901, Shali. Devuelvan mi cuerpo a mi familia*. Demasiado tarde, amigo mío. Te tenías que haber cosido la nota por fuera de la ropa.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Ya estará en las nubes. Es un sacrilegio, lo sé, pero incineran casi todos los cuerpos no reclamados. Hoy día es casi imposible encontrar una bolsa para cadáveres. Los federales las confiscan para fabricar *banyas* de campo cuando están de patrulla. Es la cosa más rara que he visto en mi vida. Trescientos soldados desnudos como el día en que vinieron al mundo, metidos en bolsas negras de plástico que atrapan el vapor de agua vertida sobre unas cuantas piedras puestas al fuego. Sólo a un ruso podría gustarle pasar el rato dentro de una bolsa para cadáveres.

Mientras la enfermera doblaba el papel y lo tiraba a la basura, Akhmed quería alargar la mano y atraparlo antes de que cayera y se confundiera con las últimas palabras de otras dos docenas de hombres que habían muerto lejos de sus pueblos, que habían sido arrojados a un horno por desconocidos, que habían recibido sepultura en un sudario de nube y no regresarían a casa hasta la próxima nevada. También Akhmed llevaba su dirección escrita en una tira de papel doblada y cosida a la pernera izquierda del pantalón, donde le rozaba la pierna a cada paso mientras esperaba al alma caritativa que devolviera su cuerpo si un día moría lejos de casa.

—¿Cómo se llama?—, preguntó. Aquel hombre tenía una hermana en Shali que habría entregado gustosamente su agencia de viajes, ya por entonces no más que un nombre que había gozado de prestigio tiempo atrás, a sus suegros y nueve décimas partes de su alma inmortal a cambio de aquella nota que ahora yacía en el fondo de la papelera, aunque sólo hubiera sido por cumplir el último deseo de aquel hermano por quien, a su pesar, tan poco había hecho en vida.

En la caja de zapatos había ocho filas de carnets de identidad. Deshi cogió uno al azar, lo sostuvo a la luz y lo devolvió con los otros. —Es uno de estos—, dijo.

Sonja pasó la tarde en el quirófano mientras Akhmed pasaba la suya en el comedor llenando cestos de mimbre con sábanas dobladas.

Al principio había protestado un poco porque consideraba que aquel era un trabajo propio de una criada, pero Sonja le recordó que esa era una de las pocas tareas para las que estaba cualificado. Mientras trabajaba se imaginó a su mujer tumbada sobre una sábana grisácea, con la cabeza apoyada en su almohada favorita de las dos que tenían, la de gomaespuma rígida que a él le producía tortícolis siempre que se dormían compartiéndola. Si se sentía con fuerzas, a veces cogía uno de los libros de arte de una pila junto al cabecero de la cama. Aquellos libros de tapa dura encuadernados en tela contenían un mundo de estatuas de mármol, grabados, campos de lirios, ramos de flores, generales desaparecidos tiempo atrás y plácidos paisajes por los que se pavoneaban aristócratas con extraños sombreros. Por las noches le describía las escenas como si en realidad tuviera alguna idea de lo que estaba diciendo y se inventaba las biografías de los personajes de los retratos, un misterio para cada mirada de cada cuadro. Desde que comenzó a saltarse las clases del primer año de patología para asistir a las de pintura de naturaleza muerta siempre había sentido un creciente interés por el arte y, para un hombre que jamás había estado en Grozni, tenía una nada desdeñable colección de libros de arte. Cada mañana reordenaba los libros para que el primero que cogiera resultara nuevo para ella.

Dobló una sábana y la puso con las demás. ¿Cuándo le había cambiado las sábanas a Ula por última vez? Hacía diez días por lo menos. Ella casi nunca se apartaba de su lado de la cama, así que cuando la tumbaba en el sofá del salón y retiraba las sábanas del colchón siempre encontraba su amarillenta silueta grabada en sudor sobre la tela. Aquella huella oscura y almizcleña era tan concreta, tan irrevocablemente Ula, que a menudo se resistía a lavarla, pero al final, regañándose por su sentimentalismo, llenaba el fregadero con agua y jabón, metía dentro el contorno de su esposa y lo veía disolverse. La estaba perdiendo gradualmente. Unos cuantos pelos marrones que languidecían sobre la cama, algunas medias lunas de uñas mordidas arrojadas por detrás del cabecero, una silueta que desaparecía en agua jabonosa; igual que una red es poco más que agujeros cosidos entre sí, ellos estaban unidos por algo que ya no existía. Los platos que no preparaban ni consumían no eran más que cartulinas con recetas de cuatro o cinco ingredientes guardadas en la alacena de la cocina.

Los paseos que no daban, los bosques en verano, los matorrales por los que sus piernas no se abrían paso. Las discusiones no discutidas, nada que uno de los dos quisiera ganar o ceder. El amor no hecho, deseado, imaginado ni llorado. La enfermedad le había devuelto una inocencia que él no quería contaminar, y la calidez del cuerpo de Ula envolviendo el suyo era un fragmento de sus vidas arrancado de sus recuerdos.

Todo comenzó en la primavera de 2002, un año después de la *zachistka* que se había cobrado las vidas de cuarenta y un habitantes del pueblo, la mañana en que se quedó dormida y no se levantó a desayunar. —Me encuentro mal—, murmuró.

Él le hizo una taza de té y la puso sobre la mesilla de noche.

De haber sabido que aquella era la primera de los cientos de tazas que le llevaría a la cama, habría preparado un té más amargo. Le tomó la temperatura, el pulso y la presión sanguínea: todo era normal. Tenía los ojos claros y el tono de piel habitual.

No era capaz de describir sus dolores de forma coherente.

Era como si tuviera en su interior una canica que rodara del tobillo a la rodilla y de allí a la cadera y volviera a bajar. A veces todo el dolor se concentraba en los dedos de los pies. O en los de las manos. O en los riñones. O en los codos. Finalmente se asentó en algún lugar entre el pecho y el estómago aunque los lunes se pasaba a las piernas. El dolor no es causal sino sintomático, hasta él lo sabía, por lo que la única conclusión razonable era que la enfermedad estaba asentada en su mente. Sin embargo, aunque no creyera que su esposa estuviera físicamente enferma, no podía negar la realidad de su sufrimiento. El año anterior, la *zachistka* se había llevado por delante a un tercio del pueblo. Los ángeles descendieron. Los profetas hablaron. La verdad era sólo una de tantas alucinaciones.

Las primeras semanas se negó a recurrir al Hospital nº 6. Quizá se hubiera licenciado entre los diez últimos de su promoción pero aún así estaba cualificado para ejercer la medicina. Y además, aunque no siempre supiera lo que hacía, era un médico decente. ¿Qué diría la gente si se enteraba de que no era capaz ni de diagnosticar a su propia esposa?

Los pacientes ya rara vez le pagaban sus honorarios. Si se corría la voz de que era un inepto, se morirían de hambre. Durante un mes el estado de Ula ni se agravó ni hubo recuperación. Al final de aquella fase estática, aquel purgatorio sin evolución, se convenció finalmente de que aquella enfermedad excedía sus capacidades y se decidió a intentar llevar a su esposa al hospital. Tres veces intentó llegar a Volchansk en la camioneta roja de Ramzan, pero todas las carreteras que llegaban a la ciudad estaban cortadas por controles militares. Se imaginaba maneras de llegar al hospital y las dibujaba en su cuaderno. Literas, túneles, una cometa lo suficientemente grande para cargar la cama de la enferma. Tras el cuarto intento, cuando la carcasa de un proyectil reventó la rueda del vehículo de Ramzan a diez metros de la casa, abandonó la idea. ¿Qué podrían decir los médicos del hospital de todas formas? Con tantos heridos reales que atender lo más seguro era que mandaran a casa a Ula y a su enfermedad fantasma. Se le crispaban los puños sólo con pensar en ella obligada a defender la

existencia de sus dolores.

Durante ocho meses y medio se ocupó de ella con devoción paternal. Sin embargo cada mañana, al colocar la taza de té sobre la mesita de noche, se preguntaba si la privación de alimentos tendría el efecto de revitalizar su mente dolorida, así que diez días antes de que Dokka perdiera los dedos, Akhmed le dejó la taza de té sobre la encimera de la cocina. A medida que pasaba el día ella lo llamaba con gritos cada vez más confusos y angustiados hasta que su nombre dejó de ser su nombre y se convirtió en una palabra que significaba la desesperación más absoluta. Incapaz de soportarlo, se quedó tres noches con la mujer y la hija de Dokka. Al cuarto día volvió a casa y se la encontró en el suelo del dormitorio.

Le estaban saliendo llagas rojas en los omoplatos. Fue entonces cuando comprendió que se pasaría el resto de su vida expiando aquellos tres días y que el resto de su vida no sería suficiente. La levantó del suelo y la metió en la cama. Le trajo un vaso de agua de la cocina y después cinco vasos más.

—Nunca más tendrás que levantarte—, le prometió. Apoyó la cabeza contra su pecho y sintió como su corazón le martilleaba la frente. —Akhmed—, repetía una y otra vez. —Akhmed—. Su nombre se había convertido en una nana.

No volvería a intentar sanar a su esposa a la fuerza.

Ella moriría. Todo moría antes o después. Sin embargo, cuando vaciaba el orinal en el jardín o le lavaba los dientes a pesar de sus protestas, aún sentía punzadas de resentimiento. Ella ya se había ido y sin embargo seguía allí, el fantasma de la esposa que la guerra le había amputado, así que, sin poder llorar su muerte o amarla en vida, la cuidaba y le guardaba rencor. Por eso el día anterior, cuando se había ofrecido a trabajar en el hospital hasta encontrarle alojamiento a Havaa, deseaba que Sonja aceptase su propuesta no sólo por la niña sino también por sí mismo. Aquella mañana, cuando dejó a Ula sola en casa con cuatro vasos de agua y un cuenco de arroz tibio sobre la mesita de noche, dio dos vueltas a la llave de la puerta y se enfrentó al frío del amanecer con la seguridad de que el futuro de Havaa era más importante que el de su esposa y anduvo los once kilómetros que le separaban del hospital con una promesa rota que tan sólo la vida de un niño podía justificar.

Cuando terminó de doblar la última sábana se agachó bajo los tendederos y abrió el armario. Sus pantalones estaban doblados en la repisa de abajo. En la costura interior de la pernera izquierda encontró un bulto familiar. Si moría lejos de casa ojalá le encontrara un alma más caritativa que Deshi.

—Mañana nos vamos a Grozni—, anunció Sonja mientras entraba a toda prisa por la puerta del comedor e inspeccionaba los bisturíes que

Akhmed había hervido.

—¿Se lo ha dicho Deshi?— dijo él, incapaz de ocultar el pánico que surgía en su interior. —Estaba de broma.

Por supuesto que usaría el billete para ir a algún otro sitio. Tiflis. Puede que incluso Estambul.

—¿Los ha hervido durante diez minutos?

—Es una broma, ¿verdad?

Ella le apuntó con la hoja del bisturí de manera demasiado despreocupada para su gusto. —¿Lo de hervir los bisturíes durante diez minutos? En mi vida he hablado más en serio.

—No, lo de Grozni.

—¿Ha hervido o no ha hervido los bisturíes durante diez minutos?

—Sí, pero ¿vamos a ir a Grozni?

Sonja arrugó la frente. Parecía pensar que el que se estaba yendo por las ramas era *él*.

—Le prohíbo que haga más preguntas. Un signo de interrogación en su boca es un arma peligrosa.

—¿Entonces vamos a Grozni?

Sonja se dio por vencida y suspiró. —Sí.

—¿Por qué?

Sacó un encendedor del bolsillo. —¿Usted fuma?

—Soy un fumador excelente—. Hacía ya siete semanas de su último cigarro, y dos meses del anterior, y además, técnicamente habían sido *papirosi*, unos cigarros primitivos con una espiral de cartón por filtro y rellenos de un tabaco áspero que le dejaba con unas nauseas terribles para todo el día.

Quizá inspirada por su anterior despliegue de profesionalidad, Sonja esperó a que llegaran al aparcamiento antes de encender el suyo. Le pasó el paquete. Akhmed conocía el alfabeto latino pero hacía años que no lo usaba. —Duh…

—Dunhill—, dijo ella.

Seleccionó un cigarro de entre las dos rectas filas de la cajetilla y se inclinó hacia el encendedor de Sonja. La primera calada se deslizó por su garganta sin el aroma a decapante de pintura de los dos últimos cigarros que había fumado. Observó cómo la punta se consumía lentamente admirando la calidad del tabaco y de la brasa, agradablemente sorprendido de no sentirse enfermo. —¿Dónde los ha conseguido?—, preguntó.

—En Grozni.

—¿Vamos a Grozni a por tabaco?

Sonrió. —No me creo que si se encontrara un billete de avión lo usara para ir allí.

—Nunca he estado.

—Vamos por otro motivo.

—¿Qué motivo?

En la misma calle, un poco más adelante, el lateral de un edificio había aplastado todos los coches de un aparcamiento. Akhmed tenía treinta y nueve años y siempre había pensado que al llegar a esa edad tendría coche propio.

—Voy una vez al mes a por suministros—, dijo Sonja. —No se trata sólo de tabaco. Prácticamente todo lo que tenemos en el hospital viene de un hombre que conozco que tiene contactos en el exterior. También llamo por teléfono a un amigo que vive en Londres y me pone al día de lo que pasa en el mundo.

—¿Qué pasa por allí?—. Por entonces el mundo exterior no era para Akhmed más que un rumor, un espejismo que comenzaba en la frontera. Treinta y dos años antes, en el aire rancio de su colegio, construido en una manzana que lindaba con una depuradora de aguas fecales y un burdel de leñadores, su profesora de Geografía esperaba que se creyera que la tierra tiene la forma de una pelota de fútbol. Había sido el primero de la clase en aceptarlo, no porque tuviera el más mínimo conocimiento de la ley de la gravedad, sino porque el aire era particularmente hediondo aquella tarde y quería irse a casa. Durante el resto de su carrera, aquella profesora se enorgullecería de ser la primera persona en reconocer las aptitudes de Akhmed para la ciencia.

—El mes pasado me dijo que habían reelegido a George Bush.

—¿Quién es ese?

—El presidente norteamericano—, dijo Sonja mirando a otra parte.

—Yo creía que el presidente era Ronald McDonald.

—¿Lo dice en serio?— Allí estaba de nuevo aquella condescendencia, tan densa que se podía extender con el cuchillo de la mantequilla. Hasta conocer a Sonja, la única mujer que le había hablado así había sido su madre. Y sólo de pequeño. Y sólo cuando no se terminaba el pepino del plato.

—¿No fue Ronald McDonald el que le dijo a Gorbachov que derribara el muro?

—En realidad se refiere usted a Ronald Reagan.

—Los nombres ingleses suenan todos iguales.

—Eso fue hace quince años.

—¿Y qué? Brezhnev fue secretario general durante dieciocho.

—Allí las cosas no funcionan así—, explicó. —Cada pocos años tienen elecciones. Si el presidente no las gana, otra persona se convierte en presidente.

—Ridículo—. El viento se llevaba la ceniza del cigarro y la

esparcía por el aparcamiento vacío.

—Y sólo puedes ser presidente durante diez años—, añadió.

—¿Y después qué pasa? ¿Se convierte uno en primer ministro y luego vuelve a presentarse para presidente?

—No. Creo que uno se retira y ya está.

—¿Me está diciendo que Ronald se retiró después de diez años y se acabó?—, preguntó. Tenía que estar tomándole el pelo.

—Se retiró y George Bush se convirtió en presidente.

—¿Y entonces George Bush mató a Ronald Reagan para impedir que se hiciera con el poder?

—Tampoco. Me parece que eran amigos.

—¿Amigos? Me pregunto cómo pudimos perder la Guerra Fría.

—Tiene toda la razón.

—Y entonces, ¿George Bush lleva de presidente desde que Ronald Reagan se fue?

—No. Hubo otro tipo en medio. Clinton.

—El mujeriego. A ese sí lo recuerdo—, dijo encantado. —¿Y después volvió George Bush?

—No. El George Bush que es presidente ahora es el hijo del primer George Bush.

—Ah claro, por eso no hacen matar al anterior, ¿no? Son todos parientes, como los Romanov.

—Algo así—, dijo ella distraídamente.

—Y entonces, ¿quién es Ronald McDonald?

—¿Sabe usted, Akhmed?—, dijo ella mirándole por primera vez en varios minutos, —está empezando a caerme bien.

—No soy idiota.

—Lo ha dicho usted, no yo.

Sonó una explosión por el este, una larga ola rompiendo a través del cielo.

—Una mina—, dijo ella como si no fuera más que una simple tos. —Más vale que nos vayamos.

Akhmed tiró el cigarrillo sin terminarlo. Era la primera vez que hacía algo así en seis años. Tuvo cuidado de no pisar las esquirlas de cristal mientras la seguía hacia la entrada del hospital.

—Cósase los bolsillos de los pantalones mañana antes de venir—, le aconsejó. —Pasaremos una docena de controles y con esa barba parece un fundamentalista. No quiero que los soldados le metan algo en los bolsillos.

Akhmed miró las nubes antes de entrar al pasillo. Si hubiera tenido el billete de avión habría dado igual. Hacía diez años y medio que no veía un avión comercial cruzando el cielo.

El hombre al que arrastraron a la sala de espera no era la primera víctima de una mina terrestre que Akhmed veía, ni el primero que veía llegar acompañado por una mujer incomprensible, ni siquiera el primero que veía llegar arrastrado sobre una lona que dejaba tras de sí un reguero sanguinolento; no era la primera persona a la que Akhmed veía retorcerse como un fideo solitario en un cazo de agua hirviendo, ni el primero que veía con la mitad de la pierna colgando de un trozo de tendón. Sin embargo, cuando lo vio fue como si viera al primer hombre por vez primera: no podía pensar, no podía moverse, sólo podía quedarse allí de pie en shock mientras el aire que ocupaba el espacio donde debía estar la pierna del hombre llenaba la habitación y el suelo y se le metía por la boca abierta. La mujer que tiraba de una esquina de la lona hablaba un idioma de gritos y jadeos y lo miraba como si pudiera entenderla. La voz le salía del pecho a un volumen altísimo. El color de su ropa no se distinguía debido a la sangre. Cuando por fin recordó cómo utilizar sus pies, pasó por delante de la mujer y del hombre, que seguía retorciéndose en la lona, fue hasta la silla de la esquina y le echó a Havaa una bata de laboratorio por encima de la cabeza.

Tomarle el pulso con los dedos al herido fue un empeño caótico. La mujer hacía una pregunta detrás de otra.
Su vestido dejaba ver las curvas de sus piernas. Le respiraba en la mejilla izquierda. Una arteria estaba seccionada. Tenía la cara de color amarillo pálido. Llegó Sonja. Le aplicó un torniquete por debajo de la rodilla. Lo subió a una camilla y salió disparada por la sala. La camilla entró en el quirófano y Deshi comenzó a tomarle la presión arterial. —Sesenta sobre cuarenta—, anunció. El tensiómetro estaba sujeto con velcro al brazo del hombre. La pera colgaba sobre la rueda de la camilla. La herida goteaba suero fisiológico.

Con movimientos rápidos y expertos Sonja le puso al herido una vía de glucosa y otra de Polyglukin en el brazo. Sacó de la vitrina una sierra quirúrgica y desinfectó la hoja mientras Deshi gritaba los niveles de presión arterial. Cuando estaba en setenta sobre cincuenta le puso una inyección de lidocaína por encima del torniquete. Deshi se adelantaba a sus órdenes, así que las grapas que él había desinfectado antes estaban a su alcance antes de que las pidiera. Operaba sin mirar a la cara del paciente ni prestar atención a sus gritos, como si el hombre se redujera a la peor de sus heridas. Aunque le llegaba la sangre a los codos, su bata seguía de un blanco inmaculado. El hombre, pues resultaba fácil olvidar que se trataba de un hombre al ver cómo le chorreaban las entrañas por la herida, se había licenciado en la Facultad de Arquitectura y al caer las primeras bombas de la guerra estaba buscando empleo. Cuando la mina le arrancó la pierna ya llevaba nueve años intentando conseguir su primer proyecto.

Pasarían seis años y nueve meses más antes de que lo consiguiera, a la edad de treinta y ocho años. Con tan sólo el veinte por ciento de la ciudad aún en pie, nunca más le faltaría trabajo.

—Venga aquí—, dijo Sonja. Akhmed se miró por encima del hombro como si invocara a un fantasma más cualificado en la pared de color beige Brezhnev. —Akhmed, venga aquí—, repitió. Consiguió dar un paso al frente apretando los dedos de los pies dentro de las botas. Un paso y después el siguiente. Sentía una enorme gratitud por cada paso que daba. La piel había desaparecido hasta la rodilla. El músculo de la pantorrilla había volado. El hueso no era más ancho que la pata de una silla.

Le hizo un gesto con el bisturí. —En los casos de amputación por debajo de la rodilla debe tener en cuenta que las prótesis se ajustan con dificultad a los muñones que están cerca de la articulación. Los muñones alargados también se ajustan mal y además producen problemas de circulación.

Lo primero que tiene que hacer es una incisión en boca de pez por encima del punto de amputación. Es necesario dejar un pliegue posterior lo suficientemente largo como para cubrir el almohadillado del muñón y para asegurar que no haya tensión en el cierre cuando haga la sutura—. Le describió cómo aislar los compartimentos musculares anterior, lateral y posterior en disección. Le mostró cómo había ligado las venas tibiales, peroneas y safenas y le hizo notar cómo la presión arterial siempre se incrementa después de cerrar la arteria fibular. Para reducir el síndrome del miembro fantasma, realizó un corte transversal del nervio sural y lo dejó retraerse hacia el tejido blando. Con un bisturí limpio cortó el periostio. Daba instrucciones con el tono neutro y aburrido de un carpintero que enseñara a un niño a medir y cortar madera mientras Akhmed la oía sin escuchar. Todas aquellas palabras en latín y la jerga quirúrgica no mitigaban la impotencia que sentía al observar como terminaba el trabajo que la mina había comenzado.

—Las amputaciones de piernas son un asunto de rutina en este hospital—, dijo mientras le pasaba la sierra. Él la cogió y se preparó para devolvérsela en cualquier momento. Ella lo miró y le hizo un gesto en dirección a la pierna. No podía ser en serio. Era imposible que le estuviera ordenando hacer *aquello* cuando ni siquiera confiaba en que supiera doblar sábanas correctamente. —Debe usted familiarizarse con el procedimiento lo más rápidamente posible.

Miró la cuchilla y luego el hueso. Tenía un desconcertante color gris rojizo; hubiera esperado que fuera blanco.

A los seis años había descubierto que los palitos de los que sorbía la grasa estaban hechos en principio de la misma materia que los huesos que le permitían caminar, correr y ganar partidos de fútbol después

del colegio. Después de semejante iluminación se había negado a comer carne durante dos años, tan grande e implacable era el temor de que algún carnívoro mayor que él le devorara el muslo en represalia. —No estoy cualificado para hacer esto—, dijo entre tartamudeos.

—Un trato es un trato—, dijo ella con tranquilidad.
Le cogió la mano con más compasión que en los dos días anteriores juntos, pero rápidamente la compasión desapareció dando paso a un frío pragmatismo. Los dedos de Sonja envolvieron los suyos alrededor del mango acolchado de la sierra. —A esto nos dedicamos. Esto es lo que significa trabajar aquí.

Le temblaban las manos, pero las de Sonja las afianzaban. La última cirugía que había practicado en una pierna había sido a un niño llamado Akim después de la *zachistka*. Había hecho todo lo que había podido, pero no era culpable de la falta de suministros y de experiencia, de la falta de sangre en el cuerpo del niño y la abundancia de la misma que empapaba el suelo, de la bala que no había disparado o de aquella guerra en la que no tenía arte ni parte. Si alguien se hubiera molestado en pedir su opinión, él habría respondido gustoso que en términos generales las guerras son malas y deben evitarse en todo lo posible; se habría manifestado en contra de ellas, porque además, de haber sabido que no sólo una guerra, sino dos se le venían encima, habría abandonado la Facultad de Medicina el primer año, se habría matriculado en la Escuela de Arte y habría mandado al infierno su reputación; de haber sabido que una dominante doctora rusa de corazón de hielo le ordenaría un día cortarle la pierna a un pobre hombre, habría sacrificado su breve fama en el pueblo y se habría dedicado al estudio del retrato de bodegones, del paisaje al óleo, la escultura y la cerámica; cualquier cosa que le alejara de la pierna de aquel tipo.

—Hoy tenemos sólo una amputación pero ¿qué pasará la próxima vez? Pueden ser cinco, pueden ser diez.

Suspiró. El sudor le pegaba la máscara quirúrgica a las mejillas. Sonja empujó su mano hacia delante. La hoja de la sierra rechinó contra el hueso. La vibración de cada serrada se transmitía de la hoja al mango y de allí a su mano y después a sus propios huesos. Aquel hueso recibía el nombre de *tibia* y estaba conectado al *peroné* y a la *rótula*. Había estudiado esos nombres aquella misma mañana pero sus conocimientos no servían de nada a la hora de utilizar la sierra.

—Apriete más fuerte—, le indicó mientras le sujetaba el hueso. —No se trata de una operación delicada.

Cuando iba por la mitad del hueso, la hoja se tiñó inesperadamente de rojo debido a la médula ósea. Él dejó de serrar.

—¿Qué sucede?—, preguntó Sonja.

Akhmed podía haber respondido a aquella pregunta de varias formas distintas, sin embargo se limitó a sacudir la cabeza y siguió serrando. —No sabía que la médula humana fuera roja. Pensaba que sería dorada, como el tuétano de vaca.

—La médula de un hueso vivo está llena de glóbulos rojos. Si salpimentáramos este hueso y lo pusiéramos a cocer se volvería dorado en unos quince minutos—, dijo ella.

Le dieron ganas de vomitar.

—Buen trabajo—, dijo ella cuando terminó con la tibia. —Un hueso más y se acabó.

Colocó la sierra sobre el peroné y sus golpes de sierra, rápidos y fuertes, levantaron un fino polvo de hueso que flotaba hacia su cara atraído por su aliento y finalmente se disolvía en la máscara quirúrgica empapada de sudor. Por el rabillo del ojo notaba la mirada maliciosa de los ojos oscuros de Sonja mientras serraba más rápido y con más fuerza para que ella viera en él algo más que desamparo y para rematar el trabajo antes de desmayarse. Una docena de serradas más tarde lo que quedaba del pie cayó sobre la mesa de operaciones. Lo cogió por el tobillo y, sin pensárselo dos veces, le dio la vuelta. Contó seis esquirlas de cristal brillando en lo que quedaba de suela del zapato mientras se le empapaban los dedos de sangre y médula.

—Deje eso por aquí—, dijo ella. —Lo envolveremos en un plástico y se lo entregaremos a la familia para que le den sepultura—. A continuación le enseñó a redondear la parte amputada y a hacer el almohadillado con músculo. Cubrió el muñón almohadillado con el pliegue posterior, cortó la piel sobrante y realizó la sutura con hilo quirúrgico negro.

Cuando terminaron, Akhmed se quitó los guantes de látex y se masajeó la palma de la mano enrojecida. El mango de la sierra le había hecho una rozadura entre el pulgar y el índice. Sonja sonrió al verla y cuando levantó su mano derecha, Akhmed deseó estar en la cama con Ula, donde podría cubrir sus cabezas con una manta y, en la humedad de sus rancios alientos, abrazar a la única persona en el mundo que le tenía por una persona fuerte, capaz y cualificada.

La palma de Sonja estaba llena de callos.

5

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Khassan Geshilov terminó el primer borrador de su historia de Chechenia el único día de enero de 1963 que no nevó.
El manuscrito tenía 3 302 páginas. Cuando lo envió a la editorial municipal de Volchansk le indicaron que tenía que enviarlo a la editorial estatal de Grozni y cuando lo envió a la editorial estatal de Grozni le indicaron que tenía que enviarlo a la editorial nacional de Moscú; cuando lo envió allí le dijeron que tenía que entregar *tres* copias mecanografiadas. Miró sus pobres, maltrechos dedos y se le saltaron las lágrimas. Sin embargo adquirió el papel, los carretes de cinta mecanográfica, los sellos y los cigarrillos que una tarea tan monumentalmente monótona como aquella requería, y dieciocho meses después recibió una llamada de teléfono del editor jefe de la sección de Historia, Kirill Kaputzh.

—Vamos a lanzar una apasionante nueva colección llamada *Prehistorias de las Repúblicas Soviéticas Autónomas* y nos gustaría publicar su obra como título de cabecera—, dijo Kirill Ivanovich. A pesar de la sorpresa y el asombro, Khassan preguntó al editor qué entendía por *prehistoria*, ya que el libro que él había escrito terminaba en 1962. —La Prehistoria—, le aclaró Kirill Ivanovich, —es el período anterior a la presencia cultural y política del Estado ruso.

—En el caso de Chechenia estaríamos hablando de 1547.

—Ciertamente.

—Pero eso es sólo el primer capítulo de mi libro.

—Camarada Geshilov, sin duda le embarga la emoción. Eso es todo su libro.

—No, eso son sólo las primeras doscientas veintiocho páginas. Después vienen unas tres mil más—, insistió Khassan. Nunca habría pensado que el gozo de ser publicado y la desesperación de ser mal publicado pudieran venir juntos como los dos cabos del cordón de un zapato.

—Sí, la alegría y la emoción le confunden, es seguro. Vaya a celebrar su gran logro, camarada Geshilov. Le felicito y le envío mis

mejores deseos. No todo el mundo tiene la oportunidad de publicar un libro de doscientas veintiocho páginas.

Así, al año siguiente *Los orígenes de la civilización chechena: de la Prehistoria a la caída del Imperio Mongol* salió a la luz pública sin gran algarabía. El único artículo que se escribió sobre la obra, redactado por uno de sus alumnos y publicado en la revista de la universidad, decía que era "más interesante que el libro de referencia habitual". A nadie le apetecía leer monografías sobre la era prerusa, razón por la cual Moscú estaba muy interesado en publicar tal tipo de obras. Para cuando Khassan consiguió convertir las tres mil páginas restantes en una especie de manual complementario gigante —quemando un borrador parcial al descubrir que faltaban ciertas páginas—, Kruschev había sido depuesto.
En respuesta a estos turbios vaivenes políticos, Kirill Ivanovich Kaputzh, retrocediendo a la seguridad del pasado, decidió limitarse a publicar investigaciones sobre la geología anterior a la aparición del hombre. Fueron días emocionantes para sus colegas geocientíficos.

Entonces Brezhnev se hizo con el timón y capitaneó la nave del país con el corazón de explorador de un conductor de autobuses urbanos. Cada año el editor se acercaba más y más a los inicios de la historia humana; permitió la publicación de algunas obras sobre los sumerios y de allí pasó al Antiguo Egipto, de modo que para 1972, año en que nació Ramzan, ya se publicaban volúmenes sobre el período helenístico. Viendo que la frontera de 1547 estaba a la vuelta de la década, Khassan llevó a cabo una revisión de su obra a la que tituló *Cultura y civilización chechenas bajo el patronazgo ruso*. Tomó una actitud contemporizadora que le permitía justificar unos hechos y encubrir otros, pero sin olvidar en ningún momento los cuatro siglos de expoliación rusa, creyendo de principio a fin que iba a ser capaz de colarles tres mil páginas de subtexto a censores tan sensibles a las insinuaciones que eran capaces de expurgar unos cuantos nubarrones del pronóstico meteorológico del Primero de Mayo. Bien arropado en su cuna y con un gorrito en la cabeza, Ramzan dormitaba mientras Khassan escribía. Nunca se sentiría más cerca de su hijo que aquellos días en que los sonidos del sueño de Ramzan acompañaban a los del lápiz sobre el papel y, con una mano en el texto y la otra en la cuna, Khassan era el hilo que conectaba las dos mitades de su legado. Mucho después, habría de recordar la época en que su hijo y él podían pasar un día entero en la misma habitación sin que su silencio tuviera connotación alguna.

En 1974 Kirill Ivanovich aceptó provisionalmente la publicación del libro, estipulando un recorte de dos mil páginas, antes de que lo despidieran y lo encarcelaran brevemente por ser excesivamente conservador en su línea editorial, excesivamente franco en sus

opiniones y excesivamente polaco. Ocho meses después, a unos cuatro mil kilómetros al este de Polonia, durante su condena a trabajos forzados, Kirill Ivanovich hallaría los restos de un asentamiento antiguo mientras cavaba los cimientos de una letrina carcelaria y recordaría a su ayudante, el joven por el que sentía un doloroso amor que ni el tiempo ni la cautividad habían conseguido mitigar y al que había hecho leer en voz alta algunos pasajes de la historia de la civilización antigua de Khassan Geshilov que aún guardaba intactos en su memoria como si fueran recipientes que contuvieran y conservaran su hermosa voz. El sucesor de Kirill Ivanovich, un editor cuya nariz aguileña apuntaba en la dirección de los vientos políticos dominantes, decidió que el libro necesitaba una revisión más radical para ajustarse al tedio de la época. Así comenzó una década de reescritura que reflejaba el deterioro del imperio de Brezhnev. El nuevo editor señaló que la obra de Khassan no necesitaba mayor concisión —en todo caso mayor extensión, así los reseñistas obviarían sus deficiencias tomándolas como un exceso de ambición—, de modo que Khassan tuvo que volver a revestir los capítulos que había desnudado bajo el criterio de Kirill Ivanovich. Escribió fragmentos sobre las técnicas de trilla del siglo XIX y la historia de la meteorología en Chechenia. El nuevo editor respondía con sugerencias tan vagas e inconsecuentes que tardaba semanas en encontrarles una interpretación políticamente segura. *Reescribir el capítulo doce como si el narrador no fuera un individuo sino un pueblo*, decía una carta. *Si escribe sobre la patria sus palabras deberán apuntar al cielo*, rezaba otra.

Ya no escribía en compañía de su hijo. Ramzan había aprendido a hablar, aunque Khassan deseaba que no lo hubiera hecho. El niño usaba la voz como si de un mazo de goma se tratara; la única pregunta que salía de su boca era *¿puedo…?*, nunca *qué* o *cómo* o *por qué*. Ramzan no era listo, amable ni imaginativo, ni siquiera demasiado obediente o cruel o aburrido, de modo que Khassan fue construyendo su aversión por él sobre el vacío de lo que su hijo no era.

En las crónicas de épocas pasadas se podían encontrar ejemplos de reyes y príncipes cuya repugnancia por su prole se materializaba en un sadismo mucho más intenso que la indiferencia de Khassan. Comparado con Iván el Terrible, él era el paradigma de la paternidad. Igual que no se puede elegir a los padres, es imposible elegir a los hijos, pero en cambio sí es posible elegir cómo tratarlos, y Khassan había escogido tratar al suyo como si no existiera. Eligió escribir cuando hubiera debido hablar; eligió hablar cuando hubiera debido escuchar. Eligió leer libros cuando hubiera debido vigilar a su hijo y vigilarlo cuando hubiera debido acercarse a él.

Un día, cuando tenía ocho años, Ramzan entró en el despacho de Khassan y le pidió que le enseñara a montar en bicicleta. —Te caerás

—, apostilló sin siquiera levantar la vista de la página. Aquel momento habría de atormentarle años más tarde. ¿Qué habría pasado de haber levantado la mirada?

Brezhnev parecía estar en su lecho de muerte cuando aún quedaban diez años para su fallecimiento, sin embargo, en noviembre de 1982 el bienamado abuelo de la patria fumó su último cigarrillo Novost de filtro blanco. A Brezhnev lo enterraron con su uniforme de mariscal junto a las doscientas condecoraciones, desde la medalla de Héroe de la Unión Soviética al Premio Lenin de literatura, que había acumulado durante sus dieciocho años de mandato como Secretario General. Mientras veía el funeral en el televisor con su familia, todos atentos a Galina Brezhneva para ver si se le ocurría montar un escándalo incluso en el entierro de su padre, Khassan aceptó finalmente lo inútil de su empresa. Había viajado más lejos que Heródoto pero no había escrito una *Historia*; había batallado más que Tucídides pero no era el autor de una *Historia de la guerra del Peloponeso*. Con su hijo sentado a un lado y su esposa al otro veía el homenaje que se le brindaba a un hombre cuya tibia mediocridad sintetizaba una época. Durante años había relegado la historia al pasado, donde el tiempo la marchitaba y la convertía en una materia inofensiva, siempre en retroceso. En cambio, en aquel momento la historia estaba allí mismo, en la pantalla del televisor, donde desfilaban políticos calvescentes y con prominentes papadas que ofrecían sus respetos antes de retirarse a decidir el destino del imperio; donde la embalsamada cara del bienamado abuelo se volvía translúcida bajo los focos, y donde al final consiguieron ver una imagen de la hija del difunto ataviada con un escandaloso vestido rosa.

Yuri Andropov sustituyó a Brezhnev sólo para morir quince meses después y a su vez Konstantin Chernenko sustituyó a Andropov sólo para morir trece meses más tarde.

De nuevo Khassan vio los funerales en familia; los entierros de Estado eran ya las únicas veces que se reunían. Entonces no podía saber que aquel sería el último funeral de un Secretario General que vería por televisión, pero al recordar la triste procesión algún tiempo más tarde, imaginaría que lo que se enterraba en el ataúd de Chernenko era el Estado soviético al completo. Al menos Gorbachov parecía capaz de permanecer en el cargo más de un año. Poco después de su nombramiento como Secretario General, Khassan recibió la llamada de un editor reformista que había depuesto al anterior, había encontrado el manuscrito original de 1963 y lo consideraba una versión más legible y rigurosa que todas las versiones posteriores. —Lo único que hay que hacer es pulirla y ponerla al día—, le dijo. —Es el momento. Hace unos años habría usted dado con sus huesos en

Siberia. Hoy en día todo serán elogios.

Sin embargo, el renovado fervor de sus revisiones no podía mantener el ritmo de la avalancha de información que las agencias del Estado desclasificaban cada día. Durante veinticinco años no había podido publicar su obra porque era demasiado rigurosa y de pronto no podía publicarla porque no lo era. No podía serlo; un borrador de tres mil páginas era una tarea de años. Resultaba imposible analizar e incorporar toda la nueva información que diariamente cambiaba la forma en que un historiador soviético tenía permitido interpretar los materiales. Aun así se las apañó para terminar un borrador del que se sentía mínimamente satisfecho a finales del verano de 1989. Cuando el Muro de Berlín cayó pocos meses después, ni siquiera una agencia de noticias de una falta de fiabilidad tan absolutamente probada como Pravda falló en el análisis de las consecuencias. El editor reformista estaba encantado con el nuevo borrador y quería publicarlo al año siguiente pero Khassan tenía cada vez más reparos. Los titulares de la mañana dejaban obsoleto el trabajo del día anterior. Publicar el libro entonces habría sido como construir nueve décimas partes de un tejado. La corteza de Estados-tapón disminuía a medida que surgían las nuevas repúblicas. Toda Europa Central se había sacudido el yugo del comunismo y de pronto los países bálticos, los del Mar Negro e incluso Moldavia se planteaban la secesión. Por primera vez en dos mil años Chechenia tenía la oportunidad de convertirse en un Estado soberano. Todo estaba cambiando. Había que incluirlo todo en el libro.

Todo cambió más deprisa de lo que sus dedos podían teclear. Todo lo que ni siquiera se había atrevido a imaginar salió de la dimensión de los sueños y se hizo real en la pantalla de su televisor. En aquel momento trascendental del 26 de diciembre de 1991 en que vio como era arriada por última vez la bandera roja de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el imperio que abarcaba once husos horarios desde el Mar de Japón a la costa del Báltico y reunía más de cien grupos étnicos y doscientas lenguas; la colectividad cuya seguridad había exigido el sacrificio de millones y cuya estupidez eslava había sido la responsable de la deportación del país de Khassan al completo; el espejismo utópico pergeñado por aquellos jóvenes crueles que prestaban más atención a sus bigotes que a su moral; el horrible sistema que le dictaba lo que podía ser, hacer y pensar y decir y creer y amar y desear y odiar; el sistema liderado por Lenin y Zinoniev y Stalin y Malenkov y Beria y Molotov y Kruschev y Kosygin y Mikoyan y Podgorny y Brezhnev y Andropov y Chernenko y Gorbachov, a todos los cuales, con excepción de Gorbachov, había odiado con ese odio que jamás historiador alguno debería sentir por su materia de estudio y que llevaba genéticamente codificado en su propia sangre, la

herencia de odio de sus ancestros de piel oscura y pelo negro; mientras veía aquella tarde cómo la bandera roja era arriada por última vez de su mástil del Kremlin y ni siquiera soplaba un viento que la hiciese ondear, como si hasta el clima quisiera infligir al comunismo aquel insulto final, envolvió con sus brazos a su mujer y a su hijo y los abrazó mientras el Estado que le había arrebatado su vida moría calladamente.

En los años que siguieron perdió a su editor, su trabajo en la universidad y finalmente a su esposa, que un martes por la mañana cualquiera murió con la misma mansedumbre con la que había vivido; Khassan no se dio cuenta hasta once horas después de su último aliento. Las sierras mecánicas se callaron y el bosque volvió a crecer, hubo una guerra y después otra y durante ese tiempo Khassan tenía a su hijo y tenía su libro, y las perspectivas de sentirse realizado en cualquiera de ellos eran tan escasas como las posibilidades de cualquiera de los dos de sobrevivir a la década. Pero Khassan aún los tenía y en aquellos años en los que las creencias se esfumaban, el hecho de poseer era más importante que lo que se poseyera. Las cosas de su vida que más tristeza le habían causado eran aquellas con las que había vivido más tiempo, y ahora que todo se derrumbaba se habían convertido en los pilares que lo sostenían. De haber tenido un dolor de muelas de treinta y dos años en lugar de un hijo de treinta y dos años, lo habría considerado un tesoro igualmente. Pero también aquello había de derrumbarse. Hacía un año, once meses y tres días, la tarde demasiado calurosa para la estación en que Dokka y su hijo retornaron del Vertedero, Dokka sin dedos en las manos y Ramzan sólo sin su *pes*, fue el último día en que Khassan le dirigió la palabra a su hijo.

Al principio Ramzan fingía indiferencia, después gritaba y después le suplicaba que le hablara. ¿Cómo iba a saber que algún día echaría de menos la monosilábica desaprobación de su padre? ¿Cómo iba a saber que su vida había sido una constante reacción a sus expectativas y que las necesitaba para saber en qué persona no había sido capaz de convertirse?

—Todo esto lo hago por ti tanto como por mí mismo—, decía Ramzan con la desesperada lógica de los que abrigan dudas. —Tenemos un generador, luz eléctrica, comida en la mesa. ¿Acaso conseguirte tu insulina es un crimen? ¿Es un crimen tener agua limpia para beber?

Sin embargo Khassan, apologista de carrera, conocía al dedillo la retórica de la autojustificación y además tenía amplia experiencia en ignorar a su hijo. Hacia el quinto mes la ira de su hijo acabó por consumirse y dejó paso a una profunda depresión. Los pasos de Ramzan resonaban en la noche. La casa se llenó de analgésicos y

antidepresivos, que vinieron a sumarse a las jeringas hipodérmicas, el algodón, los frascos de alcohol y la insulina procedentes del economato militar. Las pastillas verdes ovaladas dejaban a Ramzan en estado comatoso durante dieciséis horas y, en esos momentos de tranquilidad durante los cuales la casa exhalaba y los tablones del suelo guardaban silencio, era cuando Khassan aprovechaba para penetrar en la habitación de su hijo.

En las primeras excursiones se había dedicado a explorar los cajones, el armario y las repisas. En el cajón superior izquierdo del escritorio encontró el *kinzhal* de hoja de treinta centímetros que le había regalado a Ramzan por su decimosexto cumpleaños, el cuchillo que había sido un regalo de su padre, que a su vez lo había recibido de su abuelo. Entre las páginas de un libro de álgebra había una lista con los nombres de los vecinos que Ramzan había ayudado a hacer desaparecer. Cuando la descubrió estaba oculta cuidadosamente doblada entre las páginas 146 y 147 del libro, mucho más allá de lo que Ramzan había llegado nunca en la escuela, y contenía tres nombres. La última vez que había mirado, algunas semanas antes de la desaparición de Dokka, la lista constaba ya de doce. Sin embargo, la mayoría de los días, como era el caso de aquella misma mañana, la segunda desde la desaparición de Dokka, Khassan no sentía el deseo ni la necesidad de encontrar más pruebas incriminatorias, por lo que se sentaba en la cama de su hijo, le cogía de la mano y le hablaba.

—Esta mañana me he cruzado con Akhmed y ha huido de mí—, le dijo. —Se ha metido en el bosque a la carrera y se ha escondido detrás de un árbol porque soy tu padre.

En esos momentos en los que su hijo yacía encerrado bajo la superficie de un letargo químicamente inducido, cuando sus palabras se apagaban como chispas arrojadas al vacío, Khassan hablaba con libertad. Le contaba historias de cuando era joven, pedía clemencia para este o aquel habitante del pueblo, e incluso una vez le sugirió que tomase té de menta para la tos. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando el honor le obligaba a ignorar a su propio hijo, cuando el repudio era su último vestigio de autoridad paterna? Aquellos monólogos eran como cruzar un largo puente que no conducía a ninguna parte, pero Khassan era consciente de que no había otra forma de saltar el abismo que los separaba. Disfrutaba de los despojos de una colaboración que censuraba; rechazaba a su hijo por carecer de una compasión que nunca le había enseñando. —Deja a Akhmed en paz—, susurró. —Deja a la niña en paz. Olvida que existen. Ya no están.

El *kinzhal* estaba en el escritorio envuelto sin contemplaciones en una camiseta interior. A tres pasos de distancia la nuez de Ramzan subía y bajaba como un corcho flotando en el mar. Un corte, eso era

todo. Había hablado de eso con Akhmed hacía apenas unas horas. Era cuestión de dar un paso, luego otro y luego el tercero. Sólo tenía que colocarse el mango sobre el pecho, dejarse caer sobre Ramzan y la gravedad sería su cómplice. Habría habido sangre, pero la habría soportado. Un checheno tiene más sangre que un ruso, era bien sabido, pero mucha menos que un alemán. Podía haberlo hecho, como tantas veces antes. En cambio, se sacó una manzana verde del bolsillo y la cortó en dos trozos. El corazón estaba dividido entre los dos bloques de carne blanca. Limpió la hoja del cuchillo con la camiseta deseando tener la fuerza necesaria para convertir el zumo en sangre. ¿Qué clase de padre fantasea con asesinar a su hijo? Los asesinos y los violadores, incluso los políticos, merecen padres que sepan distinguir el amor del repudio, pero él no sabía. Lo que sentía por Ramzan era turbio e inseparable como agua y tintura. Incómodo por los escasos tres pasos que separaban el *kinzhal* del cuello, se llevó la manzana al exterior de la casa, se sentó en los escalones de la parte de atrás y silbó tres veces.

Mientras esperaba que los perros saliesen del bosque contempló el jardín. Las lápidas y el murete de piedra que delimitaba el huerto de hierbas aromáticas no eran más que montículos y depresiones en la nieve. El huerto había sido idea de su mujer, una de las pocas que él había llevado a cabo en sus veintitrés años de matrimonio. Sharik, que por entonces era un cachorro, arrastraba el hocico por el suelo como si empujara una pelota invisible mientras él plantaba las semillas en los surcos marcados con perchas de alambre enderezadas. Pronto, los platos que su esposa llevaba años cocinando sabían a nuevo, como si otra mujer los preparara y Khassan se imaginó a esa otra mujer las cinco veces que le hizo el amor a su esposa aquella primavera. Ahora estaba enterrada al fondo del jardín al lado de la maleta marrón que contenía los huesos de sus padres, señalada por una pequeña depresión en la nieve y un excremento de perro congelado.

Asilvestrados y con el pelo apelmazado, esculpidos por el hambre, los perros corrieron hacia los escalones. Habían pertenecido a los vecinos que su hijo había hecho desaparecer. Incluso en este estado los conocía por sus nombres. Entraron por el agujero que les había abierto en la alambrada y se reunieron a su alrededor en un compacto semicírculo, empujándose y atrapando los trozos de manzana que caían de la hoja del *kinzhal*. Extendió las manos y los perros le lamieron de los dedos las últimas gotas de zumo. Como ellos, Khassan no era bienvenido en las casas de sus vecinos y a él también le evitaban por las calles. Era un paria como ellos. Pegó la nariz al hocico de una perra marrón y la acarició hasta las orejas. Antes de darse cuenta, estaba abrazando a la perra como hacía años que no abrazaba a un ser humano. La perra, que había sido el regalo del

décimo aniversario de un marido a una esposa que esperaba algo más pequeño, inanimado y dentro de una caja, le lamía la grasa del pelo.

—Te crees que soy maravilloso, ¿verdad? Crees que soy el hombre más amable, más valiente y más generoso que ha caminado sobre la tierra, ¿no?—, dijo mientras la perra seguía lamiéndole el pelo en respuesta. —Eso es porque no eres más que una estúpida perra.

Fue a la cocina, regresó con la carne de dos pollos y una pata de cordero y los puso en la nieve. Tenía el pelo mojado de saliva. Era el rey y benefactor de las fauces de los perros. Nunca olvidaría la cara de su hijo cuando después de su quinto viaje al economato militar abrió la nevera para encontrar sólo botes de salsa iluminados por la bombilla de treinta vatios. Ramzan salió como un rayo al jardín para encontrarse a los perros durmiendo con las panzas hinchadas al sol incapaces de rodar, de andar y mucho menos de correr y a Khassan tumbado con ellos, el ombligo cara al cielo, aplastando la hierba seca con la peculiar despreocupación que sólo conocen los viejos que duermen con perros salvajes. Ramzan estalló en gritos, cogió enfurecido del suelo un hueso que los perros habían dejado completamente limpio y le arrancó de la boca la ternilla de una pata a un viejo perro lobo ciego. En ese momento Khassan volvió a sentir una especie de lejana felicidad, como una palabra que había olvidado pero cuyo significado podía definir. Desde aquel día, un año y medio antes, la callada desaprobación de Khassan se convirtió en sabotaje. Si Ramzan se escudaba en la comida para justificar las desapariciones, Khassan se ocuparía de que acabara en las fauces de los perros. El amor perruno y el enojo de su hijo se convirtieron en sus únicas fuentes de gozo. Ramzan comenzó a esconder comida por la casa en respuesta, pero pronto se dio cuenta de que incluso la carne procesada se estropeaba. Entonces compró un sofisticado candado para la nevera, un invento para occidentales obesos sin autocontrol. Cada mañana sacaba lo necesario para que Khassan comiera aquel día y echaba la llave, pero Khassan les daba sus tres comidas a los perros y se dedicaba a pasar hambre. Cuando comenzó a perder demasiado peso Ramzan abandonó la táctica. Lo siguiente que hizo fue traer a casa tan sólo productos a los que los perros son alérgicos como el chocolate, las pasas y las nueces pero empezaron a dolerle las muelas, cagaba del color del chocolate suizo caro y con una sola mirada al bote de insulina, Khassan le recordó que los diabéticos no pueden vivir de dulces. Fueron días maravillosos. Disfrutaba muchísimo exasperando a su hijo, el cual terminó por rendirse.

No podía burlar a su padre. Durante el último año tan sólo se habían comunicado por medio de miradas en una tregua llena de rencor. Khassan alimentaba a los perros como si fueran su única familia y siempre le dejaba a Ramzan lo suficiente, pero no más de lo que podía

llevarse a la boca un habitante cualquiera del pueblo en aquellos tiempos difíciles.

Khassan se levantó y sonrió a los seis perros, con los hocicos en el suelo moviendo suavemente los rabos. Uno era calvo, otro ciego. A veces uno salía corriendo hasta la verja persiguiendo a un roedor imaginario. En la vaporosa demencia que había caído sobre todo el país hasta los perros tenían alucinaciones. Al fondo de la manada había un perro pastor blanco. Le lanzó el mejor trozo.

—Sharik—, lo llamó, pero el perro no reconocía su nombre. Tres años antes de que las traiciones de su hijo les proporcionaran comida en abundancia, había echado al perro de casa. Sus patas arañaban frenéticamente las tablas del suelo y tuvo que darle dos patadas para que saliera corriendo por la puerta.

El perro anduvo varios días por los alrededores de la verja con la cabeza gacha esperando a que lo llamara. Khassan no salió de la casa hasta que finalmente Sharik desapareció en el bosque. Cuando Ramzan comenzó a traer las primeras cajas de comida, Khassan intentó volver a atraer al perro, pero la confianza que hubiera entre ellos se había esfumado ya, así que la única manera que le quedaba de cuidar a su perro era ocuparse de la jauría entera. Aquel había sido el regalo de Sharik, y Khassan se lo agradecía cada mañana con los mejores trozos de comida.

Los perros le siguieron por el lateral de la casa, entre hierbas que el invierno no había podido matar, hasta las huellas de ruedas que se hundían en la carretera. Brincaban a su alrededor, confiaban en él como ninguna persona lo hacía; cuando abría el puño y movía los dedos sentía sus húmedos hocicos y el calor de sus lenguas.

—¿Te sabes la historia del zapatero y su hijo?— le preguntó a la perra marrón. —Claro que sí. Sharik la cuenta mejor que yo.

Caminó hasta el espacio vacío que había sido la casa de Dokka. Los perros no querían seguirle por el carbón congelado. Encontró el rincón donde solía estar la biblioteca de Dokka y se agachó para recoger un puñado de ceniza y metérsela en el bolsillo. El polvo negruzco se disolvía en su mano. —Menudo puñado de perrazos salvajes que sois —,

les dijo a los perros, que le esperaban fuera del montón de escombros calcinados. —Ahora resulta que os da miedo seguirme a…—. Seguirle ¿dónde? ¿Dónde se encontraba?

Al otro lado de la calle las ventanas con cortinas eran dos ojos morados en la cara de la casa de Akhmed. Akhmed había salido al amanecer y le había dicho que estaría fuera todo el día. ¿Quién cuidaba de Ula? Las revelaciones más dolorosas siempre eran las más silenciosas, esos momentos en que el mapa se abría justo por el sinuoso sendero que lo había conducido hasta allí. Había una mujer

enferma que pasaría el día sola. Eso sí que no lo había previsto.

—Podría hacerle una pequeña visita y ver si está bien, si necesita algo—, dijo buscando la aprobación en los ojos de los perros. Todos eran ondas en el mismo estanque. —Si me ocupo de una jauría de perros también puedo ocuparme de ella. A mí no me habléis en ese tono. No voy a entrar pegándole una patada a la puerta. Aquí mismo tengo la llave—.

Les enseñó la llave que Akhmed le había dado con una sonrisa hacía nueve años, el día en que una bomba destruyó para siempre el banco que poseía cuatro quintas partes de su casa. Los perros giraron la cabeza poco convencidos. —De acuerdo, nadie me ha invitado, pero esa no es la cuestión. ¿Queréis hablar de modales? Porque si es así tengo unas cuantas cosas que decir acerca de olerse el culo como forma de saludo.

A dos pasos de la casa le invadió la preocupación.

¿Y si los perros pensaban que les estaba abandonando a cambio de un poco de compañía humana? Ese era realmente el caso, pero había que decírselo con delicadeza. Eran almas sensibles, a pesar de que de vez en cuando escarbaran las tumbas para comerse a los muertos recién enterrados. Puso una rodilla en el suelo y abrió los brazos. Todos los perros menos Sharik le lamieron la cara. En su aliento olían la avena del desayuno. Les dijo cuánto los quería y lo importantes que eran para él. Les prometió que nunca los abandonaría. El perro sin pelo le olfateó el trasero.

Su muy crítica audiencia canina le observaba mientras llamaba a la puerta. —¿Veis?—, les dijo. —No me queda más remedio que abrir con la llave.

Abrió la puerta y cruzó por el espeso aroma a cerrado hasta la habitación. Bajo las mantas se movieron un par de piernas tan flacas que parecían arrugas en las sábanas. La miró desde el umbral durante tres minutos. Una segunda parte de su día discurría mirando descansar a una segunda mente enferma. En ese momento ella se dio la vuelta. La miró a los ojos y ella, a su vez, le devolvió la mirada durante un buen rato.

—Has envejecido mucho, Akhmed—, dijo. No pudo esconder una sonrisa. Era como una niña.

—No soy Akhmed—, le respondió. Akhmed tenía ocho días de edad cuando se conocieron en la sala de estar de sus padres en 1965. Sostuvo al niño en sus brazos y sintió el alivio más profundo que sentiría en su vida. Los ojos de ocho días de edad de Akhmed tenían el reflejo de diez mil vidas posibles. Khassan no era una persona sentimental ni supersticiosa y aquella sensación nunca volvió a repetirse, pero en los ojos entrecerrados del bebé descubrió miles de caras anhelantes y no reconoció a ninguna.

—Lo siento—, dijo Ula. —Mi cabeza no anda muy bien.

Se sentó en la cama junto a la cadera de la enferma. —No tienes que disculparte. Yo me he pasado la mitad de la mañana hablando con perros.

—Si no eres Akhmed, ¿por qué estás aquí?

—Quería saber si necesitabas algo, si querías hablar con alguien. Akhmed no volverá en un rato.

—¿No volverá?—, sonaba a pregunta pero Khassan no estaba seguro. Sólo tenía dos tonos de voz, y en el hilo por el que se transmitía la conversación las preguntas y las respuestas sonaban igual.

—No hasta dentro de un rato—, dijo. Sobre la mesilla de noche había tres vasos de agua llenos y un cuenco de arroz que se había puesto duro.

Ella sintió su inseguridad y le preguntó: —¿Por qué estás aquí?

—Echo de menos hablar con alguien—, respondió. Cuando se oyó admitirlo en voz alta le dieron ganas de reír. Era así de sencillo. Estaba tan solo que había venido al lecho de una enferma a ofrecerle la ayuda que él necesitaba. —Echo de menos poder conversar. Durante casi dos años sólo he hablado con Akhmed.

—Acabas de decir que has estado toda la mañana hablando con unos perros.

Sonrió y asintió con la cabeza. —No pensé que te acordaras de eso. Él también debe ser la única persona con la que has hablado en todo ese tiempo.

—¿Quién?

—¿Sabes quién soy?—, le preguntó. Ella se esforzaba en reconocerle pero no podía. —No pasa nada—, le dijo. —No tiene la más mínima importancia.

—Cuéntame una historia—, le pidió ella.

—¿Una historia?

—Están las historias de los cuadros. Son todas de verdad.

Arrugó la frente. No se sabía ninguna historia de cuadros. —Tan sólo conozco una historia—, dijo. —Sé que sucedió pero no sé si es de verdad. ¿Llegaste a conocer a la madre de Akhmed?—. Tomó la mirada vacía de Ula como un no. —Está bien que no te acuerdes porque no habrías podido conocerla. Murió de cáncer cuando Akhmed tenía siete años. Se llamaba Mirza.

Ella asintió por inercia.

—¿Si te cuento su historia me prometes olvidarla?

—No puedo prometerte nada—, dijo ella desde la lejanía. Tomó a la enferma de la muñeca y sintió su pesado pulso. *Una mente tan enferma incapaz de distinguir la hora del día aún puede ocuparse de enviar*

la sangre necesaria a los lugares necesarios, pensó. —Te voy a contar la historia de Mirza—. Nunca le había hablado a nadie de ella.

Khassan se enteró de la deportación en masa casi dos años después de que tuviera lugar, le contó a Ula, cuando él mismo fue deportado a Kazajistán. El 23 de febrero de 1944, Día del Ejército Rojo, un día en el que Khassan había estado matando nazis en la Polonia oriental, el NKVD soviético reunió a los chechenos en las plazas de sus pueblos y los obligó a subir a camiones Studebaker procedentes de la Ley de Préstamo y Arriendo. Los que se resistieron y los considerados no aptos para el transporte por el mismo NKVD fueron fusilados. Los padres y la hermana de Khassan, hacinados en un vagón de carbón, durmieron en sacos de fibra de maíz y comieron gachas de harina de fibra de maíz mientras los trenes los llevaban lentamente hacia el este. Los soldados locales les cortaron el pelo y los despiojaron al llegar a la estepa kazaja. Khassan nunca supo qué fue de su hermana, sólo que la vieron subir al vagón de carbón en Grozni y que no la vieron bajar. Sus padres dormían en el barracón subterráneo de un *kolkhozniki* en camas con colchones de paja seca y cuando tenían hambre hacían harina con la paja y freían unas tortitas polvorientas que les daban fiebre pero les llenaban el estómago. Cuando se les acabó la paja durmieron sobre el suelo de madera e hicieron sopa con cereales que encontraban en el estiércol de caballo. Para cuando Khassan llegó a Kazajistán en otoño de 1945 la situación había mejorado un poco pero sus padres habían sucumbido y Khassan reunió el relato de lo que les había sucedido durante su último año de vida a partir de lo que le contaron sus vecinos y amigos, y por Mirza.

Mirza era una cría cuando Khassan se fue a la guerra, así que cuando se la encontró colando agua a través de un paño en 1947 no reconoció a la niña que había sido juzgada a la edad de ocho años por el crimen de pintarse un bigote con carbón encima del labio y desfilar por el establo ordenando a los animales que contribuyeran con mayor energía a la construcción del comunismo. —Dame un poco de agua—, dijo él, sediento después del largo viaje. —Anda y que te follen—, le soltó ella por toda respuesta. Fue su primera conversación. Con el tiempo se convertiría en el amor de su vida, pero eso no podía saberlo aquel día cuando al darse la vuelta pisó una mierda tan grande que le llegó hasta los cordones. No podía saberlo mientras le arrancaba el cubo a Mirza de las manos y se limpiaba la bota con su agua limpia.

Un año después el maestro de la escuela murió y Khassan lo reemplazó. No tenía formación ni experiencia, pero después de la guerra las trifulcas de los niños eran lo más parecido a la paz y Khassan estaba contento. Entre sus alumnos estaba la hermana menor de Mirza, una niña de mente ágil, con las uñas tan mordidas que era incapaz de coger un kopek de un mostrador, y que una vez le puso un

clavo en la silla al obeso hijo del comisario político para ver si explotaba. Aunque salvó al hijo del comisario del clavo, y con ello a la hermana de Mirza de una bala en la cabeza, no pudo dejar de reconocer la veta de temeridad que había en aquella familia y que era necesario atar en corto.

En el Primero de Mayo de 1950, Khassan organizó un desfile de niños. Los adultos se alinearon a lo largo de la carretera adoquinada para vitorear a los niños y evitar la pena de diez años de trabajos forzados por absentismo. Veintitrés de los noventa y seis niños que desfilaron aquel día no vivirían para ver su Chechenia natal. El hijo del comisario estaría entre ellos porque la sala para enfermos de cólera, sin respeto alguno para la clase política, era lo más parecido a una sociedad igualitaria que conocerían en sus vidas. La hermana pequeña de Mirza figuraba entre los cuatro portadores de un busto de escayola de Stalin. Mirza miraba desde el otro lado de la carretera, las manos colgando a lo largo del cuerpo, él único par de manos que no prorrumpió en aplausos. Su desprecio le atravesó como la luz atraviesa el vapor. A la tarde siguiente se enfrentó a él en la escuela y le clavó una mirada que habría cortado cuellos más débiles que el suyo. —Eres un cobarde—, le espetó, y con esa sola palabra escribió una denuncia, una biografía y una profecía al mismo tiempo. Fue su segunda conversación.

En 1956, tres años después de la muerte de Stalin, un lejano burócrata rehabilitó a la etnia chechena de un plumazo. La tarde en que llegaron los primeros trenes para llevarlos a casa, Khassan anduvo por la carretera de piedra clara hasta el cementerio de lápidas de piedra clara con una pala y la maleta marrón en la que sus padres habían empacado sus pertenencias doce años antes. La tierra estaba dura y seca y tardó varias horas en encontrarlos. El dedo índice de su madre le señalaba a través de la tierra. El sudario sustituía a sus pieles. Pesaban menos de lo que esperaba, los músculos se habían solidificado por efecto de la desecación. Les dobló los brazos y las piernas hasta que los tendones se quebraron. Fue tan respetuoso como pudo. Los metió con cariño en la maleta. No hubo abluciones y la tierra y el moho le cubrían las manos, pero Dios le perdonaría aquellas blasfemias menores. Sus padres le habían dado la mejor vida que habían podido. Él hubiera querido poder darles una mejor muerte. Allí fue donde decidió que escribiría la historia de sus padres, de su pueblo, de aquel trozo de humanidad que el mundo parecía decidido a olvidar. De pie sobre el montón de tierra, la pala parecía una lápida escuálida. No estaba solo. Varios cientos de personas habían venido para desenterrar y llevarse a sus muertos y el polvo enrojeció la noche.

Cuando llegó a su cabaña, una choza minúscula rodeada por un

muro de piedra clara, quería lavarse las manos pero no lo hizo. En lugar de eso, dobló las camisas que les había ganado a las cartas a los soldados del Ejército Rojo, los calzoncillos largos que le había robado a un cadáver y el abrigo de piel de marmota que le había dado una viuda kazaja a cambio de que rezara por su difunto esposo todas las noches durante nueve años. La maleta marrón estaba junto a la puerta. No había heredado otra. Nada donde guardar toda aquella ropa tan bien doblada. Llevaba once años soñando con dejarle su ropa de regalo a la próxima etnia soviética que perdiera el favor del Kremlin e irse de allí sin nada excepto los restos de sus padres. Al día siguiente, cuando el silbato de un tren le despertara, se levantaría y haría realidad ese sueño.

Cuando llegó a las vías los vagones de ganado ya estaban completos. Los refugiados miraban con incertidumbre mientras los trenes circulaban entre la pálida hierba de la estepa, convirtiéndose en la única medida de las cosas. Se encontró a Mirza haciendo equilibrios sobre una traviesa bajo una columna de humo de escape que se erguía como una plaga de langostas que retornara a la boca de Dios. —De modo que sigues aquí—, dijo ella. —Así es—, respondió él. Ella levantó su maleta marrón. —Qué ligera—, dijo. —Son mis padres—, replicó. Fue su tercera conversación.

Los refugiados acampaban a lo largo de las vías por miedo a perder el siguiente transporte, pero Khassan, que confiaba en que el cielo transmitiría el sonido del traqueteo de los trenes que se acercasen, caminó junto a Mirza hacia el pueblo vacío. De las puertas de las cabañas y las chozas salían filas de ropa, muebles y vajilla. El comisario político y sus fieles se habían ido en el primer tren y la oficina central del Partido, el edificio de mayor solidez arquitectónica en muchos kilómetros a la redonda, estaba desierto. Cruzaron salas de reuniones empapeladas con periódicos que anunciaban la repatriación y entraron en la oficina del comisario político. Tres sillas tapizadas rodeaban una mesita de café donde una estilográfica
dorada esperaba en posición de firmes dentro de su caja. Detrás de ellos, colgado sobre el marco de la puerta, el busto de escayola de Stalin los observaba con frialdad. Khassan lo levantó de su pedestal y le dio dos golpecitos en la frente que resonaron en el cráneo hueco. Lo envolvió en una cortina burdeos.
La aprobación en el rostro de Mirza lo hacía irreconocible.

Khassan cargó con el busto hasta la estepa y cuando lo dejó en el suelo la hierba alta irradiaba de la cara del difunto dictador. Mirza le atravesó a Stalin la sien de un taconazo y se quedó mirando a Khassan. ¿Qué podía hacer sino convertirse en su cómplice después de aquella mirada? Le partió el gran bigote marrón y ella se le unió y le aplastó el ojo izquierdo. Los pies comenzaron la cuarta conversación

entre Mirza y Khassan hasta que las botas se les pusieron blancas de polvo de escayola. Por fin habían cometido la traición por la que les habían condenado doce años antes. Chillaron hasta que se quedaron roncos y les dolían los pulmones, y el viento barría el polvo y todo era una celebración. Finalmente, Khassan extendió la cortina burdeos sobre el suelo. Ella lo cogió de la cara y él la cogió por los hombros. En el estómago, a la izquierda del ombligo, Mirza tenía un antojo ovalado que parecía un tintero volcado. Khassan lo besó.

Ula había cerrado los ojos, pero en el silencio Khassan sintió el alivio de la confesión como una corriente que lo arrastraba cuando ya había dejado de patalear. Era maravilloso sentirse escuchado y olvidado. Quería más. Quería borrar ese pasado que llevaba toda su vida registrando. Más tarde, ya en su estudio, envolvió en una sábana todas sus notas, borradores, ediciones censuradas, todo, y las llevó al bosque. Necesitaría muchos viajes, muchas sábanas llenas de papeles, pero estaba decidido a borrar cada palabra que hubiera escrito. Los perros lo acompañaban y detrás de ellos iba el recuerdo de la acusación de Mirza, más potente que nunca, ahora fortalecido por el testimonio de cuarenta años malgastados como apólogo del Estado soviético. ¿Qué escribiría cuando el fuego hubiera leído sus páginas y los perros estuvieran tumbados al calor y las cenizas ennegrecieran la nieve? Desde luego no la historia de un país que había destruido el concepto de historia y de nación. Algo más pequeño. Una carta a Havaa. Sus recuerdos de Dokka. Empezaría por sus recuerdos favoritos de él, seguiría por el día en que lo conoció y terminaría con el nacimiento de Havaa. Sería la primera cosa cierta que escribiría en su vida.

6

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

En aquel momento, Havaa odiaba el hospital. Odiaba el hedor a productos químicos que flotaba por el aire y le quemaba la garganta igual que la lejía que su madre usaba para lavar las sábanas, cuando aún había lejía, y sábanas, y madre. Odiaba a los pacientes, que estaban heridos, que estaban destrozados, que tardaban tanto, tanto, tanto en morirse. Odiaba a Deshi. La enfermera era vieja, la enfermera era aburrida; y si era el rostro de la vida, no le sorprendía que tantos pacientes eligieran la muerte. Le hizo una mueca enfadada al estúpido linóleo amarillo. ¿Dónde estaba Akhmed? A él también lo odiaba. Le había echado una bata por la cabeza y la había dejado allí sola sentada en la sala de espera mientras el hombre al que habían traído encima de una lona llenaba el aire de gritos y el suelo de sangre. A través de la fina tela de la bata había podido observar siluetas frenéticas que iban de aquí para allá intentando parar el río que brotaba de aquel pobre hombre. Cuando terminaron, desaparecieron por el pasillo y la dejaron allí plantada como un perchero.

Y para colmo Akhmed se había ido a casa, la había abandonado otra vez. ¿Volvería mañana? Sí, tenía que volver. No podía imaginar otra posibilidad. Sí, Akhmed volvería mañana. Volvería mañana y se iría a Grozni, un lugar del que siempre habían hablado de ir *juntos*, y además se iría con Sonja, que claramente le gustaba más que ella sólo porque era más vieja y tenía pechos, y harían cosas que sólo a ellos podrían gustarles, como por ejemplo inventar la manera de rascarse un miembro fantasma, así que mañana cuando volviera lo odiaría, pero hasta entonces lo echaría de menos.

Miembros fantasmas. Todavía no había enseñado al guarda al que le faltaba un brazo a hacer malabares como le había prometido a Akhmed, y además odiaba querer impresionarle hasta cuando no estaba. El guarda estaba en la entrada, dormido sobre el banco. Llevaba puesto el gastado uniforme color verde oliva de los rebeldes. Le apretó el estómago con el dedo índice hasta donde pudo, lo cual no era mucho ya que el hombre no tenía mucho estómago que apretar. Se

despertó con un gruñido. —¿Qué quieres?

—Hacer malabares.

Cerró los ojos. —No necesitas mi permiso. Venga, ponte a hacer malabares.

—No. He venido a enseñarte a hacer malabares a ti.

—Estás de broma—, dijo sin abrir los ojos.

—No eres un monstruo de un solo brazo por el que todo el mundo siente lástima—, dijo Havaa con la voz más alentadora que pudo. Seis meses antes, Akhmed le había enseñado usando tres pequeños rectángulos de gasa que daban vueltas y aleteaban por el aire como un banco de hambrientos peces blancos. Estaban en medio de la calle; lo único que circulaba por ella eran las ráfagas de viento. Los trozos de gasa hacían piruetas en la brisa y Akhmed daba aullidos mientras ella los perseguía. Aprendió a hacer malabares con un solo trozo de gasa en una tarde. Al día siguiente se pasaron al interior. Los malabares están más en la mente que en las manos, le había dicho Akhmed. En el espacio cerrado de la casa aprendió en cuestión de minutos. —Los malabares están más en la mente que en las manos—, le dijo al guarda manco.

—Me he muerto mientras dormía y estoy en el infierno, ¿verdad?

—Lo primero es lanzar al aire un pañuelo—, dijo ella haciendo una demostración muy exagerada.

El guarda comenzó a rezar —Oh, Alá, líbrame de este pozo de maldad.

—Tienes que cruzarlo al lanzar, como si se lo engancharas en el hombro a un compañero invisible. Como si fuera un compañero fantasma, seguro que esa sensación te resulta familiar.

—Jesucristo, escucha mi plegaria—. Rezó el guarda por si el Dios de los paganos era más receptivo.

—Después repites el mismo movimiento con la otra mano.

—Ella se piensa que tengo otra mano.

—¿Ves qué bien lo hago?—, preguntó con los tres trozos de gasa en el aire.

—Mi mano fantasma te está cruzando la cara en este mismo momento.

—Yo no siento nada—, dijo ella orgullosamente.

—Ni yo—, dijo el guarda con voz sombría.

—Te veo un poco cascarrabias. A lo mejor te vendría bien otra siesta.

Cuando se alejó del guarda manco, odiaba a Akhmed más aún. Si no podía contárselo era como si no le hubiese enseñado nada de malabares al guarda. La había abandonado, igual que su padre y su madre; la niña se vendaba aquella herida con toda la hosquedad y

obstinación que podía reunir para que se mantuviera oculta y aislada, y así nadie notara cómo en sólo tres horas había aprendido a echarle de menos con la intensa añoranza que tenía reservada para sus padres. Tenía que haber sabido que Akhmed la olvidaría tan deprisa como había olvidado a su madre.

En cambio, a Sonja no la odiaba. No tanto como a Akhmed. Desde luego, Sonja era brusca e irritable, una malasombrista incapaz de encontrar en una hora la gracia que Akhmed le sacaba a cualquier cosa en tres minutos. Pero eso no importaba porque ella era diferente. Era la jefa de aquel lugar, daba órdenes a todo el mundo y hasta Akhmed se ponía pálido cuando ella hablaba. No sólo era doctora, era la directora de todo el hospital. No se suponía que las mujeres pudieran ser médicos; no tenían ni el tiempo ni la capacidad de trabajo, de estudio y de compromiso necesarios, no mientras tuvieran casas que limpiar, niños que cuidar, cenas que preparar y maridos que complacer. Pero Sonja era más rara, más maravillosamente desconcertante que el guarda manco; en lugar de los miembros, tenía las expectativas amputadas. Ella *no tenía* marido, hijos ni casa que limpiar y cuidar. Ella *podía* dedicarse al trabajo y a los estudios, y además disponía del tiempo, del compromiso y de todo lo necesario para ser la jefa de un hospital. Por eso Havaa le perdonaba que fuera brusca e irritable; aquellos defectos eran defectos sólo porque representaban lo contrario de lo que se esperaba de las mujeres. Aquel caparazón grueso y duro protegía el desafío que caracterizaba la vida de Sonja. A Havaa le gustaba eso.

Así que mientras deambulaba por el pasillo, iba pensando cómo sería su vida si viviera como Sonja. Podría hacerse arbolista como su padre. Nunca se le había ocurrido que a las mujeres les permitieran ser científicas. Pero si Sonja podía ser cirujana y directora de un hospital, ¿por qué no podía ella ser arbolista o incluso marino-anemonista? Se asomó a escondidas a la habitación en la que dormía el hombre que había perdido la pierna. Las vendas estaban manchadas de sangre seca y oscura. El muñón sobresalía por el extremo de la sábana blanca como un tronco podrido emergiendo de la nieve. Dormía. En algún lugar de aquel letargo inducido por la heroína, el herido estaba ya diseñando en sueños el monumento de acero y hormigón dedicado a los caídos de la guerra que habría de construir veintitrés años después. Aquel hombre era la única persona en todo el hospital a la que no odiaba.

—Me parece haberle dicho a la niña que encontrara algo que hacer —, dijo Deshi al entrar en la habitación con su habitual ceño fruncido.

—Eso estaba haciendo.

—Eso estaba haciendo, dice ella. ¿Haciendo qué?

—Estoy pensando—, le soltó Havaa como si le lanzara una piedra a

la cara.

—Encuentra algo más útil—, dijo Deshi. Estaba haciendo punto apoyada contra la pared. La madeja daba vueltas en su bolsillo.

—¿A ti Sonja te mangonea así?

—¿Por qué dice la niña esas cosas?

—Porque la que manda en el hospital es Sonja.

—Increíble—, dijo Deshi con un suspiro. —Llevo trabajando aquí desde antes de que Sonja diera pataditas en la tripa de su madre. Estaba ya jubilada cuando la contraté y de pronto la que se lleva todo el mérito por hacer que este hospital funcione es ella. En esta vida todo te lo robarán, incluido el respeto de una niña huérfana demasiado preguntona.

—¿Por qué sólo hay mujeres en este hospital? ¿Dónde están los hombres?

—Huyeron.

—Pero si son los valientes.

—No. Son los que te rompen el corazón y se largan con una más joven.

—Así que me estás diciendo que a veces las mujeres son más valientes que los hombres. Y mejores médicos.

—Te estoy diciendo que si quieres atrapar a un hombre más vale que le escondas los zapatos por la noche para que no salga corriendo.

—No te entiendo.

Deshi sacudió la cabeza. Su consejo romántico valía más que el rescate de un rehén extranjero y allí estaba ella, regalándoselo gratis a una niña que no apreciaba la sabiduría duramente adquirida. —Basta con que no te acerques a los oncólogos, ¿de acuerdo?—, dijo mientras conducía a la niña a la sala de espera. —Acuérdate de eso y te librarás de la peor parte. Ahora, ¿por qué no sacas tu cuaderno y dibujas algo?

—¿Algo como qué?

—No sé. ¿Dónde te gustaría estar ahora mismo?

—En mi casa—, respondió. Siempre había pensado que aquella palabra se refería a las cuatro paredes y al techo, pero el significado se había ampliado, había incluido a Akhmed, al pueblo, a sus padres, al bosque, a todo lo que ya no estaba. —Hace una semana.

—Y a mí me gustaría estar aquí mismo hace cuarenta años, el día en que me ofrecieron este trabajo. Le diría no con el dedo a la enfermera jefe en su propia cara, le soltaría no, no, a mí no me engaña usted y después saldría por esa misma puerta.

—Qué tontería. Hay mapas que te enseñan a ir adonde quieres ir pero no existen mapas que te indiquen cómo llegar al tiempo al que quieres ir.

—¿Por qué no dibujas ese mapa?

—Sólo si me dejas jugar en el cuarto piso.

—Niña, si ese mapa existiera, todavía tendríamos cuarto piso. Empieza a dibujar.

El pasillo, con su penetrante olor a productos químicos, se tragó los pasos de Deshi y Havaa se quedó sola de nuevo. Con el cuaderno sobre las piernas, se acordó de su padre.

A él no lo odiaba. Pensaba en eso, se daba cuenta de ello, sentía cómo le crujía por los huesos de los brazos, por los huesos de los dedos, sentía cómo se abrazaba el pecho con sus propios brazos, cómo los dedos se agarraban a sus propios hombros, sentía aquel temblor dentro de ella que era sólo el latir de su corazón. Cada noche su padre le contaba cuentos de una raza de extraterrestres de color verde cuyas caras consistían en un orificio por el cual veían, oían, comían, olían, hablaban y pensaban. Cada noche le contaba un capítulo nuevo. Habían pasado tantas noches y le había contado tantos capítulos, que la palabra que usaban para hablar de ellos era *capítulo* en vez de *historia* o *cuento* porque los cuentos e historias siempre tenían un final y el suyo no. Según su padre, los extraterrestres verdes habían destruido su propio planeta durante una guerra civil interestelar y habían emigrado a la luna para empezar de cero. Noche tras noche, mientras la civilización se hundía a su alrededor, su padre le hablaba de la construcción de un mundo nuevo sobre la superficie lunar. Havaa tenía la esperanza de que su padre estuviera allí con ellos.

Sonja entró a zancadas por la puerta apestando a tabaco. Tenía los ojos hinchados y le temblaban las manos. —Estás aquí—, dijo sorprendida.

—Sí—, Havaa estaba de acuerdo. —Estoy aquí. Esto es la sala de espera.

Sonja miró el suelo y las sillas, cavilando sobre ello. Después asintió.

—Tienes razón. Esto es la sala de espera—. Se sentó en una silla plegable junto a ella.

—¿Qué tal tu día?—, le preguntó Havaa.

Sonja se encogió de hombros, encendió su mechero y se quedó mirando a la pared con los ojos vacíos. —Ha sido un día normal. ¿Y el tuyo?

—Normal.

Sonja suspiró, cerró los ojos y se puso a encender y apagar el mechero con un ritmo lento y sin sentido.

—¿Los federales también me van a llevar a mí?—. Formular aquella pregunta implicaba reconocer que tal cosa era posible y, por lo que Havaa sabía, cualquier horror que pudiera suceder al final acabaría sucediendo. Era mejor blindarse de irrealidad. Era mejor

volverse hacia adentro, esconderse en las oscuras aguas donde habitan las anémonas marinas, en las profundidades donde los tiburones no podían alcanzarla.

La mano de Sonja encontró la suya en el espacio entre las sillas.

—¿Me llevarán los federales con mi padre?—, preguntó a sabiendas de que no había una respuesta a esa pregunta que quisiera escuchar. Su padre era su puerta al mundo. La abertura por la que veía, oía y sentía. Sin él no sabía lo que veía, lo que oía, lo que sentía. Todo lo que sentía era su ausencia.

—Vámonos a la cama—, dijo Sonja. Se puso de pie con Havaa aún de la mano. —Cerramos los ojos y están ahí mismo, justo donde los dejamos, en su propia sala de espera, esperándonos.

7

1994 1995 **1996** 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

Durante dieciocho días Natasha durmió como si el mundo de sueños encerrado detrás de sus párpados fuera su verdadero hogar y volviera a él quince horas diarias. ¿Qué podía Sonja hacer por ella? Natasha estaba allí, a salvo, viva y lo suficientemente real como para empezar a ofenderse. Sonja entraba en la habitación de su hermana con una taza de té caliente en la mano a la luz blanca y sin brillo del amanecer y estudiaba su cuerpo como si inspeccionara un cadáver, un enfermo en coma, o a alguien a quien tiempo atrás había envidiado. Sus ojos recorrían las curvas de sus caderas, el extraño ángulo de sus codos, que podía desencajar y doblar a su antojo, las uñas mordidas, las piernas, aún largas, aún ágiles, y el ralo vello castaño de los antebrazos, que Sonja había usado como prueba para convencer a Natasha de que se estaba convirtiendo en un chico cuando le empezó a salir en la pubertad. La piel de Natasha decía lo que Natasha callaba. Marcas de uso continuado de heroína en los dedos de los pies. Cicatrices de quemaduras de cigarro salpicadas por el hombro izquierdo. De encontrar este tipo de marcas en un paciente del hospital, no habría sentido la más mínima piedad, pero allí, en la habitación de Natasha, la compasión la inundaba. Durante dieciocho días entraba a despertar a su hermana y se volvía, aterrada por los sueños de los que despertaría, y sin dejar más despertador que una taza de té enfriándose sobre la mesilla de noche.

Pero Natasha no estaba bien; Sonja sacó a colación el tema la decimoctava noche en la cocina, mientras picaba un par de patatas y una cebolla sobre la tabla de cortar. —Creo que deberías hablar con un psiquiatra o con alguien.

Su hermana la miró como si hubiera anunciado que esa noche se comerían de cena la tabla de cortar.

—Simplemente me parece que te vendría bien hablar con alguien. Sobre lo que pasó en Italia. Sobre cómo te sientes al estar de nuevo en casa—, le dijo.

—Hablar no soluciona nada.

—Puede solucionar alguna que otra cosa—, dijo Sonja puntuando su frase con un golpe de cuchillo.

—Las dos mitades de esa cebolla no se van a volver a juntar por mucho que hables con ellas.

—La mente humana es un poco más compleja que una cebolla.

Natasha se sujetó el pelo mientas encendía un cigarro en el hornillo que su padre, doce años antes, le había comprado de segunda mano a una mujer que nunca volvería a encontrar una llama que cociera un huevo tan perfectamente. —Algunos nos consideraríamos afortunados de tener en la cabeza algo tan grande como una cebolla.

Sonja veía a su hermana alejarse de ella, de la conversación, de lo que quiera que hubiera sucedido en Italia. —Piensa en la mente como en un músculo o un hueso—, dijo bajando la mirada y dirigiéndose a un respetuoso público de patatas cortadas en cubos. —Los traumas mentales o emocionales, al igual que los huesos rotos, no se curan sin cuidados.

Natasha apuntó con la cabeza en dirección a la tabla de cortar. —Si convences a esas patatas y cebollas de que salten solas a la sartén, hablaré con un psiquiatra.

Si bien enormemente exasperante, la resistencia de Natasha era un signo positivo, ¿verdad? La obstinación era un pilar que discurría en paralelo a la columna vertebral de su hermana y que la mantenía en pie, cuando no estaba incrustado en los cuartos traseros de Sonja. Por eso, aunque anhelara un poco de cortesía que engrasase la oxidada maquinaria de la relación, soportaba gustosamente las réplicas llenas de insolencia y los gestos condescendientes de sus ojos porque significaban que no había perdido la habilidad de sacarla de sus casillas. Su hermana era un mordaz cangrejo ermitaño que fumaba compulsivamente y se aventuraba fuera de su concha únicamente en la seguridad de la presencia de Sonja. Cuando Natasha creía que estaba sola, los días que Sonja salía del piso dando un portazo y se quedaba a espiarla, buscaba caparazones más gruesos. Era horrible verla por el agujero de la cerradura revolviendo la casa y dividiendo su habitación en espacios de seguridad cada vez más pequeños. Movía la mesa, la cama y la cómoda como un niño que convierte los muebles en un castillo de juguete, a veces incluso rodeaba la estructura con un foso de vasos de agua. Al otro lado de la cerradura Sonja rezaba para que la fortaleza mantuviera a raya a los dragones. Cada vez que lo veía, el corazón se le arrugaba como si lo tuviera dibujado en una hoja de papel. Al volver por la tarde el castillo había desaparecido y los muebles ocupaban de nuevo sus rectángulos blancos en la pared. Sonja nunca mencionaba lo que había visto, prefería usarlo como recordatorio de que debía ser amable y paciente mientras preparaba la cena. Les susurraba palabras de amor a las patatas y cebollas pero las

pequeñas cabronas eran tan testarudas como su hermana, la gran cabrona.

Natasha cedió un poco cuando Sonja le hizo notar que, en comparación con sus interminables peroratas, una charla con un psiquiatra era una merienda en el campo. Según admitió, aunque Sonja pensaba que era completamente falso, había hablado con una psiquiatra en el refugio de mujeres de Roma, la cual le había proporcionado las pastillas de Ribavirina para seis meses que Sonja había descubierto en el baño y que se suelen usar para el tratamiento de la hepatitis que Natasha se negaba a reconocer que padecía.

—Hablaba ruso con un acento italiano ridículo—, dijo Natasha. —Siempre temía que se pusiera a cantar una ópera.

—Nunca les hago promesas a mis pacientes, pero te prometo que encontraré a alguien que no hable una sola palabra de italiano.

Lo intentó. Revisó todos sus contactos sólo para descubrir que los psiquiatras de la ciudad, hasta el último, estaban todos muertos, exiliados o desaparecidos. El hospital no tenía un sólo especialista en el campo de la salud mental. Una tarde en el aparcamiento del hospital estaba tan furiosa que quería emprenderla a puñetazos con las nubes del cielo, pero al final descargó su ira contra algo más cercano, el capó oxidado de un Volga del 83 tan decrépito que incluso sintió el enfermizo placer de agredir a un animal herido sólo para incrementar su sufrimiento. ¿Cómo había llegado hasta aquel punto? Hablaba cuatro idiomas con fluidez y, sin embargo, la expresión más completa de su derrota eran sus puños contra aquel herrumbroso capó. Durante los meses anteriores a la repatriación de Natasha se le había fosilizado el corazón en torno a su ausencia y ello le permitía quererla en la memoria como no podía hacerlo en la realidad. Lo cierto era que su propio exilio había provocado el de Natasha. Lo cierto era que había sido la primera en dejar Chechenia. Lo cierto era que había escapado de la guerra que Natasha había tenido que soportar sola. Era completamente lógico que su hermana tratara de llevar a cabo la misma transacción que ella, pagando con la única moneda que poseía, su cuerpo. Pero ahora había vuelto a casa y necesitaba una atención médica que ella no podía proporcionarle. Ser una mala hermana estaba mal, pero ser una mala doctora era un pecado mucho peor. Deshi la halló en el aparcamiento quitándole el óxido a golpes al capó del Voga. Las lágrimas se le pusieron de color marrón cuando se las secó con los nudillos. —¿Necesita hablar de ello?—, le preguntó Deshi. —Váyase a la mierda—, respondió.

Durante la cena, Natasha se tomó la noticia con el habitual engreimiento. —Menos mal—, apostilló. —Los médicos de la cabeza son un signo de decadencia impropio de un país como el nuestro. Son los bidés de la profesión médica.

—Podrías hablar conmigo—, le ofreció Sonja con suficiente desagrado en la voz para que Natasha declinara su ofrecimiento, cosa que hizo inmediatamente. Cuando desapareciera por segunda vez siete años y tres meses después, Sonja habría de orbitar alrededor de aquel momento rodeando cada detalle una y otra vez sin aterrizar jamás.
¿Y si hubiera sido más amable, más delicada? ¿Y si lo hubiera intentado más veces?

El ruido de la calle llenaba el vacío de la conversación cuando Sonja acabó por rendirse. Si el mundo había decidido hundirla, estaba dispuesta a dejar de luchar contra la corriente. Alargó su jornada laboral. Después alargó el trayecto de vuelta a casa. En el bazar, los vendedores comerciaban con cualquier cosa que pudiera transportarse en un carro; raciones de emergencia, sacos de grano, rollos de tela, lana cruda, tablones de tarima, aparatos de cocina industrial, municiones abandonadas del Ejército Rojo, semáforos y maquinaria de refinado de petróleo. De camino al Hospital nº 6 pasaba por delante de mostradores de zapatos de segunda mano que habían recorrido más kilómetros que un caza federal, de bloques de pisos con más cráteres que el hombro de su hermana, de andamiajes que parecían exoesqueletos y hombres que empujaban carretillas de mampostería.

A medida que los dieciocho días se convertían en veinte, cuarenta, sesenta, la sala de trauma se transformó en la capital de la reconstruida república. Cada día llegaban pacientes con ataques al corazón y cálculos renales, emergencias menores de tiempos de paz. Un día entró un hombre cojeando porque se había torcido un tobillo en un partido de fútbol y ella lo besó en la mejilla. Ese hombre y su esposa crearían la placa en honor del personal del hospital durante los años de la guerra que se inauguraría con poca fanfarria oficial once años después. La guerra había terminado; nadie sabía entonces que se trataba sólo de la primera. A pesar de todo, la escasez de suministros seguía siendo un problema.

Se puso en contacto con el hermano de un hombre con el bigote hecho de patas de araña muerta a quien le había salvado la vida el día en que una mina le incrustó en la pierna izquierda ocho rodamientos, cuatro tornillos y tres monedas de diez kopeks. El hermano se reunió con ella en el asiento trasero de un Mercedes que daba vueltas alrededor de un espacio asfaltado del tamaño de una pista de tenis justo en el exterior de su propio garaje en Volchansk, el único trozo de pavimento digno de tan fina maquinaria occidental que quedaba en la ciudad. Pellizcaba un Marlboro entre las uñas relucientes de manicura. Sonja no necesitaba mirar mucho más allá del primer nudillo de aquel tipo para saber que tenía acceso a las rutas de contrabando que serpenteaban por las montañas del sur.

—Usted le salvó la vida a Alu—, dijo el hermano, poniéndose el

cigarro entre los delicados labios, hidratados cada noche con crema de aloe. —Le debo un favor. Uno pequeño ya que tengo seis hermanos y Alu es el que menos me gusta.

Le pasó una lista de suministros médicos fáciles de encontrar: apósitos de gasa absorbente, vendas adhesivas, líquido antiséptico, mascarillas de reanimación cardiopulmonar, guantes de látex, rollos de esparadrapo, termómetros, tijeras, bisturíes, aspirina, antibióticos, hojas de sierra quirúrgica y analgésicos. —Es material básico. Puede encontrarlo en cualquier distribuidor de suministros hospitalarios.
Es lo que suele traer un botiquín de primeros auxilios decente.
El problema es que necesito mucho de todo.

—Alu habla maravillas de usted—, se lamentó el hombre. —Debí suponer que sería usted un muermo. ¿Algo más?

—Pensaba que sólo me concedería un favor.

—Déjeme contarle una pequeña historia—, dijo el hermano con el cigarro en la mano como si fuera una batuta. —Cuando era niño tenía de mascota una tortuga a la que llamé Alu como mi hermano porque compartían una especie de, cómo decirlo, de imbecilidad animal. Una vez tuve que ir a Grozni con mi padre y cinco de mis hermanos para asistir al funeral del tío de mi padre. Salimos tan deprisa que no me dio tiempo a echarle de comer a la Tortuga Alu. Alu el Idiota se quedó en casa con mi madre porque tenía fiebre. En un momento tan difícil para ese diminuto intelecto que le tuvo que salir humo de las orejas, Alu el Idiota se acordó de darle de comer a mi tortuga. Cazó larvas e insectos y seguro que los probó él mismo antes de dárselos a mi amado crustáceo. Desde entonces Alu el Idiota ha crecido hasta convertirse en una almorrana del tamaño del Peñón de Gibraltar. Sin embargo, de niño utilizó la única buena idea que el cielo le había concedido para alimentar a mi mascota. Y es por eso que le concedo un segundo favor.

—Las tortugas no son crustáceos—, dijo ella.

—Usted perdone, quise decir medio crustáceo.

—Son reptiles de pura raza.

El hermano se la quedó mirando boquiabierto. —Debería escucharse a sí misma. No dice más que ridiculeces.

—Una tortuga es cien por cien reptil—, insistió. —Me imagino que hasta Alu sabe una cosa así.

—No me insulte. Todo el mundo sabe que una tortuga es un crustáceo por parte de madre.

—Explíqueme eso—, dijo ella arrellanándose en el asiento mientras el coche daba vueltas.

—Un lagarto se folla a una cangreja y nueve meses después nace una tortuga. Se denomina evolución.

—Espero que su profesor de biología acabara en el gulag—, dijo ella. Cruzó la mirada con el conductor por el espejo retrovisor. Había nacido en una aldea de las montañas donde la gente creía más en la existencia de los trols que en la de los automóviles. La primera guerra lo había catapultado del lomo de una mula al asiento de un Mercedes, y desde entonces recordaría esa guerra como el mejor golpe de buena suerte en una vida por lo demás plagada de insatisfacciones.

—Es increíble que a alguien con su escaso conocimiento de la naturaleza le permitan practicar la cirugía—, dijo el hermano.

—¿Hay más animales de origen parecido?

El hombre apretó los labios. —La ballena.

—Déjeme adivinar. Un pez se folla a una hipopótama.

—Casi. A una elefanta—, dijo el hermano, riendo.

—Claro—, dijo Sonja. —Cómo habré podido olvidar las manadas de elefantes que surcan el ancho mar.

—No seré yo quien ponga en duda el honor de mi madre, pero hay gente menos noble por ahí que diría que Alu es medio mono. Entonces, ¿qué? ¿Meto la obra de Darwin como segundo favor?

Ella escribió varios títulos en la lista y se la devolvió.

—Dios mío—, dijo él. —Es usted peor de lo que había imaginado. No me extraña que Alu y usted congeniaran tan fabulosamente. *El análisis psicológico moderno. Trastorno por estrés postraumático: causas, síntomas y tratamiento. Superar la violación: de víctima a superviviente*. ¿Es esto lo que quiere? Yo creía que sería algo más del estilo cocaína y prostituta.

—¿Le parezco una persona que necesite una prostituta?

El hermano sonrió de oreja a oreja. —En mi vida he visto a nadie que la necesitara más urgentemente.

—¿Me va a conseguir esos libros o no?

—Ya veremos. Armas, drogas, uranio, putas, rehenes… no hay problema. Pero nadie me ha pedido nunca que le consiguiera suministros médicos y libros. Va a ser todo un reto.

Las vueltas del Mercedes le estaban dando nauseas. Quería salir de aquel cacharro giratorio mareante. Además, ¿qué tenía Alu de malo? Alu era un ciudadano modelo comparado con aquel tipo ridículo que hablaba como si fuera el genio de la lámpara. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Los que tienen las balas también tienen las vendas.

—¿Puede conseguirlos o no?

—No me insulte. Puedo robarle las manchas a un leopardo de las nieves.

—Gracias, en tal caso.

—¿Eso es todo? ¿Nada más? Cuando salga de este coche no me volverá a ver.

¿Un transporte a Georgia? ¿Un billete Tiflis-Londres? ¿Un visado válido de entrada en el Reino Unido en el pasaporte que se escondía en el cinturón cada vez que salía de casa?

—Sí—. El viento soplaba. Unas nubes amarillas observaban con indiferencia. —Deme un cigarro de los suyos.

Cogió un cigarrillo y se lo fue fumando de camino al bazar, donde varios días después, mientras buscaba unas telas, tropezó por casualidad con una máquina de hielo industrial en la tienda de un traficante de armas wahabita. Era un enorme armatoste gris con el interior de plástico del color de la sopa de patatas y una rejilla de ventilación de marquetería en la parte posterior. La tapa de acero con el logo del Hotel Soviet Intourist de Grozni reflejaba su imagen desenfocada. Sobre ella habían sido concebidos tres medio hermanos, que ya tenían dieciséis, once y ocho años, ninguno de los cuales tenía aún conocimiento de la existencia de los demás. Un tendero con los dedos manchados de nicotina, gafas de montura de alambre y la larga barba propia de un wahabita le describió las virtudes de la máquina. —Gorbachov, Brezhnev y los Bee Gees enfriaron sus bebidas con hielo procedente de esta maravilla. Tiene usted delante a una celebridad entre las máquinas de hielo, admirada y envidiada en su género. Las cubiteras de toda Chechenia tienen fotos de la máquina de hielo del Intourist de Grozni clavadas en las paredes de sus congeladores.
Las educan desde pequeñas en la creencia de que si trabajan mucho y son fieles de todo corazón a la ideología del hielo, quizá de mayores lleguen tener su categoría. Usted dirá, *pero Mullah Abdul, yo no* necesito *una máquina industrial que produzca veinte metros cúbicos de hielo en una hora*. A lo cual yo le respondo: ¿Y qué pasa con el agua limpia? Ya sabe que el H2O puro e inmaculado se congela exactamente a cero grados, temperatura a la que está delicadamente calibrado el termostato de este magnífico coloso. Sin embargo el agua que contiene minerales, sedimentos, bacterias y parásitos, se congela a una temperatura ligeramente más baja, por lo que se mantiene líquida y es expulsada por el desagüe.
El agua congelada que sobra es tan pura como las vírgenes del paraíso, con las que espero reunirme muy pronto si Dios me considera merecedor de tal gracia.

Sonja asintió, francamente impresionada. Al lado de la máquina había varias mesas de juego repletas de armas de todos los calibres y tamaños, municiones, tuberías convertidas en lanzaderas de misiles Stinger de artesanía, minas terrestres y capítulos de *Los vigilantes de la playa* grabados en VHS.

—¿Busca algo en particular?—, continuó el tendero. —¿Granadas de fragmentación? ¿Balas de punta hueca? Deme un par de días y le consigo un chaleco de C-4 a su medida—. Sonja reconoció en él a un

profesor de química que le había dado tres palmadas en el trasero en otros tantos meses, esperando además que ella, que por entonces estaba en el primer curso, le agradeciera el haberla salvado de una abeja invisible que vivía en su despacho. Por aquel entonces era un hombre distinto, llegaba a clase por las mañanas recién afeitado y embutido en una chaqueta de pana que olía a rancio, pero Sonja reconoció sus delicadas manos ahuyentadoras de abejas, ahora cerradas alrededor de la culata de un fúsil de asalto. —Será mejor que hable con su marido—, dijo. —Me gustaría decirle un par de cosas sobre cómo le permite ir vestida.

—Que te follen, enano asqueroso—. Dijo Sonja en inglés.

—También tiene don de lenguas—, masculló el tendero para sí mismo. —Otro signo más del fin de los tiempos. Escúchame bien, mujer, esto es serio; si te dejas el pelo y el cuerpo sin cubrir para que lo vea el mismísimo diablo, los rusos volverán, no lo dudes, y vosotras las mujeres seréis las culpables.

De no haber tenido un pequeño arsenal a mano, Sonja le habría dado una buena patada en sus ahora piadosas pelotas. En lugar de eso, sacudió la cabeza y se fue al puesto de telas.

Volvió a casa con unas piezas de tela morada y verde y las extendió en el suelo de su habitación. Cuando era adolescente su madre había querido enseñarla a hacerse su propia ropa pero ella había rechazado el ofrecimiento; incluso a tan corta edad, las habilidades domésticas le parecían un insulto a su ambición. Ahora, con los ojos fijos en la tela como si un par de pantalones se fueran a materializar gracias a sus poderes de concentración, se sentía como Sonja la Idiota. Sólo se le ocurrió una idea. Se tomó las medidas con una regla, las dibujó sobre la tela y recortó la silueta de sus piernas con unas tijeras de uñas. Después se pasó media hora cosiendo las dos mitades con hilo de sutura. Al terminar examinó su creación. El hilo aguantaba los tirones y el meñique le cabía por el ojal del botón. Pensó en bolsillos. Pensó en trabillas para el cinturón. Si aquello funcionaba, quizá podría diseñar una blusa y una chaqueta. O abrir una línea de moda, *haute couture de guerre—zone*, y donar los beneficios al hospital, y exportar prendas hechas a mano a las boutiques de las mejores calles de Londres, en las que ella misma se había familiarizado con los hábitos occidentales de calmar la conciencia a base de consumir arte solidario del tercer mundo y hamburguesas con queso.

No se dio cuenta de su error hasta que se probó los pantalones. Había cortado la tela a la medida exacta de sus piernas, sin dejar holgura, así que estuvo un rato forcejeando con ellos tirada en la cama con los pies por alto con la vana esperanza de que la gravedad se apiadase de ella. Un esfuerzo agotador. Hacía años que no se retorcía

así sin tener al menos la perspectiva de un orgasmo. Cuando al fin consiguió subirse los pantalones hasta las caderas, se encontró con la sonrisa de superioridad de alto voltaje de Natasha. —¿Cuánto rato llevas ahí mirando?—, le preguntó.

—No el suficiente, ni de lejos—, dijo su hermana desde la puerta.

—¡Te pasas el puto día durmiendo! Duermes cuando estoy cocinando, barriendo el suelo, buscando baterías de coche, llorando o haciendo cosas útiles y maduras, pero al final siempre te las apañas para estar despierta cuando hago el ridículo. ¿Eres clarividente? Si es así, ya sabrás lo qué estoy pensando. En caso contrario, te diré que estoy pensando en un gesto muy grosero.

—Intenta ponerte de pie—, sugirió Natasha con excesiva alegría. Sonja hubiera preferido amputarse las piernas con la tijera de uñas antes que seguir adelante con aquella humillación pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Decir que no? ¿Aceptar el fracaso? No. Se apoyó en el borde de la cama y empujó hacia adelante. Agitaba los brazos para mantener el equilibrio porque no podía flexionar las piernas. Le habría permitido al lascivo profesor de química espantar abejas en su trasero durante toda la tarde a cambio de unos pantalones de su talla. En el momento álgido de su ascensión, cuando vio a Natasha, los ojos se le pusieron como carbones al rojo porque, ¿era demasiado pedir un poco de agradecimiento? ¿Algo de aprecio? ¿Qué alguien te asegurara que todos los pastelitos de Inglaterra valían menos que todas las patatas y cebollas en compañía de tu propia hermana? *Sí, al parecer es pedir demasiado*, pensó Sonja, *o al menos es demasiado pedírtelo a ti, mi querida comedora de patatas, tú que te crees la única persona en el mundo que sabe lo que es la pérdida y ni eso estás dispuesta a compartir conmigo*.

Pero su mirada le hizo perder el equilibrio. Las dos rígidas tablas que había metido a la fuerza en las perneras de los pantalones la lanzaron hacia delante y, agitando los brazos, trató de agarrarse a Natasha. No había nadie más para ayudarla.

Y Natasha la sujetó. El impacto reverberó por su espalda y liberó la tensión acumulada entre las vértebras. ¿Cómo habían caído tan bajo? ¿Cómo se habían distanciado tanto que el mero hecho de que Natasha la ayudase a no caerse de cabeza le parecía un tremendo acto de amor fraternal?

A través de los ojos cerrados las lágrimas pugnaban por salir. La tensión se escurrió por el desagüe que se había abierto en el centro de la habitación.

—Son los pantalones más horribles que he visto en mi vida—, dijo Natasha, aún sujetándola. Era la primera vez que se abrazaban desde su regreso. Pasarían dos años y tres meses antes de que volviese a suceder. —Parecen pintados.

—No me siento los dedos de los pies—, exclamó Sonja. —No me

circula la sangre por debajo de la rodilla.

—Deberías usarlos como torniquetes en el hospital.

—No quiero vivir aquí, Natasha. Soy tan jodidamente infeliz. Quiero volver a Londres.

—No pasa nada, sólo son unos pantalones. Verás cómo lo solucionamos—. Agarró los pantalones por la cintura y rasgó las costuras de un solo tirón. Sonja se sacó el resto por los pies y empezó a masajearse los muslos. Levantó del suelo la tela con la silueta de sus piernas recortada y se inclinó para mirar a Natasha a través del agujero.

—Creo que eso es mi rodilla.

—Es una rodilla muy bonita.

—¿Qué hago con esto?

—Es la primera vez en tu vida que me pides mi opinión.

—Intentaré no acostumbrarme.

—Podrías hacerlo.

—Dime qué hago.

Natasha miró la tela. —A mí tampoco me vendrían mal unos pantalones nuevos.

Sonja sonrió y le pasó las tijeras de uñas.

A pesar de aquel momento de reconciliación, pronto retomaron la política de evitarse educadamente. Sonja se pasaba por el piso de al lado a visitar a Laina después del trabajo si le apetecía algo de compañía menos complicada. Laina nunca parecía alegrarse demasiado de verla, pero tampoco parecía alegrarse nunca por nada en aquella época, así que Sonja no se lo tomaba personalmente. Fantasmas, ángeles, profetas y monstruos visitaban diariamente a la anciana y Sonja se preguntaba si no la tomaría a ella a veces por una trivial alucinación.

—El otro día vi una máquina de hielo en el bazar—, dijo. Por la habitación pululaban tal cantidad de visiones que a Laina le daba miedo levantar los ojos, así que no apartó la vista de la bufanda que estaba tejiendo. —Según el vendedor, un día enfrió las bebidas de los Bee Gees, pero no le des nunca la espalda, Laina. No hay ninguna abeja.

—*You can tell by the way I use my walk, I´m a woman´s man*—, dijo Laina, los ojos fijos en las puntas de las agujas.

—¿Conoces esa canción?

—Claro, todo el mundo la recitaba durante la guerra. Pasó mucho tiempo antes de que me enterara de que era una canción. Pensaba que era un verso del Corán.

Sonja sonrió contenta de tener aún capacidad de sorpresa. —No sabía que los Bee Gees fueran tan profundos.

—Yo hoy he visto seis carros en el cielo. La verdad, hubiera preferido ver una máquina de hielo.

Durante la siguiente hora, Laina le contó abundantes sucesos sobrenaturales. El arcángel Gabriel había bajado aleteando hasta un gallinero sin gallo en Zebir-Yurt y a la mañana siguiente el granjero había encontrado ocho huevos sin pecado concebidos. Un niño de Grozni había vencido al ajedrez a su abuelo, un maestro de ajedrez de tercer nivel que estaba en el número mil seiscientos ochenta y cuatro del ranking mundial, en una partida de treinta y nueve días con sus noches de duración, en la cual ninguno de los dos había dormido ni un momento. El abuelo, exhausto, apabullado y orgulloso, murió poco después. En la frontera de Daguestán un grupo de muertos vivientes había salido de la tierra para secuestrar un convoy de la Cruz Roja y habían dejado a los conductores atados de pies y manos, amordazados y flotando en el aire a tres metros del suelo por arte de magia.

—Stalin ha sido resucitado—, dijo Laina.

—Lo sé—, respondió Sonja. —Es el primer ministro de Rusia.

Una semana después, de camino al trabajo, cuando la encontró el Mercedes negro, tuvo la absoluta sensación de haber caído en uno de los delirios de Laina. El coche frenó bruscamente levantando una cortina de polvo por toda la calle. Las ruedas, tan delicadas que sólo podían rodar en círculos por una pista de tenis, habían desaparecido y en su lugar había ahora un juego de neumáticos de jeep blindado que hacían que el coche tuviera medio metro más de altura. Notó que todavía llevaba matrícula sueca. La ventanilla bajó y aparecieron aquellas exquisitas uñas de manicura, que le hicieron señas de que se acercara.

—Pensaba que no nos volveríamos a ver—, dijo ella cerrando la puerta tras de sí.

—Y yo sigo diciéndome que nunca más veré a Alu pero él no deja de ser mi hermano. Me tiene usted intrigado.
Si mis informes son correctos, y siempre lo son, vivió varios años en Londres. Si se hubiera quedado allí, ahora mismo podría solicitar la nacionalidad. Ni siquiera yo puedo conseguir uno de esos bonitos pasaportes colorados. Sin embargo usted volvió.

—Tengo familia aquí—, respondió incómoda.

—Yo cuando me visita la mía escondo el papel higiénico para que no se queden mucho rato.

—¿Puede usted devolverme a Londres?

—Puede pedírmelo, pero entonces me quedaría sin nadie con quien hablar. Las personas inteligentes como usted no vuelven de Londres, y eso quiere decir que o bien es usted una de esos sabios idiotas con menos de lo primero que de lo segundo, o bien se trata de algo

completamente diferente. Aquí sólo vuelven los que son como yo, los que saben cuánto dinero se puede hacer aquí.

Detrás de la ventanilla la ciudad daba paso al campo roturado por las huellas de los tanques. Habían tomado la carretera de Grozni. —No he venido a ganar dinero.

—Precisamente por eso me intriga tanto.

Dos horas después llegaron a un garaje en Grozni. Dos hombres de mirada hosca y Kalashnikov en mano los recibieron en la puerta. En tres semanas uno mataría al otro en el transcurso de una discusión que había empezado con unas direcciones de tráfico. Sonja esperaba febrilmente que el amor del traficante por la Tortuga Alu aún fuese mayor que el desprecio que sentía por Alu el Hermano Pequeño más Desafortunado de la Historia. Al fondo de la nave sobre el pavimento de asfalto había tres camiones. El hermano la condujo hasta el primero, cuyo candado roto a tiros colgaba de un cierre que brillaba débilmente. Abrió la puerta y alumbró el interior con una linterna. El círculo de luz amarilla iluminó un botiquín de primeros auxilios de la Cruz Roja. El círculo se abrió para iluminar cajas de cartón rotas y no cientos, sino miles de botiquines de primeros auxilios. —Esto es material robado—, dijo ella.

—Por supuesto que lo es, y déjeme decirle que no sin algún que otro quebradero de cabeza. Como usted dijo, casi todo lo que pidió se encuentra en un botiquín de primeros auxilios.

—¿Qué ha hecho con los conductores?

—¿Y a usted qué le importa?

Sentía como él la estaba poniendo a prueba, listo para acallar el más mínimo escrúpulo moral con una disertación acerca del relativismo en tiempos de guerra, o quizá con otra de sus muestras de desprecio por Alu. Abrió el primer paquete e inspeccionó el contenido. Cuatro compresas de gasa absorbente, ocho vendas adhesivas, un tubo de crema antiséptica, una mascarilla de reanimación cardiopulmonar, un par de guantes de látex, un rollo de esparadrapo, un termómetro, un paquete de aspirinas y unas tijeras. Cerró las solapas. Abrochó los cierres. No tenía nada que ofrecerle a cambio, excepto su gratitud. Por ella, los conductores podían estar en aquel mismo momento maniatados y apaleados, ya que disponía de antisépticos para desinfectarles las heridas, esparadrapo para vendarles los cortes e incluso tijeras para cortar los hilos mágicos que los sostenían en el aire a tres metros por encima del suelo.

—¿Y la morfina?

—Casi se me olvida—. Sacó una bolsa de nylon negro del asiento delantero, la apoyó en el parachoques y abrió la cremallera. En el fondo había un ladrillo de polvo blanco envuelto en plástico. —La

morfina es demasiado cara—, dijo mientras se lo pasaba.

—¿Qué es?

—Heroína.

Sólo el nombre pesaba diez kilos. Aquel polvo había sido hervido e inyectado entre los dedos de los pies de Natasha dos veces al día durante ocho meses. Dios mío. Por primera vez en muchos días respiró aliviada de saber que su hermana estaba en casa, protegida de los colmillos de los dragones por un foso de vasos de agua. —¿Es pura?

—En esa bolsa no hay azúcar ni para endulzar una taza de té.

—Le pedí morfina.

—Y no se la habría conseguido ni aunque me hubiera hecho el gran favor de lobotomizar a Alu cuando estaba bajo sus cuidados. La heroína es mucho más barata.

—Entonces quiero otra cosa más—, dijo.

—Yo también. En su hospital sólo quedan abiertas algunas secciones, ¿no? Le propongo continuar con este arreglo si me alquila un poco de ese espacio que no usa.

—¿Para qué?

—Para mi mercancía.

—Ni armas, ni drogas, ni personas.

—Por supuesto que no—, respondió. —Ese material lo guardo en mi casa. Se trata sobre todo de tesoros nacionales robados de los museos de la ciudad que puedo vender en el extranjero.

—De acuerdo. Quiero una máquina de hielo para el hospital. Hace meses que la necesito. En el bazar hay un barbudo que vende una procedente del Hotel Intourist. Sea tan duro con él como le plazca. ¿Qué pasa con los libros que le pedí?

—Se ha equivocado de profesión—, dijo él disfrutando de su testarudez. —Es usted una estafadora nata. Si se dedicara a esto me sacaría del negocio. Me ha costado bastante trabajo encontrarlos pero en breve estarán aquí. Un primo tercero mío que vive en Occidente los ha pedido por Amazon.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni idea. Al parecer el muchacho sabe hacer aparecer libros de la nada. Otro que me va a sacar del negocio—. Sacudió la cabeza. —El mundo entero conspira para sacarme del negocio.

—Y una cosa más.

—Ahora es cuando ya me está empezando a sacar de quicio. Si sigue así la próxima vez tendré que traer a mi hermano.

—Quiero ropa nueva.

El hermano rió y rió y rió.

Dos semanas después Sonja volvía del trabajo con un jersey

granate de cachemir, botas de cuero y unos vaqueros una talla demasiado estrechos que dejaban ver unas curvas en las que el profesor de química habría querido espantar un panal entero de abejas invisibles de haber tenido aún ojos con que verlas. El peso de los libros de Psicología le clavaba las correas de la mochila en los hombros. En la mano izquierda, que se le había dormido a causa del frío, llevaba un vaso de hielo.

Al llegar paró en el pasillo delante del piso de Laina para regalarle el hielo a su vecina. El murmullo de voces la detuvo. Se agachó a mirar por el ojo de la cerradura. ¿Le contestaban a Laina sus alucinaciones?

—¿Hoy había doce carros en el cielo? Eso son dos más que ayer—. La voz de Natasha se calentaba bajo un sol que nunca brillaba cuando se dirigía a Sonja. Le gustaba oír que Natasha se preocupaba por alguien aunque no fuera por ella.

—Doce—, dijo Laina. —Creo que traman algo.

—¿Como qué?

—¿Quién sabe? A lo mejor pretenden robar la luna y venderla en el bazar. O proteger el cielo de los aviones federales. O quizá estén buscando la manera de bajar sus caballos de las nubes.

La voz de Natasha se suavizó. —Durante el invierno de la guerra, antes de irme a Italia, en lo peor de los bombardeos, temía que alcanzasen el bloque de apartamentos, así que me fui a vivir al Parque Municipal. Recuerdo que un día el Profeta del Parque Municipal dijo que lo que no es muerte u oscuridad es revelación. Recuerdo que dijo que todos somos alucinaciones de Dios.

—Una vez cuando era niña, el día de mi cumpleaños me encontré una caja de madera enorme sobre la mesa de la cocina—, dijo Laina. —Me puse contentísima. No podía ni imaginarme qué regalo maravilloso podía haber en una caja tan grande.

—¿Y qué era?

—Un ataúd. Lo que había dentro era mi tía.

Sonja se mordió los nudillos. De pequeñas se habían inventado una tercera hermana, una niña de pelo negro que se llamaba Lidiya. Como Alu, esta hermana fantasma nunca estaba en casa y en su ausencia se dedicaban a burlarse de ella, a culparla por todo, a despreciarla, a odiarla para poder quererse entre ellas de forma más simple.

—Me da miedo salir del apartamento—, dijo Natasha. —Me da miedo la ciudad. Hay demasiados espacios abiertos. Casi toda la gente me da miedo, no sé por qué. Todo el mundo me da miedo menos tú. Incluso Sonja me asusta.

A veces, si me pongo a pensar en Italia se me bloquea el cuerpo. Es como si dejara de tener el control, se me desconecta el cerebro y

necesito encerrarme en mi habitación y construir una barricada de muebles. Me siento tan estúpida. Soy una completa idiota.

—¿Ves los carros del cielo?

—Todavía no. Aunque veo una cartera.

—¿Una cartera?

—Sí, un día a uno de mis clientes se le cayó la cartera al suelo mientras se vestía. En una de esas solapas de plástico para guardar tarjetas de crédito llevaba una foto de sus hijos. Ese día toqué fondo.

—Es bueno hablar de esas cosas. Así obligamos a los carros y carteras del mundo a comportarse con honradez. Así saben que los vemos y que no tenemos miedo de que nos tomen por locas.

—Es verdad. Me gusta hablar contigo.

—*We´re staying alive*.

Sonja se puso derecha y se fue a casa, asustada de lo siguiente que pudiera oír. Puso el vaso con hielo en la mesa de la cocina y lo observó. Rodeados de temperatura ambiente, los cubitos se disolvían en sus propios restos. Tarde comprendía que así es como desaparecen los seres queridos.

A pesar del shock de entrar en un piso vacío, la ausencia no es inmediata, sino que los tiempos verbales en presente que compartías con ellos se desgastan, se derriten en el pasado; no es que se borren de pronto, sino que cambian de forma, de la presencia al recuerdo, del estado sólido al líquido. Así, la persona que una vez fue real ahora resbala por tu piel, se precipita espalda abajo, y por más que te bañes, te hundas en el recuerdo, tus dedos ya nunca podrán tocarla. Levantó el vaso hasta sus labios. El agua estaba limpia.

8

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Cinco horas después de su primera amputación con éxito, a Akhmed dejaron de temblarle las manos. La carretera cubierta de trozos de hielo le lanzaba miradas asesinas, mucho más amenazantes ahora que había visto de cerca de lo que era capaz. Le había cortado la pierna a aquel hombre. Ni siquiera había podido agarrar la sierra con firmeza hasta que Sonja le sujetó la mano y le obligó a comenzar a serrar. La persona que siempre había imaginado ser había muerto en el instante en que ella le colocó la sierra contra el hueso y empujó su mano hacia delante. Él era otro más de los instrumentos que Sonja utilizaba. Una marmórea determinación endurecía el rostro de Sonja, impasible ante su sufrimiento y el de aquel hombre. No le importaba que aquella pierna perteneciera a alguien. No le importaba que la mano que estaba sujetando también. Cuando comenzó a mover la sierra lo observó como si el paciente fuera él. Y lo era. Mientras los dientes de la sierra llegaban al hueso, Sonja había practicado una segunda amputación, menos sangrienta pero no menos brutal; había extirpado de su corazón el impulso de huir, de esconderse, de dejar que el hombre muriera desangrado con tal de no tener que enfrentarse al horror de salvarlo. La operación aligeró a los dos hombres.

Caminaba atento al más mínimo montículo en la carretera sintiéndose más como el joven que como el doctor. En nada se parecía a Sonja. Era la rusa más extraña con la que había tropezado. Era un acertijo envuelto en un misterio enfundado en una horrible pero inmaculada bata de quirófano. ¿Qué partes de sí misma había desechado para mantener la cordura? ¿Qué se había amputado? Si la miraba al fondo de las pupilas aparecería en la otra punta del mundo parpadeando desconcertado. ¿Ella lo abrumaba? Completamente. ¿Él la respetaba? Absolutamente. ¿Quería ser como ella? No. Nunca. En absoluto. Si no volviera a ver jamás las paredes ocres del Hospital nº 6 se consideraría un hombre de suerte. Pero debía volver por la mañana. Había hecho un trato. Una mujer capaz de cortarle una pierna tan a la ligera a alguien era muy capaz de echar a la calle a una niña huérfana.

Doscientos metros más adelante, en un recodo de la carretera, aparecieron de pronto las difusas luces de un vehículo. Huyó. Mientras se escondía detrás de un tocón medio podrido y se llenaba la boca de nieve para ocultar el vaho de su aliento, los troncos de los abedules partían el haz de luz en bloques de color amarillo claro. Al alejarse los faros vislumbró el color rojo de la camioneta de Ramzan. Iba en dirección a la ciudad. Se mordió los nudillos. No se acordaba ni de su nombre. Ramzan no podía saberlo. No podía.

No volvió a la carretera hasta que los pilotos traseros del vehículo se habían convertido en un brillo rojo en la distancia. Se masajeó el callo que le había salido entre el pulgar y el índice. En aquella tarde frenética sus manos habían tenido dos oportunidades más de encallecerse.

El resplandor de una fogata danzaba entre los matorrales a medio kilómetro del pueblo. La camioneta se perdía ya en el horizonte. La curiosidad pudo más que el miedo, así que se adentró en el bosque. Se movía con lentitud confiando en que la hoguera hablara con voz más alta que la escarcha bajo sus botas. En un claro del bosque un hombre hecho de sombra entregaba papeles al resplandor tembloroso. Los perros, acostados alrededor, le oyeron antes que el hombre.

—Es Akhmed—, gritó por encima de los gruñidos de los perros. Nunca había terminado de comprender por qué Khassan se sentía obligado a cuidar de una jauría de animales sucios y enfermos. Su hijo lo había convertido en un paria, pero desde luego los perros no ayudaban. Otro puñado de páginas aleteó hacia el fuego. —¿Qué haces?—, preguntó.

Khassan estudiaba la hoja de papel que tenía en la mano. En la quinta oración del segundo párrafo, en el espacio de una coma que faltaba, encontró la desgracia de su vida. La frase describía la crianza de un jefe tribal menor del siglo XVIII. Aquella sería la última vez que ojo humano alguno leyera el nombre de la madre de ese líder. —Un error de puntuación—, dijo temblando, temiendo más imprecisiones. —He leído este párrafo cientos de veces y no me había dado cuenta.

—No lo hagas—, dijo Akhmed. Podía haber agarrado el papel y echado nieve en la hoguera con los pies, pero la página con el error de puntuación ya era humo, y el nombre de una madre muerta doscientos veintitrés años antes ya se había perdido. Vació los pulmones de aire, pero al terminar, el suspiro continuó y lo vació a él. Un día de primavera cuando Akhmed era niño, Khassan le había llevado a una explotación maderera que estaba a media mañana a pie del pueblo. Hombres con rugientes sierras mecánicas de color naranja se inclinaban sobre los troncos de las hayas, que soltaban nubes de serrín y gemían al desplomarse las copas. Tenía ocho años y los tocones eran más bajos que él. —Cien años para llegar a ser así de altos—, había

dicho Khassan, y tomó el camino de vuelta.

—Estaba pensando en alguien a quien perdí hace muchos años—, le explicó Khassan. —Me llamó cobarde una vez. No fue lo que dijo sino cómo lo dijo. Sus palabras me atravesaron de parte a parte. Como a una nube.

El calor había derretido la nieve que había en las ramas que colgaban encima del claro y por sus finos dedos resbalaban gotas de agua que se evaporaban antes de llegar a las llamas. Akhmed no podía decir nada para consolar a Khassan. —Fuiste un buen marido—, dijo. —Tu mujer te quería.

Khassan parecía confuso, como si no hubiera estado pensando para nada en su mujer. Se agachó para coger otro puñado de papeles. —Muchas gracias, pero eso no es cierto—, dijo señalando el fuego con la cabeza. —Cuarenta y cuatro mil trescientas treinta y ocho páginas. He tardado cinco horas en contarlas. He dado más de veinte viajes para traerlas hasta aquí. No me sorprende que estos cachorros estén tan cansados—. Se arrodilló y acarició la tripa del perro calvo con un afecto repugnante. —Cada página tiene una media de trescientas cincuenta palabras. He escrito quince millones de palabras.

—Hay más palabras—. Era lo único que se le ocurría.
El resplandor del fuego bailaba en sus caras.

—Hay más escritores.

—No puedes hacer esto—. Hablaba con un temor que le cerraba el estómago en un puño, se sentía desamparado como un niño, sus emociones eran una magnificación de la angustia que detectaba en el anciano. Si Khassan perdía toda esperanza, ¿dónde la encontraría él?

—Todavía no puedes entenderlo, Akhmed, pero si algún día llegas a mi edad puede que lo hagas. He estado pensando en los cuentos que mi madre me contaba sobre príncipes y guerreros que hacían lo imposible con tal de que sus nombres perduraran y sin embargo Alá los castigaba por su arrogancia. Quiero el olvido. Hay algo milagroso en la manera en que los años borran tu rastro; primero desapareces tú, después tus amigos, tu familia, los descendientes que recuerdan tu rostro, hasta que al final dejas de ser un recuerdo y sólo eres carbono, no mayor que tus átomos, que el tiempo acabará por dividir también.

—¿Qué dices?—, preguntó Akhmed, a pesar de que no quería que Khassan continuara hablando.

—Digo que quiero desaparecer.

Una vez, mientras cazaba en ese mismo bosque, Akhmed se encontró una cierva tumbada en el suelo jadeando con dificultad. Tenía una ancha herida entre las patas traseras y de su hocico salía una larga línea de gemidos angustiados. Para acabar con su sufrimiento, Akhmed le apuntó al cuello y cuando estaba a punto de

disparar, un cervatillo envuelto en la placenta apareció por la herida. Se quedó boquiabierto. Dejó el arma entre los arbustos, escondió el índice de la mano derecha en la espalda, avergonzado de lo que había estado a punto de hacer, y observó el comienzo de una vida nueva donde otra había estado a punto de terminar. Ahora, mientras las últimas páginas se rizaban entre las brasas, el miedo se convirtió en asombro al contemplar un momento de igual profundidad. No recordaba que Khassan hubiera reconocido un solo error, un solo defecto, una sola coma fuera de su sitio ni una sola vez desde que lo conocía. Esa noche admitía su absoluto fracaso.

Los faros que volvían alargaron sus sombras a través del claro. Demasiado pronto como para haber llegado al hospital. Mientras la luz caía sobre ellos distinguió por un momento huellas de perro sobre las cenizas de quince millones de palabras.

Sujeta en alto con clavos de luz de estrellas lejanas, la noche era un telón negro que ocultaba la camioneta de Ramzan de modo que, cuando Akhmed lo vio, ya era demasiado tarde para darse la vuelta. Ramzan saltó de la cabina, encendió un cigarrillo y se quedó mirando lo que había sido la casa de Dokka mientras Akhmed se acercaba.

—¿Has visto a mi padre?—. Su cara aparecía en medio de un orbe de luz naranja a cada calada. Si hubiera tenido la cara chata de un ogro o las muchas cabezas de una hidra, Akhmed le habría comprendido. Si hubiera tenido la lengua bífida de un diablo, la cabellera de serpientes de Medusa o el pelo hirsuto de un hombre lobo, Akhmed le habría comprendido. Pero Ramzan tenía ojos, nariz y boca, dos brazos y dos piernas, dos orejas, pelo grasiento pero no pringoso y, ciertamente, no lleno de serpientes, así que Akhmed no le podía comprender. Habían nacido en el mismo pueblo, habían ido a la misma escuela, les habían puesto los nudillos morados con la misma regla, habían pateado el mismo balón en el mismo campo en el que la hierba crecía tan espesa en verano que frenaba los chutes de penalti.

—¿Qué quieres realmente?—, preguntó Akhmed, demasiado cansado como para que le intimidaran.

Ramzan arrugó la frente. Sus mejillas tenían el blanco del metal batido. —Sólo conversar—, dijo. —Hace mucho que no hablo con nadie. Dos semanas. Tengo un cuaderno y a veces escribo cosas. Así se pueden fingir conversaciones durante un tiempo pero…

—No quiero hablar contigo—, le interrumpió Akhmed.

—La última persona con la que hablé fue Dokka. Hace dos semanas. Me pasé por aquí para preguntarle si necesitaba más leña. Y ahora mira lo que ha pasado. Pobre amigo nuestro. ¿En que clase de lío se metió?

—En ninguno. Era incapaz de matar una mosca.

—Y me han dicho que la niña, Havaa, ha desaparecido. Pero las fuerzas de seguridad no se la han llevado, gracias a Alá. No, alguien se la ha llevado. Alguien la tiene. Yo no sé quién. Pero creo que podría reconocerlo. O reconocerla.

A lo mejor es una mujer. Pero yo creo que es un hombre. Un…

—¿Dónde estaba?—, preguntó Akhmed con toda la tranquilidad que pudo.

—Las fuerzas de seguridad no la encontraron. No estaba aquí. No estaba por ninguna parte—. Ramzan hizo una pausa para respirar. —No estaba en el salón, ni en los dormitorios ni bajo la tarima del suelo ni en los armarios. No estaba en ninguna parte, en ninguna, ninguna, ninguna parte.

—¿Qué les importa?—, preguntó con la esperanza de que Ramzan, que traficaba con información, le diera un poco gratis. —¿Qué pueden querer de una niña?

—Nadie queda fuera de los límites porque los límites no existen. No nos corresponde a nosotros considerar el *porqué* y el *qué*. Eso son preguntas para los filósofos y los imames, no son para nosotros, seamos quien seamos—. Sus labios brillaban a la luz ambarina del cigarro. —Todo lo que tenemos que saber es el *quién* y el *dónde* y eso es todo lo que tenemos que responder.

—No le veo el *porqué* ni el *qué* a una niña.

—¿Lo ves, Akhmed? Estás haciendo la pregunta que no es. La buscan. Eso es todo. No importa por qué. Lo que importa es dónde está y con quién.

—Si la veo ya le diré que quieres hablar con ella.

—Te estás haciendo el listillo conmigo. Listillo, listillo, listillo—. Ramzan le echó un brazo desgarbado por encima del hombro. De su axila emanaba un olor dulce y decadente a desodorante. La primera vez que Akhmed tomó plena conciencia de su propio olor corporal fue en su noche de bodas cuando, subido encima de Ula en la cama, sintiéndose incómodo y haciéndolo todo mal, notó que ella volvía la cabeza hacia la ventana abierta.

—Dokka ya no está—, dijo Ramzan, tan cerca que su aliento le calentaba el cogote. —Ya no está. Me pone muy triste. Ya no está. Ojalá estuviera aquí para preguntarle qué hacer. Para decirle hola. Para conversar con él. Siempre hablaba conmigo. Cuando le hacía una pregunta siempre me respondía.

Akhmed lo sabía muy bien, así que siguió en silencio. Las cosas no siempre habían sido así. Ramzan, Dokka y él habían sido amigos durante años. Cada dos domingos se reunían en casa de Dokka para jugar al ajedrez, darse un buen banquete y olvidarse durante unas cuantas horas del miedo y las privaciones que habían reemplazado al

viejo orden. En otra vida, las debilidades de Ramzan no habrían pasado de ganar una partida de ajedrez haciendo trampas. Ramzan era el más joven de los tres, y tan mal jugador que Dokka había tenido que darle clases particulares. Había aprendido bien. Había convertido el pueblo en su tablero y a su maestro en un peón.

—¿Y bien? ¿Dónde has estado todo el día?—, preguntó Ramzan con voz sólida y plana; era la voz de un yunque, no la del metal sobre él golpeado. —Dime dónde has estado y a quién has visto.

—En ningún sitio. A nadie.

—Oh, vamos, Akhmed. Los dos sabemos que acabarás diciéndomelo. Eres un tipo listo, tienes una esposa enferma de la que ocuparte. Ya sabes lo que pasará si no me respondes. Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Dónde has estado hoy, Akhmed, querido amigo?

Akhmed no dijo nada.

—Estás un poco tímido hoy, ¿verdad? Bueno, empecemos por algo más sencillo. Dime algo que hayas hecho hoy, ¿quieres?

—Rezar.

—Eso está muy bien. Hay que rezar. Yo rezo diez veces al día. Cinco por mí y otras cinco por mi padre. También me ocuparé de él, no te preocupes—, dijo Ramzan. Sus labios eran bancos de arena incapaces de contener la corriente que manaba por ellos. —Rezar es importante. Rezar es muy importante. Sobre todo ahora que se acerca el fin de los tiempos.

Lo sabes, ¿verdad? Pronto vendrá el último califa y el profeta Jesús bajará de los cielos, matará a los cerdos y destruirá las cruces. No creo que nos quede mucho tiempo. Por eso rezo diez veces al día. Seguramente debería rezar quince o veinte veces. A mi padre le hace mucha falta. Tú crees en el fin del mundo, ¿verdad que sí?

—Yo creo en los juicios finales—, respondió Akhmed. —Creo que todos seremos llamados a responder por nuestras vidas.

—Cuando era niño mi padre me trajo un reproductor de cintas de ocho pistas. La mayoría de las cintas que me traía de la biblioteca de la universidad eran conciertos de violín y óperas y sinfonías. Imagínate algo más aburrido para un niño de diez años. Sin embargo fue un regalo maravilloso. Me encantó. Me gustaba más pasarme el rato trasteando con las velocidades y los botones que escuchar música. Si bajaba la velocidad de la cinta, el sonido de los violines se hundía y alcanzaba notas bajas y ominosas. Me recuerda a la sura Al—Haaqqa. ¿Conoces el versículo decimotercero?

El día que *la trompeta suene una sola vez y la tierra y las montañas sean alzadas y pulverizadas de una sola vez, tendrá lugar el Acontecimiento Inevitable. Ese día el cielo se quebrará, pues estará quebradizo. Ese día los ángeles estarán en sus confines y ocho de ellos portarán el trono de tu*

Señor. Yo solía pensar que el toque de la trompeta vendría de pronto y lo destrozaría todo. Un auténtico trompetazo. Una bomba atómica. Un alfilerazo en el globo del mundo. Pero a lo mejor no es así. A lo mejor no. A lo mejor el trompetazo es algo lento como una cinta en un reproductor de ocho pistas en las frecuencias más bajas, y a lo mejor el aliento del trompetista dura años y años, de manera que no nos llama a todos a la vez sino uno a uno.

—Te olvidas del siguiente versículo de Al—Haaqqa—, dijo Akhmed. Una gruesa gota de sudor resbaló por la frente de Ramzan siguiendo la línea de una cicatriz. Cuando Akhmed estaba en primero de Medicina, volvió a casa en noviembre para la Fiesta del Sacrificio. Por la noche Ramzan, aún adolescente, intentó liberar a la cabra que iban a sacrificar por la mañana, en parte porque pensaba que aquella tradición bárbara era contraria a la racionalidad soviética, pero sobre todo por darse el gusto de ver a su padre en pijama persiguiendo al animal en plena noche. Khassan, que no era tonto, estaba al acecho, y en la batalla que se desató, la cabra, que no sabía distinguir al liberador del matarife, le pegó una fuerte patada a Ramzan en la sien. Se convirtió en el primer paciente de Akhmed. Mientras le daba puntos, el habitualmente hosco muchacho no dejó de preguntarle palabras en latín. Ramzan las pronunciaba como si se tratara de palabras mágicas, sujetando las vocales entre los labios como si fueran uvas. Akhmed ni se imaginaba que aquel chaval que pronunciaba la palabra *fellatio* creyendo que era un dios romano, acabaría por convertirse en un hombre que hablaba el checheno como si fuera una lengua muerta y que vendía sus palabras como antes había vendido armas de fuego y explosivos, sin conocer su verdadero valor y sin importarle a quién acabarían matando.

—¿El siguiente versículo de Al—Haaqqa?—, preguntó Ramzan con tono vacilante.

—*Ese día seréis expuestos. Nada vuestro quedará oculto*.

Ula sonrió somnolienta y se puso de lado cuando Akhmed entró en la habitación. Le estuvo dibujando ochos con el dedo en el antebrazo hasta que la voz de Ramzan, que no se dirigía a nadie, se perdió en el ruido de las ruedas en la gravilla. En la cocina, acercó una banqueta al horno de leña. Quería estar de pie al borde de la puerta abierta del horno y bañarse en el calor hasta que el espíritu de aquel día extenuante se fuera por el tubo de la chimenea. Havaa estaba a salvo. Se habría amputado sus dos piernas él mismo con tal de que Dokka lo supiera. Al pensar en Dokka y en Havaa empezó a llorar. Había olvidado cómo era sentirse orgulloso, cómo en una rápida oleada se extendía por todo el cuerpo, apoderándose de él y abrumándolo en el momento más inesperado. Era estupendo sentir que aún quedaban en él ciertas cosas que ni una sierra quirúrgica podía extirpar.

Las llamas se disolvían en sus ojos y a través de ellas resonó el dolor de la risa. Era inexplicable. Su cara no podía expresar lo que su pecho encerraba. Era el médico más incompetente de Chechenia, el menos distinguido que se hubiera licenciado alguna vez en la Universidad de Volchansk, pero aún así le había salvado la vida a Havaa. Se secó los ojos con las mangas. Quería quedarse allí, sentado frente al fuego, pero tenía que dar de comer a su esposa.

—¿Qué tal tu día?—, le preguntó cuando Ula se tragó la primera cucharada.

—Ocupadísimo—, murmuró ella.

—¿El tuyo también?

—Ha venido tu padre.

Su padre, un botánico que coleccionaba flores prensadas, había muerto hacía diez años. Ella no llegó a conocerle. —Ha debido venir desde muy lejos para verte.

—Sí. Tenía un aspecto horrible.

—¿De qué habéis hablado?

—De tu madre—, dijo ella como si fuera lo más normal del mundo. Akhmed puso el cuenco en el suelo y se tumbó a su lado con los brazos cruzados de manera que las narices y rodillas de ambos estaban casi en contacto. Ula tenía la frente caliente como si hubiera pasado el día al sol. A lo mejor era verano en el exilio del que había vuelto su padre, y le había traído un poco de calor a Ula de regalo. Al inspirar no volvía la cabeza hacia la ventana. Le besó la nariz por ello.

—¿Qué te ha contado de mi madre?

Ella cerró los ojos durante tanto rato que supuso que se había quedado dormida. —Tenía una marca de nacimiento. Un antojo ovalado en el estómago.

Poco después se durmió. Akhmed terminó el arroz, preocupado por lo poco que Ula había comido, y lavó el cuenco en el barreño que hacía las veces de pila en la cocina. Se cosió los bolsillos para evitar que los soldados le metieran algo ilegal en los controles de carretera al día siguiente, se lavó los dientes con bicarbonato y se metió en la cama. Movió los dedos de los pies. Era fantástico sentirlos allí, al final de sus piernas. Mientras se sumergía para reunirse con Ula en sueños, una pregunta salió a la superficie. Por la mañana la habría olvidado, arrastrada por los sueños, pero de momento estaba allí como un despojo de la marea. El antojo ovalado en el estómago de su madre. Nunca se lo había contado a Ula, y sin embargo ella lo sabía.

9

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Esta carta es sobre tu padre. Recuerdo que solía escribir tratados de pura clasificación, cada palabra un -ismo, cada persona un -ista, y que cuando un día le critiqué esa costumbre reduccionista me dijo: "No conocemos el significado de las cosas, sólo el de las palabras que usamos para describirlas". Recuerdo que quería enseñarte a leer y escribir pero no sabía si enseñarte el alfabeto cirílico (que se usaría en caso de que ganaran los rusos) o el latino (que se usaría si ganaban los rebeldes), de modo que optó por el alifato; solía decir que te habría enseñado a leer y escribir en japonés de haberlo hablado. Yo no sé escribir en árabe. Espero que sepas leer esta carta. Espero que cuando la leas todavía queden personas que hablen el checheno.

Esto que te cuento no son más que recuerdos dispersos cogidos al vuelo. Sin embargo, si cierro los ojos y me esfuerzo por encontrar a tu padre, encontrarlo verdaderamente, lo veo sentado ante el tablero de ajedrez. En sus cuarenta años de vida sólo perdió tres partidas.

Uno de ellas fue ante ti en tu sexto cumpleaños.

También lo veo pelando una ciruela. No te has olvidado de eso, ¿verdad? No has olvidado cómo las pelaba con un cuchillo de cocina. Después de doce vueltas, una tira continua de piel, una espiral perfecta de un metro de largo, se separaba de la fruta.

Le daba una longitud mensurable a la piel de una fruta más pequeña que tu propio puño. Después apoyaba el cuchillo en la carne monda y giraba la ciruela en vertical. Era un corte tan limpio que las dos mitades se separaban sin que una sola fibra se quedara pegada al hueso. Algunas perlas de color rosa pálido goteaban sobre el plato.

Si Sharik estaba allí conmigo le miraba las manos con impaciencia, pero cuando tu padre las ponía al alcance de su lengua, lo único que podía lamer en ellas era la decepción. Tu padre no era una persona elegante, pero pelaba ciruelas como un joyero.

Siempre fingía que lo que le gustaba era la piel y te daba la

carne a ti. Tú devorabas las rodajas porque tenías que lavarte las manos antes de tocar las piezas del ajedrez. Era un juego precioso, tallado a mano; lo compró tu bisabuelo antes de la Revolución, en aquellos tiempos en los que un empleado de correos podía permitirse semejantes lujos. Tu padre te enseñó a jugar al ajedrez y en tu sexto cumpleaños te dejó ganar. Tu padre hizo muchas cosas en sus cuarenta años de vida. Sin embargo, si tuviera que recordar su mejor momento, yo elegiría verlo allí sentado contigo en el salón, pelando ciruelas junto al tablero de ajedrez.

EL TERCER DIA

10

1994 1995 1996 1997 1998 1999 **2000 2001 2002 2003** 2004

Aparecieron cuatro años antes de la desaparición de su padre. Uno o dos al principio, con ojos vidriosos y aspecto de no haber visto nunca antes una casa. Después llegaron más. Encorvados y pálidos como la cera, cabizbajos y recelosos. Un goteo interminable que procedía de Grozni, Shali, Urús-Martán y buscaba refugio en las montañas. Algunos llevaban las provisiones más necesarias: botas, calcetines de lana, dinero para sobornos, más calcetines de lana. Los que lo habían perdido todo, incluso la razón, llevaban los objetos más peregrinos: un hombre que había perdido a sus padres y a sus hijos de una sola explosión de misil en Uragan llevaba las llaves del piso en el que habían perecido. Una mujer tres veces viuda llevaba el retrato enmarcado de alguien que nadie había visto vivo desde hacía cien años pero no de ninguno de sus maridos. Un burócrata jubilado llevaba una carpeta con mil doscientas páginas de regulaciones, convencido de que permanecerían inviolables para siempre. Otros no llevaban nada. Llegaban y llegaban y la ropa les quedaba cada vez más grande. Havaa acababa de aprender el alfabeto árabe y veía las letras en sus siluetas. Un ojo que miraba hacia las montañas era una ك, el sudor sobre una frente formaba un rocío de ه, las líneas de la mandíbula eran afiladas como una د, el humo de la pipa de un viejo que fumaba cortezas de árbol era el punto sobre la ف; y todas encadenadas formaban una frase sin puntuación escrita en la carretera.

Su padre sentó a los dos primeros a la mesa de la cocina y les sirvió tanta comida que estuvieron a punto de negarse a seguir camino. La voz se corrió entre las filas de refugiados y pronto los modestos recursos de sus padres no alcanzaban para atenderlos. Un día al volver del bosque se encontró con los muebles de su habitación desperdigados por el jardín.

Su padre y Akhmed construían camas a partir de la suya. El sol brillaba en sus espaldas desnudas, el aire olía a serrín. Dos días después su habitación era un hostal de tres literas. Los refugiados —

pues eso es lo que eran, Havaa sabía decir la palabra en checheno y escribirla en árabe—, pagaban por una noche, dos comidas y un lavado de ropa como mejor podían. La vergüenza que atenazaba el corazón de Dokka las primeras veces que les pidió algún tipo de pago pronto fue disminuyendo hasta convertirse en una pequeña punzada fácil de ignorar. El primer refugiado y el milésimo pertenecían a diferentes razas: la primera, merecedora de su compasión y hospitalidad, la segunda, de nada. Que duerman fuera tanto como dure el calor de las joyas de la abuela. Que se coman sus rublos. Pero había muy pocos con joyas o rublos, y Dokka era incapaz de rechazar a los realmente necesitados, así que la forma de pago incluía prácticamente cualquier cosa.

Las baratijas y los cachivaches eran para Havaa, que los coleccionaba como si fueran souvenirs, de modo que no jugaba con juguetes ni hacía deberes, sino que jugaba y aprendía con una bailarina de plástico haciendo una pirueta, con la guía de campo de las flores del Cáucaso, y con cualquier otra cosa que su padre y los huéspedes negociaran como precio de una litera desvencijada en una noche de invierno. Ahora dormía en un colchón en el suelo en la habitación de sus padres. Muchas noches se despertaba con ellos en su cama, el calor de sus cuerpos conservaba el del suyo, y los distinguía por el tamaño de sus dedos.

Los fines de semana llegaba otro tipo de gente, forasteros mejor vestidos y más descansados, para ver a Akhmed.

Si habían oído los rumores sobre el fantasma del pedófilo, dejaban a los niños fuera al entrar en la casa abandonada con los brazos rebosantes de donativos, vendas de lino, hilo de pesca para suturar heridas, escayola y cabestrillos hechos de revistas viejas y pañoletas. Se sentaban con la espalda recta y muy quietos en la sala de espera, temerosos de respirar demasiado fuerte o de que chirriaran las sillas plegables y se estropeara la solemnidad que el asunto exigía. Akhmed los recibía como si fueran pacientes y, en su opinión, ojalá lo hubieran sido, ya que lo trataban con mayor respeto que los pacientes normales, y además podía hacer más por ellos.

Al entrar en la consulta, la familia poco sabía que se encontraba delante del peor médico de Chechenia. Allí sentados en sillas plegables delante de su escritorio, poco sabían que se había equivocado de vocación. Poco sabían que el peor médico de Chechenia era sin embargo el mejor retratista del país.

Podía pasar que el padre tosiera un poco para romper el silencio y, rezando por que Akhmed no insistiera en auscultarle, describiera la forma de la nariz de su hijo. Ancha y plana, podría decir, como si de pequeño se la hubieran aplastado con una sartén. No, no, no, interrumpiría la madre antes de que Akhmed apoyara la punta del

lápiz en el papel. Es una nariz normal, una nariz proporcionada, una nariz elegante, y nunca le pegaron con una sartén ni con una olla, ni siquiera con un hervidor de agua. Con un cucharón sí, por supuesto, eso es normal porque la cocina es el sanctasanctórum de una madre y hay que mantener el orden. Entonces podía pasar que interviniera un primo, una hermana o una hija agraviada que recordaba perfectamente los golpes de cucharón que había recibido en las palmas de las manos. En este momento Akhmed levantaba la mano en señal de silencio para que no perdieran el hilo de la conversación. Había visto este tipo de discusiones muchas veces, había visto cómo el dolor deforma el tejido de la memoria de manera que una madre se negaba a reconocer a su hijo en la descripción del padre, y este, acostumbrado a obedecer las exigencias de su mujer, creía realmente que la nariz de su hijo era tan plana que sólo podía respirar por la boca. Akhmed les sugería que cerraran los ojos con la esperanza de que sus bocas hicieran lo propio. Les pedía que se concentraran.

Inclinado sobre el escritorio de patas de acero y con una tibia taza de té negro a su alcance, Akhmed podía recordar su infancia, los bocetos de esqueletos de serpiente, tendones de rodilla y vasos sanguíneos que su padre había confundido con un temprano interés por la ciencia. Podía recordar la Facultad de Medicina, cuando se había saltado un año de Patología para asistir a clases de pintura. Para entonces un cambio de carrera estaba fuera de toda consideración. Era una botella lanzada al mar en la que todos los habitantes del pueblo habían introducido un papel con sus deseos y, por más que estuviera dispuesto a darse por vencido, no quería decepcionar a todos los que confiaban en que él los llevaría sobre las aguas. Sin embargo, dibujaba bodegones cuando tenía que haber estado trazando diagramas y estudiaba modelos cuando tenía que haber estado estudiando cadáveres. Cuando se licenció en Medicina entre los diez últimos de su promoción no sabía que la deshonra que pesaba sobre él como cien rublos en monedas de cinco kopeks tornaría en algo más amable cuando familias como aquella vinieran a su consulta sabiendo que estaban ante un médico demasiado incompetente para salvar la vida de su hijo, pero ante un consumado artista cuya destreza lo haría volver.

Cada medio minuto les pasaba el papel por encima del escritorio y los observaba esperando que apareciera en sus caras la expresión del reconocimiento. Sí, justo así son sus orejas. No, tiene razón mi mujer, su nariz no es tan ancha y además nunca le pegó con una sartén. Los errores desaparecerían bajo una goma de color rosa. Es él, decían. Ese es nuestro hijo.

Algunos retratos estaban destinados a los quioscos, desde donde miraban fijamente las filas de refugiados esperando encontrar su

reflejo en ellas. Otros descansaban en espacios más íntimos: enmarcados sobre el cabecero de una cama vacía, plegados en una cartera que no contenía nada más o guardados bajo llave en el cajón de un escritorio junto a un certificado de nacimiento que daba fe de la fecha, el lugar y la hora exacta en que aquella vida había llegado al mundo. Los desaparecidos seguían desaparecidos y los retratos no podían cambiar eso. Pero cuando Akhmed deslizaba la versión definitiva sobre el escritorio y la familia veía la forma de aquella amada nariz, la consulta se vaciaba de aire y el milagro del reconocimiento lo reemplazaba, porque en ese momento el padre, la madre, la hermana, el hermano, la tía y el primo encontraban en aquella nariz al hijo, al hermano, al sobrino y al primo que había sido, que habría sido, que podría haber sido, y podían ir a la carrera tras esa posibilidad como personajes de dibujos animados que continúan corriendo más allá del borde del precipicio convencidos de que el suelo sigue aún bajo sus pies hasta que miran hacia abajo y *se desploman*, por decirlo en palabras del hermano menor que, a la edad de dieciséis años, ya harto de ser el benjamín de la familia, espera el regreso de su hermano por muchos motivos, uno de los cuales, no el menos importante, es que se case y tenga hijos para dejar así de ser el pequeño. Ese hermano menor que nunca dice nada porque él *sí* que recuerda perfectamente la nariz de su hermano y no necesita que una nariz signifique lo que sus padres necesitan que signifique, es el que desaparecerá seis meses después en la parte de atrás de un furgón, igual que antes su hermano mayor y, a pesar de la venda en los ojos y la mordaza, reconocerá el Vertedero por el penetrante olor a arcilla, como su hermano mayor a su vez, y a cuyos dedos conectarán los mismos cables eléctricos que a su hermano mayor, y que estará de pie al borde de la fosa común cavada por su hermano, en la que caerá como su hermano mayor, solo que necesitará seis minutos y cuatro balazos más para morir, y que será sepultado una capa de tierra por encima de su hermano, y cuyos huesos se reunirán con los de su hermano algo de tiempo después, de modo que en ese momento indeterminado del futuro será atendida la plegaria de su madre de que sus niños estén juntos donde quiera que se encuentren. Ese hermano pequeño tendrá una sonrisa en la cara y una extraña idea en la cabeza un segundo antes de que las balas se la destrocen, pues estará pensando en aquel día seis meses antes cuando acompañó a su familia a que les hicieran el retrato de su hermano, y se estará preguntando cómo no se le ocurrió en aquel momento pedir que le hicieran un retrato también a él, porque ahora sus padres tendrán que hacer otro viaje y él querrá que lo hagan, querrá que lo hagan porque aunque conocía la forma de la nariz de su hermano no estaba preparado para verla, y contemplarla de pronto allí sobre el papel producía una

sensación de pérdida tan profunda que lo empujaba al terrible dolor de amar y no tener, como antes su hermano lo había empujado al lago en verano, pero no había más que aire y él había creído que *desplomarse* era lo más cerca que volverían a estar, y con el primer disparo un hermano cayó al alcance de la mano del otro y con el quinto la venda que le tapaba la luz se disolvió y todo fue luz para siempre y en la pared de la cocina de sus padres cuelga su retrato al alcance de la mano del de su hermano y su madre se pasa las tardes mirándolos y rezando por que estén juntos donde quiera que estén.

Ramzan y Akhmed venían a jugar al ajedrez con su padre cada dos domingos. Ramzan llegaba primero y llamaba con la cabeza, las manos ocupadas con un caldero de estofado; a veces traía alguna gratificación que él mismo se concedía de los cargamentos que transportaba por las montañas, trucha en escabeche, mermelada de ciruela, cordero curado o frutos secos garrapiñados. Akhmed llegaba el último, entraba sin llamar, se echaba a Havaa al hombro y la amenazaba con casarla con un sapo. Havaa solía servirles el té en el salón. Más que un fastidio, aquello era su modesta forma de contribuir a la reunión. A sus ojos, los tres hombres formaban una familia de la cual ella no era la hija sino la hermana pequeña. Todo esto se alteraba cuando Khassan se les unía, una vez cada pocos meses, porque la estructura invisible construida por ellos no soportaba el peso de otro hombre.

Esos días la risa de Ramzan perdía el brillo y el rencor asomaba a su tranquilo rostro. Akhmed y Khassan monopolizaban la conversación y Ramzan observaba, deseoso de intervenir, pero cuando por fin le llegaba el turno nunca sabía qué decir.

Su madre y ella se quedaban en la cocina mientras los hombres comían. Era una tradición injusta y no podía comprender por qué su madre, terca como un buey somnoliento, se sometía a ella. Su padre le permitía unirse a ellos después de la comida si prometía no morderse las uñas, y ella se sentaba en la otomana, el lugar perfecto para mirar la partida de ajedrez. Era un hermoso tablero de haya lacada con adornos de madreperla. Tenía que estar hecho de algún tipo de madera mágica porque en todos los años que llevaba deambulando por el bosque jamás había encontrado un árbol que brillase tanto. Las pequeñas piezas, separadas por color y gobernadas por reglas, hacían que la guerra pareciera un asunto limpio y ordenado. Sus favoritas eran los peones y los imames, cuyas bulbosas cabezas se habían quedado calvas por el contacto con demasiados dedos; meses más tarde se preguntaría por qué los rebeldes y los federales, en su mayoría adolescentes y veinteañeros, tenían aún tanto pelo.

Su padre era tan bueno que Akhmed y Ramzan jugaban juntos contra él. Conspiraban y se consultaban el uno al otro antes de cada

movimiento; su padre leía un libro mientras se decidían. Confiaba tanto en su maestría que no le importaba que Ramzan hiciera trampas. Una vez le dijo que los verdaderos jugadores de ajedrez piensan con los dedos; ella se acordaría de sus palabras cuando trece meses después él perdiera los suyos. Cuando llegaba su turno pellizcaba el aire sobre las piezas como si dudara; entonces, como si cada dedo llegara por su cuenta a la misma conclusión, se reunían todos en el cuero cabelludo de madera del imam quien, como todo buen yihadista, acababa con Boris Yeltsin.

Sólo consiguieron ganarle dos veces. La primera vez fue en 2001, el domingo después de que una compañía de rebeldes heridos que llevaba dieciocho meses batiéndose en retirada pasara una noche en Eldár. Venían del hospital de Volchansk, cosa que Akhmed, de haberse acordado, podía haber aprovechado tiempo después cuando llevara a la niña. Cuando entraron renqueantes en la plaza, con las armas en bandolera y las ojeras moradas de agotamiento, los habitantes allí congregados pensaron que habían huido del hospital demasiado pronto. Uno de ellos iba en silla de ruedas. ¿Cómo no los habían atrapado los federales? Las bandas verdes que llevaban en la cabeza proclamaban *Allahu Akhbar* en letras árabes doradas. Los vecinos, Havaa entre ellos, se acercaron a los rebeldes con una curiosidad cautelosa. Muchos, Havaa entre ellos, nunca habían visto antes un rebelde de carne y hueso. Eran de un país que estaba más allá del horizonte. Hijos y hermanos se iban *con los rebeldes* y no se volvía a saber de ellos. Varias madres les preguntaron si sabían algo de sus hijos, pero la mayoría de la gente, Havaa entre ellos, los observaba en silencio. Cuando el comandante, un hombre pequeño y achaparrado, plantó la bandera verde de la independencia nacional en medio de la plaza, un escalofrío recorrió la espina dorsal de los allí presentes. Con aquel sencillo gesto los rebeldes, tan débiles que una pandilla de niños con herramientas de jardín habría podido con ellos, tomaban oficialmente posesión del pueblo, condenándolo así a una posterior liberación rusa.

Exigieron cuidados médicos y una docena de personas los condujeron a la consulta de Akhmed, donde los presentaron y desaparecieron, agradecidos por primera vez de la existencia de la clínica. Tras registrar el armario de las vendas y cerciorarse de que los federales no les habían tendido una emboscada allí, accedieron a soltar las armas. Havaa, sentada con su madre en la seguridad de la cocina al otro lado del pueblo, no presenció nada de aquello. El pequeño líder de los guerrilleros le habría parecido un saco de grano medio vacío vestido con ropa militar. Se dirigía cortésmente a Akhmed, reiterando la importancia del sacrificio comunitario en la campaña para derrotar al impío azote ruso. Akhmed lo escuchaba con

las manos juntas sin conseguir que dejaran de temblar. Advirtió al comandante que no era muy buen médico, que el fantasma de un pedófilo rondaba por la clínica, y que quizá preferiría dibujarle un retrato. Con voz calmada y profunda el otro le contestó, mientras se desabotonaba la camisa, que si no se convertía en el mejor médico de Chechenia en los siguientes cinco minutos, muy pronto habría dos espíritus rondando la clínica. El pecho del comandante estaba cosido con un hilo quirúrgico que Akhmed no había visto nunca.

—¿Qué es esto?—, preguntó.

—Hilo dental—, dijo el comandante. Dada la cantidad de sarro que tenía en los dientes, era obvio que el hilo dental no había sido muy utilizado.

—Puntos de hilo dental… En mi vida he visto un trabajo de tal calidad. ¿Quién se los ha dado?

—Una doctora que trabaja en el hospital de Volchansk, encima mujer y de etnia rusa. ¿Se lo puede creer?

La baja autoestima que emanaba de los sobres de todas las cartas de rechazo de los hospitales donde había pedido trabajo le cortó la respiración una vez más. —No—, dijo desalentado. Akhmed recuperaría el aliento tres años y tres meses después cuando Sonja le ofreciera trabajo en el Hospital nº 6.

Al otro lado del pueblo, Havaa estudiaba las flores de color azul pálido que adornaban el vestido de su madre, molesta por no poder localizarlas en la guía floral del Cáucaso. ¿Para qué inventarse flores nuevas cuando había tantas de verdad para las que sería un honor estar en una falda? Su madre se había pasado la tarde en el huerto trasero de la casa y ahora estaba en la cocina picando zanahorias y remolachas. Un ramo de tomillo cubría la encimera. Havaa, de pie sobre un taburete mientras removía el caldo con un cucharón, sintió de pronto una extraña gratitud por la pequeñez de su vida. Más allá de aquellas cuatro paredes el mundo olía a humo y a gasolina, pero allí dentro la mayor calamidad era que un huevo se cayera al suelo. Más tarde su padre volvería a casa, cerraría la puerta con cuidado y le hablaría con el tono deliberado y engañoso que utilizaba cuando le leía una historia cuyo final él ya conocía. Ella le preguntaría si los guerrilleros se iban a quedar con ellos y él le diría que no, que no eran refugiados y ahí lo dejaría. No se enteraría de que su padre y Ramzan habían pasado una hora entera conversando con el comandante. No se enteraría de que el comandante, impresionado por la experiencia de Ramzan como comerciante en las montañas, le había puesto en contacto con un jeque que buscaba a alguien capaz, alguien como Ramzan, para llevar armas a los campamentos rebeldes. Sólo sabría que el domingo siguiente, un día antes de la llegada de los federales, una torre se comería al Boris Yeltsin de su padre.

Tres días después de que los renqueantes rebeldes abandonaran el pueblo, Havaa se despertó y descubrió a sus padres presa de un pánico silencioso. Su padre la cogió en brazos antes de que tuviera tiempo de quitarse el pijama. El impacto de sus pisadas le reverberaba en todo el cuerpo mientras él corría hacia el bosque y ella veía como el pueblo se hacía cada vez más pequeño sobre su hombro.

—¿Qué sucede?—, preguntó.

—Nos están liberando—, dijo su madre entre jadeos.

Un tronco podrido los resguardaba de todo excepto de los ruidos de la *zachistka*.

El estruendo de una ráfaga de diez segundos inundó el cielo, pero Havaa no podía imaginarse que estuviera dirigido hacia ocho de sus vecinos, considerados demasiado peligrosos para transportarlos al Vertedero. Durante las horas que estuvo tumbada en el suelo musgoso pensó en la derrota de su padre la tarde anterior. Sabía que los soldados rusos podían destruir un pueblo, pero nunca había pensado que su padre pudiera perder al ajedrez. Estaba tumbado junto a ella, el más mínimo soplo de viento lo sobresaltaba y sus dedos se habían puesto blancos de apretar la empuñadura del cuchillo de cocina. Del pueblo salía un humo tan espeso que la noche cayó a las tres de la tarde. Su padre miraba con unos prismáticos por encima del tronco. Se los había dado un ornitólogo que ahora estudiaba los pájaros en Ecuador y sentía nostalgia de su hogar, en pago por las dos noches que había pasado en una de las literas de la habitación de Havaa. Se los pasó y, mientras miraba a los rusos entre los huecos de los árboles, su padre le explicó la diferencia entre los *kontraktniki* y los reclutas normales.

—Los reclutas llevan uniforme azul y son adolescentes asustados. Son lo que podríamos definir como víctimas del absurdo—, dijo su padre, que era de los que no pierden la ocasión de disertar ante un público atento. —Si los atacases con una cuchara sopera se rendirían. La mayoría no sabe situar Chechenia en un mapa y les da igual si el que manda es Putin, Maskhadov o Papa Noel; llegaron en trenes de pasajeros y regresarán bajo la denominación de Cargo 200 en vagones de carga dentro de ataúdes sellados con revestimiento de zinc. Sin embargo los *kontraktniki*, esos que llevan camisetas negras sin mangas para lucir los tatuajes, son nihilistas, inmoralistas o misantropistas, como prefieras.

Los dejaron salir de la cárcel a cambio de unos cuantos años de servicio en Chechenia. Quieren estar aquí porque sólo aquí pueden expresar su verdadera naturaleza, y supongo que si no estuviera escondido detrás de este tronco, podría incluso admirarlos por su total compromiso con la dialéctica de su filosofía, por muy horrible que sea.

En ese mismo momento, un recluta rubio sacaba a Khassan de una

fila de hombres que iban directos al Vertedero. Lo escondió en una caseta y le dio el nombre y la dirección de sus abuelos. —Tiene usted que sobrevivir—, le dijo. —Sobreviva y escriba a mis abuelos. Dígales que su nieto no es como los otros soldados. Dígales que lo educaron bien y que se esfuerza mucho por seguir siendo el chico que ellos criaron—. Khassan escribiría a los abuelos del recluta pero, debido a que el sistema postal no funcionaba, la carta esperaría diecisiete meses en un cajón hasta la mañana de otoño en que una mujer de etnia rusa llamaría a su puerta para preguntarle si había visto a su hijo. No era infrecuente ver a madres de soldados rusos desaparecidos recorriendo los montes chechenos en busca de sus hijos. Khassan no podía ayudarla, pero le pidió que echara la carta al correo cuando volviera a Rusia. Nunca sabría que en Novosibirsk los abuelos del recluta rubio recibirían su carta ocho días después de la noticia de la muerte de su nieto y que la leerían en su funeral a modo de panegírico.

Al anochecer, el pueblo aún seguía envuelto en un grueso velo de humo. Veintitrés muertos. Catorce por disparos, tres aplastados bajo los escombros de sus casas, dos por proyectiles de mortero y uno que se había suicidado: un anciano de noventa años que había sobrevivido a dos guerras mundiales, tres infartos y a algo aún más duro, la vergüenza por su primogénito, un chico que podía haber sido lo que hubiera querido pero que decidió hacerse titiritero. Los federales obligaron a tres a meterse en un sótano y lanzaron una granada dentro antes de cerrar la puerta. A otros dieciocho se los llevaron al Vertedero. En total, cuarenta y un desaparecidos en un día, que sólo regresarían por la gracia del lápiz de Akhmed. Poco después de que Havaa volviera a casa con sus padres, Akhmed apareció en el umbral y se agachó para llamar a la puerta que los soldados habían derribado a patadas. Necesitaba los dedos de Havaa. En su clínica los heridos estaban tirados por todas las superficies practicables.

La culata de un Kalashnikov le había cerrado el ojo izquierdo para siempre a una mujer. El brazo de un hombre que más adelante subiría a la cima del monte Elbrús estaba doblado como si tuviera tres codos. La mano de Akhmed, flácida sobre su hombro, la guio por la sala de espera. La consulta se había convertido en un quirófano. Sobre su mesa se extendía una cadena montañosa de lona impermeable por la que fluían arroyos que desembocaban en lagos de sangre. En el suelo había una lámpara que fijaba la silueta de la cabeza de Akhmed al techo, desde donde contemplaba la escena con indiferencia. Le hablaba como si fuera responsable ante ella, explicándole que aquello no era un hospital ni él era cirujano, que él podía hacerles a los heridos unos retratos preciosos pero no salvarlos, que los doctores del Hospital

nº 6 de Volchansk eran infinitamente mejores, y que si no fuera

porque el cordón militar de la *zachistka* bloqueaba todas las carreteras, él mismo los llevaría hasta allí a hombros uno a uno con tal de evitar la responsabilidad de atenderlos.

Dos vecinos le ayudaron a colocar un cuerpo fláccido sobre la mesa. Limpió la herida con agua y la desinfectó con media botella de *spirt* porque se le había acabado la solución yodada. Improvisó unas pinzas hemostáticas enrollando gasa estéril en la cabeza de unos alicates y fijando el mango con una gomilla.

Akim tenía trece años. Tenía los pelillos del incipiente bigote llenos de hollín y trapos rojos de cocina enrollados en el muslo. Entreabrió los ojos un momento y se encontró con los de Havaa.

—Mis dedos son demasiado grandes—, dijo Akhmed mientras apretaba un cinturón de cuero alrededor del muslo de Akim. Havaa llevaba toda la vida viendo a los adultos comportarse como niños, lo cual, en lugar de acrecentar sus temores, la obligaba a obrar con calma. Recorrió la habitación entera con los ojos dividiéndola en partes, separando el techo de las paredes y las paredes del suelo, amputando su sombra de sus pies, hasta que sólo quedó el único tablón de madera que la sostenía. Akhmed explicó que Havaa había tenido que ayudarle a ligar la arteria de la pierna de Akim usando el hilo de una falda deshilachada. Akhmed sabía que su madre la había enseñado a coser pocos meses antes y que como sorpresa de cumpleaños le había zurcido a su padre todos los calcetines.

—De acuerdo—, dijo, aunque en realidad no quería ayudar a Akhmed, sino esconderse en el bosque, donde las únicas extremidades que se rompían eran las ramas de los abedules. Pero lo hizo por Akhmed, más que por el chico, que una vez la había sorprendido hablando con una piña y se había burlado tanto de ella que le había deseado la muerte.

Esa noche no pudo dormir. En el silencio de la habitación de sus padres aún oía sus gritos. Ya nada era lo mismo. No podía decir cómo o cuándo había pasado, no sabía si había sido cuando su padre había huido al bosque con ella a cuestas o cuando había metido los dedos en el líquido caliente que manaba del muslo abierto de Akim, pero ya nada era lo mismo. A ambos lados, sus padres yacían despiertos en la cama, y cuando les apretaba las solapas del pijama como siempre hacía cuando tenía una pesadilla y necesitaba consuelo, su madre le devolvía el apretón.

Nadie quería arriesgarse a retirar los proyectiles sin explotar que habían quedado desperdigados por todo el pueblo, así que a la mañana siguiente, los padres de Havaa y algunos otros vecinos recogieron las tazas de los inodoros de los escombros de las casas derruidas y taparon cuidadosamente los proyectiles con ellas. Havaa nunca olvidaría aquella imagen. Docenas de tazas de inodoro al revés

poblaban la calle impidiendo a los coches circular durante semanas. De tanto en tanto se oía una explosión tardía.
La metralla repiqueteaba en la loza. Pero aquellas tazas de inodoro, la única herencia decente de la Unión Soviética, no se rompían nunca.

Por la tarde acompañó a sus padres a la clínica. Cuando entraron, Akhmed no se atrevía a mirarlos a los ojos. La lona ensangrentada estaba tirada por el suelo, endurecida. Havaa recordaba los ríos que corrían el día anterior por aquel desierto rojo de sangre seca. Akhmed estaba encorvado hacia adelante, su cabeza apuntalada contra la mesa con el lápiz.

—No me acuerdo de sus caras—, murmuró.

—¿De qué caras?—, preguntó su padre.

—Les prometí que les haría un retrato, pero no me acuerdo de sus caras.

—Deberías dormir—, dijo su padre, y a su lado, su madre miró a Akhmed con una expresión de preocupación que Havaa recordaría tiempo después.

Cuando se despertó, Akhmed cumplió su promesa. Montó cuarenta y una hojas en blanco en otros tantos tableros de contrachapado y durante los siguientes diez días dibujó cuarenta y un retratos de un metro de alto. Además de tinta y carboncillo, usó ceniza de las casas quemadas. Seguro que había una palabra para definir cuando un artista usa partes del modelo para recrear el modelo, algún tipo de —ismo, Dokka lo sabría. Eran los retratos de mayor tamaño y detalle que había dibujado. Pestañas de cinco trazos de espesor, pupilas del tamaño de huesos de ciruela. Cuando terminó, les dio a todos una capa de protector impermeabilizante y los dejó secar toda la noche. Por la mañana estaban relucientes como la laca del tablero de ajedrez de Dokka. Uno por uno los fue sacando a la calle. Algunos los colocó sobre los marcos sin puerta de los edificios públicos abandonados, otros los clavó a las paredes de las casas privadas, o los colgó sobre las ventanas rotas, o sobre las jardineras vacías, o los subió a lo alto de los mástiles, o los claveteó a las farolas, a los troncos de los árboles, a las vallas. Con uno cubrió el agujero que un proyectil de mortero había hecho en una pared. Otro lo puso de pie en el cementerio, una lápida para un hombre cuya familia no podía permitirse pagar una de verdad. Fueron apareciendo sin más anuncio que los solitarios martillazos de Akhmed. A veces pasaban semanas o incluso meses antes de que las dolientes familias se encontrasen de pronto con la cara de su desaparecido y, cuando esto sucedía, se acercaban temerosos, o se tocaban el bolsillo de la camisa en busca de un cigarrillo, o se reían como si acabaran de entender un chiste, o lo ignoraban por completo; ya se habían acostumbrado a tener visiones de sus seres queridos por las paredes, las lápidas y las nubes.

Havaa experimentó esa sensación sólo una vez. Después de la *zachistka* se pasaba todo el día en el bosque. Desaparecía entre los troncos, daba vueltas por aquí y por allá y veía el pueblo dividirse en delgadas tiras entre los árboles; construía barricadas con palos, ayudaba a los insectos a encontrar hojas frescas, midiendo la distancia que la separaba de su casa por medio de la voz de su madre al llamarla. Una tarde miró por encima del hombro y se quedó helada.

Una cabeza hinchada y sin cuerpo colgaba de un árbol. Una cabeza de gigante, pensó Havaa. Dio dos pasos y la reconoció. Akim había sobrevivido a la noche pero había muerto por la mañana. Akhmed le dijo que esas horas eran un regalo que ella le había hecho al muchacho, que cuando se está tan cerca de la muerte unas cuantas horas para hacer las paces con el mundo valen más que años enteros, aunque ella no sabía cómo podía Akim haberse puesto en paz con el mundo cuando se había pasado la noche chillando. Se acercó al dibujo de manera que su aliento, fresco por el viento del invierno, llegaba a los labios lacados del retrato. La vez que Akim la había encontrado hablando con una piña, se había quedado a mirarla tapándose la boca con los dedos hasta que la risa se le escapó por la nariz. Desde entonces lo había odiado y todavía lo odiaba. Pero allí de pie ante el retrato, sintió cómo una sensación nueva envolvía al odio de la misma forma que la llama envuelve el pábilo de una vela, y pronto ya no quedó nada excepto una especie de sabor a quemado en la boca, su cara solemne devolviéndole la mirada y el hecho horrible de que no volvería a reír. Sólo entonces se dio cuenta de que Akhmed había colgado el retrato donde sólo ella podía verlo. Lo miró unos minutos más y le dijo adiós.

Cuando se despertó el domingo siguiente, una única pregunta palpitaba en el frío aire de la mañana. ¿Habría partida de ajedrez hoy? Las partidas quincenales eran los últimos latidos de una sociedad a la que quería desesperadamente pertenecer. Se quedó en la cama hasta que el sol asomó por el primer cuadrante de la ventana. Cuando su madre, Esiila, le pidió que le echara una mano en la cocina, Havaa, en lugar de contestar, le soltó una retahíla de medias palabras indescifrables a la almohada. La niña siempre sorprendía a su madre. Durante la *zachistka* había estado escondida en el bosque, tan callada como las piedras del suelo y dos veces más dura, más tranquila y sensata que el propio Dokka, que no había parado de sermonearles aunque sabía que estaban atrapados. Pero ahora la niña, que no había llorado ni una vez desde que llegaron los rebeldes, despotricaba a causa de las tareas de la mañana. Viendo que la resistencia de su hija había llegado al límite, Esiila cerró la puerta sin hacer ruido.

Havaa sólo salió de la habitación cuando oyó a su padre colocar las piezas del ajedrez sobre el tablero. Más tarde, cuando la torre de

Akhmed y Ramzan se comió al Boris Yeltsin de su padre por segunda vez, a Havaa le dio igual.

Los meses pasaron silenciosos y de puntillas, como hombres que entran en la mezquita después del *salat*. Los habitantes del pueblo desaparecían en las columnas de refugiados sin decírselo a nadie y el sabor a polvo de cemento estuvo suspendido en el aire durante toda la estación. Una vez al mes la camioneta roja de Ramzan paraba en la puerta, su padre se hundía en el asiento de cuero cuarteado del asiento del copiloto y ella miraba por la ventana de la casa cómo las luces traseras del vehículo se hacían cada vez más pequeñas y desaparecían. Cuando regresaba una semana después, todo él olía a sobaco; se detenía un momento con los ojos entornados delante de la puerta cerrada de la casa y reconstruía a su familia mentalmente antes de entrar a decirles cuánto las había echado de menos. Aunque no sabía qué hacían o dónde iban Ramzan y su padre cuando estaban fuera, había deducido por el tono de voz de su madre que probablemente estaban haciendo algo bastante más peligroso que freír blinis con las manos desnudas.

La ventana de la cocina permanecía abierta incluso en invierno para ventilar el aire del horno y los gases mañaneros de su padre. Havaa se detuvo ante ella el día antes de que su padre se marchara. Las voces de sus padres se entrelazaban como volutas de humo. Su padre decía que era algo que aseguraría su supervivencia, mientras que su madre le llamaba idiota por creer que cualquier cosa que implicara armas o a Ramzan era segura. Havaa volvió corriendo al bosque, donde los pájaros cantores se hablaban en un tono más amable. Ramzan llegó antes del amanecer. En la puerta, Havaa le puso a su padre un guijarro en la mano. —Si le das cien vueltas conseguirás un deseo—, le dijo. Él se lo metió en el bolsillo de la camisa, se inclinó y sus labios fueron como dos rayos de sol en su frente. El calor de sus besos brillaba agradablemente y, cuando su padre se dio la vuelta para besar a su madre, Havaa se apretó la piel de la frente con los dedos para que no se escapara.

Ula había caído enferma en la primavera de 2002, un año después de la *zachistka*, así que cuando Akhmed ocupó el sitio de su padre en la mesa durante las tres primeras noches de su último viaje con Ramzan, parecía completamente lógico que viniera solo, como tantas otras veces en que Dokka estaba en las montañas. Era enero de 2003. Havaa no había visto a Ula en ocho meses y medio.

La primera noche, mientras Havaa ponía la mesa, Akhmed iba detrás recogiendo los platos y murmurando *no, estos no sirven*. Fue a su casa y volvió poco después con otros más pequeños. Entre los tenedores y cuchillos, los platillos de Akhmed parecían cabezas reducidas pegadas a enormes orejas de metal. Su madre arrugó el gesto ante la nueva

configuración de la mesa de la cena. Los hombres, lo sabía muy bien, despojarían a una mujer de todo cuanto tuviera, incluida la vajilla.

—Es para engañar a nuestros estómagos—, le dijo Akhmed a Havaa en voz lo suficientemente alta como para que su madre lo oyera desde la cocina. —Esta noche cenaremos una elegante comida de proporciones modestas, como los aristócratas. Yo creo que no hay nada más triste en el mundo que una pequeña porción de comida sobre una gran cantidad de plato. En cambio, este —dijo con un platillo en la palma de la mano—es el tamaño justo. Si conseguimos que nuestro cerebro crea que nuestra cena ocupa el plato entero, quizá logremos que piense que nuestros estómagos están llenos—. En la ventana de la cocina, Havaa creyó ver una sonrisa en el reflejo de su madre.

La tensión que la noche anterior parecía claveteada a las tablas del suelo voló por la ventana mientras Akhmed y su madre conversaban. Recordaron la llegada de Dokka al pueblo. Él había supuesto que Eldár tenía su propio periódico, suposición que más de uno tomó como indicio de demencia. Había traído tantas cajas de libros, que no cabían en la habitación que había alquilado, pero en lugar de deshacerse de su preciada biblioteca, la había convertido en mobiliario. Dormía en un colchón que descansaba sobre unas cuantas cajas de libros y se sentaba a una mesa que consistía en una puerta vieja tumbada sobre unos pilares de manuales científicos. Todo esto no mejoraba la opinión que tenían de él los que cuestionaban su cordura.

Dokka había crecido y estudiado en Grozni y Akhmed, recién licenciado en Medicina entre los últimos diez de su promoción, sin perspectiva alguna de encontrar trabajo y con el nudo de las expectativas del pueblo apretándole el cuello, hizo todo lo posible para convertirlo en una celebridad local, en parte porque nunca había conocido a alguien de Grozni, y en parte para que le sustituyese en los cotilleos de las viudas. Dokka era arbolista profesional y le habían destinado a un puesto de tres años para investigar los potenciales beneficios medioambientales de la tala de bosques, el equivalente profesional de la deportación a Siberia. Cuando la Unión Soviética se hundió y la industria de la madera desapareció junto con su financiación, Dokka decidió quedarse y aprovechar la oportunidad única que se le presentaba de investigar el crecimiento del bosque nuevo. Para entonces se había mudado a una casa en la que había espacio tanto para sus libros como para algunos muebles, y la mayoría de la gente ya no se cambiaba de acera cuando se cruzaba con él por la calle. Si bien el padre de Esiila se contaba entre los que cuestionaban el estado mental del joven arbolista, Khassan se puso totalmente de su lado, y además, Dokka estaba dispuesto a casarse a cambio de una dote tan pequeña que, de haberlo rechazado todo el

mundo habría pensado que el loco era él.

Havaa observaba la conversación como si fuera una partida de ajedrez, cada uno de los contendientes probando al otro, buscando sus puntos débiles. De vez en cuando su madre la miraba y a la luz de las velas se percibía en sus ojos una intensidad poco familiar.

—¿Hay algún signo de mejoría en la enfermedad de Ula?—, preguntó su madre.

—No. Lleva ya ocho meses sin moverse de la cama.

—¿Tienes ya algún diagnóstico?

Akhmed sacudió la cabeza una vez más. —Sus constantes vitales están bien. Lo que sea que tenga excede mis capacidades de diagnosis, no hablemos ya de tratamiento.
Me aseguro de que cambia de postura cada dos horas para que no le salgan escaras. ¿Qué más puedo hacer?

—O sea, que crees que no tiene nada, ¿verdad?—. Aquella pregunta era una reina avanzando ocho casillas.

—Lo que creo es que la mente humana no está hecha para soportar un trauma detrás de otro.

—Quizá tenga que aprender a cuidarse sola. A lo mejor tus cuidados son su parálisis.

Havaa se miraba las uñas. Quería decir algo pero no lo hizo. Quería huir pero no podía.

—He pensado dejarla sola unos cuantos días por si su cuerpo pone a su mente en marcha de golpe, pero me parece muy cruel.

—Nuestros esposos han desaparecido dentro de sí mismos. Quizá un poco de crueldad sea la manera de traerlos de vuelta.

La conversación acabó discurriendo por las sendas sin minas del pasado, pero cada vez que intentaban coger la jarra de agua al mismo tiempo, la mano de su madre rozaba la de Akhmed y todos se sonrojaban.

Akhmed se quedó con ellas el día y la noche siguientes, y la de después. Se pasaba la mayor parte del día mirando a su casa por la ventana del salón. Por la noche, Havaa lo oía colarse en el dormitorio de sus padres cuando creía que estaba dormida. No se marchó definitivamente hasta después de las oraciones de *fajr* del tercer día por la mañana. No volvió. Esiila lo miraba desde la ventana donde vigilaba su casa y lo veía mirarla por la ventana de su salón, como si un puente se extendiera entre sus miradas. Algo terrible había pasado, pero Havaa no podía decir qué era. Su madre y ella no hablaron durante todo el resto de aquel día ni del siguiente, como si Akhmed hubiera sido la sustancia a través de la que se comunicaban y sin él estuvieran solas con lo que sabían. Cuanto más tiempo tardaban en hablar, más pesaba la primera palabra. El día que su padre debía

volver, su madre se puso a tararear mientras barría el suelo. Limpiaba el polvo y el silencio de las habitaciones al mismo tiempo. La luz del día se disolvió en un jaspeado atardecer y Havaa se durmió esperando a su padre.

Estuvieron cociéndose en aquel silencio durante ocho días y ocho noches más hasta que por fin lo rompió el sonido irregular de ruedas en la grava. La puerta se abrió de golpe y el cuerpo de su padre se derrumbó en los brazos de su madre. Havaa no olvidaría nunca el tono amarillo-grisáceo de sus mejillas. Había visto ese color antes en la orina de ciervo congelada, pero jamás en un rostro humano. —Ayúdame—, susurró. Su padre se tambaleó hacia delante y fue entonces cuando le vio las manos cubiertas con trapos rojos ensangrentados, sujetos a las muñecas con gomillas. Seguramente Akhmed lo vio todo desde su casa, porque llegó corriendo con su maletín antes de que ella pudiera gritar.

Aunque cuando entró no sabía explicar lo que estaba haciendo más que un hombre al que le pidieran que apagase un incendio con el agua que pudiera cargar en la boca, Akhmed dijo después que la cizalla había cortado los dedos tan limpiamente que no quedaba piel que coser por encima del hueso. También explicaría que a pesar de que los diez trozos de cinta americana habían mantenido las heridas cerradas durante el viaje de vuelta desde el Vertedero, a esas alturas la infección era un peligro considerablemente mayor que la pérdida de sangre, por lo que no le quedaba más remedio que cauterizar, no había más opción que aplicar un cuchillo de carnicero al rojo en cada uno de los diez muñones. Le pidió a Esiila que encendiera el fuego de la cocina y a Havaa que se fuera a su habitación. Ella se resistía. Si en la *zachistka* había podido ayudarle cuando sus dedos eran demasiado grandes y torpes, ¿por qué no la dejaba ayudar a su padre? Su nombre retumbó como un trueno en la voz de su madre y ella salió corriendo por el pasillo.

El estruendo de los utensilios de cocina le llegaba a través de la puerta cerrada del dormitorio. Akhmed pidió a gritos el cuchillo de carnicero y más gasolina. Un resplandor entró por el hueco entre la puerta y el suelo.

Su padre estuvo tres días postrado en el sofá. Cada noche su madre le retiraba las gasas para aplicarle desinfectante en los muñones. Tras un minuto o dos, cortaba una tira de gasa, la pegaba alrededor de la herida brillante y suspiraba sabiendo que le quedaban nueve más.

En la tarde del cuarto día se puso en pie. Se detuvo frente al perchero estudiando los botones del abrigo y decidió que hacía demasiado calor para usarlo. Havaa le abrió la puerta y él le puso la mano en la parte posterior del cuello.

El calor de cinco dedos perdidos abrazó su hombro. Caminaron así

hasta la casa de Khassan. Ramzan abrió la puerta. Padre e hija le miraron las manos. Ni siquiera le faltaba una uña. Ramzan se sonrojó y se las metió en los bolsillos.

—¿Cómo…?—, comenzó a preguntar, pero no terminó. —Tienes mejor aspecto.

—Necesito un arma—, dijo Dokka.

—¿Qué? No, Dokka.

—Necesito saber que mi familia puede protegerse.

—Dokka, nos han dejado salir del Vertedero. ¿Es que no sabes lo que te harán si tienen la más mínima sospecha de que andas con armas otra vez?

—¿Qué me harán Ramzan?—, dijo Dokka levantando las manos. —¿Qué crees que me harán?

Ramzan miró al suelo. —De acuerdo—, dijo un momento después. —Entra.

Pasaron por delante del escritorio de Khassan y fueron a la habitación de Ramzan. Ramzan levantó un tablón falso y sacó una pistola Makarov de fabricación rusa de un escondrijo bajo el suelo. —¿Por qué has traído a la niña?—, preguntó.

—Para que apriete el gatillo—, dijo su padre mirándola. —Tiene seis años. Ya va siendo hora de que aprenda a manejar un arma.

Ramzan la llevó fuera. Le enseñó a cargar y descargar la pistola y a poner y quitar el seguro. Le dijo que apuntara a los perros salvajes que estaban apiñados en el límite del bosque, pero ella prefirió apuntar a un árbol.

—Es una semiautomática—, le explicó. —Por eso no tienes que amartillarla. No estires el brazo. Eso es para las estrellas de cine americano. Lo que tienes que hacer es sujetarla justo frente a ti con el brazo flexionado y el codo apoyado contra el pecho, como si llevaras una jarra de agua. No tiene el retroceso de un arma de gran calibre pero aún así no está diseñada para niños, así que lo notarás. ¿Dónde crees que hay que apuntar? ¿A la cabeza? Nunca en el primer disparo. Es un blanco demasiado pequeño. Apunta al pecho, justo al centro del pecho, eso sí que es un disparo mortal.

Cuando volvió a la parte delantera de la casa, su padre estaba sentado en un tocón de árbol con los ojos cerrados tomando el sol con una leve sonrisa en los labios. Ella le metió el arma en el bolsillo de la chaqueta. Todavía no le había dicho qué le había pasado en los dedos. Temió que lo hiciera en el camino de vuelta a casa pero sus pies iban pisando la grava brillante y los de Havaa también. Conversaban sólo por medio de pisadas.

En la puerta de su casa les esperaban dos mujeres y un hombre. El

pelo del hombre parecía pintado y barnizado sobre su cabeza. En otra vida había tenido un buen trabajo, un buen piso y una buena esposa, pero ahora lo único que le quedaba era su lustrosa mata de pelo. —Nos han dicho que alquilan camas—, dijo una de las mujeres.

Su padre se miró los pies como si acabase de pisar una mierda de perro. Sacudió la cabeza mientras esbozaba una amplia sonrisa, pero todos sabían que no era en respuesta a la pregunta. Havaa nunca sabría que su padre se había pasado los últimos tres días paralizado ante el hecho de que sus dedos nunca volverían a salvar a Boris Yeltsin, ni a rastrillar mantillo en abril, ni a pasar las páginas de un libro, ni a agarrar su pene en la letrina, donde se sentía en paz durante el tiempo que dura un suspiro.

—Sí—, dijo. Las caras de los tres refugiados se iluminaron con una gratitud que le llenaba más que un viaje final a la letrina. —Tenemos varias camas.

11

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Sonja no vio a Akhmed al cruzar el aparcamiento, no lo reconoció al abrir las puertas, no le oyó darle los buenos días, ni subir al todoterreno detrás de ella; no le prestó atención mientras quitaba el freno de mano, ponía el motor en marcha y tomaba la carretera gris hacia Grozni. Doce horas antes casi se había desmayado al ver los callos en las palmas de las manos de ella. Pero para qué pensar en eso ahora que la nieve se derretía en arroyuelos llenos de barro, el azul de un cielo en paz se reflejaba en las piezas metálicas del jeep, Havaa estaba a salvo y él estaba vivo, y Grozni esperaba como un gran lago al final del río de asfalto de la carretera.

Para ahorrar carburante, Sonja aceleraba durante varios segundos y luego dejaba el coche en punto muerto. Demasiado combustible en el subsuelo y nunca suficiente en el depósito, pensó Akhmed. Podría ser el lema nacional. Avanzaban a tirones. El jeep daba un acelerón y luego rodaba hasta prácticamente detenerse. Se sentía mareado, pero sabía que esto era mejor que pedirle que condujera más uniformemente. Tras quince silenciosos minutos encendió la radio y movió el dial un cuarto de vuelta. Un cálido crujido de estática invadió la cabina.

—No queda una sola torre de radio que funcione en todo el país. Es todo estática—, dijo ella sin mirarle.

—Lo sé. Pero 102.3 tiene la mejor. No suena tan metálica. Es profunda y robusta. Si un chelo se pusiera a interpretar estática, sonaría así.

Ella movió la cabeza y giró el dial. —Yo prefiero el 93.9—. Seguía sin mirarle.

—Es demasiado fina y monótona. No hay variaciones. Sólo suena a estática.

—Por eso me gusta—, dijo ella. —Suena como debe sonar la estática.

Akhmed movió el dial hasta el final. —106.7. Escuche—. Retazos de emisiones extranjeras se mezclaban con el ruido ambiental. En

medio del discordante remolino algunas sílabas salían a flote y brillaban como burbujas, como voces en la tormenta. Sonja movió el dial hasta el 93.9 y durante el resto del viaje escucharon estática que sonaba a estática. La niebla caía sobre los campos. Había un autobús aparcado en una pradera. Fragmentos de pintura seca formaban un rastro que conducía a los restos oxidados de una fábrica de tractores. Chimeneas industriales dormidas. Los hornos de las fábricas eran los lugares donde menos posibilidades había de encontrar un fuego encendido.

—¿Le preocupan las minas terrestres?—, preguntó.

—La verdad es que no. Hay una chapa de acero soldada bajo el asiento del conductor.

—¿Y por casualidad no cubrirá también el del copiloto?

Sonja *tuvo* que sonreír, pero antes de que respondiera moviendo la cabeza y le recordara que ya era capaz de amputarse las dos piernas él solo si hacía falta, sus ojos se fijaron en una silueta que había cien metros más adelante. Era una anciana cuyo cuerpo tenía forma de paréntesis. Un hato de lona azul le colgaba de los hombros atado con unas correas. El dobladillo de un vestido color lavanda ondulaba en sus tobillos.

—¿No sabe que no es seguro viajar a pie por esta carretera?—, preguntó Sonja por la ventanilla abierta. —¿Quiere que la llevemos?

La mujer se encogió de hombros. Al mirarla, Akhmed sintió deseos de acercarse a ella, secarle el sudor de las arrugas de la frente y decirle que él también había sufrido las preguntas de Sonja.

—Sólo un idiota se metería en un coche—, dijo ella sin cambiar el ritmo.

—Pero nosotros somos médicos—, dijo Akhmed poniendo énfasis en el *nosotros*.

La anciana lo miró y después volvió a mirar la carretera. —Dos médicos metidos en un coche.

Condujeron a través de los campos vacíos sin decir una palabra durante treinta minutos antes de llegar al primer control de carreteras. Un teniente del OMON se acercó seguido de dos reclutas escuálidos que imitaban hasta su forma de morderse el labio inferior entre frase y frase. Akhmed contemplaba a aquellas dos copias delgadas e inconscientes preguntándose si el miedo los consumía hasta el punto de que follarían, cagarían y morirían siguiendo el programa de su superior. Sonja le pasó al teniente sus documentos: dos carnés de identidad, una licencia médica caducada y tres cartas firmadas por coroneles del Ejército Federal, que persuadieron al teniente de forma más contundente que la documentación oficial. Cien metros después del control estiró el brazo por encima del regazo de él y metió las

cartas en la guantera. Todavía no le había dirigido una sola mirada. Él le cogió la muñeca antes de que cerrara el compartimento y sacó más de dos docenas de sobres. No todas las cartas eran igual de formales; había algunas mecanografiadas en hojas de papel con el membrete del Ministerio de Defensa y otras que no eran más que unas cuantas palabras de aprobación garabateadas en la parte posterior de un mapa de campaña rebelde. Los firmantes componían el directorio completo de la plana mayor de los bandos contendientes: Valentin Vladimirovich Korabelnikov, general del Ejército Federal, Sulim Yamadayev, comandante del Batallón Especial Vostok, Alexander Ivanovich Baranov, comandante de la Región Militar del Cáucaso Norte, Ibn al—Khattab, difunto líder de los Muyahidines, Ruslan Gelayev y Shamil Basayev, jefes de grupos guerrilleros separatistas, e incluso un delegado de las oficinas de Putin. Rebeldes y federales convivían pacíficamente separados por las finas fronteras de los sobres de papel.

—Tenga cuidado con ellas—, dijo Sonja retirando la mano.

—¿Por qué las tiene?—, preguntó Akhmed al sentirse inquieto por esta primera de tantas sospechas soslayadas.

—Para poder viajar sin obstáculos. Solucionan formalidades burocráticas.

—Me lo podía haber dicho antes de coserme los bolsillos.

Ella sonrió.

—¿Ha conocido a toda esa gente de verdad?

—Claro que no. La mayoría me las ha conseguido el tipo al que vamos a ver. Dice que es capaz de robarle las manchas a un leopardo de las nieves.

—¿Es un criminal?

Ella asintió y le echó una mirada llena de desdén.

—¿Es mucho pedir un poco de decencia?

—¿Disculpe?—, dijo ella, pero Akhmed sabía que no podía hacerse la ofendida. Lo único que él tenía y ella no era decencia, y eso para él representaba un triunfo raro e improbable.

—Usted me dijo que todos los médicos y enfermeras que trabajaban para usted se habían ido excepto Deshi. ¿Cree usted que pudo tener algo que ver con su forma de tratar a la gente?

—Lo que creo es que ojalá se haya traído las botas porque se va a volver a casa andando.

Akhmed hablaba en un tono calmado mientras a ella se le ponían los dedos blancos al agarrar el volante. —Usted piensa que soy un idiota. Una vergüenza para su profesión y probablemente esté en lo cierto, pero eso no me quita la razón.

—Akhmed, creo que es mejor que se calle.

—¿Por qué?— No se atrevía a mirarla.

—Porque hace dos días yo creía estar añadiendo un médico competente a mi equipo y en lugar de eso me encuentro haciendo de canguro de una niña que habla con adivinanzas y de un hombre que no sabría identificar su propio pie ni aunque tropezara con él.

—Eso no le da derecho a tratarme con desprecio. Estoy tratando de ayudarla.

—La verdad es que sí que me da todo el derecho a tratarle con desprecio. Me da todo el derecho a echarle a usted y a la niña a la calle y luego largarme de una puta vez a Londres, donde hasta los estudiantes de primer año de biología saben hacerlo mejor que pasarle un cuestionario a un paciente que no responde.

—Los federales están buscando a Havaa—, dijo él. —Usted es la cirujana prodigio, ¿no? ¿No volvió de Londres para salvar vidas? Pues le está salvando a Havaa la suya cada día, Sonja. Y sin tener que cortarle las piernas siquiera.

—¿Cómo sabe usted que la buscan? ¿Por qué les iba a preocupar una niña?

—Ayer vino un chivato a mi casa.

—No quiero saberlo.

—Lo siento—, dijo Akhmed. —Guardaré silencio.

—¿Qué es lo que siente?

—Lo siento por usted. Algo en su interior está roto.

—Otro de sus precisos diagnósticos, Dr. Akhmed.

—No, no es eso.

—He amputado mil seiscientas cuarenta y tres piernas en mi vida. Usted tres. ¿Y se cree con derecho a diagnosticarme a mí?

—No la estoy diagnosticando.

—¿Y entonces, qué coño está haciendo? Ella apartó la mirada de la carretera y él pudo verle las pupilas por primera vez en toda la mañana. Las tenía tan dilatadas como monedas de un kopek. Él miró al parabrisas y negó con la cabeza. Había campos marrones por todas partes.

La carretera los condujo a una cuenca gris de mamposterías rotas y bloques de pisos derrumbados. Habían llegado a Grozni. Había quioscos de tabaco inclinados en las aceras. Akhmed deseaba haber traído papel y lápiz para captar su primer viaje a la ciudad. Sonja redujo la velocidad al mínimo para bajar por un cráter. La calle se elevó y desapareció por encima de sus cabezas. Penetraron en un mundo de tierra húmeda y marrón. Las ruedas siguieron girando y llegaron al borde. Por la ventanilla sólo entraba el olor del motor, no olía a alcantarilla ni a basura. Nada. Un escritorio se tostaba al sol, aplastado y sin tiradores en los cajones.

El resplandor de un fuego encendido en un bidón de carburante a tres manzanas de donde se encontraban les llegó como una pequeña y bienvenida señal de presencia humana. Detrás de las llamas un hombre asaba trozos de carne rosada empalados en un espetón improvisado de perchas y estacas de jardín. Dos garras de paloma daban vueltas sobre el fuego. Más allá había pirámides de escombros comunicadas por pasarelas de madera. Algunas pasaban por encima de los cráteres, otras estaban suspendidas a dos o tres pisos de altura y puenteaban callejones. ¿Eso era Grozni? Tenía que haber venido antes.

—Es como andamiaje—, dijo. Eran las primeras palabras en muchos kilómetros.

—Lo han construido los niños de la calle que viven entre las ruinas —, dijo ella. Después añadió con tono de disculpa: —Hizo bien en traer a la niña.

Por los agujeros de los muros no asomaba ninguna cara. Al pensar en su lúgubre, desolado y atrasado pueblo, Akhmed sintió una poco familiar oleada de orgullo que le colmaba el pecho.

—¿De qué viven?—, preguntó mirando un edificio con más pasarelas que pisos. Hábil estrategia; estos jóvenes ingenieros eran claramente de etnia chechena. Los albañiles tardarían años en reconstruir y restaurar los pisos derrumbados, sin embargo las pasarelas de tablas se podían volver a montar en cuestión de minutos.

—Les revenden los escombros a los rusos. La reconstrucción ya ha comenzado en los edificios de los ministerios de defensa y energía. Les pagan dos rublos por ladrillo.

—Es más de lo que yo habría pensado.

—Les compran los ladrillos al amanecer y a mediodía ya los han colocado. ¿Ve esos revestimientos de goma blanca que hay entre los escombros?

—Parecen pieles de serpiente.

—Es el aislante de los cables eléctricos. Les sacan el hilo de cobre y lo venden. Casi cualquier metal se vende al peso. La gran mayoría de estos niños no sabe leer ni escribir, pero han inventado una moneda con patrón metálico.

—Chatarra y desapariciones—, dijo Akhmed con voz neutra y sin ironía. —Nuestras industrias nacionales.

El almacén era más ancho que un campo de fútbol con la mitad de las ventanas pintadas de negro y la otra mitad reventadas. Cuando Sonja señaló el lugar con la cabeza, Akhmed tuvo un mal presentimiento. Pasaron por delante de un tambor industrial de productos químicos volcado con la tapa abierta como una lata de judías y en cuyo fondo había un charco de una especie de fango azul demasiado espeso para evaporarse. Un guarda armado en la puerta.

Sus cananas manchadas de sangre se cruzaban en el pecho. Era la única cruz roja que Akhmed vería en toda la jornada. Al ver a Sonja el guarda esbozó un gesto seco, que parecía más un gesto de reconocimiento que un saludo. “Sólo un idiota se metería en un coche”, había dicho la anciana en la carretera; ojalá la hubiera conocido un día antes. Sentía opresión en el pecho desde la mañana, desde que Sonja se había negado a reconocer su presencia. Ella aparcó el jeep y fue a buscar al ladrón de manchas de leopardo de las nieves; él se quedó solo. Una mujer que no confiaba en él lo había traído hasta una nave industrial en la que cabía su pueblo entero, un lugar en el que no debería haber estado, en una ciudad que no se merecía siquiera un billete de avión imaginario. En el centro del almacén había tres Mercedes con matrículas escandinavas fijadas con tornillos brillantes. Las paredes eran centros comerciales occidentales: estantes llenos de abrigos de cuero y piel, neveras y lavavajillas con las garantías colgando de cintas de plástico, cajas de cartón apiladas a dos pisos de altura. En el suelo había una silla plegable abierta con unos alicates y un rollo de cinta americana en el asiento. Akhmed sintió que se le secaba la boca.

—Fue la cosa más alucinante que he visto en muchos años. No podía ni pensar. Me quedé completamente pasmado. Pensé: ¿hago una reverencia? No sabía qué hacer—. La voz delgada y alterada pertenecía al hombre delgado y alterado que entró en la nave junto a Sonja. —Jamás pensé que conocería a alguien de China.

La familiaridad con la que caminaban, ella con la mano sobre su hombro, él sincronizando sus pasos con los de Sonja, hacía sentir a Akhmed confuso e inexplicablemente celoso. Describieron un amplio arco a su alrededor que trazó una línea de tensión en todo el espacio. —¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Era un periodista?—, preguntó Sonja evitando la mirada de Akhmed.

—Es un tipo del petróleo. Quiere comprar una refinería.

—¿Ahora también vendes refinerías?

—Sólo la maquinaria—, dijo sencillamente el hombre. Vestía un traje de verano color beige y una camisa blanca desabotonada que dejaba ver un triángulo de frondoso pelo en el pecho. La pálida luz se reflejaba en sus mocasines. A menos de una manzana de distancia de allí, desnudarían, atarían y apalearían a cualquiera que fuera vestido de aquel modo, pero el hombre no parecía de los que van solos a ninguna parte. —Es este nuestro amigo?—, preguntó el hombre. Le señaló la silla, los alicates y la cinta americana con un movimiento de cabeza. —Por favor, tome asiento.

Akhmed se dio la vuelta rápidamente, pero el guarda estaba detrás de él con el cañón de una pistola apuntándole al pecho. De pronto, un torniquete interrumpió la comunicación entre su cuerpo y su mente de

forma que los impulsos llegaban a sus miembros en un goteo entrecortado que no le salvaría. Ula estaba dormida cuando salió de casa aquella mañana. No se había despedido de ella.

—No ha sido usted sincero, Akhmed—, dijo Sonja. Por su manera de mirarle, Akhmed comprendió que su cráneo no era más que otra extremidad que ella podía amputar.

—Lo siento—, dijo atropelladamente. —Mentí cuando le dije que estaba entre los diez primeros de mi promoción. En realidad estaba entre los diez últimos. El cuarto por el final.

—¿De verdad cree que esa tontería tiene la más mínima importancia ahora? No había piedad en su sonrisa.

¿Que otra cosa podía ser? Sólo le había mentido al decirle que era buen médico.

—Usted sabía mi apellido y mi patronímico, Akhmed—. Ya había dicho su nombre dos veces. La tercera sería la última. —Nadie los sabe. Pero usted sí.

—No me los ha dicho ni a mí—, intervino el hombre. —No es que me costara mucho averiguarlo si quisiera, pero aún así, no me negará que es una mujer cautelosa.

—Explíquemelo—, dijo ella. Hizo una pausa y tomó aire. —O le dejo aquí. No puedo arriesgarme a tener un chivato entre mi personal.

Si no hubiera tenido una pistola presionándole la espalda, se habría echado a reír. Habría pensado que aquella encerrona no era más que otra de las pruebas de Sonja. Habría tratado el asunto como el malentendido que en realidad era. ¿Cómo había podido confundirle con el hombre del que había salvado a Havaa? Havaa. Sólo pensar en ella arrancando hilo de cobre de un cable le reconectó los nervios. No podía tragar. En la saliva que tenía en la boca se formó una perla, un cuerpo irritante que se convirtió en una nacarada bola de furia ante la posibilidad de que aquella guerra acabase con su vida con la misma indiferencia con la que se había llevado por delante a cientos de miles de personas, ante la posibilidad de que su suerte se hubiera agotado. No quería morir ante un público de neveras robadas. Aquella mañana le había dado a Ula un beso en la frente y había sentido la caricia de sus pestañas en la barbilla, pero al mirarla ya había vuelto suavemente a donde quiera que fuera cuando no estaba con él. No le había dicho adiós.

—Ya había visto su trabajo antes de conocerla—, explicó. —Los rebeldes, los rebeldes aparecieron en mi pueblo hace unos años y el comandante tenía una herida en el pecho suturada con los mejores puntos de hilo dental que he visto nunca. Me quedé muy impresionado. El comandante dijo que eran obra de una mujer rusa, y yo supuse que habrían secuestrado a una doctora. Sin embargo, algún

tiempo más tarde, conocí a una refugiada de Volchansk que había trabajado en el hospital. Se quedó en casa de Dokka, que regentaba una especie de hostal para refugiados.

—¿Cómo se llamaba?—, preguntó Sonja con los ojos fijos como constelaciones. Estaba tan cerca de él que oía el rechinar de sus dientes. La tenía allí mismo, junto a la cara, y habría retrocedido un paso si no hubiera tenido una pistola empujándole hacia adelante.

—Le mencioné el hilo dental y a la doctora rusa. Sólo lo dejé caer. Quería saber si buscaban personal. Ella me miró y dijo: —Sofia Andreyevna Rabina. Sonja—. Intenté sacarle más información pero no quería hablar sobre usted. Cuando Dokka desapareció, su nombre fue el único que se me ocurrió. Pensé que una doctora capaz de suturar una herida con hilo dental no dejaría en la calle a Havaa.

—¡¿Cómo se llamaba?!—, exigió Sonja. Akhmed tenía miedo de contestar, tenía miedo hasta de respirar. La esperanza contenida en la pregunta era tan débil y titilante que el aliento podía apagarla.

—¿Natasha? ¿Se llamaba Natasha?

12

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

Alta, elegante y cuatro años más joven que su hermana, Natasha era el centro de los afectos de su familia. Por las mañanas, aunque entrara en la cocina dos pasos por detrás de Sonja, su padre, con la voz fría por llevar siete horas sin calentarse la garganta con un cigarro, la saludaba primero a ella. Su madre la trataba con el orgullo y la envidia de quien ha tenido dieciséis amores no correspondidos en la escuela secundaria. —Mi Natasha—, solía decir mientras le acariciaba la larga cabellera castaña como si fuera una extensión de la suya propia. Los ojos de Natasha eran marrones, técnicamente de color avellana, con reflejos verde esmeralda y brillo de diamante en bruto. Su madre miraba con silenciosa admiración a aquel artístico reordenamiento de su código genético y flotaba hacia un estado de felicidad que experimentaba habitualmente cuando el nivel de vino iba ya por debajo de la etiqueta de la botella. El privilegiado lugar que Natasha ocupaba en la familia sólo le había dejado unos leves rasguños de arrogancia. Sabía mejor que nadie que no había hecho nada para merecer la belleza con la que había sido bendecida.

Las vulgares facciones de sus padres se repetían de forma predecible en Sonja, pero en el caso de Natasha una combinación explosiva de los mismos había creado algo tan asombroso como un cisne nacido de un huevo de loro.

En los pasillos pintados de varios tonos de beige de la Escuela de Educación Secundaria Estatal nº 28, el foco de atención se ampliaba. Como miembro de la comunidad rusa, pertenecía a la élite racial que gobernaba la república.

Su estatus étnico la catapultaba a los más altos puestos del escalafón de la popularidad escolar adolescente, donde era objeto de un verdadero culto a la personalidad alimentado por la adoración de sus obsequiosos compañeros. En Moscú, las políticas de Gorbachov conducían a la Unión Soviética derecha al abismo, pero en aquella remota ciudad de una aún más remota república las antiguas normas aún seguían en vigor. La etnia rusa controlaba la mayoría de los

puestos de poder, ya fuera el de jefe de camareros o el de jefe de gobierno, y la Escuela de Educación Secundaria nº 28 era fiel reflejo de las estructuras de dominación imperiales que llevaban más de doscientos años en funcionamiento. Natasha aceptaba su rango con magnanimidad. No era ni de lejos tan mezquina como las chicas que, con florida caligrafía cirílica, puntuaban a sus compañeros masculinos según una escala del uno al doce en las solapas de sus agendas. Tampoco se mantenía a flote en el turbulento mar de los cotilleos de comedor a base de hundir a otros. Años atrás, cuando todavía estaba en edad de necesitar un beso de buenas noches, su padre le plantaba los labios cortados en la frente y en un susurro que olía a tabaco dulce le decía al oído: —Dulces sueños, mi dulce zarina—. Desde entonces siempre le gustó imaginarse a sí misma como la nieta perdida de la archiduquesa Anastasia Nikolaevna, y se comportaba como lo haría una reina sabia y humilde.

Fue precisamente su pertenencia a la etnia rusa, el fiel y minoritario último baluarte de la civilización occidental frente a la barbarie mahometana, lo que le permitió disfrutar durante la adolescencia de ciertas libertades que sus compañeras de etnia chechena nunca pudieron saborear. Podía albergar pensamientos lascivos sobre Ivan Yakov, a quien su hermana resucitaría tres veces durante la segunda guerra, y que era mucho más guapo de lo permisible en un profesor de literatura. Se depilaba las piernas sin temor a que aquellas dos columnas de piel suave fueran fulminadas por alguna deidad puritana. De la noche a la mañana los desgarbados y tímidos adolescentes de su entorno se habían hecho hombres y a ella le pareció que por las venas le corría energía eléctrica en lugar de sangre. La cultura o la religión no le hicieron más arduas las complicaciones propias de la pubertad. Fue sólo al compararse con sus compañeras de clase, a muchas de las cuales las casaban sus familias en matrimonios concertados, cuando tomó conciencia de que en Chechenia la fuerza de la gravedad ejercía una presión mucho mayor sobre las mujeres. Su condición de miembro de la etnia rusa la liberaba de aquel peso, así que sí, a menudo flotaba.

A pesar de que era rusa, nunca había estado más al norte de la frontera chechena. Sus padres habían nacido en el Moscú de los años treinta y habían crecido en pisos comunales a cuatro manzanas el uno del otro. Tomaban los mismos autobuses, asistían a la misma escuela primaria, hablaban con un acento que sabía a la misma niebla, comían huevos puestos por las mismas gallinas, veían el mismo atardecer con el sol clavándose lentamente en la aguja de bronce del pabellón central del Centro Panruso de Exposiciones. Ambos perdieron familiares en las purgas de Stalin. Después de medianoche, los agentes de la NKVD entraban en los apartamentos vestidos con sus uniformes

del color azul de los días claros de verano y a la mañana siguiente los vecinos colaban su té sin mencionar la noche plagada de gritos. Los padres de Natasha culpaban personalmente a Stalin de las purgas, y su libro de Historia, aprobado por el Estado, confirmaba que Stalin, y sólo Stalin, había sido el responsable. Pero el terrible pasado de desapariciones nocturnas estaba encerrado entre las páginas de aquel libro de Historia; Natasha nunca imaginó que un día ella misma desaparecería tan fácilmente como sus antepasados.

En 1946 se propagaron noticias sobre la deportación de población chechena y la necesidad de ciudadanos de etnia rusa para la repoblación de la deshabitada república. La última vez que saborearon el óxido del agua del grifo de Moscú su padre tenía catorce años y su madre ocho. Atravesaron en tren un país enfermo de guerra. Llegaron a Grozni y durmieron en las gradas de un auditorio universitario con corrientes de aire durante dos semanas hasta que por fin les asignaron una residencia en Volchansk. Viajaron a la ciudad en el mismo autobús con dos días de diferencia. Ambos se sentían muy solos en aquel país silencioso. Les parecía imposible encontrar a alguien que hubiera visto lo que ellos habían visto o sentido lo que ellos habían sentido. Veintiún años después del fin de la Gran Guerra Patriótica coincidieron en la cola del pan. La charla que mantuvieron fue una revelación. Ninguno de los dos podía creer que hubieran compartido el mismo colegio, la misma agua y el mismo atardecer desde bloques vecinos. Ninguno de los dos imaginaba que un día compartirían dos hijas: una, hermosa; la otra, brillante.

Aunque era la mayor, Sonja fue siempre considerada como la hermana de Natasha, el complemento, no el sujeto, de cualquier oración que ambas compartieran. Caminaba sola por los pasillos del colegio con la cabeza inclinada hacia delante para sujetar la pila de libros que llevaba entre los brazos. Para Natasha, su hermana era el tomo de la letra П de la Gran Enciclopedia Soviética: gruesa y llena de conocimientos que una persona normal jamás necesitaría. Los fines de semana, cuando volvía del cine o de la discoteca, siempre encontraba una fina línea de luz que salía de debajo de la puerta cerrada de su habitación y, si pegaba la oreja, podía oír el susurro de una hoja pasar cada cuarenta y cinco segundos. Creía que Sonja era un genio en el sentido clásico de la palabra: un único rayo de luz en un cielo encapotado. Con toda probabilidad, Sonja tenía más suscripciones a publicaciones académicas que amigos. Podía explicarle cálculo infinitesimal a su profesor de álgebra de quinto curso pero no era capaz de contarle un chiste a un chico durante el almuerzo. Hasta en verano tenía el aspecto de alguien que pasaba demasiado tiempo en un sótano.

Todo el mundo sabía que Sonja estaba destinada a hacer grandes

cosas en el futuro, pero nadie sabía qué hacer con ella hasta entonces. Incluso en el ambiente académico, su entorno natural, era una especie exótica. Aunque disfrutase de ciertos privilegios por ser rusa, la simple idea de que una joven de cualquier etnia destacase en ciencias exactas era una fantasía disparatada. Sus padres la animaban a cierta distancia; no sabían nada de las fórmulas moleculares, campos electromagnéticos o pormenores anatómicos que tanto la cautivaban a ella, así que su apoyo venía en forma de inadecuadas generalidades bienintencionadas. Incluso cuando Sonja terminó el instituto con el número uno de su promoción y entró en la Facultad de Biología, para ellos era más fácil amar a Natasha. Las cualidades de Sonja eran demasiado complicadas de entender y por lo tanto, menos atractivas. Natasha era hermosa y encantadora. No les hacía falta un doctorado en medicina para saber cómo sentirse orgullosos de ella.

A veces, mientras se esforzaba por sacar notas mediocres, Natasha creía ser la única persona en Volchansk que comprendía y envidiaba a Sonja por la maravilla que era.

Su existencia era tan estrecha, sus energías tan enfocadas, que vivía como un clavo que atravesaba las capas de rutinas y desilusiones de la vida diaria. Cuando en mayo de 1989 Natasha necesitaba sacar un tres en el examen final de química para graduarse en la escuela secundaria, se obligó a pedirle ayuda a Sonja. Se sentaron en la mesa de la cocina. Sonja abrió el libro y arrugó la frente ante el panorama de texto sin subrayar. No hizo comentario alguno, no criticó a su hermana en lo más mínimo. Simplemente dijo: —Comencemos por la página uno—. Natasha nunca lo olvidaría.

Aunque aprobó el examen, no la admitió ninguna universidad de Chechenia, posiblemente porque no solicitó plaza en ninguna. No era idiota, ni siquiera académicamente. Era la número uno en historia y por entonces hablaba inglés mejor que Sonja, pero después de diecinueve años al lado del faro del intelecto de su hermana, comprendía que debía dirigir la pequeña linterna del suyo en otra dirección. En lugar de conseguir que la admitieran en la universidad, consiguió un trabajo de auxiliar administrativo en la oficina que Grozneft, la sucursal chechena del Ministerio Soviético de la Energía, tenía en Volchansk. Su jefe era un hombre lascivo y abotargado que le aseguró que sus quince palabras mecanografiadas por minuto eran más que suficientes. Natasha se limó las uñas de los dedos índices medio centímetro más cortas que las demás y se dedicó a teclear informes en una máquina de escribir de cinta negra desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde. Trabajaba en una oficina pintada de color día nublado, pero incluso en el ambiente sombrío del ministerio sentía la euforia y la incertidumbre de aquellos tiempos de reestructuración. El Muro de Berlín se derrumbó y la Unión Soviética

lo siguió poco después. Las repúblicas autónomas fueron cayendo como guijarros de un peñasco triturado. Los normalmente letárgicos informes sobre la producción de petróleo palpitaban de sentido de la noche a la mañana. Los campos de Chechenia producían la relativamente modesta cantidad de trece millones de barriles al año, pero la mayor parte del petróleo de la región se procesaba en sus refinerías. El noventa por ciento del combustible para la aviación de la Unión Soviética se refinaba en Chechenia, así como la práctica totalidad del carburante destinado a la automoción. Con la falta de miras típica de un país que había comenzado a construir su economía matando a todos los economistas, la Unión Soviética había construido sus infraestructuras de producción energética en los confines de las fronteras de Rusia. Cuando Azerbaiyán declaró la independencia, Moscú perdió toda su maquinaria de perforación. Cuando Kazajistán y Turkmenistán se fueron, se quedaron con las enormes reservas de petróleo y gas natural que había en sus recién estrenados territorios. La riqueza subterránea del Caspio podría haber iluminado Moscú durante mil años, pero esto también se perdió. En los informes urgentes que pasaban por su escritorio Natasha leyó que el total de las reservas de petróleo estimadas en la región del Cáucaso era de entre veinticinco y cien mil millones de barriles, la mayoría de los cuales pertenecían a las nuevas repúblicas independientes, y que el único oleoducto existente entre Bakú y los mercados europeos pasaba precisamente por Chechenia. Entonces sucedió un milagro. Natasha empezó a disfrutar de su trabajo. Leyó registros de eficiencia del oleoducto, tasas de producción de crudo y tradujo ingentes cantidades de datos en resúmenes fáciles de digerir y, como un oráculo que conoce el futuro pero no puede intervenir en él, vio la prosperidad de una Chechenia independiente.

Las oficinas del ministerio estaban en un edificio de seis pisos al lado del Parque Municipal, y cada tarde, al volver a casa, pasaba por delante de un vagabundo cuya barba rala le llegaba a la cintura. El hombre, residente en el parque, era conocido por casi todo Volchansk como el Profeta del Parque Municipal. Cada tarde ella le daba algunos rublos y le pedía, medio en broma, que dijera una oración por sus pobres pies. El Profeta del Parque Municipal bajaba los ojos con gesto de gratitud y le prometía que se acordaría de ella cuando llegara el fin.

Los viernes por la noche acudía a un club nocturno llamado *Nightclub* que estaba situado en una antigua planta de ensamblaje de aviones. La pista de baile se extendía por los ocho pisos del hangar, suficientemente amplia para contener los giros de media Chechenia. El local nunca había alcanzado el aforo completo y jamás lo haría. Después de beber unas copas en el bar Natasha y sus amigos se abrían

paso hasta el centro del hangar donde cordones de terciopelo rojo delimitaban una zona de baile de diez metros cuadrados. Allí los seculares y bien vestidos jóvenes podían apretarse unos contra otros, gritando y moviéndose al ritmo de luces espasmódicas; habían encontrado la libertad en medio de las ruinas del imperio. Natasha perdía toda su elegancia al bailar. Los tacones le impedían moverse libremente pero no podía quitárselos, así que bailaba oscilándose de un lado a otro.

En el suelo, mil veces barrido, aún aparecían tornillos sueltos y arandelas inoxidables que vibraban suavemente al compás del bajo. La mayoría de sus movimientos de baile consistían en intentar mantenerse derecha. Y un viernes por la noche, en marzo de 1991, con el mismo pelo, los mismos tacones y el mismo desequilibrio de tres chupitos de los previos doce viernes, cayó en los brazos de Sulim.

Su BMW negro descapotable de 1990 había sido robado en Bélgica y conducido a través de todo un invierno europeo hasta llegar a él. Le faltaban tres dientes y uno de los que aún tenía estaba tan negro que iba camino de desaparecer también. A pesar de todo el dinero que poseía no podía pagarse un dentista decente. Tenía la costumbre de levantar la voz al final de cada oración, transformando sus declaraciones en preguntas, como si al susurrar el nombre de ella no estuviera muy seguro de con quién estaba hablando. Tenía una cama del tamaño de la habitación de Natasha, dos pistolas de fabricación soviética, el *kinzhal* de su tatarabuelo aún manchado con la sangre de los soldados de infantería imperiales, una barba corta que no crecía, once dedos de los pies y una cicatriz blanca, larga y curva en la pelvis que, en los siete meses que duró su relación, Natasha aprendió a desear y a aborrecer en igual medida. Tenía un primo en la plana mayor de la *obschina*, la mafia chechena. El primo, que había estudiado en la London School of Economics y cuya ocupación reducía su esperanza de vida a la de un obrero del gulag, le había enseñado a abrir nuevos mercados con palanca. El primer mes que pasaron juntos fue quizás el más feliz de la vida de Natasha. Los seis siguientes, quizás los más desgraciados.

El cáncer de hígado de su madre hizo metástasis y pasó las últimas diez semanas de su vida en la atmósfera clorada del Hospital nº 6. Gracias a los contactos de Sonja, a su padre le permitieron pasar las noches en el suelo junto a su cama metido en su saco de dormir verde oliva del Ejército Rojo. Natasha le dio a Sulim una llave de su piso. Le gustaba meter los dedos en los huecos de sus costillas e imaginar que eran los peldaños de una escalera. El mundo entero se estaba desmoronando, pero aquí había alguien lo suficientemente fuerte a quien aferrarse. Los dos hombres con los que se había acostado antes la habían tratado como a un objeto frágil y delicado, como si

intentaran tirarse a una urna griega. Sulim, por el contrario, la sujetaba como si le diera igual aplastarle los riñones y le dejaba en los hombros moldes perfectos de su imperfecta dentadura que se ponían rojos por la mañana. Sulim le pedía que le arañara y sus largas uñas dibujaban una piel de tigre en su espalda. Por sí mismo, su cuerpo parecía un instrumento hermoso pero inútil. Sulim aprisionándole las muñecas, sus colmillos mordisqueándole la clavícula, hacía que se le disparara el corazón y se le erizara la piel.

Pero Sulim nunca se quedaba toda la noche. A las dos de la mañana empezaba a bostezar. Se levantaba, se pasaba los dedos por la barriga y se la pellizcaba. Tenía más dinero escondido en su colchón del que todo el bloque de apartamentos tenía en el banco y aún así tenía la cintura de un pobre. Su ombligo tenía la forma de una almendra. La cérea luz de la lamparilla le envolvía el pecho mientras se daba la vuelta. Al agacharse a coger sus calcetines, su espalda se convertía en una fina cordillera en la que Natasha contaba las cimas de las vértebras. Usaba camisas hawaianas de cuello ancho. Se peleaba con el botón de los pantalones, demasiado grande para el ojal. Natasha se sentía como si intentara construir una relación seria con un personaje de cuento. Venía por la noche y dejaba regalos, pero siempre se marchaba a las dos. Al segundo mes, a la una y media. Después, a la una.

Si le preguntaba por qué no le presentaba a su familia o por qué nunca bailaba con ella en el *Nightclub*, se encogía de hombros; si le preguntaba por qué la vestía como a una señorita de compañía, respondía: —Porque eso es lo que eres—, y salía por la puerta.

La policía lo arrestó por fraude en noviembre de 1991. Un chivato lo había relacionado con los famosos *vosdushniki*, los "hombres de aire", llamados así por su habilidad para sacar billones de rublos de la nada. Por medio de pagarés falsos, autentificaban transferencias bancarias de una compañía ficticia en Chechenia a una compañía ficticia en Moscú. Gracias a un montón de papeleo, los hombres de la *obschina* se hacían con el dinero de las transferencias falsas en los bancos de Moscú. Sulim salió a la calle a los dos días gracias a un soborno que pagó su primo, pero el Gobierno aún tenía suficiente autoridad como para forzarle a esconderse. Llegó a casa de Natasha a las cinco de la tarde. Las cortinas del salón estaban corridas y la luz del atardecer, después de atravesar el filtro de la contaminación, bañaba sus mejillas en ocre. Nunca antes lo había visto a la luz del día. En la mano izquierda llevaba una bolsa de lona azul. Le explicó la situación sin las fanfarronadas que tanto la habían atraído y repugnado. No se podía quedar con nadie con quien tuviera algún tipo de relación conocida, ni la familia ni los amigos, así que se quedaría allí con ella. Nunca antes lo había visto tan necesitado. Por primera

vez en su relación, se dio cuenta de que tenía más poder que él, y eso era todo lo que necesitaba para dejarle ir. Sulim se miraba los pies. Natasha echaría de menos su undécimo dedo del pie. —Lo siento—, le dijo. —Tienes que irte.

Su madre murió pocas semanas después. Natasha estaba en el trabajo, su hermana en la universidad, su padre ante el mostrador de los postres en la cafetería del hospital. Nadie estaba allí para ver lo que la mujer moribunda vio en sus últimos momentos, cómo su tío, desparecido cuando ella no era más que un feto de doce centímetros en la tripa de su madre, emergió del papel amarillento de la pared para guiarla el resto del camino. Diez días después del funeral, el padre de Natasha aceptó un trabajo de camionero en Turkmenistán. La mañana en que partió, llevaba puesto un jersey rojo con diamantes dorados tejidos en el pecho que le quedaba grande. Se lo había regalado su mujer cinco navidades antes diciéndole que lo acabaría llenando. Llevaría ese mismo jersey dos años y medio después, justo al norte de la frontera, cuando una hormigonera robada se empotraría contra la cabina de su camión acabando de golpe con su vida, con su último viaje y con su odisea de cinco semanas para volver a casa con sus hijas.

Natasha volvió al trabajo pero era incapaz de concentrarse en los informes que copiaba, cotejaba y entregaba. Perdió el trabajo poco después de la declaración de independencia, cuando todo el personal esencial del ministerio de energía fue transferido a Moscú, incluido su abotargado jefe. Comenzó a ir a la deriva como una cuerda de algas en la corriente que se llevaba su país, su familia, su futuro. Preparaba la cena una noche, Sonja la siguiente. Graduada en la universidad con el número uno de su clase, Sonja estaba ya en su tercer año de Medicina. Estudiaba mientras comían, prestando más atención a las enfermedades del aparato digestivo que a su cena. Natasha intentaba construir una conversación con las trivialidades del día: —¿Te has enterado de lo del accidente de coche en la plaza Lenin? ¿Qué clases has tenido hoy?—. Sonja, sin embargo, no creía en las charlas triviales y respondía con monosílabos, hecho que Natasha recordaría cuatro años y nueve meses más tarde cuando, sentadas a la misma mesa, Sonja intentara convencerla de sus cualidades terapéuticas.

En los seis meses que pasó sin Sulim, sin su madre y sin su padre, tan sólo hubo una cena en la que la emoción le hizo olvidar lo horrible que estaba la comida. Justo antes de empezar a cenar, su hermana volvió del buzón con un sobre de papel marrón lleno de sellos extranjeros y se abrazó a ella jadeando, diciendo cosas sin sentido y con más vida en la cara de la que Natasha creía posible. —Londres—, dijo Sonja finalmente. Natasha conservaría esa palabra como si en sus siete letras cupieran todas las esperanzas imaginables.

—Me han concedido una beca completa para terminar la carrera de Medicina en Londres.

Natasha intentó sonreír, intentó fingir que sus lágrimas eran de alegría, no de miedo, pero cuando su hermana la rodeó con sus brazos, cuando se abrazaron, Natasha se aferró a ella, aterrada por dejarla marchar.

Aunque había aprendido a dormir entre chirridos de neumáticos, maldiciones, disparos de celebración, explosiones, gritos, risas y el infierno general de su calle, Natasha pasó aquella noche en vela observando cómo las luces traseras de los coches que pasaban a toda velocidad se convertían en rayas carmesí sobre el asfalto. Los jóvenes apoyados en los capós de coches europeos eran gánsteres, mercenarios y jugadores. Hacían apuestas peligrosas con divisas extranjeras seguras y se jugaban en una noche el sueldo que, en una sociedad justa, hombres de su formación ganarían en un año. Algunas noches intentaban saltar la estatua decapitada de Lenin en la plaza. Aquella noche en particular se trataba de una simple carrera de coches. Cuatro bólidos daban vueltas por el centro de la ciudad siguiendo un recorrido marcado con cubos de basura ardiendo. Se habían filtrado rumores de bombardeos aéreos en Grozni que habían dejado a la ciudad agitada y nerviosa. Por la mañana, cogería el autobús e iría a la capital a encontrarse con Lidiya Nikitova, una intermediaria que volaba a Hamburgo vía Tiflis una vez a la semana y volvía con varias maletas llenas de ropa y aparatos electrónicos occidentales. Natasha llenaría un par de bolsas de lona con ropa, walkmans, Gameboys, teléfonos vía satélite, televisiones portátiles y los cada día más demandados auriculares con cancelación de ruido, para venderlo todo en el bazar de la ciudad. Los federales habían bloqueado la frontera, el aeropuerto parecía una de tantas fábricas clausuradas en la autopista Bakú-Rostov, sin embargo el bazar rebosaba de aparatos japoneses, seda birmana, bombones belgas, licor brasileño, especias indias y dólares americanos. Sólo tres coches corrían en la siguiente vuelta. Le echó el aliento al cristal de la ventana de su dormitorio y dibujó con el dedo una cara sonriente. Era noviembre de 1994. Hacía dos años y medio que no veía a su hermana. Hacía más de tres que no veía a su padre. Se preguntó si nevaría.

Las noticias llegaban de tercera, cuarta o quinta mano. Era imposible distinguir la realidad de la habladuría, de modo que todo se creía, de todo se dudaba y todos estaban en lo cierto. Yeltsin había animado a las nuevas repúblicas a *tomar tanta soberanía como pudiesen digerir* y Chechenia había abierto una enorme boca. El presidente aún se llamaba Dzhokhar Dudayev, y aún tenía un bigote que parecía dibujado con rotulador. Fue el primer checheno en alcanzar el rango de general en el Ejército Rojo y diez años antes había servido en

Afganistán, donde no sería la primera ni la última vez que las fuerzas rusas bombardearan a la población civil musulmana. Natasha escuchaba su discurso radiofónico tumbada en la cama. En comparación con los chirridos de los neumáticos que venían del exterior, su voz sonaba como una nana. Su mandato se había caracterizado por el predominio de lo fantástico. El gobierno necesitaba dinero, así que Estonia, después de acuñar su propia moneda, no envió su reserva de rublos completa a Moscú, sino a Grozni.

El gobierno necesitaba un ejército y, el año anterior, cuando los federales habían abandonado sus bases chechenas, dejaron tras de sí montañas de artillería pesada, munición, armamento, vehículos blindados y más tanques que chechenos que supieran manejarlos. Colocó la radio junto a su almohada. La carrera de coches había terminado. Bajó el volumen de la radio, orientó el oído hacia el altavoz y se puso a imaginar que la voz de la revolución eran los susurros de un amigo diciéndole que se durmiera.

Los rumores eran ciertos. Las bombas caían sobre Grozni. En sus viajes semanales a la capital, se fijaba mucho en la gente. En el suelo había tantos escombros que nadie levantaba la cabeza a no ser que se oyera el murmullo de los aviones. Los semáforos no funcionaban y los policías, que aún llevaban el uniforme de agentes de tráfico soviéticos, dirigían la circulación con el filtro de sus cigarros. Se paró en una avenida congestionada y levantó los ojos al cielo. Sólo vio los aviones una vez. Cinco en formación cerrada. Estiró el cuello para verlos mejor. A su alrededor la gente huía y se dejaba las puertas de los coches abiertas. Cinco líneas de humo paralelas cruzaban el cielo vacío. A miles de metros por encima, hombres que no sabían su nombre querían matarla. Un hombre con un traje de color morado brillante la sacudió por los hombros y le preguntó si era sorda, idiota o las dos cosas. Mientras lo seguía a lo largo de la fila de coches abandonados, iba cerrando las puertas que los conductores habían dejado abiertas y aquel simple gesto devolvía el orden al mundo. Él la llevó al sótano de un almacén de artículos de fiesta. Se sentaron sobre unos sacos de globos de plástico hinchables. El hombre le dio una patada a una caja y por el suelo rodaron muelles Slinky, cojines tirapedos y gafas con narices postizas. —No me puedo creer que vaya a morir en un lugar tan estúpido como este—, dijo el hombre echándose a llorar. Natasha le preguntó cómo conocía aquel sitio. —Por este traje—, respondió. —Venía a devolver este estúpido traje—. Llevaba trece de lo que finalmente serían cuarenta y ocho años de carrera como payaso. Su coeficiente intelectual era de 167.

Cuando terminó el bombardeo, dejó al hombre sollozando dentro de su traje morado y fue al piso de Lidiya Nikitova. Se la encontró

haciendo una maleta sobre la cama desecha. Natasha esperaba encontrarla repleta de bolsos de Prada, blusas de Gucci, corbatas de Ferragamo, pero en lugar de eso, vio ásperos jerséis de lana, pantalones anchos de chándal, calcetines grises, un álbum de fotos. Lidiya sacudió la cabeza en señal de desesperación durante diez minutos. Natasha pensaba que se le iba a caer al suelo.

—Los chechenos tienen familia—, dijo Lidiya sacando un par de botas de debajo de una montaña de zapatos sin dedos. —Tienen sus *teips* y pueden huir a sus hogares ancestrales en las montañas. Los bárbaros. Estamos casi en el siglo XXI y todavía viven en clanes. Incluso ahora, en mitad de todo esto, no creen que puedan existir huérfanos ni vagabundos porque el *teip* proveerá. Los bárbaros. ¿Qué tenemos los rusos? Los rusos no tenemos *teip* que valga. Nuestros compatriotas nos están bombardeando. Yo me vuelvo al norte. Nunca he estado en San Petersburgo, pero mi prima dice que es mucho más civilizado que esto. Después de la partida de Lidiya Nikitova, Natasha se pasó una hora explorando su apartamento. Se llevó unas botas de cuero de tacón alto, unos cuantos jerséis de cachemir y algunos vestidos de noche de seda. No se le presentaría la ocasión de usarlos, pero los objetos hermosos eran tan difíciles de encontrar que parecía un pecado dejarlos allí.

El tiempo ya no transcurría hacia delante. Los enormes relojes que colgaban de los edificios de oficinas empezaron a confundir los minutos con las horas. Daban fechas de junio en noviembre y pronósticos meteorológicos de agosto en diciembre. Dudayev cambió la hora del país en una declaración de independencia del imperio de la hora moscovita.

Sus seguidores retrasaron sus relojes una hora, el resto permaneció en la zona estándar y pronto nadie sabía qué hora era. Al principio, Natasha comía a horas predeterminadas para mantener una ilusión de horario estructurado, más tarde pasó a comer cuando tenía hambre y después cuando tenía comida. Las líneas telefónicas estaban plagadas de interferencias. El debilitado gobierno independentista prometió al menos cinco horas diarias de electricidad que normalmente caían en medio de la noche. Las decrépitas infraestructuras retrasaron los relojes a una época muy anterior a cualquier mandato presidencial. ¿Cuándo fue la última vez que el día empezó con el sonido de tu despertador? ¿Con *djepelgesh* de desayuno? ¿Con noticias de Moscú, Nueva York y Pekín en la televisión? ¿Con el calor del primer cigarrillo en tu garganta y el autobús número 7 doblando la esquina siempre con tres minutos de retraso, exactamente igual que tú? ¿Con niños que se escapan de la escuela para lanzar bolas de nieve a los albañiles? ¿Con el vapor que sale de la esquina de los Grandes Almacenes Principales levantándote la falda y haciéndote cosquillas

en los muslos? ¿Con borrachos mañaneros por las aceras del Parque Municipal pasándose del licor al enjuague bucal? ¿Con una pausa a media mañana para tomar un Nescafé que probablemente contuviera unos doce granos de café auténtico por kilo, acurrucada en los servicios bajo la luz amarilla de los fluorescentes porque es uno de los pocos lugares donde pasar un momento a solas? ¿Con almuerzo? ¿Con un descanso por la tarde para fumar un cigarro? ¿Con el suave sonido de las farolas de las calles encendiéndose a tu paso a las cinco y media, y el Profeta del Parque Municipal esperándote con la barba metida en los pantalones y la mano extendida y la cara de humildad, y tú con diez rublos que darle? ¿Con una casa a la que volver a casa? ¿Con electricidad en los cables y luz al apretar el interruptor y calor saliendo de la calefacción y agua en el grifo, en la ducha, en la cisterna, y voces diciendo *hola* y *¿qué tal el día?* y *cierra la puta puerta que entra frío* y tú oyendo a esa gente que sabe tu nombre con los oídos en lugar de oírlos dentro de tu cabeza? ¿Con una comida que sea eso, una comida, en familia, dos ingredientes que se nutren de formas que sólo comprenderás cuando te falten? ¿Con espuma de jabón cubriendo tus antebrazos y pompas que explotan al contacto con tus dedos cuando enjuagas los platos y se los pasas a tu hermana para que los seque? ¿Con la tele puesta por la noche y tus padres sentados en el sofá sin zapatillas, con los meñiques de los pies tocándose, aunque nunca los hayas visto cogerse de la mano? ¿Con los ronquidos de tu padre convirtiendo la habitación en una cámara de resonancia que tienes que atravesar para ir al baño, lo suficientemente caliente como para que no pienses en envolverte en una manta al salir de la cama? ¿Con pasta de dientes? ¿Con el sonido del lápiz de tu hermana contra el papel filtrándose a través de las finas paredes de escayola junto al murmullo de su voz repitiendo los temas de memoria y sus oraciones nocturnas a un dios que tú no conoces ni comprendes? ¿Con la firme creencia de que por más que la cagues siempre pertenecerás a esa gente; con la seguridad de que nunca permitirán que desaparezcas?

En la estantería de Sonja, sujeta con un doble juego de escuadras, aún estaban sus libros de texto. Pasó el índice por el lomo de volúmenes tan pesados que no se podían sostener con una sola mano. ¿Cómo había sobrevivido la civilización el tiempo suficiente para acumular el conocimiento contenido en aquellos tomos? Los más delgados estaban en la estantería superior. El más útil de ellos era un amarillento *Manual Militar del Ejército Rojo*. Mientras los observaba, recordó que Sonja tenía la costumbre de leer primero la última página de un libro, cómo su hermana necesitaba saber qué sucedía y cómo terminaba para hacerse una idea de si merecía la pena leerlo. Las tórridas novelas de amor que había al final de la estantería ni siquiera

las tocó. Las gastadas cubiertas estaban impregnadas de una intimidad de la que el resto de los libros carecía. Se imaginó a Sonja leyendo melodramas en la cama con un dolor en el pecho que no podía cuantificar ni esclarecer, ni, por tanto, comprender. En lugar de eso cogió un fino volumen titulado *Los orígenes de la civilización chechena: de la Prehistoria a la caída del Imperio Mongol*, por Khassan Geshilov.

Lo leyó junto a la luz de una vela que ardía lentamente. Según el folklore, Dios había repartido las razas por la tierra con un salero, pero al llegar al Cáucaso se le había resbalado de los dedos y unos granos de cada nación se habían repartido por sus valles. Otras teorías acerca de los orígenes: los chechenos descendían de las hordas escitas, de las hijas de Genghis Khan, de una colonia penitenciaria establecida por Alejandro Magno, de una legión romana perdida. Al terminar el primer capítulo miró la sobrecubierta. Según la biografía de tres líneas, Khassan Geshilov era profesor de la Universidad Estatal de Volchansk y vivía en Eldár. Este libro era el primero de una proyectada historia de Chechenia en varios tomos. En la foto se veía a un hombre con los ojos de color marrón claro, un espeso y canoso bigote y una sonrisa que sugería que estaba pensando en un pastel de hojaldre o en las suaves pantorrillas de una mujer antes que en las hordas de antaño. Leyó sobre las antiguas invasiones hasta que se consumió la vela. Los escitas en el 850 a. C., los griegos dos siglos después, los romanos en el siglo I a. C., los godos bálticos en el 240 d. C., los hunos de Asia en el 370 d. C., los avaros, los jázaros, los circasianos, los mongoles y finalmente, los rusos.

Sin gas ni electricidad, la cocina se convirtió en un mausoleo inerte de electrodomésticos. Un día, Natasha tuvo una idea. Se puso unos guantes de látex que encontró en la habitación de Sonja y limpió con lejía y estropajo de aluminio el interior de la nevera y el horno. Cortó un palo de escoba a la medida de la anchura de la nevera, sacó las repisas y lo encajó debajo del control del termostato. Recogió varias brazadas de ropa que tenía tirada por el suelo de su habitación y las puso delante de la nevera y el horno. Desde que había empezado a trabajar para Lidiya Nikilova tenía exceso de ropa en su armario. Colgó los vestidos de noche de seda y los jerséis de cachemir en la barra que había instalado en la nevera y dobló los pantalones vaqueros y las camisas y las guardó en el horno. Cuando terminó, abrió las puertas y cajones de su armario y su cómoda nuevos y se sintió satisfecha con su ingenio. Así sobrevivirás, se dijo; convertirás los agujeros de tu vida en espacio de almacenamiento.

El humo convertía los días en crepúsculos de doce horas de duración. Por las tardes, cuando había mayor riesgo de bombardeo aéreo, deambulaba por las calles. Pensaba en su hermana a menudo. En sus conversaciones semanales, Sonja le había hablado de Brendan,

su novio, un joven escocés que estaba haciendo un doctorado en estudios eslavos cuyo ruso era peor que el inglés de Sonja. Le hablaba de la residencia internacional en la que vivía con estudiantes de treinta y cuatro nacionalidades, ninguno de los cuales se pasaba el día intentando matar a los demás. Le hablaba de los pubs, de los monumentos, de los taxis negros que parecían bombines sobre ruedas, de Trafalgar Square, donde sobre un obelisco enorme descansaba la estatua de un hombre diminuto, de los guardias del palacio de Buckingham, que no le dispararían ni cuando se reía de ellos a la cara, de los supermercados con pasillos enteros dedicados a los cereales de desayuno y de los dependientes que parecían genuinamente encantados ante la presencia de clientes. Durante aquel primer año, las hermanas se hicieron amigas por primera vez. Somos lo único que nos queda, había pensado Natasha, aunque sabía que Sonja tenía mucho más. Sonja le prometió que encontraría la forma de traerla a Londres, le prometió que presentaría su caso a la universidad, al Ministerio de Interior y hasta a la maldita reina si era necesario, pero no consiguió nada y Natasha quería huir pero no podía, no sabía cómo; había oído historias horribles de lo que les pasaba a las refugiadas que viajaban solas, así que al final sus conversaciones se hicieron cada vez más cortas mientras que la sociedad civil se desintegraba. En las calles, adolescentes con armas robadas sustituían a la policía. Las granadas de mano costaban menos que un bote de Nescafé en el bazar. Natasha no quería oír hablar de los pastelitos ingleses y decidió que Sonja no quería sentirse culpable por comerlos.

Pasaron días sin hablar, después semanas. Las líneas telefónicas no funcionaban bien debido a los cortes del suministro eléctrico, sin embargo el centro de telecomunicaciones no había sido alcanzado. Natasha dejó el teléfono descolgado durante días y la suave vibración del tono se convirtió en la voz de la estabilidad en su soledad. Cuando necesitaba hablar con su hermana, se dirigía a su estantería. Leyó *Los orígenes de la civilización chechena* dos veces en un mes, concentrándose en las páginas finales de cada capítulo, que describían el fin de las invasiones. Cuando extrajo todo el consuelo que pudo de las páginas de Khassan Geshilov, devolvió el libro a la estantería superior junto a las novelas de amor y, arrodillada en el suelo, tiró del libro de referencia de mayor envergadura. Era enorme, se podía hacer una mesa de comedor con la pulpa de madera que contenía. El título era *Diccionario de Medicina del sindicato de médicos soviéticos*. Se apoyó el libro en las piernas pero pronto se le quedaron dormidas. Las cuatro mil ochocientas ochenta y cuatro páginas translúcidas contenían información completamente arcana e inservible. Los nombres de los vasos sanguíneos internos en latín, ruso y las lenguas oficiales de las catorce repúblicas soviéticas. Los pesos medios de los órganos

internos: entre 117 y 170 gramos por riñón; el hígado, de 1,4 a 1,6 kilogramos; el corazón, de 250 a 350 gramos. Al ojear el libro encontró respuestas a preguntas que no se le ocurrirían a ninguna persona en su sano juicio. La definición de un pie. La longitud media del fémur. No había nada sobre *demencia por aflicción*, ni sobre *demencia por soledad* ni tampoco sobre *demencia por lectura de libros de referencia*. ¿Qué vacuna proponía el volumen para el zumbido de aviones Sukhoi en el cielo? Basándose en la esperanza de vida media de la mujer soviética, le quedaban cuarenta y ocho años, pero la Unión Soviética había muerto y ella no, y los apéndices del libro no explicaban la discrepancia de los datos en el caso de que el sujeto viviera más que el experimento. Una entrada, sin embargo, ofrecía una definición adecuada; Natasha la rodeó con un círculo de tinta roja y la consultaba todas las noches. *Vida: una constelación de fenómenos vitales —organización, irritabilidad, movimiento, crecimiento, reproducción, adaptación*.

A veces, si se ponía de pie sobre una banqueta en la esquina suroeste de la cocina y orientaba la antena hacia el sur, escuchaba en la radio boletines de noticias en ruso de emisoras de Nazran o Tiflis. Así era como recogía toda la información que podía del mundo exterior. Las fronteras eran lo suficientemente porosas como para que se colaran los coches de lujo, el tabaco americano y las armas de fuego rusas, pero permanecían demasiado densas para el periodismo objetivo. El locutor de los boletines radiofónicos tenía un marcado acento georgiano que elevaba el tono de voz media octava. Gracias a aquel tenor incorpóreo supo que el índice de popularidad de Yeltsin a dieciocho meses de las elecciones era del ocho por ciento. El Partido Comunista de la Federación Rusa, principal fuerza de la oposición, le acusaba de haber perdido los enormes territorios de la antigua Unión Soviética. Natasha comprendió con toda claridad que aquel orgullo herido clamaría venganza, que aquella nación paralizada empezaría una guerra para demostrarse a sí misma que aún era poderosa. El 9 de diciembre de 1994, Yeltsin dio la orden al Ejército Federal de proceder al desarme de los grupos armados ilegales de Chechenia, o, como se los conocía en la república, el Gobierno. El 10 de diciembre de 1994 ingresó en el hospital para una operación nasal. El 11 de diciembre de 1994, al oír que los primeros soldados de los cuarenta mil que había concentrados al norte de la frontera cruzaban el río Terek, Natasha se dio cuenta de que la guerra no había hecho más que empezar.

La tarde del 11 de diciembre de 1994, Natasha colgó el teléfono y este empezó a sonar inmediatamente. Pasaron veinte segundos antes de que levantara el auricular. —Hola—, dijo. —Por fin, por fin, por fin —, gritó Sonja. —Llevo llamándote días, semanas, toda la tarde.

13

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

—No lo sé—, dijo Akhmed en voz baja. La miraba con tanta compasión que parecía haber olvidado que tenía una la pistola en la espalda. —No le pregunté.

—¿Que no le preguntó? ¿Cómo que no le preguntó? ¿Cómo pudo no preguntarle su nombre?

—Por casa de Dokka pasaban cientos de refugiados. Dejé de preguntarles el nombre.

—¿Dónde iba? ¿Lo mencionó? Tuvo que decir algo. Una pista, una referencia, una alusión. Tuvo que decir algo. Tuvo que hacerlo. ¿Cómo pudo usted no preguntarle? ¿Por qué no se lo preguntó?

—No pensé que algún día me pedirían que lo recordase.

Sonja se reflejaba entera en sus ojos desorbitados. ¿Había estado alguna vez Natasha en las pupilas de aquel hombre? ¿Dibujada por la luz? ¿Desaparecida en un pestañeo? —¿Qué aspecto tenía?—, le preguntó.

Akhmed soltó un suspiro con el que podía haber llenado una docena de pulmones. —Pelo oscuro y desnutrida.

En esa descripción encajaba la mitad de la población mundial. —¿De qué color eran sus ojos?

—Marrones.

—¿Pero marrones con reflejos verdes y esmeralda? ¿Más castaños que marrones?

—Puede ser. No me acuerdo.

—¿Y la cara?

—Me recordaba al retrato que le hizo Zakharov a la sobrina de Nicolás I.

—¿Nicolás I? ¿De qué demonios habla? Necesito saber qué pasó. ¿Dónde está?—. Le entraron náuseas. Tenía que saberlo pero él no se lo diría. ¿Qué había sido de su hermana? Aquella necesidad, tan cercana a lo eterno que podría ser su alma, la sobreviviría cuando muriera. —Necesito saberlo, necesito saberlo—, repetía. —Era guapa,

¿verdad?

—Sí, tan guapa como la sobrina de Nicolás I—, dijo Akhmed. —Seguramente se dirigía hacia los campos de refugiados. Es donde iban todos. Probablemente a Ingusetia. Quizá al campo Sputnik o al Karabulak.

Parecía como si llevara años hablándole, parecía que ella volaba tras la cadencia de su voz y aterrizaba en las pausas antes de que él llegara. Tenía miedo de apartar la mirada.
—Llevaba un vestido tradicional de embarazada y un pañuelo verde en la cabeza.

—¿Dónde está?

Le apretó los hombros con las manos. No recordaba haberlas puesto allí. Los dedos de Akhmed las retiraron con delicadeza, las sostuvieron un momento y las colocaron lentamente a ambos lados de su cuerpo. Ella nunca olvidaría que Akhmed era amable incluso cuando le apuntaban con una pistola. —No lo sé—, dijo.

El hermano de Alu hizo un gesto desde el otro extremo del almacén y el guarda se retiró. —Seguro que nuestro amigo es un médico terrible, pero creo que no es un chivato.

Caminaron hasta las cajas de suministros hombro con hombro para evitar mirarse. Akhmed la ayudó a cargar las cajas de cartón en el jeep. Sonja lo recordaría más tarde secándose la frente con un pañuelo gris y preguntándole si necesitaba ayuda con una caja de cuchillas de sierra quirúrgicas, su aplomo tan perturbador como cualquiera de las ruinas que había visto aquel día.

De niñas Sonja y Natasha jugaban al escondite en las polvorientas catacumbas del sótano del apartamento. La luz entraba en largos rayos diagonales por las ventanas altas.
En el suelo, cada semicírculo era una piscina de lava y las motas de polvo capturadas por la luz eran los restos de los niños que habían caído en aquellos rayos incandescentes. Natasha le envolvía la cabeza a Sonja con una mugrienta cortina y Sonja contaba hasta cincuenta, el tiempo entre cada número cada vez más breve mientras se acercaba el momento de gritar —¡cincuenta!—, y saltar de la cortina a aquel mundo sobrenatural. Natasha era lo suficientemente delgada como para esconderse tras el palo de una escoba, pero Sonja siempre la encontraba. Siempre.

—¿Quién es ella?—, preguntó Akhmed mientras el almacén se hacía cada vez más pequeño en el retrovisor. Diez minutos antes Sonja le había dicho que pararían en un locutorio y no había vuelto a decir una palabra hasta estar al volante con los ojos fijos en el parabrisas salpicado de manchas
de barro.

—Mi hermana—, dijo ella.

—Lo siento—, dijo él.

Nada podía haberla hecho sentir peor.

—La que debería pedir disculpas soy yo—, le dijo a la carretera.

—¿Por qué la ayuda ese hombre?

—Al terminar la primera guerra curé a su hermano Alu.

—¿Y todavía le proporciona suministros para el hospital?

Ella asintió.

—Debe querer muchísimo a su hermano.

Sonja sonrió. Pobre Alu, eterno objeto de burla, cuyo nombre se llevaba más palos que el culo de un borrico. Seis meses después de conocerlo, se había enterado de que su hermano se llamaba Ruslan pero siempre pensaba en él como el hermano de Alu. Sabía que había amasado una pequeña fortuna traficando con armas, heroína y artículos de lujo para los señores de la guerra, y que después de la primera había utilizado el dinero para reconstruir su pueblo ancestral. Sabía que su tortuga seguía con vida, seguía llamándose Alu, y vivía en el mayor terrario del Cáucaso Norte. Sabía que cuando el pueblo resultó destruido de nuevo en la segunda guerra, el hermano de Alu había pagado el viaje a Georgia de sus padres, hermanos, tías, tíos, primos, familia política, e incluso del tan denostado Alu, treinta y siete personas en total, y además también se había ocupado de los billetes de todos los vecinos de sus tíos, primos y familiares políticos y sus parejas, ciento setenta y cuatro en total. Los había alojado a todos en un bloque de apartamentos que había adquirido para la ocasión en Tiflis, de modo que había vuelto a salvar el pueblo de sus mayores, vecino a vecino, por segunda y última vez. Sonja sabía todo eso de él y más, pero todavía no había conseguido saber por qué Alu no le gustaba. —Quizá tenga usted razón—, le dijo a Akhmed. —Quizá después de todo le tenga cariño a Alu.

Las ruinas daban paso a lo que en su día había sido una plaza central llena de vendedores ambulantes insistentes, madres con velo y niños gateando. Palomas sin ojos o sin alas renqueaban por el suelo de granito como presagios de una guerra futura. Allí se irguió una vez la estatua de un checheno, un ingusetio y un ruso en actitud de unidad y camaradería que oficialmente se llamaba *La hermandad de los pueblos*, aunque todos la conocían como *Los tres idiotas*. En la fuente alguien había soltado unas cuantas carpas que se habían multiplicado hasta convertir el agua en una convulsa masa naranja. Los misiles habían derribado los edificios de cinco pisos que descansaban sobre soportales de arcos equiláteros, las zonas peatonales arboladas, los bancos de madera destinados a los gerifaltes del Partido y la fuente que se congelaba en invierno, en la que los niños patinaban sobre los

cadáveres suspendidos de dos mil carpas. Las ruinas se habían retirado con excavadoras y la plaza era ahora un solar pedregoso e irregular. Sonja aparcó el coche. —No veo ningún teléfono—, dijo Akhmed arrugando la frente.

—Pararemos a la vuelta—, dijo Sonja. Bajaron del coche. —Dijo que siempre había querido ver Grozni, así que le he traído a la plaza central—. No le miraba. Aquello era lo más cercano a la reconciliación de lo que era capaz.

Él sonrió, asintió y puso las manos detrás de la espalda. Ella suspiró. —¿Esto es todo?—, preguntó él.

Ella se protegió los ojos con la palma de la mano extendida como si saludara al sol de la tarde. —Allí donde el suelo está ennegrecido, justo a la izquierda de aquella nube, es donde se encontraba el Palacio Presidencial—. Empezó a girar lentamente. Su dedo índice imprimía imágenes del pasado en el paisaje vacío. El mercado que vendía pantalones Levi's veinte años antes que cualquier tienda oficial. El conservatorio, donde tiempo atrás un genio había aprendido a tocar la viola a base de escuchar los doscientos años de historia de la música de cámara que sonaban a través de las ventanas abiertas. Reconstruyó la plaza entera para Akhmed, su voz levantaba cada edificio del polvo y replantaba cada tilo, porque era más fácil que disculparse.

—Gracias. Siempre he querido visitar Grozni.

Pasaron dos controles de policía antes de llegar a una calle recién asfaltada. La anomalía de una calle sin baches nunca dejaba de sorprenderla. Un edificio de piedra gris ocupaba la mayor parte de la manzana. Los ventanales de cristal laminado intactos y sin un rasguño proclamaban la importancia del edificio con mucha más elocuencia que el cartel de Ministerio del Petróleo que colgaba sobre la entrada. Alrededor del edificio, soldados armados, altos y fornidos como armarios, montaban guardia cada diez metros.

—No pienso entrar ahí—, dijo Akhmed cruzándose de brazos y negándose a bajar del vehículo.

—No tema. No pasaríamos ni con todas las cartas que llevo en la guantera. Nosotros vamos allí—, dijo Sonja señalando a lo que había sido un centro comercial. —El Ministerio del Petróleo tiene líneas internacionales de teléfono activas. Algún intrépido emprendedor ha tenido la brillante idea de intervenir las líneas de salida y abrir un locutorio en el sótano.

El centro comercial era una cueva de escaparates rotos, estanterías vacías y estalagmitas de cristal. Se habían llevado hasta las flores de plástico de los maceteros. Sonja abría camino con la luz de su encendedor.

—En Londres esto sería una escalera mecánica—, dijo Sonja

mientras bajaban por una escalera.

—¿Qué es una escalera mecánica?

—Es una escalera que se mueve.

—¿Como una atracción para los niños?

—No, no lo es. Es sólo una escalera que se mueve. Eso es todo.

—Entonces esto es una escalera mecánica estropeada—. Tres años después aquella escalera se convertiría en la primera escalera mecánica de Chechenia. Las familias traerían a los niños a jugar en ella los fines de semana desde lugares tan lejanos como el lago Kezanoiam.

Sonja bajaba por el lado derecho. Incluso en decisiones tan arbitrarias como por qué lado caminar se esforzaba por ser ordenada. Al final del pasillo del sótano llamó a una puerta marrón marcando el ritmo de una canción de Umar Dimayev. Un niño sordo abrió la puerta; justo detrás había un hombre ciego que era su padre. En su cara faltaban dos cucharadas.

—Soy Sonja—, dijo. El ciego alargó la mano hacia su hijo, que le tiró del índice izquierdo en señal de afirmación. Después, con los ojos clavados en Akhmed, le tiró del dedo corazón derecho.

—Sí, he venido con un amigo. Se llama Akhmed.

El ciego le hizo un gesto con la cabeza a su hijo y puso las manos en la cara de Akhmed. La primera vez que aquel hombre le tocó las mejillas, Sonja supo que habría sido un gran cirujano. —No haga muecas—, dijo Sonja mientras el ciego le palpaba la barba. —No querrá que le recuerden como a un amargado.

Unas bombillas colgaban de un cable eléctrico marrón sujeto al techo con grapas oxidadas. Un generador zumbaba en alguna parte. Había teléfonos de disco sobre mesas de juego ordenadamente repartidas por la habitación. Los murmullos de cinco usuarios se superponían. Le dio trescientos rublos al niño sordo y se dirigió a un teléfono evitando tropezar con los cables enmarañados.

Marcó el número y una voz al otro lado de la línea dijo: — Departamento de Lenguas Eslavas de la City University.

—Buenos días, Janice, soy Sonja. ¿Podría hablar con Brendan, por favor?— Envuelta en la formalidad del inglés correcto, su petición le sonó poco sincera.

—Un momento, Sonja. Acaba de salir de su despacho, voy a ver si puedo alcanzarlo.

Mientras esperaba recordó el pecho de Brendan, pálido como un renacuajo. Si lo hubiera puesto delante de una lámpara habría podido ver sus órganos. En ocho años habría engordado, puede que echara barriga para acompañar su ascenso a Director Adjunto de Departamento y que incluso visitara un salón de bronceado. Cuando

ella rompió el compromiso, él se pasó tres días lidiando con las compañías aéreas y le pagó parte del billete, ya que el vuelo más barato y con más escalas costaba más dinero del que tenía ahorrado. Después registró su botiquín, hizo una lista de sus productos de baño favoritos y le compró media docena de cada tubo, bote y botella en unos grandes almacenes para que se los llevase a casa. Ella dijo que volvería. Él dijo que ella volvería. La mañana en que se iba le llevó la Samsonite, otro regalo de despedida, hasta la acera de la residencia internacional de estudiantes donde vivía y se sentó a su lado en el taxi con un sudor frío en las manos mientras la ciudad se deslizaba por la ventanilla. En la carretera, cuando tomaban la salida de Heathrow ella dijo medio en broma que seguro que le había facilitado tanto el viaje porque estaba deseando perderla de vista y él enterró la cara en el hueco de su hombro. Doce horas más tarde, en un aseo a veinticinco mil pies sobre los campos de trigo ucranianos, encontró un hilo de moco seco de Brendan y por un momento lo confundió con su primera cana.

—¿Sonja?—, dijo Janice. —Brendan está en una reunión. ¿Quieres dejar un mensaje?

No habían hablado desde el mes anterior. Brendan tenía contactos en el Memorial Hospital y en la Cruz Roja, así que si alguien escribía el nombre de su hermana en un ordenador se enteraría. Normalmente los momentos previos a que le cogieran el teléfono se llenaban con la esperanza de que por fin ese mes, esa vez, él tendría una respuesta. Pero aquel día era diferente. Aquel día sólo quería que Brendan supiera que seguía viva. —Sólo dile que he llamado.

—Tu nombre se escribe con *j*, ¿verdad?

La tercera o cuarta vez que habían quedado para tomar café después de clase le había preguntado a Brendan sobre eso. Quería saber por qué el amor de Raskolnikov se transliteraba como Sonia o Sonya pero nunca como Sonja. —Porque en inglés se escribe así—, había respondido él. —Los suecos son los únicos que lo escriben con *j* —. —Los suecos también son extranjeros—, dijo ella y retuvo aquella *j* como la única letra de su nombre que era realmente suya.

—Sonja, ¿hay algún teléfono al que pueda devolverte la llamada? —, dijo Janice.

—¿Cómo escriben Natasha los suecos?—, le había preguntado, pero Brendan no lo sabía.

14

1994 **1995** 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

El invierno en que Brendan y Sonja se enamoraron, todo Volchansk se quedó sin techo; incluso aquellos como Natasha, cuyas casas no habían sido alcanzadas por las bombas, encontraron más fácil dormir con frío que con temor a morir sepultados bajo una pila de escombros. Natasha pasó el invierno en el Parque Municipal, un refugio de doce manzanas cuadradas de hierba seca y árboles marchitos diseñado, según se decía, por el primo cuarto tonto de Boris Iofan, donde la estructura más alta era la oxidada zona recreativa infantil. En aquel mundo reinaban los alcohólicos, los vagabundos y los dementes. Entrenados y con experiencia en el arte de sobrevivir al invierno en el exterior, los parias de la ciudad se vieron superados en número por una caterva de profesores, abogados y contables cuyos títulos universitarios sólo servían para alimentar una hoguera durante cinco segundos. Natasha y su cohorte seguían las instrucciones del Profeta del Parque Municipal. La pechera de barba retorcida que ya le llegaba por la mitad del muslo se estremecía de indignación cuando les recordaba su profecía. Nadie había querido escucharle cuando había vaticinado la pronta llegada del día en que el cielo se abriría y Dios caería sobre las indecencias del hombre. Natasha recordaba pasar por delante de aquel demente todos los días al volver del ministerio y él recordaba las monedas que le había dado. —Te dije que me acordaría de ti—, le dijo el primer día que se instaló en el parque. Natasha no tardó en darse cuenta de que la mayoría del rebaño del Profeta del parque Municipal estaba compuesto por personas que solían darle limosna y a las que el Profeta se sentía en la obligación de proteger.
Les enseñó a camuflar sus tiendas de campaña y a rebuscar piñas enterradas bajo la nieve; a cazar perros salvajes con palos y usar sus entrañas como cebo en las trampas para palomas; a rezar cinco veces al día y realizar las abluciones adecuadamente. Y Natasha, que no había entrado en una iglesia en su vida, y menos aún en una mezquita, rezaba a Alá porque sabía que era mejor que enfrentarse a un hombre que llevaba toda la vida preparándose para el Apocalipsis.

Catorce años después todos aquellos contables y abogados reunirían el dinero suficiente para comprarle al Profeta del Parque Municipal un estudio en un edificio de apartamentos recién construido. Buscarían a Natasha con la esperanza de que contribuyera al considerable anticipo o al menos estuviera presente cuando condujeran al Profeta a su nuevo hogar, pero ni la inteligencia combinada de tres contables, ocho doctores y seis abogados, pudo resolver el misterio del paradero de la antigua secretaria.

En primavera, cuando los federales tomaron la ciudad, los bombardeos cesaron y el asedio se convirtió en ocupación. Los refugiados del Parque Municipal se dispersaron por sus respectivos pueblos de origen y aúles diseminados por las montañas, donde podían contar con la hospitalidad de la familia lejana y del clan. Pero a Natasha no le quedaba familia alguna. Su bloque de apartamentos aún estaba en pie, de hecho se había convertido en el edificio más alto de la calle. Los cristales de las ventanas habían estallado pero el espejo del baño estaba intacto. No se había visto a sí misma desde hacía meses. Sus opciones se reducían a rebuscar entre la basura y subsistir. Su cara en el espejo le dijo que no duraría mucho en una ciudad plagada de soldados vengativos, borrachos y hambrientos de sexo. Sin embargo todavía quedaban vías de escape para mujeres que supieran parecer atractivas sin los beneficios del agua corriente.

Desoyendo las advertencias de sus últimos dos kopeks de sentido común, se puso en contacto con Sulim. Ya no vivía en la clandestinidad y hacía negocios tanto con los federales como con los rebeldes y, ocasionalmente con el contrabandista al que tiempo más tarde Sonja conocería como el hermano de Alu. Se encontraron en un bar en el que no se servía nada. No había puerta, ni bebidas, ni empleados ni ventanas, pero los parroquianos todavía se reunían allí por las tardes. Tenían los labios azules de beber líquido limpiaparabrisas.

Comparado con ellos, Sulim tenía buen aspecto. Sus ojos, sin nubarrones de agotamiento, la recorrieron complacidos. El párkinson que once años después lo convertiría en un tembloroso molde de gelatina ya estaba fermentando en su cerebro medio, pero sus manos no temblaron cuando se encendió un cigarro. La guerra le había ido bien. Desde sus escondites en las montañas, los jefes de policía y economía de Dudayev hacían declaraciones alabando una economía y una fuerza policial que ya no existían y, en ausencia de autoridad legítima, tan sólo el crimen organizado proporcionaba a los ciudadanos algún tipo de orden coherente. Le ofreció un cigarro.

—Así que quieres salir—, dijo. —¿Y quién no?

—Me puede ir bien en Occidente.

—A cualquiera que no se pase el día esquivando balas le puede ir

bien—. Miró a los bebedores fantasma. Los que tenían los labios de un azul más intenso se habían quedado ciegos y reconocían a sus compañeros de bebida por el tacto. Sulim sacó una botella de vodka del bolsillo de su chaqueta. —No sé quién les habrá metido en la cabeza que metemos el licor de contrabando en barriles de líquido limpiaparabrisas.

—Trabajaré para pagarte la deuda.

—¿Lo harás?

—Sabes lo duro que trabajé en Grozneft. Soy productiva.

—¿Lo eres?

—Por favor—. Sulim bebió un sorbo de vodka y lo saboreó mientras la miraba. No había olvidado cómo le había dado con la puerta en las narices al ver el tono cetrino de su piel a la luz del día. Cruzó las piernas y se recostó en la silla. Quería oírla suplicar. —Sé que existen rutas de tráfico—, dijo ella. —Sé que puedes sacarme de aquí. Por favor, Sulim.

—En tiempos de los soviets, las mujeres que desaparecían tenían que reaparecer al otro lado del mundo para ganar dinero. Ahora las mujeres pueden producir beneficios sólo con desaparecer. Las reapariciones tienen unos gastos demasiado altos. Las familias chechenas pagarían un rescate más elevado por el cuerpo de una hija que por la hija en cuestión viva. Conozco las cifras.

Natasha se levantó para irse.

—Pero tú no eres chechena—, continuó Sulim. —No tienes familia que pueda pagar por tu cuerpo. No tienes un cuerpo que haya que preparar para la vida eterna. ¿No quieres otro cigarro?

Se lo encendió con una cerilla. Ella había besado aquellos nudillos. Los había adorado.

—¿Me ayudarás o no?

Él tenía el dedo índice de ella entre las manos; lo movió de arriba abajo asintiendo. Paralizado por los temblores, incapaz de controlar sus miembros, convertido en una vergüenza para su familia, Sulim pasaría sus últimos años en una habitación sin ventanas con un televisor como única compañía. —¿No pensarías que te iba a negar algo a ti, verdad? ¿Dónde quieres ir?

—A Londres.

—Entonces trabajarás de *au pair* en Londres. ¿Sabes lo que es? Es una palabra francesa. Significa que cuidarás de los niños cuando los padres estén en el trabajo.

—¿Entonces, seré una abuela?

—Sí, algo así.

—No soy mi hermana, pero tampoco soy tonta.

—Puede que haya otras cosas. Bailar, entretener. Ser… cuál es la

palabra, seductora.

La palabra era prostitución. Cuidar niños o servir mesas eran trabajos para chicas guapas de países pobres, no para chicas guapas de países en guerra. Algunas mujeres repatriadas lo llamaban esclavitud, pero ¿y qué si era cierto? Sexo por dinero con civiles londinenses no podía ser peor que sexo por la fuerza con soldados rusos. Y en Londres, Sonja le encontraría otro trabajo. Sulim la miraba desde el otro lado de la mesa. Sus labios se contrajeron en una leve sonrisa, en un pequeño desafío. ¿Acaso creía que le tenía miedo? ¿De verdad creía que podía asustarla?

—Londres—, le dijo. —Conviérteme en una *au pair*. Hazme reaparecer.

Un joven de cara blanda y redonda llevó a Natasha y cinco mujeres más hasta la frontera de Daguestán. Iban sentadas sobre cajas en la oscuridad casi total de un furgón federal de suministros. El viento golpeaba el toldo de lona verde militar y a veces un rayo de sol entraba por una rendija un instante y desaparecía. Quería preguntarles sus nombres, saber de dónde eran y si ellas también iban a trabajar de *au pairs*. Conversar parecía posible un momento después de que el hombre de la cara redonda, que parecía su hermano menor, las ayudara a subir a la parte trasera del furgón. Pero las dudas volvieron el aire demasiado espeso como para que circulara palabra alguna.

Algunas horas después el furgón se detuvo y el hombre de la cara redonda descorrió el cerrojo de la puerta trasera. Natasha se protegió los ojos del resplandor del mediodía y la luz le calentó las manos. Las montañas cercanas estaban rodeadas de árboles de hoja perenne. El hombre de la cara redonda las condujo unos cien metros por un sendero de grava hasta un jeep en el que ondeaba la bandera independentista. Unos bancos de madera reemplazaban los asientos de atrás. Se apretaron unas contra otras en el interior.

El jeep las llevó por lechos de ríos secos entre barrancos a lo largo de una interminable cresta de roca pálida.

Las piñas colgaban de las ramas de las coníferas. El paisaje parecía estar al borde del colapso. En las cañadas inferiores había hilos de luz plateada que se deslizaban por los pastos vacíos y se unían en el horizonte como cintas relucientes.

No era justo. Natasha odiaba el campo. Ser prostituta era una cosa pero ¿excursionista de fin de semana? Una silueta de alas enormes daba vueltas bajo el sol. Una paloma, fue lo primero que pensó. Una paloma que había crecido para adaptarse a las monstruosas proporciones de aquel hábitat.

El hombre de la cara redonda aparcó el jeep cuando la cuesta se hizo demasiado pronunciada. Al ponerse derecha el pelo le colgaba de los hombros, sujeto por las manos invisibles de la gravedad. Mareada

y con ganas de vomitar, necesitaba un trozo de asfalto donde sentarse y sentir que era otra vez una persona. Aquello no se parecía en nada a *Pretty Woman*. El hombre de la cara redonda comenzó a subir por la cuesta rocosa y las llamó. No, no, no, quería decir Natasha, el mosquetón que llevo en el bolso no es más que un llavero, pero ¿qué podía hacer? La cima estaba más cerca que la base. Ni órdenes ni amenazas, sólo su dedo haciéndoles señas, y, siguiéndolo, Natasha abandonó Chechenia.

Daguestán estaba a tres horas de insoportable caminata y una hora más en jeep. El gesto del mentón con barba incipiente del guardia de fronteras fue el único registro oficial de su entrada en Georgia. El tiempo se medía en pausas para ir al baño hasta que llegaron al agua. El Mar Negro era azul. Subieron a bordo de un barco de pesca de arrastre y el viento le llenó el pelo de aroma a sal marina. Los bloques de apartamentos se extendían como dominós en la costa, y los puntos blancos que eran las ventanas iluminadas se contaban por cientos. Cuando el sol se puso en el horizonte, el mar se volvió negro por fin. Se tumbó en el trozo más seco de cubierta que pudo encontrar con su bolsa de lona como almohada y se quedó dormida mientras las olas mecían el barco.

En Odessa las separaron. Tres de ellas desaparecieron en un Yugo junto al hombre de la cara redonda y, al verlas partir, algo pequeño y puntiagudo se clavó en su interior. No sabía cómo se llamaban. Ella y otras dos siguieron al hombre que había comprado sus pasaportes hasta la parte trasera de una furgoneta de reparto. La puerta se cerró de golpe. Cuando volvió a abrirse estaban en Serbia. Se alojaron con otras once mujeres en un sótano de piedra. En el suelo había unos grilletes robados del Museo Arqueológico de Sarajevo; la amenaza implícita era más aterradora que las cadenas oxidadas. En la esquina del fondo había un cubo de hojalata; cuando alguna se acercaba a él las demás se apartaban. A través del húmedo techo de madera se filtraban voces distorsionadas. Una discusión sobre si las bocas de incendio eran una buena idea. Natasha se tocó los pómulos, la frente y los labios que una vez había contemplado en el espejo con orgullo.
En aquel momento deseó tener cicatrices, haber perdido alguna extremidad, marcas de acné por las mejillas, una dentadura desigual con cada pieza mirando a un sitio diferente.

—¿Qué lugar es este?—, preguntó.

Nadie dijo una palabra.

—¿Sabe alguien dónde estamos?—, preguntó de nuevo.

A su lado había una chica que no podía tener más de catorce años. Fue la única que respondió. —Los campos de sometimiento.

15

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

—Nunca me contó cómo sucedió—, dijo Sonja. Hacía treinta minutos que habían dejado atrás los últimos suburbios de Grozni y diez desde que había comenzado a hablar. —Cómo llegó a Italia. Si la llevaron en avión o en coche o cómo.

Ni siquiera me dijo quién la llevó, cuándo se fue, cómo sobrevivió a la primera guerra. Nada. Probablemente no quería revivir todo aquello, así de simple, pero yo siempre pensé que era su manera de castigarme por haberla abandonado—. Akhmed había sintonizado la radio en el 102.9. Casi no le conocía y esa era la única razón por la que se lo estaba contando; él mismo era estática. No podía explicar por qué estaba confesándoselo todo, como tampoco podía explicar la calma que seguía a la confesión.

—La guerra es antinatural—, dijo Akhmed. —Hace a la gente comportarse de manera antinatural.

—¿También a usted?

—Por supuesto—, respondió. —Antes no era tan encantador—. Estiró los brazos hacia delante. Triángulos de campo marrón entre los dedos. —En la primera guerra Dokka se puso a clasificarlo todo. Era arbolista profesional, así que estaba acostumbrado a clasificar las plantas por género, especie y familia. Un buen día empezó a aplicar ese sistema a todo. Por ejemplo a la gente. Todo el mundo era pacifista o imperialista o fascista o clasicista o cualquier -ista que se le ocurriera. Todo el que le criticara era un anarquista.

—Havaa tiene más -ismos en la cabeza que una tesis doctoral en Filosofía.

—Sí, se le parece mucho. Empezó rápidamente a hacer sus propias clasificaciones. Me acuerdo de que hablaban del bigotismo y la tijeridad y les encantaba. Yo no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello. Era una especie de idioma que se habían inventado para comunicarse a un nivel más profundo—. Hizo una pausa. Respiraba con dificultad.

El rubor de las mejillas se le había bajado al cuello. —No sé ni por qué

le estoy contando todo esto.

—Havaa dice que quiere ser marino-anemonista.

Él se echó a reír. —Seguro. Fuimos amigos durante años. Dokka, Ramzan y yo, me refiero. Jugábamos al ajedrez cada dos domingos y Havaa observaba. Ramzan era el que me estaba esperando ayer. El chivato. Jugábamos al ajedrez un domingo sí y otro no durante más de diez años.

—¿Qué pasó?

—Ramzan empezó a venderles armas a los rebeldes.

Se llevaba a Dokka en sus expediciones y le pagaba bien. Nunca supe por qué. No necesitaba la ayuda de Dokka para conducir una camioneta por las montañas. Igual que usted creía que Natasha la castigaba con su silencio, yo siempre pensé que Ramzan me castigaba a mí con aquellos viajes. Nunca me propuso que fuera con él, y eso que yo necesitaba el dinero tanto como Dokka. Ramzan y yo éramos amigos, pero siempre sentí que me guardaba rencor por algo que yo había hecho. Ahora creo que es algo más complicado que eso. En el 95 estuvo detenido en el Vertedero. Creo que me guarda rencor porque sé lo que le pasó allí.

—Yo envidiaba a Dokka. Tenía envidia de sus viajes a las montañas con Ramzan. Del dinero que ganaba. De su mujer. La mía es una enferma mental que lleva en cama casi tres años, mientras que la suya tenía más vitalidad, más energía en el meñique que la mayoría de los hombres entre las piernas. De su hija. Nosotros lo intentamos durante años pero…—.

Su voz se apagó. En la distancia se veía una columna de humo de cien metros de altura. No había ninguna casa a la vista.

—Dokka era mi mejor amigo y sin embargo yo quería tener su familia, sus oportunidades, su vida. Ramzan se lo llevaba a las montañas un par de semanas y yo me quedaba a cenar con Esiila y con Havaa. Me pasaba allí todo el día y toda la noche. Cuando emprendieron su último viaje, en enero de 2003, dormí en su cama tres noches seguidas. Yo no podía saber que los habían cogido y los habían encerrado en el Vertedero. No podía saber que le habían cortado todos los dedos con unas cizallas mientras que yo estaba en su casa durmiendo con su mujer y cenando con su hija porque pensaba que su vida era perfecta. Entonces se perdió lo que habíamos sido el uno para el otro, fuese lo que fuese. No sé si Esiila se lo dijo, pero lo sabía. Cuando quería hablar con él iba a su casa y conversaba con los refugiados. No me dijo una sola palabra el año pasado cuando estuve hablando con la mujer que me dijo su nombre. Si volviera a ver a Dokka no intentaría pedirle perdón ni arreglar las cosas. No es eso lo que le diría.

—¿Qué le diría?

Akhmed sonrió y sacudió la cabeza. —No lo sé.

La sombra de un cráter reciente oscurecía la carretera. Al fondo había un brazo apuntando al cielo. El resto del cuerpo estaba por allí, por allí y por allí. El viento había atrapado un trozo de tela color lavanda que culebreaba en el vasto océano del cielo. —Le ofrecimos llevarla—, dijo Sonja, pero lo que en realidad querían decir sus palabras era *se lo dije*, que a su vez quería decir *no es culpa mía*.

La nieve que escupían las ruedas se reflejaba en el retrovisor. ¿Qué haría Sonja si la guerra terminara? La paz nunca había estado entre las permutaciones y posibilidades que había barajado en su mente. ¿Qué haría? La guerra convertía a tenientes en coroneles, a hombres sin empleo en yihadistas y a médicos residentes en cirujanos jefe.

—Tolstoi estuvo aquí hace doscientos años—, dijo Akhmed. —Había una guerra. Escribió una novela sobre ella.

—No me interesa la ficción.

—Se llama Hadji Murat—, dijo Akhmed. —Se la traeré mañana.

—¿Por qué no está enfadado conmigo?—, preguntó ella. La pregunta llevaba quemándole en la garganta toda la tarde.

Akhmed cruzó los brazos y no dijo nada.

—Hice que le interrogaran a punta de pistola. Si me llega a mentir habría hecho que le matasen.

—Si le hubiera mentido, yo sería otro hombre.

—Es usted una persona decente—, dijo ella con una sonrisa. —Un médico terrible, pero una persona decente.

—Lo sé. No debería pasar demasiado tiempo con usted. Es capaz de convertirme en un cirujano de primera y en una bestia.

—Me parece que sería más bien al revés—, dijo ella. Una gasa de nubes vespertinas envolvía el cielo, ella la miraba fijamente.

—Me invade el inexplicable deseo de dirigirme a usted con buenos modales.

—Permítame que lo dude.

—Siento haberle llamado idiota.

—Sólo lo insinuó. ¿Quiere compensarme?

—La verdad es que no—, dijo Sonja.

—Dígame quién es Ronald McDonald.

—Falta muy poco para que le pida disculpas por llamarle idiota otra vez.

—Insinuar—, le recordó él.

—No, esta vez es probable que se lo llame abiertamente.

—Ya sé que no es el presidente de América.

—Me temo que quedará decepcionado.

—Me pasa casi siempre.

—Es un payaso.

—¿Un payaso?

—Un payaso que vende hamburguesas.

—¿Pero las cocina él?

—¿Importa eso?

—A lo mejor soy idiota—, dijo él con aire grave, —pero jamás me comería una hamburguesa cocinada por un payaso. Da igual. Me estaba usted hablando de su hermana, de cuando volvió de Italia.

16

1994 1995 **1996** 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

En las primeras semanas después de su regreso, Natasha no viajó más allá de los tres metros de moqueta gris que separaban su piso del de Laina. Bebía té aguado, interpretaba alucinaciones y volvía a casa. Sobre el cuarto metro se erguía un muro invisible de terror. Sonja observaba desde la distancia. Quería cogerla de la mano y arrastrarla por el pasillo como a una niña malcriada. El piso de Laina, donde tres semanas antes había estado espiando a través de la puerta con un vaso de hielo que se derretía en la mano y había oído la voz de Natasha, parecía el primer peldaño de la escalera de la recuperación. Pero el peldaño se había convertido en un descansillo y después en un piso. Natasha no podía haber desaparecido, no entonces.

Sonja, mejor médico que hermana, se resistió a dar un diagnóstico durante tanto tiempo como pudo. Pero un martes volvió del hospital con los pies hinchados y los hombros rígidos, demasiado cansada como para atender a la paciente más difícil del día. Natasha estaba sentada en el sofá con un montón de libros sobre un cojín a su lado. *Los orígenes de la civilización chechena*, la *Tercera guía soviética de ornitología, Vida y destino*. Sobre su regazo, un tomo amarillento, *elDiccionario de Medicina del sindicato de médicos soviéticos*.

—Te puedo explicar cualquier palabra que no entiendas—, le ofreció Sonja, arrepintiéndose inmediatamente de lo que había dicho. No era el tono adecuado. —¿Buscas algo en particular?

Por supuesto, Natasha se encogió de hombros.

—Espero que no te hayas pasado el día leyendo eso—. Volvió la vista a la pared desnuda. La condescendencia
le salía por la boca invariablemente al dirigirse a Natasha. —Tengo libros más emocionantes en las estanterías.

—No quiero emociones—, dijo Natasha con tono neutro. —Quiero aburrirme. Quiero estar lobotomizada de aburrimiento.

—Escúchame, Natashenka, algo malo te pasa—, dijo, y la falta de matices en sus palabras le pareció odiosa. ¿Algo? ¿Malo? ¿Cómo podía una cirujana diagnosticar con semejante imprecisión? —¿Has oído

hablar de algo llamado trastorno por estrés postraumático?

Natasha asintió sin levantar la vista del libro.

—Entonces dime qué es.

La luz dorada de la lámpara resaltaba el texto mientras pasaba las hojas. —Es una reacción psicológica que tiene lugar después de un suceso sumamente traumático, más allá de lo que se consideran experiencias normales de la vida humana, que habitualmente cursa con depresión, ansiedad, *flashbacks*, pesadillas recurrentes y elusión de situaciones que recuerden el suceso.

Natasha no había dicho una sola oración compleja en meses y aquella parrafada rica en subordinadas la hacía parecer viva de nuevo. —¿Te recuerda a alguien?—, preguntó Sonja.

—Los médicos de la cabeza italianos ya me hablaron de eso. No necesito tu ayuda.

Sonja no sabía cómo ayudar a su hermana en absoluto. —¿Te acuerdas de la última vez que estuviste fuera de casa?—, preguntó fulminándola con los ojos. Natasha podía haber encendido un cigarro en su mirada. —Te diré cuándo. Cuando te repatriaron. No has puesto un pie fuera de este apartamento desde que volviste.

—Tú no has estado allí—, dijo Natasha encogiéndose de hombros, —así que no tienes derecho a decirme qué hacer.

Sonja llevaba meses conteniéndose, reprimiéndose, pensándoselo mejor, mordiéndose la lengua hasta sangrar. —Sin embargo, estoy aquí mismo. En este mismo instante. Aquí estoy—. Abrió los brazos, no para abrazar a su hermana, sino para demostrar su presencia, para hacerle notar que estaba en aquella habitación. —¿Sabes por qué? ¿Tienes la más mínima idea?

Natasha no se movió. No podía descorrer el cerrojo del sótano, ni para Sonja ni para nadie. Lo que había sucedido allí seguía sucediendo en su interior y no estaba dispuesta a que nadie, y menos que nadie su hermana, supiera de qué intentaba escapar, de qué no conseguía escapar.

—Por ti. Porque me preocupaba que estuvieras aquí sola. En Londres todo me iba bien. Era feliz. Pero volví por ti y eso me da derecho a que me respetes. Puedes odiarme si quieres y pensar que soy una zorra con pretensiones de superioridad moral, pero lo cierto es que volví por ti y por eso exijo que me respetes.

De nuevo el puto encogimiento de hombros. Exasperada, Sonja no podía imaginarse que, ocho años y medio después, cuando su hermana hubiera desaparecido por segunda vez, se despertaría en el hospital una tranquila mañana con los hombros y las clavículas entumecidas y que, encogiéndose de hombros una, dos veces, para intentar relajarlos sin éxito, recordaría la naturalidad, la fluidez con que Natasha lo

hacía. Aquella sería la primera vez que llegaría al convencimiento definitivo de que se encontrara donde se encontrara, Natasha estaría encogiéndose de hombros.

—¿Quieres que te compadezca por haber abandonado tu perfecta vida de Londres? ¿Aquí la víctima eres tú, es eso lo que me estás diciendo? Quizá deberías hablar de ello con un psicólogo, Sonechka. No, cometiste un error al volver por mí—. Natasha hablaba sin emoción, sencillamente, como si leyera el diccionario en voz alta. —Igual que yo lo cometí al ir a buscarte.

Quizá se había abierto una ventana. Quizá una brisa ligera comenzaba a soplar a través de las paredes y limpiaba la atmósfera. Sonja sonrió y dijo: —Al menos en eso sí que somos hermanas—. Respiró una bocanada de aire fresco.

Por fin ambas habían dicho lo que querían decir. —¿Sabes que te traje un regalo?—, dijo sorprendiéndose incluso a sí misma. —De Londres.

En un alarde de moderación, Natasha se abstuvo de encogerse de hombros. —¿Qué clase de regalo?

—No te lo digo. Me lo voy a quedar.

—Si te lo quedas no es un regalo.

—Claro que sí. Es un regalo para mí. Me lo merezco.

—¿Por qué no me lo has dado?— Natasha se puso derecha y giró la cabeza hacia Sonja.

Sonja cogió el diccionario y pasó las hojas con el pulgar. —Porque me pones de los nervios.

—¿Todo el tiempo?

—Completamente de los nervios.

—No lo querría aunque me lo dieras—, dijo Natasha.

—Me alegro porque no pienso hacerlo.

—Seguro que es un libro sobre los intestinos.

—Sabes muy bien que eso sí que me lo quedaría—, dijo Sonja. —De acuerdo, te lo voy a dar ahora mismo.

—¿Por qué?

—¿Cuántos libros sobre los intestinos necesita una mujer? Te lo doy si me prometes una cosa—, dijo Sonja. A los doce años, Natasha se había apuntado a clases de clarinete y Sonja, que tenía dieciséis y ya iba a la universidad, había tenido que soportar cada chirrido, cada pitido, cada ruido desafinado a través de la delgada pared que compartían. Acabó pagándole a Natasha por horas para que no practicase. Aquel mismo destello de negocio fácil volvió a sus ojos.

—¿Qué cosa?—, preguntó.

—Prométeme que mañana vendrás conmigo al hospital.

—¿Y qué más?

—Nada más. Sólo eso. Si te encuentras con fuerzas.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no tengo fuerzas?

—No, no. No estoy diciendo eso.

—Ya sé lo que pretendes—, dijo Natasha. —De acuerdo, lo prometo.

Sonja fue a su habitación y volvió un minuto después. —Cierra los ojos—, dijo poniéndole entre las manos un objeto sólido y alargado envuelto en una bolsa de plástico.

—¿Qué es? ¿Una muñeca?— preguntó Natasha mientras lo sacaba de la bolsa. —Estoy mayorcita para muñecas.

—No es una muñeca, es un cascanueces con la forma de un guardia del palacio de Buckingham.

—¿Quiénes son esos?

—Son los que montan guardia en el exterior del palacio de la reina. No pueden reírse. Si te paras a pensarlo, son unos guardias malísimos. Lo único que hacen es pasarse el día allí de pie. Si le pusieras el uniforme a una farola sería más o menos lo mismo.

—Sí—, dijo Natasha abriendo y cerrando la boca del cascanueces. —Unos guardias malísimos y un regalo aún peor. ¿Qué nombre le pongo?

Sonja se mordió el labio un instante. —¿Qué tal Alu?

—Alu, el inservible y aburrido regalo de mierda.

—Tú lo has dicho—, dijo Sonja. —Es el nombre perfecto.

—Estoy un poco decepcionada. Cinco años en Londres y todo lo que me traes es un muñeco.

—El verdadero regalo era mi ausencia.

Finalmente una sonrisa.

A la mañana siguiente en el hospital reinaba la tranquilidad. Los pocos pacientes a los que Maali no había podido asustar con amenazas de una amputación arreglatodo la estaban esperando. Un tobillo torcido, un caso de resfriado común, nada urgente. Guio a Natasha por las salas desiertas, los laboratorios vacíos, las consultas abandonadas. Las palomas anidaban en las bolsas vacías de suero intravenoso; en radiología había una tapa de alcantarilla que no llevaba a ninguna parte. Las dependencias del hospital tendrían el mismo aspecto ocho años y nueve meses después, cuando Sonja condujera a Akhmed por ellas. La bolsa de heroína en polvo que le había proporcionado el hermano de Alu aún estaría dentro del armario del comedor, si bien al pasar por delante de ella con Akhmed, Sonja no sentiría una punzada de preocupación, no se preguntaría si sus venas, como las de su hermana, se estremecían por su mera cercanía.

—Aquí estuvo en otro tiempo uno de los más avanzados servicios de oncología de la URSS—, dijo cuando entraron en una sala desprovista de picaportes y apliques eléctricos. —Los funcionarios del

Partido venían a recibir tratamiento desde lugares tan remotos como Vladivostok.

Pararon delante de una descomunal máquina de resonancia magnética. El antiguo director del hospital había sacrificado su pensión, su matrimonio y el negro de su cabello para conseguirla. —Es una pena que no podamos usarla, pero un solo escáner acabaría con nuestro generador—. A un metro de su pie, en medio del polvo, estaba la huella circular de un casquillo de proyectil. —Además hay tantos trozos de metal en esta sala que el campo magnético la convertiría en una galería de tiro.

La visita concluía en la sala de maternidad de la cuarta planta, donde una mujer que había dado a luz la noche anterior sonreía a todo el mundo con plácido agotamiento. Su hija había nacido con un pulmón colapsado, pero el médico de guardia había sido rápido y la niña había sobrevivido. La madre le daba el pecho. Sus pequeños labios se agarraban al pezón. La mujer estaba resplandeciente.

—Dios es grande. La niña vivirá—, dijo con lenta cadencia para dejar claro que entre ambas oraciones se daba una lógica relación de causa y efecto. Miró a Natasha confundiendo la sudadera blanca que llevaba puesta con una bata de médico. —Me alegro de que haya venido.

—Yo no soy nadie—, dijo Natasha.

—Bobadas—, respondió la madre. —Usted salva vidas.

Natasha cruzó los brazos. Sonja no lo vio, no pudo saberlo, pero en el preciso instante en que su hermana bajó la cabeza, se miró la palma de la mano, miró al suelo, la miró a ella y de nuevo la palma de su mano, tuvo la sensación de que la temperatura de sus cuerpos se elevaba imperceptiblemente al mismo tiempo, sintió que aquello era lo que tenían en común. La niña terminó de mamar y giró su diminuta cara cuadrada hacia arriba.

—¿Quiere cogerla?—, le ofreció la madre.

—No—, dijo Natasha arrugando la frente.

—Bobadas—, replicó la madre. —Claro que quiere.

—Tengo que irme, pero tú puedes quedarte por aquí. Hay un paciente con resfriado común que necesita mis cuidados—, le dijo Sonja al oído mientras Natasha tomaba al bebé en brazos.

Aquella mañana, en las cavernosas salas del hospital, Natasha consiguió finalmente acallar su conciencia. Cuando la recién nacida olfateó su pecho, ella la miró a los ojos y vio un mundo de dos días de edad. Aquellos dos kilos y medio la recompusieron, dirigieron su visión del mundo a un futuro más amable de lo que la experiencia le había enseñado a esperar. Al día siguiente se despertó con Sonja y salió de casa con ella, y también al siguiente y al otro.

Deshi y Maali, sus supervisoras, eran gemelas y enfermeras. Deshi, que por entonces iba ya por el undécimo de sus doce grandes amores, le recordaba a Sonja, por lo que prefería a Maali, la hermana dieciocho minutos menor, que trataba las enfermedades y las lesiones como si fueran bromas pesadas de un Dios que se desternillaba de risa, y sugería la amputación como tratamiento para todos los pacientes con tos, resfriado de pecho, úlcera o conjuntivitis que tuvieran la mala suerte de pedirle consejo. En la sala de maternidad Natasha limpiaba toallas, sábanas, suelos, tubos de plástico, catéteres, biberones, culos de bebé y orinales.

La lejía le enrojecía los dedos, pero en medio del dolor que la sanaba y de los biberones que limpiaba encontró el consuelo de los pequeños caprichos de su voluntad. En sus pocos ratos libres se dedicaba a devolver las vistas a las ventanas clausuradas. Todo comenzó con unos pocos ángulos rectos a lápiz sobre el contrachapado. No sabía qué estaba dibujando hasta que empezó a tomar forma. Dos cuadrados, uno sobre el otro. En los trazos del lápiz una línea perdida se convertía en un canalón, la luz fluorescente que zumbaba sobre su cabeza se transformaba en un sol azul de media tarde, y una pequeña marca en la madera, en el pelo marrón de una secretaria despeinada por un ventilador. Dibujando sobre las separaciones del contrachapado, dividió el edificio en pisos, los pisos en ventanas, las ventanas en cristales.

Se parecía al modelo real pero había detalles que se le escapaban de la memoria; dibujó una bandera soviética sobre el arco de la entrada y palomas en el mástil; dibujó un fuerte viento del oeste para que todas las cagadas de las palomas cayeran sobre la bandera. El grafito de la mina del lápiz le manchaba la palma de la mano mientras sacaba al edificio de sus ruinas. Cuando terminó escribió en la marquesina el nombre del edificio en letras cirílicas mayúsculas: Oficina Estatal de Licencias y Matriculación de Vehículos de Volchansk. Tenía un aire familiar, por supuesto. Era el edificio que una vez había estado del otro lado de aquella misma ventana.

A lo largo de semanas y meses, a medida que los minutos se convertían en horas y las horas en días, Natasha fue añadiendo tilos, álamos, farolas oxidadas, cables eléctricos colgantes, tejados de madera, un perfil urbano de antenas de televisión, cuerdas de tender inclinadas por el peso de coladas húmedas, columnas de humo saliendo de los tubos de escape, quioscos de tabaco, y todo lo que podía recordar.

No añadió bocas de incendio.

Primero a sus espaldas y luego en su presencia, Deshi y Maali daban su opinión.

—Es un espanto—, dijo Deshi un día que pensaba que Natasha

había salido a fumar un cigarro.

—Completamente inexacto—, coincidió Maali. La enfermera sabía lo que significaba ser la hermana menor, aunque fuera sólo por dieciocho minutos, y su crítica le hizo a Natasha más daño que la de Deshi. —La perspectiva está torcida. Desde esta ventana no se ve un trozo tan grande del Parque Municipal.

—Quizá no deberíamos ser tan exigentes. Al fin y al cabo ella nunca ha mirado por esta ventana.

—Ese es el problema, ¿verdad? Está dibujando algo que nunca ha visto.

—Ni siquiera es chechena.

—Es su mayor defecto.

—Merece más compasión que desdén.

—Hace tres años que nos jubilamos—, se lamentó Deshi. —¿Qué hacemos aquí todavía?

El cigarro apagado hizo una pirueta entre sus dedos cuando Natasha abrió la puerta, atravesó sus críticas como una exhalación y corrió la cortina sobre la ventana clausurada. Se había sentido humillada otras veces pero nunca por gente en la que confiaba. Cogió su mechero de encima del mostrador y se abrió paso de un empujón entre las enfermeras. Maali la agarró de la muñeca con mano sorprendentemente firme.

—A ver si lo adivino—, dijo Natasha. —La única manera de arreglar el mural es amputar la mano de quien lo ha dibujado.

Maali sonrió. —No es un caso tan grave.

—¿De verdad?—. Se sentía extrañamente honrada de que Maali no quisiera cortarle la mano.

—Lo que pasa es que en el cruce de la avenida Lenin con la calle Burócrata Municipal nunca hubo una parada de autobús. Lo sé porque me he pasado treinta años mirando esa esquina.

—Nosotras te ayudaremos—, añadió Deshi. Así fue como bajo la guía de dos pares de ojos que habían pasado un total de sesenta años frente a las ventanas de la sala de maternidad, Natasha borró y volvió a dibujar, cepilló los restos de goma, borró de nuevo y dibujó otra vez. Deshi y Maali discutían por cada señal de tráfico, por cada farola, por cada árbol del Parque Municipal, cada escaparate, quiosco y semáforo; habían visto ciudades distintas a través de diferentes ventanas y Natasha, al intentar conciliar ambas versiones, creaba la suya propia. Sombreó los edificios con ceniza y carbón y recortó anuncios de las revistas de la sala de espera que nadie leía con los que pegó líneas de color sobre la madera. Las olas azules de un centro turístico del Mar Negro se convirtieron en el cielo. Hizo las hojas de los tilos con chicle de menta. Algunas tardes las enfermeras se perdían en el mural y

señalaban a las lejanas esquinas y callejuelas como si fueran viejas fotos de un álbum. La rejilla de ventilación dibujada con todo detalle, en cuya corriente Deshi encontró una vez un billete de mil rublos flotando gracias al cual pagó tres meses de alquiler con dinero venido del aire. Las tuberías de gas que corrían por la superficie, en las que su madre colgaba la ropa a secar y su padre una hamaca. El pavimento oscuro del patio de la escuela donde el hijo de Maali jugaba a los soldados años antes de que la guerra se lo llevara. En dieciséis años, cuando el cristal hubiera sustituido al contrachapado, los murales de Natasha terminarían en el armario de Sonja, donde serían un tesoro privado durante sesenta y tres años, hasta que el tataranieto de Maali, historiador del arte, se los llevara para exhibirlos en el museo de la ciudad.

Estaba estudiando su ciudad cuando llegaron las enfermeras gemelas, la mañana en que habría de practicar su tercer parto en solitario. —Va a haber mucho jaleo—, dijo Maali muy contenta. Había colgado el impermeable, el cortavientos y un sobretodo en distintos ganchos para que el perchero diera la impresión de que el hospital tenía personal suficiente.

—Hemos oído explosiones de minas cuando veníamos.

Deshi sacudió la cabeza con desaprobación. —Disfrutas demasiado con este trabajo, hermana, me temo que no andas bien de la cabeza.

—Qué pena que las cabezas no se puedan amputar.

—Sí se puede. Se llama decapitación.

Maali lo apuntó muy contenta en su carpeta.

—Hoy vamos a estar todas trabajando en trauma—, dijo Deshi.

—¿Y qué pasa si se presenta un parto?—, preguntó Natasha.

—Tendrás que ocuparte sola, Natashenka. Asistir un parto es fácil. La mayor parte del trabajo lo hace la madre.

Las primeras víctimas llegaron media hora después. Sus cuerpos emanaban un intenso calor. Natasha estaba desinfectando una pantorrilla mutilada y deshilachada cuando llegó Deshi. —Tenemos un parto. Corre.

La paciente estaba tumbada boca arriba en la cama de la sala de maternidad y llevaba puesta una bata. Apretaba la cara contra las blancas sábanas, estaba tan agitada y asustada como los que se encontraban cuatro pisos más abajo.

A su lado había dos hombres, cada uno sujetándole una mano. Natasha reconoció el hoyuelo en la barbilla del más viejo, pero no era momento de detenerse ni de ponerse a pensar; era el momento de actuar. Se situó entre las blancas piernas abiertas de la mujer, intentando no mirar abajo.

—Tiene contracciones cada tres minutos—, dijo el hombre más

joven. Hablaba con la titubeante formalidad de quien no pertenecía a aquel mundo.

Era todo lo que necesitaba saber para acordarse de lo que tenía que hacer. —¿Cuánto duran?

El hombre no lo sabía. La frente de la mujer estaba empapada en sudor. Gruesas gotas le resbalaban por las sienes. Se lavó las manos hasta las muñecas y se desinfectó hasta los codos. Se enfundó un par de guantes. La mujer tuvo otra contracción. Todos pudieron oírlo.

—¿Sientes como que tienes que cagar?—, le preguntó a la mujer al oído para no avergonzarla delante de su marido.

Ella asintió.

—¿Qué le ha preguntado?—, dijo el joven. —¿Está bien?

—El bebé está en camino y presiona sobre el recto, eso es todo—. Aquella gente no la conocía de nada y su ignorancia le proporcionaba la suficiente autoconfianza como para mantener un tono de voz calmado. No sabían que se llamaba Natasha, ni que sólo había asistido dos partos, hacía una y tres semanas, respectivamente; ni que seis meses antes, mientras se desintoxicaba en Roma en una sala de un psiquiátrico, Dios la había hecho pasar por el ojo de una aguja tan fina que todo lo que quedaba de ella era el hilo que tenían delante.

Le dijo a la mujer que levantara las piernas pequeñas y blancas y que pusiera los pies en los estribos y la mujer la obedeció. Le subió el vestido hasta el estómago. Ellos pensaban que sabía lo que hacía y ella hacía suya aquella confianza.

—Me duele el pecho—, dijo la mujer.

—Necesitas respirar.

—Me duelen los ojos—, dijo la mujer.

—Necesitas pestañear.

Puso dos almohadas en el suelo bajo las piernas de la mujer por si acaso. La mujer apretaba con la fuerza de un torno la mano del anciano y sus dedos parecían sarmientos rojos y retorcidos. —Yo le conozco—, le dijo Natasha, pero sus palabras quedaron sepultadas bajo los gritos de la mujer.

—Empuja—, dijo Natasha. —Empuja.

Una mata de pelo húmedo empezó a aparecer rodeada de vello púbico rizado.

—Despacio—, dijo mientras la mata de pelo se convertía en una cabeza. —Respira hondo y lentamente. Imagínate que estás inflando un globo. Respiraciones lentas y profundas. Sopla por la boca en el momento más doloroso de cada contracción. Intenta silbar.

Dispuso las manos bajo el cráneo que asomaba. Aunque el instinto le decía que le pasara la palma de la mano por la parte posterior de la cabeza al bebé para que su primera sensación fuera de afecto y

confort, mantuvo una distancia de un dedo entre su piel y la del bebé. Maali le había dicho que nunca tocara la cabeza de un niño que estaba naciendo antes de verle la cara porque podía tragar líquido amniótico. Sin embargo, no fue el niño quien se atragantó, sino Natasha al ver como aparecía la frente. El canal del parto envolvía la piel resbaladiza mientras la madre empujaba a su hijo hacia la vida. Los pequeños ojos estaban inmóviles. En la distancia la madre vaciaba sus pulmones en una melodía informe. Todos inhalaban sus silbidos.

—La cabeza ya ha salido—, anunció Natasha, que, por decoro profesional, intentaba con todas sus fuerzas esconder la sonrisa que se abría camino por su cara. La madre empujaba y la habitación callaba, se humedecía, se estrechaba por sus esfuerzos. Los hombros se atascaron. Con un suavísimo movimiento de manos enguantadas giró la cabeza del bebé y lo puso de cara al pálido muslo de su madre. El hombro derecho salió al exterior. Levantó la cabeza del bebé y cuando el siguiente silbido de la madre empujó el hombro izquierdo hacia fuera, el resto del cuerpo se deslizó en sus manos.

Le retiró el cordón umbilical de la cara y sintió en la mano el peso cálido y húmedo de su cabeza. Puso al bebé en ángulo con el suelo. —Una niña—, dijo. La niña abrió los ojos y un escalofrío recorrió el cuerpo de Natasha cuando se dio cuenta de que era la primera persona que la cogía en brazos.

—No tiene buen aspecto—, dijo el padre.

Natasha frotó la espalda de la niña con una toalla, le giró la cabeza para despejar las vías respiratorias, le acarició la nariz, le secó la boca, le succionó los residuos con una jeringa de plástico y le hizo cosquillas en los pies, pero no lloraba. ¿Debía salir corriendo en busca de ayuda? ¿Se le podía practicar la reanimación cardiopulmonar a un recién nacido? Le clavó los dedos en las blandas y húmedas plantas de los pies y rezó para que respondiera. Los dedos de los pies eran unas bolitas tan delicadas y redondas que parecía que se iban a hundir de nuevo en la carne en cualquier momento. Estos son los pies de un ser humano que has traído al mundo. No va a morir.

No murió. Los labios se estiraron hasta sus encías rosas y desdentadas. Tomó una profunda bocanada de aire.

—Respira.

—Lo oigo—, dijo el padre. La niña rompió a llorar.

—Respira igual que su madre.

Puso a la niña sobre la piel desnuda de su madre.

La madre miraba a través de un velo de pelo húmedo y reconoció a su hija. Ambas respiraban. Un líquido rosa resbalaba de la boca de la niña y se deslizaba por el vientre aún hinchado de la madre. Natasha las envolvió a las dos en una toalla limpia.

—Debes empezar a darle el pecho tan pronto como puedas—, dijo Natasha. Ya no necesitaba extraer autoconfianza de ellos. Tenía toda la necesaria. —Facilitará la expulsión de la placenta y detendrá el sangrado.

La madre asintió feliz y débilmente. Cuando habló no le reconoció la voz. Sólo la había oído gritar. —¿Es mi hija?

—Sí—, respondió Natasha esbozando por fin una sonrisa. —Es tuya.

Mientras se lavaba las manos en el grifo medio atascado el anciano se acercó a ella. Había mucho que lavar, pero, lo primero eran las manos. El anciano le dio las gracias.

—La madre ha hecho la mayor parte del trabajo—, dijo.

A pesar de las arrugas reconoció la cara del hombre, era como si la hubiera visto en una foto antigua y descolorida. —Yo le he visto antes.

—¿Ha estado alguna vez en Eldár?

En el interior de un furgón con cinco mujeres más.

—Pasé por allí una vez.

—¿En la universidad de la ciudad? Yo era profesor allí. ¿Quizá en el Café Standard? Me gustaba mucho asistir a las veladas de bebop. ¿Le gusta el bebop?

—No me gustan las trompetas.

—¿Y si una trompeta toca la música que le gusta?

Se acordó de los tornillos sueltos vibrando por el suelo de la pista de baile del *Nightclub*.

—La música que me gusta no se puede tocar con una trompeta—, dijo ella.

—Si no se puede tocar con una trompeta, es que no es música.

—Me llamo Natasha—, dijo ella con una sonrisa.

—Khassan Geshilov.

Al repetir el nombre vio de pronto la foto en blanco y negro en la solapa del libro. —He leído su libro.

El hombre soltó una risotada. —De modo que ha sido usted.

—Termina antes de la llegada de los rusos. Una decisión estúpida, en mi opinión.

—¡Ojalá hubiera sido usted mi editora! *Los orígenes de la civilización chechena*—, dijo con cariño, como si él mismo hubiera olvidado el título. Se volvió hacia los paneles de madera de la ventana. —Es la ciudad entera, ¿verdad?

—Lo que se ve desde la ventana.

Se acercó al mural y recorrió con la vista las calles con sombra de ceniza y las hojas verdes de los árboles, leyendo la ciudad para poder recordarla después. Se detuvo en el cruce entre el Parque Municipal y la biblioteca de la universidad, vaciló un instante y luego señaló un

punto con el dedo.

—Al amor de mi vida casi la atropella un autobús exactamente aquí. Me había estado siguiendo y sólo lo descubrí cuando escuché el frenazo.

—¿Las mujeres le persiguen? No me sorprende que no le diera tiempo a llegar a la invasión rusa.

—Otro día le contaré la historia—. Miró de nuevo a la recién nacida. —Pasemos a las presentaciones.

El padre y el historiador se abrazaron en un silencio lleno de gratitud y buenos deseos. El padre tomó a la niña en brazos. Sus largos dedos la sujetaban.

—¿Cómo piensan llamarla?—, preguntó Natasha.

—Havaa—, respondió el padre. —Havaa.

17

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 **2003 2004**

El padre de Havaa nunca volvió a jugar al ajedrez después del último viaje a las montañas con Ramzan en enero de 2003. Se pasaba los días atrapado entre los cojines del sofá como una moneda perdida. El sudor le resbalaba por el cuello de la camisa dejando una mancha del color del aceite de mostaza. Sus dedos se habían, bueno, *curado* no era la palabra exacta. Los muñones se habían convertido en bultos duros de color rosa que brotaban de las palmas de las manos.
Se esforzaba por abrocharse los botones de la camisa, por abrir la puerta, por comer, por atarse los zapatos. Havaa, persistente y resuelta, se convirtió en sus manos.

El verano siguiente hizo tanto calor que hubiera hecho falta un otoño extra para refrescar el ambiente. Su madre escondía la barriga detrás de faldas anchas y delantales y se negaba a usar ropa para embarazadas. Havaa aún dormía en la habitación de sus padres, sobre un colchón tan fino que notaba los clavos de los tablones del suelo. Aún llegaban refugiados, demasiado abrigados y aturdidos. Su padre aún les daba cobijo.

Las hojas se marchitaban por el calor. A sus pies, el suelo descompuesto se cocía y por él se arrastraban insectos diminutos que anidaban en la huella de sus botas. Paseaba por el bosque como si de una frágil criatura se tratara, con cuidado de no pisar los brotes, tan débiles que la ligera brisa los doblaba. Su padre le dijo que antes de las guerras el bosque estaba controlado por los intereses madereros soviéticos, pero ella nunca vio un solo tocón de árbol en su lado del bosque; las hojas de sierra de cinta comidas de óxido, enterradas como reliquias de una civilización antigua, eran la única prueba de la desaparecida industria.

Aves migratorias se posaban en las ramas sombrías. Los lagartos se escondían en las huellas húmedas de rocío de los ciervos. Un día vio a un lobo correr entre los troncos de los abedules con la lengua colgando entre las fauces. El sol se reflejaba en sus colmillos. Cuando la descubrió allí, medio escondida detrás de un carpe, levantó las

orejas hacia el cielo. Encontró sus ojos entre el follaje y los estudió inquisitivamente mientras ella le sostenía la mirada, nerviosa pero no asustada, hasta que por fin, como si se hubiera establecido un pacto secreto entre ellos, el lobo siguió su camino entre las sombras. Aunque se le había disparado el pulso, sintió pena por el calor que estaría pasando el lobo bajo su espeso pelaje plateado.

Aquel verano visitó a Akim con frecuencia. Su retrato había sobrevivido a las nieves de febrero y al deshielo de marzo, pero ni la capa de barniz impermeabilizante, que manchaba sus mejillas como una capa de crema de protección solar, pudo salvarle del calor estival. Su cara se difuminaba y desaparecía. Cómo le había envejecido el verano. Cuando estaba vivo siempre había preferido el frío y su sueño era viajar al Polo Norte. Dieciocho años después, su primo, geólogo de profesión, enterraría lo que quedaba del retrato en la nieve del Ártico, ni mucho menos en el Polo Norte, pero sí lo suficientemente cerca como para volver loca la aguja de una brújula.

La cara medio borrada de Akim la dejaba alicaída, pero a una hora de distancia del pueblo encontró la solución.

Un espantapájaros guardaba un campo baldío. Vestía un saco de arpillera y unos pantalones azules comidos por el sol. Su barriga de paja era mayor que la de cualquier habitante del pueblo. Un trapo relleno de hojas muertas hacía las veces de cabeza, pero no tenía cara. Los cuervos se posaban en sus brazos y los ratones hacían madrigueras entre los pliegues de las mangas de su camisa. Sus padres le habían advertido del peligro de aventurarse por los campos, pero la oportunidad de alargar la vida de Akim superaba a sus miedos. Llegó al espantapájaros después de caminar extremando las precauciones a cada paso. Un poste clavado en el suelo atravesaba el blando cuerpo relleno de paja. Lo aflojó dándole patadas y después excavó la base. La tierra le arañaba las rodillas y ella arañaba la tierra con las uñas. El espantapájaros y el poste se inclinaron por fin. Los brazos y las piernas colgaban sin fuerza como un refugiado desplomado en una cama. Cuando finalmente cayó al suelo, los ratones huyeron de la camisa. Todo el brillante cielo azul la vio atar un jirón de tela al extremo del poste astillado y tirar de él. La cabeza de trapo asentía entre los surcos. Los brazos se extendían por el suelo como si buscaran minas.

Tardó tres tardes en unir el cuerpo de paja a la cabeza de Akim. Cuando se puso el sol el primer día dejó al espantapájaros durmiendo en la parte seca de una zanja al lado del camino; la segunda noche lo escondió a la sombra de un árbol caído. Finalmente apoyó el lánguido torso contra el árbol y separó la cabeza de trapo sin cara con tres o cuatro cortes de una tijera de podar oxidada con mangos de goma azul. Cavó un pequeño hoyo, metió el poste dentro y puso al espantapájaros de pie. Al rostro de Akim le había salido una barba de

paja seca que sobresalía por el cuello del espantapájaros, así que lo afeitó con las tijeras de podar. Aunque tenía mejor aspecto no dejaba de ser un cuerpo flojo y sin vida pegado a un retrato desvaído. Hacía falta resucitarlo, de modo que se cortó algo de pelo y se lo pegó a Akim en la cabeza y se pinchó la yema de un dedo con una aguja para devolverle algo de color a las mejillas con su sangre. Después golpeó el pecho del espantapájaros, imitando los golpes que Akhmed le había dado a Akim, y cuando sintió que el aliento vital retornaba a él, el suyo propio, se puso en pie y se secó el sudor que le entraba en los ojos. El aire estaba límpido.

En sus manos el color marrón de la tierra. Una inmensa oleada de puro orgullo le recorrió el cuerpo de arriba a abajo. Siempre había pensado que la felicidad consistía en una ausencia —de pena, de dolor, de miedo—, sin embargo, en aquel momento, en aquel lugar, retumbaba en su interior tan poderosamente como cualquier tristeza. Se miró los dedos con admiración. Habían arrastrado al espantapájaros a través de tres kilómetros de campo, bosque y carretera sin pisar una sola mina. Le habían salvado la vida a Akim por segunda vez.

A lo largo del asfixiante verano solía tumbarse boca arriba junto a Akim y le describía la forma de las nubes que pasaban por los huecos de las copas de los árboles. También se tumbaba boca abajo y le informaba de las noticias fascinantes y asquerosas del mundo de los insectos. Se quejaba de su madre y de su padre, le contaba cómo el Vertedero los había cambiado y cómo el aire seco de la tarde ardía sin refugiados que aliviaran la tensión. Había aprendido que el silencio era más seguro que las preguntas. La barriga de su madre aumentaba día tras día, pero Havaa se reservaba sus preguntas para Akim, que, por su parte, la trataba mejor ahora que estaba muerto de lo que lo había hecho en vida.

Havaa estaba sentada con Akim cuando oyó los gritos de su madre. Al principio pensó que se trataba de la brisa silbando entre los matorrales, pero el aire estaba en calma y el viento no sabía pedir socorro. Corrió a casa. Su madre estaba en el suelo. Llevaba un delantal empapado en sangre y Akhmed y su padre estaban de rodillas junto a ella. —Tiene una hemorragia—, dijo Akhmed. —No sé qué hacer. Hay que llevarla al hospital—. Havaa esperó con su padre mientras Akhmed corría a casa de Ramzan para coger su camioneta. Su padre le pedía perdón una y otra vez con voz entrecortada a aquella mujer de cara pálida que se parecía a su madre e incluso tenía puesto su mismo delantal, pero no podía ser su madre. Si esta mujer se hubiera pasado agonizando cada minuto de cada día habrían podido ser una familia feliz.

La sangre empapaba toda la tela del delantal y Havaa temía que si se

acercaba demasiado la herida se pasaría a su propio cuerpo. Su madre se movió, miró a su padre y puso sus cinco dedos alrededor de los que él no tenía. Abrió la boca para decir algo pero él negó con la cabeza y le pidió que no gastase energías. Havaa nunca olvidaría cómo su padre había acallado lo que podía haber sido la despedida de su madre con tal de que siguiera respirando.

Un frenazo de ruedas sobre la grava, Akhmed entrando a toda prisa, corriendo por el salón, arrodillándose, levantando la cabeza de la mujer que no era posible que fuera su madre, que no podía ser su madre, pero que sí era su madre. Su padre intentaba ayudar pero no podía ni retirarle el pelo de la frente. Dejaron a Havaa en la casa con instrucciones gritadas por la ventanilla del copiloto de la camioneta y se perdieron por la carretera antes de pudiera preguntar nada. La carretera se convirtió en una nube de polvo que se tragó al vehículo. Le pidió a Alá que no dejase morir a su madre y, mientras su plegaria se desvanecía en la polvareda, se quedó pensando si debería pedírselo de nuevo, esta vez en árabe.

Entró en la casa y fue a la habitación de sus padres, donde abrió el cajón superior de la cómoda. Rebuscó entre frescos círculos de monedas, pañuelos de seda y pulseras de cuero. La encontró al fondo del cajón, envuelta en una pañoleta de algodón junto a las joyas que su madre solía probarse cuando creía que estaba sola. Sus dedos recordaban el tacto del objeto incluso a través de la tela. El nudo era sencillo, estaba suelto, se deshizo de un tirón. El color plateado brilló a la luz como si hubiera estado ahorrando todo el resplandor durante meses de oscuridad para ese momento. La sujetó como Ramzan le había enseñado. Pegada contra el pecho. Como si llevara una jarra de agua. Lo que hubiera al otro lado del cañón nada importaba. No veía más allá del gatillo. El mundo entero aullaba y si seguía haciéndolo, si no se detenía, dejaría responder a la pistola.

Havaa no olvidaría el metal frío del arma calentándose entre sus manos y a ella misma agarrándola como si fuera una barandilla. Tiempo más tarde sabría que Akhmed iba al volante gritando instrucciones y que su padre las llevaba a cabo lo mejor que se lo permitían sus manos. Nunca comprendería por qué a Akhmed no se le había ocurrido llevarla con ellos cuando tan necesario era un segundo juego de dedos. En medio del pánico, nadie se acordó de coger el carnet de identidad de su madre. En el control de carreteras, el sargento movía la cabeza comprensivamente pero les explicaba que de ninguna manera la iba a dejar pasar sin los documentos apropiados. En la guerra existen pocas reglas, les dijo, pero las pocas que hay es necesario respetarlas, porque si nos saltamos las más sencillas, como esta, ¿cómo podremos asegurarnos de que se cumplen otras más complejas, enrevesadas, y hasta diríamos que absurdas, como por

ejemplo las de la Convención de Ginebra? Su padre le enseñó las manos en respuesta, pero el sargento, que había crecido en un pueblo minero al norte del Círculo Polar Ártico y encontraba el clima de Chechenia tan benigno que se había reenganchado tres veces, había visto cosas peores. La discusión continuó unos minutos durante los cuales su madre murió sin que nadie se diera cuenta.

La pistola había vuelto al fondo del cajón cuando su padre volvió. La expresión de su rostro le dijo lo que había sucedido y aquel dolor le llegó más adentro que nada que hubiera sentido en su vida, tan profundo que había dejado de ser lo que sentía y se había convertido en lo que era. Aprendió que el objeto del amor puede reducirse a una sola cosa esencial, tan importante como la comida o el cobijo, cuya presencia no sólo se añora sino que se necesita. Pero, incluso aquellos días en que corrió al bosque para estar con Akim, la culpa no complicaba su dolor. No había causado ni contribuido a la muerte de su madre. No podía haberla salvado.

Esa era la diferencia en la manera en que había llorado a cada uno de sus padres. Cuando los federales vinieron a por su padre había pasado ya un año y medio de la muerte de su madre y a ella la había llorado limpiamente porque no tenía culpa ninguna. Pero tres noches antes, cuando las fuerzas de seguridad se llevaron a su padre, ella podía haber cogido la pistola y haber apuntado al primero que asomara la cara por la puerta rota. Podía haber disparado los doce tiros y dejado caer el cargador, podía haberse agachado y haber recargado, como le había enseñado Ramzan.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, había obedecido a la ronca voz de su padre, había salido huyendo por la puerta de atrás y se había refugiado en el bosque con su maleta ya preparada por si acaso. Las sombras de los federales se movían detrás de las ventanas. Echaron abajo la estantería, y los lomos de los libros se abrieron como alas sobre un vientre de plumas blancas sucias de tinta. Los hombres se reunieron en el salón de su casa y miraron al suelo. No sabía de qué se reían porque el tronco podrido le tapaba la vista de lo que sucedía en la casa, así que aún podía creer que no era de su padre. Comió nieve y respiró por la boca, su aliento camuflado en el frío. Los soldados llevaban a hombros un peso invisible. Desaparecieron y volvieron a aparecer en la siguiente ventana. Se arrastró hasta el límite del claro y vio el furgón aparcado. Alrededor de la boca de su padre, un trozo de cinta americana arrugada. Cuando vio que incluso le habían atado las manos deseó verdaderamente tener la pistola para dispararles tres tiros. Pero no había ninguna pistola. La Makarov plateada ya no estaba en el cajón de la cómoda. Hacía tiempo que no estaba allí.

18

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 **2003 2004**

La pistola Makarov plateada era lo único en que pensaba Ramzan durante las dos semanas que precedieron a la desaparición de Dokka, tiempo durante el cual sus intestinos se paralizaron. Cada mañana, enfrentándose al frío sólo con una bata y unas botas de piel de borrego, doblaba la esquina de la casa sorteando los carámbanos que salían de los huecos de los canalones, pasaba entre los dedos escarchados de las ramas de abedul caídas, bajaba por la inclinada pendiente y metía los pies hasta los tobillos en el montón de piñas que había delante de la puerta del cobertizo del retrete. Una vez dentro, se sentaba con los codos encajados debajo de las corvas y apretaba con todo el cuerpo hasta que perdía el aliento y la cara se le ponía roja. Los copos de nieve se colaban por el agujero que había en el techo y le caían en el cuello, donde se fundían con el sudor. Su escroto era un monedero vacío y plano ente las piernas. No podía traer al mundo ni el más diminuto trozo de excremento. Los días estériles se apilaban uno sobre otro, así que probó a cambiar la dieta, ya de por sí limitada a lo que su padre no les daba a los perros. Dejó de comer su plato favorito de cecina de ternera con pimentón, chile y cilantro, el único lujo culinario semanal que su padre le permitía. Suprimió la mantequilla de las tostadas, y de día tan sólo se alimentaba de las manzanas que tanto solían gustarle a su padre. Se moría por las verduras. ¡Verduras! Crudas y verdes, insípidas y ásperas, sí, pepinos y nabos y remolachas. Torturado por lo que consideraba antojos femeninos, se sentía emasculado por segunda vez, pero ni siquiera aquella vergüenza secreta acababa con su deseo compulsivo de repollo y coles de Bruselas, de fibra que barriera su organismo como las cerdas de una escoba rabiosa. Incluso cuando se rendía y se rebajaba a pedir verduras en la caja bisemanal de provisiones que le proporcionaban las fuerzas de seguridad del Estado, no sacaba más que alguna lechuga congelada amarillenta que de todas formas acabaría en las fauces de los ruidosos chuchos de su padre. Sin embargo, cada vez estaba más seguro de que no era el exceso de carne

seca ni la falta de verdura de su dieta lo que le había fosilizado los intestinos, sino la conversación con el coronel de Cosacos. Pensó en recurrir a la oración, pero pedirle a Dios un laxante espiritual era a todas luces un sacrilegio. Inspirado por las enormes y blandas mierdas de sus dieciocho años cuando era un recluta al servicio del Ejército Rojo, se decantó por practicar la calistenia después de *fajr*. El ejercicio le hizo vomitar un par veces, pero ni aún así consiguió producir la más mínima y acuosa deposición. El tiempo, al menos, le daba algo de consuelo. Si había una estación ideal para el estreñimiento era el invierno. Bajo la caja de madera del retrete, el pozo negro era una inodora roca de hielo, sin duda preferible a la fiebre fecal cociéndose en verano bajo el asiento de madera. Se sentaba. Apretaba. Después de mucho forcejear con su organismo llegó a la desesperante conclusión de que sus vísceras le habían traicionado. Aunque sentía que tenía el trasero cosido con hilo bramante, seguía comprobando si había manchado pero por más que examinara, el rectángulo de áspero papel higiénico militar seguía blanco. Ni siquiera hubo mejoría cuando dos semanas después de su primera conversación habló por segunda vez con el coronel de Cosacos y delató a Dokka. Tres días después de que Dokka desapareciera, cuando colgó el teléfono por satélite al final de su tercera y última conversación con el coronel de Cosacos, se paró a sopesar lo que su padre le había sugerido esa mañana sobre Akhmed. ¿Sería cierto? No, claro que no lo era. No podía serlo y él no lo creería, no lo permitiría, porque no era más que un ardid para apelar a su compasión. Sin embargo, ¿rompería su padre un silencio de dos años para decir una mentira? Pero ya no importaba. Ramzan le había dado el nombre de Akhmed al coronel de Cosacos. La súplica salida de los orgullosos labios de su padre aquel día se había vuelto rápidamente contra sí misma al pasar del ruego a la acusación. De modo que, sí, le arrebataría a su padre la única persona del pueblo a la que quería con tal de enseñarle lo que es estar solo. Dondequiera que estuviera Akhmed, dondequiera que hubiera escondido a la niña, ya no era más que un fantasma que aún no se había enterado de su propia muerte.

Ramzan llegó a la conclusión de que el responsable de su bloqueo intestinal era el coronel de Cosacos. Tenía un timbre de voz sombrío capaz de atascar el mismo Volga. De entre sus frases se escapaba el humo de tres paquetes de tabaco diarios. Cuando le preguntó a Ramzan si en el pueblo brillaba el sol aquel día, hablaba con un tono de suave amenaza que, unido a lo pueril de la pregunta, daba la impresión de que para el hombre que estaba al otro lado de la línea la muerte era un insignificante gaje del oficio más. El sol brillaba, es más, resplandecía, sin embargo Ramzan sintió la tentación de mentir, de contestar que una capa de nubes espesa y blanca como la leche

cortada cubría el pueblo, como si contar alguna mentira que otra le absolviera de las verdades que le entregaba habitualmente. Pero no le mintió. Le dijo que sí. Que el sol brillaba. El coronel soltó un gruñido de aprobación y leyó el informe meteorológico militar del pueblo.
La estática interrumpió la recepción. Ramzan apuntó la antena hacia arriba como un pararrayos que extrajese de los cielos toda la fuerza de la voz del coronel. Cuando la transmisión se despejó el coronel le preguntó por la pistola Makarov plateada.

Sin embargo, en aquel día de principios de diciembre de 2004 en que Ramzan salió de su casa, dos semanas antes de que hicieran desaparecer a Dokka, aún le quedaban cuarenta y cinco minutos antes de oír la voz del coronel de Cosacos por primera vez. De su muñeca colgaba una bolsa de lona del tamaño y la forma de un gato muerto; dentro estaba el teléfono por satélite. Salió por la puerta de atrás y cruzó el campo con el viento en contra. El sol caía sobre lo que quedaba del tejado congelado del cobertizo del retrete, pero dado que la letrina no había devorado sus esperanzas y terrores aún, como pronto haría, pasó por delante de ella sin volver la vista y avanzó mientras la nieve se endurecía en las profundas pisadas de sus botas por el estrecho pasillo entre los tendederos con sábanas tiesas de frío, sobre la quebradiza hierba amarillenta, sobre la tumba de sus abuelos, hasta la linde irregular del campo, y penetró en el bosque.

La nieve espesaba el suelo. La quietud de su casa le seguía por entre los árboles. Cuando se hubo adentrado doscientos metros en la espesura, elevó la cabeza hacia
el cielo y rasgó el silencio con un alarido liberador que le aligeró el paso. Lo más probable era que su padre pensara que era uno de los lastimeros aullidos de su jauría. Antes de las guerras los inviernos habían sido más cálidos.
Un meteorólogo quizá discreparía, pero la predicción del tiempo era un acto de brujería propio de infieles en el que no se podía confiar.

Durante los tres kilómetros del paseo buscó huellas en la nieve pero había poco más que la pista de algún conejo. Las mismas condiciones que habían favorecido el crecimiento del bosque, habían provocado el exterminio de la fauna. Cuando el desplome del imperio soviético se llevó por delante a la industria maderera, que hasta entonces había sido la base de la economía del pueblo, desaparecieron los medios e infraestructuras con los que extraer del bosque cualquier beneficio real, así que los habitantes de Eldár recurrieron a la caza. Utilizaron el excedente de municiones producido por la guerra para cazar ciervos, jabalíes, osos pardos y lobos como hombres convencidos de que el hambre les atormentaría siempre y el bosque nunca se agotaría.

Al final, la célula de la caza de subsistencia hizo metástasis en el

cáncer de la operación de tráfico de armas que le costaría los dedos a Dokka y transformaría a Ramzan en un hombre que caminaba tres kilómetros para hacer una simple llamada de teléfono. Su primera experiencia comercial tuvo lugar cuando trabajaba para una pequeña empresa de artesanía surgida gracias a la Perestroika. Su misión consistía en peinar las montañas en busca de esculturas de piedra fabricadas por artesanos chamanes. Las aldeas que descubría eran poco más que islas humanas a gran altitud en medio de un mar de residuos mineros, en las que intercambiaba carburante, medicamentos y latas de comida por rocas esculpidas. Los artesanos siempre negociaban a través de una *shura* de ancianos sobre los que el tiempo había actuado como una sustancia que les derretía las caras y se las volvía a congelar una y otra vez. Ramzan, que en aquella época tenía poco más de veinte años, se sentía como un extranjero entre aquellas criaturas centenarias, y casi siempre pagaba por las esculturas mucho más de lo que valían. Desde su punto de vista, las esculturas de pezuñas de cabra, manos de niño y ciervos mutilados no valían ni el último trago lleno de saliva de una botella de vodka compartida. Transportaba las figuras a un polígono industrial en las afueras de Grozni donde las examinaban, tasaban, empaquetaban y enviaban a países lejanos en los que cosmopolitas adinerados pagarían vastas sumas por exhibir en sus casas la pata de una cabra chechena.

En 1999, años después de sus aventuras por las montañas en busca de esculturas, Ramzan intercambiaba carne curada por cartuchos de escopeta en un pueblo cercano donde conoció a un soldador que fabricaba munición casera.

Por entonces los cartuchos de postas nuevos tenían un precio prohibitivo en el mercado negro, así que el astuto soldador los rellenaba con rodamientos de carro de supermercado. Antes de los negocios siempre conversaban un rato y así fue como un día descubrieron que ambos habían trabajado en el polígono industrial. El soldador le contó que había empezado a trabajar allí como vigilante nocturno inmediatamente después del nacimiento de su primer hijo para conseguir, al menos, dormir en paz toda la noche. Hablaron de cómo en 1991 la empresa de artesanía había dejado de comprar esculturas auténticas en las montañas y había comenzado a producirlas en masa en Grozni con la ayuda de un profesor de la Escuela de Bellas Artes y el trabajo esclavo de sus estudiantes de escultura. Los recuerdos eran un canal por el que fluía la confianza. Lo único que tenían en común era la experiencia del polígono industrial y con eso bastaba. Ramzan le trajo al soldador trozos de carne más frescos y este le dio un Kalashnikov a cambio. Varios días después Ramzan regresó con las sangrantes patas traseras de un oso pardo en el maletero de su camioneta.

Pero un día el soldador se unió a los guerrilleros independentistas y desapareció. Durante el siguiente año Ramzan tuvo que luchar para sobrevivir. Los negocios, ya difíciles de por sí, se vieron aún más complicados por la diabetes de su padre. En un país en el que el agua limpia era un bien escaso, la insulina era imposible de hallar. Pero Ramzan encontró la forma.

Ramzan recolectaba petróleo para la insurgencia, o para los federales, o posiblemente para ambos, en una pequeña y humilde granja colectiva llamada Campo de los Milagros.

El oleoducto que atravesaba la plantación de peras abandonada transportaba el crudo desde los pozos locales a la refinería regional, pero la tubería tenía tal cantidad de agujeros de bala que al final la refinería había tenido que cerrar.

El hedor de las peras podridas que nadie cosechaba impregnaba el aire mientras Ramzan cavaba zanjas, llamadas *graneros*, a lo largo del oleoducto. Oscuros manantiales de petróleo llenaban los *graneros*, que comunicaban con los canales del sistema de riego que antaño suministraba agua a los perales. Aunque casi la mitad del crudo lo absorbía la tierra e iba a parar al acuífero subterráneo, del oleoducto manaba tal cantidad de petróleo que a nadie se le había ocurrido sellar los graneros con una capa de cemento o de plástico. Dos veces al día un camión cisterna aspiraba el crudo con una larga manguera de goma y lo distribuía por refinerías clandestinas, donde lo convertían en carburante diésel de alto contenido en azufre con máquinas obsoletas de ochenta años de edad robadas del Museo Nacional de la Producción Petrolífera. Las mujeres que lo embotellaban y vendían en frascos de cristal por las esquinas eran lo más parecido a estaciones de servicio que existía en cientos de kilómetros.

A veces el gasoil ilegal funcionaba y otras los vehículos explotaban, pero siempre llenaba los cofres de la insurgencia o de los federales, o probablemente de ambos. A Ramzan le pagaban bien y con los beneficios compraba insulina y jeringas en el mercado negro. Debido a las constantes disputas territoriales a lo largo del oleoducto, el trabajo era más peligroso que la misma guerra, pero Ramzan lo soportaba no por amor a su padre sino por miedo a fallarle.

Cuando en 2001 una banda de rebeldes heridos ocupó brevemente el pueblo, Ramzan reconoció al soldador entre ellos. Se abrazaron como hermanos, como si los uniera una experiencia más dramática que haber trabajado en el mismo polígono industrial. El soldador le presentó al comandante del grupo, un hombre con muy mala dentadura y puntos de hilo dental en el pecho. Impresionado por los conocimientos que Ramzan tenía de las montañas, el comandante estaba deseoso de abrir rutas de abastecimiento para los grupos insurgentes durante el invierno, así que lo puso en contacto con un

jeque saudí que se dedicaba a aprovisionar a los guerreros santos en sus *ghazawat* contra el opresor infiel.

El jeque no era el primer wahabí extranjero al que Ramzan veía saltarse la sharia, pero sí el primero que lo hacía jugando al póker por internet. —Está escrito específicamente en El Corán que *el que juega con dados es como el que trata con la carne o la sangre del cerdo*, pero no hace mención alguna de los juegos de cartas—, le explicó en su primer encuentro, que tuvo lugar entre apuestas en la fase de cuartos de final de uno de sus torneos. El jeque era el propietario del único ordenador que funcionaba en todo Volchansk y se conectaba a internet, avance tecnológico que indudablemente permitía demasiada libertad como para ser piadoso, gracias a una antena parabólica portátil. El jeque, un hombre pequeño y rechoncho cuyo cuerpo tenía forma de calabaza, sonreía mirando a la pantalla. —Juego por la mañana, cuando es de madrugada en Europa y América y la mente de los demás jugadores está embotada por el whisky—, le dijo. —Todas mis ganancias, claro está, son para financiar la yihad.

Antes de la primera guerra, la cultura nacional estaba libre de toda corriente fundamentalista. El sufismo siempre había sido la secta islámica predominante y el wahabismo era un artículo extranjero de importación de tiempos de guerra. Wahabíes árabes pasaban por el pueblo en busca de reclutas varias veces al año. Prometían víveres, cobijo, el Paraíso eterno y, hasta que llegase el día del glorioso martirio, un salario mensual de doscientos cincuenta dólares americanos. La monocromática fe wahabí tenía pocos adeptos entre los jóvenes chechenos, pero muchos estaban dispuestos a radicalizarse por un dinero al mes que superaba con creces lo que cualquiera de ellos ganaba al año. La lucha por la independencia confluyó rápidamente con la yihad porque a nadie le importaba la autodeterminación de una pequeña república sin salida al mar. Los países árabes estaban más que dispuestos a financiar una guerra de religión, pero no un conflicto nacionalista. En este sentido daba igual quién saliese vencedor en la guerra entre federales y fundamentalistas: el proyecto de una Chechenia democrática e independiente estaba condenado en cualquier caso. El martirio era una forma fácil de ganarse la vida pero a Ramzan no le apetecía morir, por eso se sintió muy complacido cuando el jeque, exultante tras hacerse con los diez mil dólares del torneo, cruzó sus enclenques piernas y le hizo una propuesta diferente.

Según el jeque, que había estudiado para abogado fiscalista antes de poner su vida en manos de Alá y que volvería a la profesión en cinco años y medio, después de que Alá no tuviera a bien avisarle por última vez del full de uno de sus oponentes, la clave de la guerra eran los suministros. Había que reabastecer y rearmar a los *dzighits*, le

explicó, y no hacerlo era peor para la moral que una cortina de fuego de artillería.

En algunas ocasiones, continuó el jeque, cuando los combatientes estaban escondidos en cuevas en la montaña sin munición para defenderse de una manada de lobos y, mucho menos, para vencer al Ejército Federal Ruso, la yihad sobrevivía meramente como una oración en el corazón de sus devotos seguidores. A aquellas alturas era difícil que alguien se creyera que unos cuantos miles de hombres repartidos por las montañas podían vencer a uno de los ejércitos más potentes del mundo, pero aún así tenían que creerlo. En la mente de los nuevos conversos la ilusión de la victoria era de por sí una victoria, y la moral era esencial en el mantenimiento de esa conquista secundaria de las almas chechenas. Si los soldados de a pie morían a causa de una bomba, la culpa sería de los rusos. Pero si morían de hambre en medio de las montañas, aquella recaería sobre los wahabíes. Por eso el jeque decía que unos cuantos transportistas de confianza tenían más importancia que todas las plegarias del mundo árabe, aunque eran muy difíciles de encontrar para un extranjero como él que no conocía el país. Ramzan sí lo conocía. No fue difícil convencerlo. El jeque le dio un sobre con diez billetes verdes de veinte dólares. Ramzan pellizcó el dinero con la punta de los dedos. Por algún motivo, siempre había pensado que el dinero americano sería más grueso.

Mientras sus vecinos bregaban por los bosques en busca de caza, Ramzan conducía a Volchansk, Shali e incluso Grozni. Las armas que entregaba en los campamentos rebeldes provenían en su totalidad de fábricas rusas. Algunas se las compraba al por mayor a un capitán de los federales corrupto que daba a su compañía la orden de firmes cuando Ramzan llegaba y recorría las filas provisto de una bolsa de paracaídas en la que iba metiendo las municiones que Ramzan le leía en voz alta de una lista confeccionada por el jeque. En los informes a sus superiores, el capitán se referiría a aquellos incidentes como emboscadas de la insurgencia en las que sus hombres no habían tenido más remedio que rendirse. Otras procedían de las rutas de contrabando que atravesaban las zonas fronterizas como las vetas del mármol.

Un día, mientras hablaban sobre rutas de suministro, el jeque le mostró un plano completo de la república que había montado con media docena de mapas de baja resolución extraídos de internet. —¿Qué te sucede?—, le preguntó al verlo con los ojos como platos ante los trozos mal alineados y pegados con cinta adhesiva. Era la primera vez que veía un mapa de su propio país. Los soviets los habían prohibido por miedo a que se convirtieran en un símbolo que fomentase el nacionalismo o, como mínimo, que exacerbase el

engreimiento de los camioneros de largo recorrido. En la frenética ola de contrabando que siguió a la caída de la Unión Soviética, a nadie, que Ramzan supiera, se le había ocurrido colar un solo mapa por la frontera. De pronto tenía uno delante mismo de sus narices. El país parecía un rectángulo dibujado por un enfermo aquejado de *delirium tremens*. Hasta entonces no lo sabía. Se sintió de lo más patriótico. —Es un mapa precioso—, respondió al fin. El jeque se lo regaló.

En los dieciséis meses que trabajó para el jeque, Ramzan transportó armas semiautomáticas, cintas de ametralladora, pistolas Makarov, cajas de balas a granel separadas por calibre, fusiles de francotirador con miras telescópicas, granadas de mano, dispositivos de bombas trampa, bloques de Semtex envueltos en papel marrón, cronómetros, rollos de cable de distintos colores, fotografías en blanco y negro de bases militares rusas, mapas en los que figuraban los controles militares, las ruinas y las carreteras cortadas por los federales, latas de espesa y oscura grasa, recipientes de gasolina de plástico rojo, baterías, botes de gas para mechero, brújulas, pañoletas, jabón en polvo, tabletas para purificar el agua, tabaco, sacos de arroz, patatas, mermelada de ciruela, albaricoques secos, leche condensada, lentejas, pimienta molida, comunicados, papel de arroz, bolígrafos, sobres, cartas de familiares, salarios, alfombras de oración, Coranes de bolsillo, tuberías de acero reconvertidas en lanzamisiles y misiles caseros. Se le pagaba según las exigencias del combate. El salario a veces venía en sobres: libras esterlinas, rublos, dólares, euros. Otras veces consistía en parte de la mercancía: un par de botas militares, una cesta de maíz fresco, una piel de jabalí, un abrigo de piel de borrego, una pistola Makarov plateada. Cuando se sentía como un criminal se recordaba a sí mismo que un país sin ley es un país sin crimen.

La guerra prolongaba los viajes de abastecimiento más allá de los simples cálculos de tiempo y distancia. Recorrer cien kilómetros podía llevar varias semanas de preparación y varios días de ejecución. Cargaba la camioneta al máximo y sólo usaba una deshilachada tela azul para cubrir la mercancía. Tanto si los federales le encontraban un cuchillo para la mantequilla como si le encontraban una bomba atómica, la sentencia sería un tiro en la cabeza. Conducía entre picachos que aserraban el cielo cada vez más alto según se acercaba. Circulaba por los senderos de los pastores entre la hierba alta, dado que el peligro acechaba en las principales vías de comunicación, bajo ellas y sobre ellas en forma de patrulla, mina terrestre y helicóptero. Los llanos se convertían en colinas y estas a su vez en montañas. Subía por caminos en zigzag tan empinados que se veía obligado a realizar tres maniobras en cada curva. Había perdido los espejos retrovisores exteriores. Las rocas habían arañado la carrocería. De vez en cuando

miraba los barrancos de indefinible color verde estrechándose hacia corrientes de agua que marcaban la inclinación y la profundidad del terreno. Los nubarrones hacían que las ciudades y pueblos parecieran más pequeños en la distancia. Tanto los invasores como los invadidos se aferraban a los puñados de tierra que habían conquistado, pero al final la tierra los sobreviviría a todos.

Conducía hasta donde las montañas se lo permitían.

A partir de ahí comenzaba los tramos más cortos y más arduos. Colocaba la mercancía en una estructura de madera, se la echaba a la espalda y la fijaba con cintas de lona y cable elástico. Si estibaba bien el peso era capaz de cargar cuarenta kilos montaña arriba. Los rebeldes no le ayudaban porque consideraban que tales labores no estaban a la altura de su devoto patriotismo, así que tiraba de los cuarenta kilos por riscos y peñas comprobando la brújula y los picos de las montañas cada diez minutos. En la muñeca se ataba una campanilla para que los centinelas lo oyeran aproximarse. Aparecían de pronto en ropa de camuflaje y con las barbas colgando de las caras bronceadas y lo recibían con arrogante gratitud de mártires. Dependiendo de dónde estuviera el campamento rebelde y de dónde tuviera que dejar la camioneta, invitaba a Dokka a ir con él. A Akhmed, nunca.

Allí.

Las huellas de un alce.

Lo detuvieron unas huellas impresas en la nieve como una larga elipsis que no llevaba a ninguna parte. Se agachó.

Las huellas no se habían congelado aún y lo más probable es que el alce estuviera a pocos centenares de metros de distancia. Volver a ver un alce. Admirarlo sin disparar. Se puso de pie y miró el reloj. A la luz del sol las agujas plateadas adquirían un tono dorado. Faltaban veinte minutos para la llamada. Intentó seguir la pista con los ojos entre los pinos y abedules. En algún lugar de aquel espacio de hielo y sombra el movimiento rompía la quietud y la perturbación había abierto un espacio en su interior. Había que seguir. Debía ser puntual. Ni siquiera el avistamiento de un alce era excusa para el retraso.

Los árboles dieron paso al claro del bosque abierto más recientemente. Los retoños de pino y abedul ya eran más altos que él. Se elevaban sobre los tocones de sus predecesores enterrados en la nieve. Sus huellas serpenteaban entre ellos, más profundas y visibles que las del alce, hasta detenerse delante de los neumáticos de un camión maderero destartalado. Los leñadores lo habían dejado allí cuando huyeron y, en la década que había transcurrido desde entonces, la pintura amarilla se había decolorado y cuarteado y una capa de óxido rojizo la sustituía. El dibujo de los neumáticos era tan profundo que los usó de escalones para subir a la cabina. Aunque una

telaraña de fisuras recorría el parabrisas, el cristal aún sostenía el peso de la nieve. Se sentó en el asiento del conductor, abrió la bolsa de lona y montó el teléfono.
El satélite consistía en tres rectángulos metálicos revestidos de resina que, una vez ensamblados y colocados en un ángulo de quince grados sobre el techo del camión, tenían el aspecto de una bandeja de horno puesta al sol. Conectó dos cables negros al satélite. Uno iba a la batería, que había dejado en el techo junto al satélite, y otro bajaba por la ventanilla rota hasta el receptor. El teclado de color verde se iluminó. Faltaban tres minutos. Aunque aquellas conversaciones telefónicas lo avergonzaban y le producían remordimientos, eran sin embargo los mejores momentos del mes. Hacía cerca de dos años que los militares del otro lado de la línea eran los únicos interesados en hablar con él. Calculó la temperatura por la longitud de la vaharada que le salía de la boca, que crecía y se desvanecía. El silencio del bosque entero estaba concentrado en la cabina.

Posteriormente almacenaría el recuerdo de aquel momento junto al del rodillo de cocina de su madre, cómo se le hacía la boca agua con sólo verlo fuera del cajón. Lo atesoraría como atesoraba un ovillo de lana amarilla aún unido a la manga de un jersey sin terminar que su madre estaba tejiéndole cuando murió. Tejería aquellos tres minutos en la trama de recuerdos que tenía de su madre, porque siempre le quiso y creyó en él y pensaba que era un niño bueno y generoso, y había muerto antes de ver el medio- hombre en que se había convertido. Había sido un chivato de las fuerzas de seguridad del Estado durante casi dos años. Había delatado a personas que le habían felicitado el cumpleaños todos los años de su vida. Y, sin embargo, se sentía la víctima de sus crímenes tanto como su autor.

A las once en punto marcó los nueve números en el teclado. Respondió un asistente con una voz que gorjeaba como un clarinete en el silencio helado de la cabina.
El asistente le pasó con el coronel, cuya voz, si había que ser honestos, no tuvo efecto alguno sobre sus intestinos hasta que mencionó la pistola Makarov plateada.

En enero de 2003, cerca de dos años antes, había salido en lo que sería su último viaje a las montañas. La mañana de su partida se despertó temprano e hizo sus abluciones y plegarias sobre el trapecio de luz del amanecer que se extendía sobre el suelo como una alfombra de oración.
El sol invernal marcaba las mismas horas que el reloj de la ya cerrada oficina de correos soviética y Ramzan preparó su marcha sin encender siquiera una lámpara de keroseno. Ya hacía nueve años que en la casa que compartía con su padre no había apenas electricidad, así que la oscuridad no le parecía una ausencia sino más bien un espesamiento

del aire, una suerte de viscosidad que ralentizaba sus movimientos y le obligaba a recurrir a la memoria espacial. Sus calzoncillos largos habían encogido por las rodillas y, mientras se ajustaba el cordón elástico de la cintura, se lamentó del hecho de que fuera más fácil conseguir una caja de fusiles de francotirador de las Fuerzas Especiales que unos calzoncillos termales decentes. Antes de abandonar su habitación metió la mano en una cesta de mimbre con ropa sucia. Los calcetines de lana y las camisetas interiores se arrugaban y se separaban pero, al fondo, la pistola Makarov mantenía su forma.

En la cocina, el hervidor de agua humeaba. Ramzan abrió la puerta del horno de leña y se calentó las manos en el resplandor anaranjado. Del salón venía un ruido de páginas. Su padre sabía que se iba a las montañas esa mañana.

Una luz de color mostaza salía por el umbral de la habitación y, después de hacerse una taza de té, Ramzan caminó hacia ella. La luz le bañó los pies y le subió por las piernas, perfilando su ropa interior dada de sí y amarilleándole las manos, las muñecas, los antebrazos, los codos. —Hoy te vas temprano—, dijo su padre con un conocimiento de la respuesta que transformaba la pregunta en afirmación. Estaba sentado en su escritorio a la luz de una lámpara. Ramzan tomó asiento en una otomana marrón cuyo respaldo había perdido el color después de años de enfrentarse al sol de la mañana.

—¿Qué lees?—, preguntó Ramzan.

Su padre esbozó una sonrisa avergonzada como si lo hubieran pillado comiendo *manti* de la cacerola con los dedos y puso la portada de cartón bajo la luz. Era una novela de misterio sobre un torpe espía americano que se infiltraba en el Kremlin y era descubierto por un comisario cuyo espíritu comunista y excepcional buena suerte compensaban sus escasas dotes deductivas. Su padre sólo leía esas noveluchas cuando Ramzan se iba a las montañas. El recurso a la ficción barata en un hombre que pasaba la vida entre textos académicos, anunciaba su preocupación paternal con el volumen de un megáfono.

—¿Lo habías leído ya?

—Dos veces.

—¿Quién gana? ¿Los americanos o los rusos?

—Los dos—. Su padre miraba el cristal helado de la ventana.

—¿Y entonces quién pierde?

—Todos los demás.

—Estaré de vuelta en una semana.

Su padre asintió y volvió al libro. Aquella sería su última conversación en dos años.

—Hasta pronto—, dijo Ramzan. Su padre marcó la página con un

lápiz, se levantó y le echó los brazos alrededor de los hombros. Su aliento le calentaba la mejilla como un banco de humedad veraniega superviviente. En el escritorio, debajo de la novela, el esqueleto mecanografiado de su manuscrito sangraba tinta roja. —Si te dedicaras a escribir tu libro en lugar de leer los de los demás, puede que ya hubieras terminado.

—Quizá—, contestó su padre. Su abrazo, más que romperse, se disipó, como un suspiro que liberase la ternura que ambos habían compartido brevemente. Para su padre aquel abrazo era un acto de precaución más que de amor, pues así, en caso de que Ramzan no volviera de las montañas, tendría el consuelo de saber que el último gesto que había tenido hacia su hijo había sido de cariño, no de decepción.

De vuelta a su habitación, apartó unos tablones trucados de la tarima del suelo, metió la mano y buscó un trozo de cuerda deshilachada. Se envolvió el extremo en la muñeca y tiró de un palé de madera por el cemento del subsuelo de la casa. Sobre el palé había una bolsa de lona con sus más preciadas posesiones. Tres granadas de fragmentación, un Kalashnikov, ocho cargadores, un cuchillo de caza, un viejo carnet de la sauna del pueblo, doscientos mil rublos divididos en ocho fajos retractilados y una cajita de madera de sándalo que contenía una manga de jersey sin terminar aún unida a un ovillo de lana amarilla.

Se metió un fajo de billetes en el bolsillo superior derecho de su chaqueta del Ejército Rojo, que parecía estar completamente hecha de bolsillos, y metió los brazos por las mangas, que parecían los bolsillos de mayor tamaño. Tenía aspecto de pescador. Sacó la Makarov plateada de la cesta de ropa sucia, la envolvió en un trapo y la metió en la bolsa de lona. Era para él. Se trataba de una de las veinte que tenía que llevar a las montañas aquel día. Una pequeña propina por las molestias. En tres semanas enseñaría a Havaa a usarla.

El sol de la mañana brillaba en la escarcha mientras se dirigía a la camioneta con la mochila al hombro y la tetera en la mano. Dejó la tetera enfriándose en la nieve y abrió el capó. El anticongelante era un lujo inalcanzable, así que hasta que llegase la primavera vaciaba el radiador todas las noches y lo rellenaba por la mañana. Las armas y los suministros, incluidas las diecinueve pistolas Makarov, ya estaban en el vehículo. Dejar las armas de fuego en el coche era menos peligroso que meterlas en casa. La diferencia de temperatura podía romper el mecanismo de los rifles. Su padre estaba en el umbral de la casa. Su ceño era la más profunda de las arrugas de su cara.

Dos minutos después su hogar no se distinguía de las demás casas con tejados cubiertos de nieve que se veían por el espejo retrovisor. Al llegar a casa de Dokka tocó el claxon dos veces. Al segundo toque la

discusión entre Dokka y su mujer, que se filtraba a través de la ventana del salón, cesó. Havaa estaba en la puerta con cara triste mientras su padre se colgaba una mochila de los hombros y caminaba por la nieve hasta el asiento del copiloto.

—¿Una mañana difícil?—, preguntó Ramzan.

Dokka sonrió. —¿Y cuál no? Soy un hombre casado.

No había pasado ningún vehículo desde la última nevada, así que, sin huellas de neumáticos que le guiaran, era difícil saber dónde estaba la carretera. Mientras no chocara con un árbol, pensó, iba en dirección correcta. Hundido en el asiento del copiloto, Dokka daba vueltas a un guijarro que llevaba en la mano.

Mientras se dirigían hacia el sur, el espesor de la nieve que cubría la carretera pasó de diez a veinte centímetros. Ramzan condujo tanto rato exactamente a cuarenta kilómetros por hora que parecía que los dos dígitos se habían quedado ensartados en la aguja del velocímetro. Pararon a comer y a hacer sus necesidades al lado de unos pinos bajos cuyas ramas cargadas de nieve ocultaban la camioneta roja.

—La nieve es como mi suegra—, dijo Dokka cubriendo los rastros del vehículo con los pies. —Le cuenta dónde hemos estado al primero que pasa.

—Toma un cigarro.

—Este año no has ido de caza. Se te ha olvidado lo fácil que es seguir el rastro de un ciervo en la nieve recién caída.

Ramzan se sentó en el capó todavía caliente del motor. ¿A qué se debía el súbito nerviosismo de Dokka? Si los federales o las fuerzas de seguridad del Estado los atrapaban los matarían a tiros, sin duda, pero podían acabar igual en Volchansk, en Eldár, en la calle, en sus casas, durmiendo o jugando al ajedrez. Los hombres chechenos corrían esa suerte con tanta frecuencia que preocuparse por ello parecía una estupidez.

Tenían delante un campo blanco en el que no había crecido nada más que polvo y matojos en los últimos ocho años. La nieve desdibujaba las distancias y el campo se extendía más allá del horizonte, tan ancho que se tragaba al sol.

—Tampoco vas a poder seguir con esto mucho tiempo—, dijo Dokka. —La guerra se acaba. Grozni ha caído. Estas escaramuzas son los últimos coletazos.

—Eres un optimista, Dokka.

Cayó la noche y viajaron por valles abancalados hasta llegar a una aldea construida con la misma piedra clara que coronaba las montañas. Siglos antes había sido el hogar de varios miles de personas, pero en 1956, cuando los chechenos pudieron por fin retornar del exilio en Kazajistán, las autoridades soviéticas les

prohibieron volver a sus hogares ancestrales. Aquella aldea de ruinas impolutas era una de tantas desperdigadas por las tierras altas. A Ramzan le parecía antinatural ver un pueblo destrozado por el tiempo y el abandono y no por las bombas y las balas. Los treinta y nueve residentes que se congregaron alrededor de la camioneta compartían la sangre de tatarabuelos comunes. Los hombres llevaban gorros de piel de borrego y botas altas de cuero, las ancianas, pañuelos grises y negros en la cabeza y vestidos largos y lisos; y las jóvenes, hijabs de color rosa o azul de la anchura de un cuchillo de caza. Los niños se mantenían fuera del alcance de la luz del coche por miedo a que les quemase.

El jefe de los ancianos, un hombre arbóreo conocido por comer nieve para aplacar a su úlcera de estómago, les dio la bienvenida. Se lavaron en una tina de metal y fueron a cenar a su casa. Las paredes eran lascas de piedra selladas con argamasa de arcilla y cal y adornadas con antiguos petroglifos: rayos de luz que brotaban de soles del tamaño de ciruelas. Comieron en la sala principal sentados en los colchones sobre los que luego dormirían. Se masticaba de forma diferente en aquel lugar. Los cuencos estaban llenos. Las raciones eran enormes. No había necesidad de palabras cuando la lengua conversaba con el cordero.

Ramzan y Dokka, no habituados a tanta comida, terminaron los últimos. En cuanto dejaron los cuencos, las mujeres, que estaban esperando a que los hombres terminaran de comer para ocupar sus sitios sobre las pieles lanudas, entraron por la puerta trasera. Ramzan, el último en salir, escuchó susurros y risitas sofocadas al cerrar la puerta detrás de él y deseó poder quedarse con ellas. Los hombres los llevaron por un sendero de ciervos que pasaba por delante de los restos de una torre cubierta de hielo. Siglos antes había sido una fortaleza, una torre de vigilancia, un faro, una seña de identidad de todo el *teip*, ya disperso y desaparecido. Dejaron atrás la torre y llegaron a un claro en medio del cual había una plataforma elevada, plana y seca con forma de rueda hecha de tablas. El eje del círculo era un anillo de piedras que contenía las cenizas de una hoguera. Los hombres trajeron troncos de un cobertizo excavado en la ladera de la montaña. Unos minutos más tarde el fuego rugía, era más alto que Ramzan y tan fiero que se podían contar los anillos de los troncos que aún no se habían consumido. Hacía años que no participaba en un *zikr*.

Ramzan y Dokka se quitaron las botas y formaron un círculo alrededor del fuego con los demás. El anciano dio comienzo al *zikr* con una plegaria. Una firme invocación.

La voz de un hombre en un país despojado de hombres, pensó Ramzan. *La ilaha illallah, la ilaha illallah*, repetía el anciano con una

lenta cadencia que separaba las sílabas y las dejaba suspendidas como expresiones de un lenguaje superior.
A ambos lados otras voces se le unieron en repeticiones armónicas que apuntalaban la invocación del anciano. Comenzaron las palmadas, no para seguir el ritmo sino para propulsarlo. La plata de la luna y el rojo de las llamas se unían en la cara inclinada del anciano. *No hay más dios que Alá*. Los hombres se mecían de lado a lado mientras se aceleraba el ritmo. El balanceo se transformó en fuertes pisadas. Se levantaban nubes de serrín de la plataforma que temblaba y los hombres se despojaron de sus abrigos. El fuego ardía y los hombres exudaban calor. Se agitaban las mangas de los abrigos, caían las manos de los guantes de lana, pero los gritos no eran los gritos de las minas ni las armas; el dolor de la cara del anciano era el piadoso dolor de la separación. *No hay otro dios. Más que Alá. No hay dios. Sino Alá*.

Ramzan daba palmas y pisaba y gritaba y ríos de sudor corrían por su rostro. De pronto, el tercer hombre a partir de Ramzan soltó un largo gemido, y aunque Ramzan no pudiera saber dónde empezaba una palabra y acababa otra dentro del hilo de sonidos que brotaba de aquella garganta, supo exactamente qué quería decir. El hombre tenía los ojos cerrados, y la insólita serenidad que había en su cara indicaba que había visto todo lo que está permitido ver.
La voz del anciano cayó una octava y los hombres transformaron al unísono sus pisadas en una danza. Corrían gozosos en el sentido opuesto a las agujas del reloj, deslizando el pie izquierdo y golpeando fuerte sobre el talón derecho. Giraban al unísono. Trescientos sesenta grados en un plano indivisible. La presión se le acumulaba en el pecho; trataba de contenerla recordándose a sí mismo que ya no era sufí, que aquella gente no era su gente, que la pena humana es la profecía de un cielo vacío, pero la presión crecía y crecía como el recuerdo de un orgasmo extinguido tiempo atrás, acortando el espacio entre sus células, hasta que le llegó la liberación. No había melodía en su lamento; su voz sonaba áspera y ronca, y él la elevó más aún. Los demás hombres no lo notaron debido al temblor de las palmadas y las tablas, pero la siguiente bocanada de aire que Ramzan se metió en los pulmones venía cargada de paz.

Por la mañana, Ramzan se despertó con dolor de garganta. Después de un desayuno de frutos secos y leche de cabra, el anciano los acompañó a la camioneta. Le entregó diez kilos de arroz y un litro de butano a cambio de su hospitalidad. El viejo no quiso aceptar otras municiones que no fueran cartuchos de caza, y a pesar de sus protestas, Ramzan insistió. No recordaba cuándo antes le había importado tanto la seguridad de un desconocido. Pero el duro gesto de la cara del anciano dejó claro que nunca le convencerían de la seguridad que proporcionan las granadas de mano. Al alejarse en la

camioneta, a Ramzan le resultaba difícil concentrarse en la carretera. Las vidas que vivían los que quedaban detrás eran tan pequeñas y anónimas que habían escapado del ojo del Estado socialista y de la primera y la segunda guerra de Chechenia. La noche anterior, por primera vez en mucho tiempo, Ramzan se había sentido completo y sus ojos volvieron al retrovisor, donde se hallaba toda su dignidad enmarcada en unos pocos centímetros cuadrados de espejo.

Condujeron cinco horas más por pasos de montaña tan estrechos que, de no haberlo hecho ya, los espejos exteriores habrían desaparecido, y de vuelta a los valles. Cinco horas escuchando a Dokka elogiar a su mujer, su capacidad de iniciativa, sus conocimientos de jardinería, el excepcional talento culinario que le permitía cocinar platos deliciosos con solo la tercera parte de los ingredientes necesarios. Cinco horas de halagos tan espléndidos y exagerados que tenían forzosamente que encerrar algún tipo de insulto, pues de lo contrario, para qué hacerle un elogio tan encendido del matrimonio a alguien que nunca podría casarse, para qué glosarle las maravillas de la vida en pareja si no era para zaherirle, a él, a Ramzan, el cual, durante aquellas cinco largas horas, se sintió tan incompleto que habría dado la mano derecha en concepto de dote con tal de tener una esposa que no supiese cocinar, coser, ni criar niños; una esposa que cometiera adulterio, se tirase pedos en público y lo tratase como a un animal. Sí, se casaría y sería feliz, porque un hombre desgraciado no deja de ser un hombre y él no lo era, no de verdad, y aún así todo el mundo esperaba que lo fuera. Los vecinos, por Dios santo, *por qué no te casas, un hombre guapo como tú aún viviendo con su padre*. Si no decía nada, su callada reticencia despertaba los rumores, *es que no le gustan las mujeres, por eso tiene treinta y un años y sigue soltero*, y al final ya no sabía qué le humillaba más, si la verdad o los cotilleos, así que finalmente decidió que lo mejor era dejar que se propagasen las habladurías sobre su presunta homosexualidad mientras su silencio sirviera para arrojar algo de duda sobre el asunto. Sí, su silencio engendraba todo tipo de dudas, sobre todo en su propio interior, y la vergüenza se hacía rabia y le corría por las venas, los riñones, los brazos, los dedos de los pies, para regresar a aquel segundo corazón en el que quedaban grabados los nombres de quienes lo calumniaban. Tiempo después recitaría esos mismos nombres por un teléfono vía satélite, y los que habían inventado esas historias sobre él caerían víctimas de sus propios cuentos cuando expresiones como *simpatizante de los rebeldes, wahabismoo yihad* reemplazaran a *homosexualidad*. Pero aquellas palabras estaban aún por ser pronunciadas, aún eran inimaginables, y el purgatorio de la mujer de Dokka, dentro del cual él era el desafortunado público, continuaba interminable incluso después de

cinco horas de conducción, cuando frenó en seco en lo alto de una loma porque allí mismo, a menos de doscientos metros, había un pelotón de soldados rusos a los que Ramzan vio como invasores y liberadores a un tiempo, que podían matarle pero al menos también liberarle del tormento de la voz de Dokka, así que temblando de miedo y gratitud dijo las palabras que tenía en la lengua desde hacía cinco largas horas. —Cállate ya, Dokka.

Un agradable silencio invadió la cabina y Ramzan lo disfrutó por un momento, antes de que el miedo volviera a apoderarse de él. Había dos transportes blindados de tropas, dos jeeps UAZ y un tanque con ametralladoras en la torreta.

—¡Da la vuelta!—. Dokka le tiraba de la manga de la chaqueta. —¿Qué haces? ¡Vámonos de aquí!

Ramzan tenía el pedal del freno pisado a fondo. —Nos han visto.

Era cierto. La torreta del tanque los tenía enfilados y la nieve salía disparada por detrás de los todoterreno que aceleraban cuesta arriba para darles alcance.

—Si huimos la hemos jodido. Si esperamos y somos razonables quizá salgamos de esta. Tan sólo pasamos por aquí. Todavía no es un crimen estar vivos. Puede que incluso todavía tengas ocasión de terminar de contarme lo de tu mujer.

Los vehículos pararon a veinte metros de ellos y esperaron mientras el tanque subía la loma. Los soldados no eran *kontraktniki* cubiertos de tatuajes, como los que Ramzan había visto en la *zachistka*. Comparados con aquellos descomunales osos rusos, estos eran simples chacales medio muertos de hambre. *Quizá vivamos para ver el atardecer*, pensó.

Cuatro soldados con ametralladoras se acercaron. Ramzan levantó las manos con las palmas hacia los federales. Dokka lo imitó.

—Tú ya has estado en un campo de filtración y sobreviviste. No te hicieron daño—, tartamudeó Dokka. No podía ni convencerse a sí mismo. A Ramzan le hubiera gustado cogerle por las orejas y sacudir su estúpida cabeza hasta que saliera el único grano de lógica que contenía. Se inclinó hacia delante y sintió el espacio vacío que tenía entre las piernas.

—Cállate, Dokka. Deja de hablar.

Uno de los soldados se acercó a la puerta del conductor. Llevaba al menos una semana sin afeitarse, pero la barba recrecida no lograba esconder sus mejillas demacradas.
La indiferente nieve se extendía por todas partes.

—Agua—, graznó el soldado. Ramzan confundió la pregunta y sacó el carnet de identidad.

—Agua—, repitió el soldado. —Llevamos días comiendo nieve

sucia. Necesitamos agua limpia. ¿Hablas ruso?

—Creo que deberíamos darle agua—, dijo Dokka con las manos aún en alto. Era la primera cosa juiciosa que decía en toda la jornada.

—Tengo agua junto a los pies—, le dijo al soldado. —No me dispare.

El soldado aceptó la cantimplora grasienta y suspiró al llevársela a los labios. Ramzan hizo suyo su alivio. El soldado no sospechaba que aquel agua había pasado el día anterior circulando por el radiador del motor.

Dokka todavía tenía las manos en alto cuando les ordenaron salir del vehículo. Ramzan protestó brevemente y sin mucho convencimiento. Al fin y al cabo le había ofrecido agua al primer soldado. ¿Era así cómo le devolvían el favor? Dejó de protestar cuando el soldado, una vez saciada la sed, le puso el cañón del arma en la frente. Estaban tumbados con la cara contra la nieve y las manos atadas a la espalda con bridas de plástico. Para mantener la cara por encima de la nieve Ramzan tenía que arquear la espalda, sacar pecho y revolcarse como una ballena varada. Desde esa incómoda postura vio a los soldados descargar los sacos de arroz y grano de la camioneta. Segundos después encontrarían las pistolas Makarov, las granadas, el Semtex y los cables y él moriría allí mismo, debatiéndose como un maldito mamífero marino a muchos kilómetros de su casa. Ojalá se hubiera cosido su dirección al dobladillo de los pantalones. Nunca había tomado esa precaución para que las fuerzas de seguridad no implicaran a su padre, pero ahora, con la nieve calándole la chaqueta, no se le ocurría nada más inhumano que una tumba sin nombre. Quizá incluso le obligaran a tumbarse sobre Dokka para ahorrar municiones. Semejante muerte era un insulto para un traficante de armas. Exigiría su propia bala. Podían hacerle ese pequeño favor por la cantimplora. A su lado, Dokka ya se había rendido. El calor que desprendía su cara había fundido un hueco en forma de tazón en la nieve. Lloraba dentro.

—No te preocupes—. Ramzan se sorprendió de su propio tono de voz. Se acercaba el final y estaba en calma. —Hoy averiguaremos quién tenía razón, si los comisarios o los imames.

—Qué valiente eres—, dijo Dokka. —Y yo aquí llorando. Soy una deshonra para ti.

Cuánto se confunde la tristeza inmensa con el valor. Abrió la boca y la llenó de nieve. La sintió derretirse mientras escuchaba los sollozos de Dokka. Al menos los soldados recordarían cuál de los dos se había enfrentado a las balas con los ojos despejados.

Los soldados, en una extraordinaria muestra de misericordia y moderación, decidieron no ejecutarlos allí mismo. Después de encontrar las armas los pusieron de pie a ambos. Sacudiendo la cabeza

al contemplar el moco congelado que le colgaba del labio a Dokka, decidieron hablar sólo con Ramzan. Se habían perdido. Tres noches antes, el frío había acabado con su radio y llevaban desde entonces recorriendo los campos nevados en busca de algún lugar habitado. No estaban buscando la camioneta roja. Habían dado con ellos por casualidad. Los condujeron a uno de los UAZ a punta de pistola.

El oficial al mando le preguntó —¿Sabes lo que es el Vertedero?

Ramzan asintió.

—¿Puedes decirnos en qué dirección está?

—¿Dirección?

—Ya te he dicho que estamos perdidos.

No se lo podía creer.

—Si nos llevas allí, viviréis. Al menos hasta que estemos allí. Eso sí puedo garantizártelo. Después, posiblemente también. Conozco a un teniente allí.

—De acuerdo—. No sabía qué otra cosa podía decir.

Al oficial al mando se le iluminó la cara de agradecimiento. Ramzan pensó que iba a besarle, así que empezó a moverse hacia el jeep. Los soldados los condujeron colina abajo con delicadeza para que no perdieran el equilibrio.

El oficial al mando le abrió la puerta del jeep y le liberó las manos con el borde serrado de un cuchillo de caza.

—Cuidado con la cabeza—, le advirtió. El oficial nunca hablaría con nadie del tiempo que había pasado sirviendo en Chechenia. La mujer con la que se casaría tres años y medio más tarde vería en él a cien hombres distintos, un marido, el padre de sus hijos, un devoto de la iglesia, el profesor de una escuela de primaria, el voluntario de una organización benéfica, pero entre toda aquella multitud a la que tanto amaba, nunca vería al oficial al mando de un pelotón.

Ramzan se sentó en el extremo del asiento con Dokka al lado. Pasaron unos incómodos minutos antes de que el oficial reapareciera en el asiento del copiloto con un Marlboro, la marca de tabaco favorita del comandante en jefe rebelde, colgando del labio. El oficial y sus hombres los observaban expectantes.

—¿Qué?—, preguntó Ramzan.

—No te has abrochado el cinturón de seguridad—, observó el oficial.

—¿Cinturón de seguridad?— Miró a su alrededor. Todos los soldados llevaban el cinturón de seguridad.

—De aquí no se mueve nadie hasta que te lo abroches.

Ramzan asintió. Por supuesto, había que abrocharse el cinturón, igual que había que ayudar a los soldados a llegar a un campo de tortura. La estupidez era la única ley en vigor en todo el universo. Se

abrochó el cinturón y sacó una brújula del bolsillo de la chaqueta. —Dé la vuelta—, dijo. —El Vertedero queda detrás.

En menos de una hora Ramzan encaminó al conductor hasta la carretera que conducía al Vertedero. En los campos había óvalos de nieve derretida. Trozos de tierra húmeda caprichosamente curvilíneos. El sol brillaba. En un determinado momento bostezó y sintió el codo de Dokka. El soldado de las mejillas demacradas y los labios manchados de grasa dormía a su lado.

—Creo que Akhmed se acuesta con mi mujer—, dijo Dokka. Ramzan volvió la cara hacia la ventanilla. Ramas plateadas pasaban a toda velocidad. El verano sería precioso aquel año. Ya había oído todo lo que le interesaba saber acerca de la mujer de Dokka.

Principios de diciembre de 2004. Dos semanas antes de la desaparición de Dokka. En la cabina del camión maderero abandonado. Primera conversación con el coronel de Cosacos.

—¿Ramzan Geshilov?

—A la orden, señor.

—¿Reconoce mi voz?

—No, señor. Es usted el relevo del capitán Iván Fyodorovich?

—¿Es ese el oficial con el que contacta habitualmente?

—Sí.

—¿Sí, qué más?

—Sí, señor.

—Me he follado a la mujer de su oficial de enlace ochenta y siete veces, y sólo las tres primeras antes de la boda. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

—Me informan de que es usted uno de los activos menos incompetentes que tenemos en la zona de Volchansk.
¿Es cierto eso?

—No lo sé, señor.

—Por fin uno que dice la verdad.

—Sí, señor.

—¿Qué tiempo hace en el bosque de Eldár?

—Hace… hace sol, señor. Y frío.

—Eso dice el pronóstico meteorológico. Me alegra que los meteorólogos digan la verdad al menos un día.

—Sí, señor.

—¿Dónde se encuentra en este momento?

—En la cabina de un camión abandonado, a tres kilómetros del pueblo aproximadamente, señor.

—Bien. Está usted hablando conmigo en lugar del capitán cornudo porque ha surgido una situación de la mayor importancia. Dado que el

capitán no es capaz de solucionar el misterio de la desaparición de su esposa, que desaparece en mi cama todos los jueves, no puedo confiar en él en un asunto como este. Acabamos de recibir el informe de balística de un arma usada el año pasado en el asesinato de un coronel de la FSB.

—¿El año pasado?

—En efecto. Un año para hacer un simple informe de balística. Estamos en diciembre de 2004 y acabamos de recibirlo. La última vez que estuve en Moscú leí que una planta de ensamblaje china es capaz de producir un coche en un par de horas. Nosotros tardamos un año en producir un informe de balística que relaciona una bala extraída de la cabeza de un coronel del FSB con la pistola encontrada a dos metros de su cuerpo.

—Sí, señor.

—Hemos recibido el informe y quiero que usted me averigüe de dónde salió la pistola.

—¿Disculpe, señor?

—¿Se ha tirado un pedo?

—No, señor.

—Entonces no malgaste una petición de disculpa mía.

—Sí, señor. Es sólo que no sé como encontrar el origen de una pistola que se disparó el año pasado.

—Parece un caso de aguja en un pajar, ¿no es así?

—Con todos los respetos, señor, es una aguja en un pajar de agujas.

—En ese caso está usted de suerte, porque se trata de una de sus agujas.

—Debe ser un error. No he vendido ni un palillo de dientes en los últimos dos años. Pregúntele al capitán, señor.

—¿Y por qué en vez de al capitán no le pregunto a su mujer? No me interesa lo que diga usted no estar vendiendo. Lo que me interesa es lo que ya ha vendido. Verá, resulta que el número de serie de la pistola Makarov utilizada en el asesinato del coronel en diciembre de 2003 coincide secuencialmente con los números de serie de las diecinueve pistolas Makarov que nuestros bravos muchachos encontraron en la parte trasera de su vehículo el día que les tendieron una emboscada y nos lo trajeron a usted aquí al Vertedero en enero de 2002.

El silencio se adueñó de la línea.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Qué más.

—Señor.

—Esto nos coloca en una tesitura algo incómoda. Nos ponemos a buscar información sobre la persona que suministró un arma usada en el asesinato de un coronel del FSB, y la investigación nos lleva directamente a la persona a la que pagamos para que nos proporcione precisamente esa información.

—Le juro que no he tenido nada que ver, señor. ¿Quién fue el asesino, señor?

—Una Viuda Negra. Una *shahidka*. Una separatista entrenada y enviada por esos animales en las montañas.

—¿La cogieron viva… señor?

—La *shahidka* fue detenida en un puesto de control y filtrado. Astutamente, sedujo al coronel al mando, un hombre que, según mis informes, estaba tan bien dotado que sólo el cavernoso coño de las chechenas tenía profundidad suficiente para acomodar un miembro como el suyo. Sin duda, la *shahidka*
utilizó sus dotes de seducción después de oír hablar de su enorme dotación. Una vez estuvieron solos, lo mató a tiros.

—Pero señor, ¿no la registraron antes por si llevaba armas?

—Si todavía tuviera usted pelotas entre las piernas sabría que el coño medio de sus compatriotas femeninas tiene capacidad suficiente para esconder un lanzamisiles. El coronel era un idiota, eso está fuera de toda duda, pero era un coronel al fin y al cabo.

—Sí, señor. ¿No daría mejor resultado rastrear a la *shahidka*?

—Es más fácil identificar un arma que a una persona. Quédese con ese dato.

—Pero la *shahidka*…

—Irrelevante.

—Haré lo que pueda, señor.

—No. No hará lo que pueda. Hará lo que le manden.

—Sí, señor.

—Los números son el lenguaje amoral de la verdad absoluta. Estos números de serie no mienten. En algún momento esa Makarov obró en su poder y me va usted a decir quién fue la siguiente persona que la tuvo. Me han ascendido para reemplazar al coronel asesinado. Ahora yo ostento su rango y su mando por lo que, comprensiblemente, mi principal prioridad es liquidar a los responsables de su asesinato. Si yo cayera víctima de un destino parecido y se le diera mi rango al capitán cornudo, temo en verdad por el futuro de la nación rusa.

—Sí, señor.

—Veo por su expediente que su padre aún vive.

—Sí, señor.

—Y que vive con usted.

—Sí, señor.

—Ha cumplido setenta y nueve este mismo año, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Sobrevivió a la Gran Guerra Patriótica, ¿cierto?

—Sí, señor.

—Y a la deportación a Kazajistán.

—Sí, señor.

—Y a once años en la estepa.

—Doce, señor.

—Y naturalmente a usted le gustaría verle cumplir los ochenta.

—Sí, señor.

—Entonces deme nombres, Ramzan.

—Sí, señor.

—O le vuelvo a coser las pelotas a la entrepierna y se las corto otra vez.

A ese campo de filtración lo llamaban el Vertedero por haber sido construido, o mejor dicho excavado, en el solar de un vertedero de basuras sin terminar. Una vez, cuando era más joven, Ramzan pasó por delante y vio una excavadora gigantesca morder el suelo y arrancar una paletada de tierra suelta del tamaño de una bañera. Después de la desaparición de la Unión Soviética y de las subsiguientes guerras, los planes para terminar el Vertedero se habían pospuesto y finalmente se habían abandonado del todo. Sólo se habían excavado dos de las ocho fosas proyectadas, de veinte metros de profundidad y el área de un campo de fútbol cada una. La base de cemento y plástico destinada a la retención de residuos líquidos nunca se había instalado, así que en el fondo de las dos fosas la lluvia y la nieve formaban un fango que llegaba a la rodilla. Cuando llevaron allí a Ramzan en la primera guerra, se pasó tres días en la Fosa A antes de que dos guardias le lanzaran una escala de sesenta peldaños, le limpiaran las piernas con agua helada y lo condujeran a un edificio blanco de dos pisos en cuya entrada aún estaba el cartel de administración de eliminación de residuos. Después de la primera guerra la población exigió que se clausuraran las fosas. Un grupo de dieciséis desafortunadas mujeres que habían enviudado a causa de las actividades del Vertedero palearon tierra en los enormes agujeros durante un mes, pero no lograron cambiar gran cosa. El beneficio simbólico de cerrar aquel lugar era menor que los beneficios económicos de reconstruir carreteras, casas, colegios, centrales eléctricas, refinerías y hospitales, de modo que las demandas de los afectados cayeron en el olvido. Nadie pensaba que las fosas volverían a utilizarse. Nadie pensaba que habría una segunda guerra.

Pero hubo una segunda guerra, y ahora, en 2003, tras haber encontrado a la patrulla federal perdida, Ramzan fue recluido allí por

segunda vez. Pasó once días bajo tierra, esta vez en la Fosa B. A Dokka se lo llevaron a la Fosa A.

Al menos los oídos de Ramzan podrían descansar. Bajó la ya estropeada escala de sesenta peldaños y el guardia lo tiró de ella antes de llegar al final. El barro se había congelado y la capa húmeda y helada de fango sólo cubría hasta los tobillos. En la fosa había otros doce detenidos. A lo largo de los siguientes días rezaría al cielo con ellos pero sólo las conversaciones que tuvo con el imam de ojos azules se le quedarían grabadas en la memoria. Los guardias bajaban comida y agua en cubos de lata atados con cuerdas. A veces bajaban cinco al día, a veces uno, a veces en medio de la noche; entonces los hombres se despertaban, se reunían y repartían las provisiones. Lo que no faltaba en las fosas era espacio. Ramzan se pasaba el día andando a lo largo de las paredes y preguntándose si en algún lugar los federales tendrían una cárcel normal, con electricidad, celdas, literas y tejado, en la que no encerraban prisioneros sino pieles de plátano y mondas de patata y corazones de manzana y cordones de zapato rotos y calendarios del año anterior y neumáticos pinchados y bolas de papel y pañuelos usados y colillas de cigarro y las últimas e inservibles lascas de las pastillas de jabón. Algún guardia piadoso, por cuya alma el imam le enseñaría a rezar, había arrojado unos cuantos tablones de madera y los prisioneros habían construido una vereda de la anchura de una barra de equilibrio olímpica alrededor del perímetro de la fosa. Los nombres y procedencias de los cautivos estaban grabados en las paredes. Para reblandecer la arcilla, los hombres pegaban trozos de nieve en la pared tan alto como podían, la retiraban después de unos minutos y se identificaban escribiendo sus nombres en letras mayúsculas con el dedo o con un palo. La información que los federales les arrancarían a base de torturas estaba escrita por las paredes a la vista de todos. Los hombres sabían que los federales tenían tanto juicio como dos ladrillos. También sabían que el verdadero propósito de los interrogatorios no era la información sino el dolor.

El cuarto día por la tarde Ramzan estaba haciendo equilibrios sobre la estrecha vereda cuando el imam se dirigió a él.

—Ayúdame a subir—, dijo señalando con la barba al trozo de pared en el que había escrito la mitad de su nombre.

Al principio, Ramzan se negó. Desde su llegada había hecho lo posible para mantenerse a distancia de aquellos hombres sucios y embrutecidos. Su negativa a reconocer su presencia era la única manera que tenía de diferenciarse de ellos.

—¿Qué eres tú, un general, hmmm? ¿Un príncipe persa?—, preguntó el imam. —¿Tienes las manos demasiado delicadas para ayudar a un viejo imam que podría ser tu tío?

—No soy un príncipe persa.

—Entonces baja de tu trono y ayúdame.

Ramzan enlazó los dedos de las manos para hacer una espuela y el imam apoyó la bota embarrada y se aupó. Pesaba más de lo que su tamaño sugería. Después de un momento interminable el imam le dio un golpecito en la frente con un dedo embarrado y Ramzan lo bajó al suelo.

—Míralo bien—, el imam señalaba su nombre y el de su pueblo. —Si al final resulta que sí que eres un príncipe persa y te dejan marchar, debes acordarte de mí.

—Si me dejan marchar, pienso olvidarme de todo esto.

—No—, protestó el imam moviendo el dedo embarrado delante de la cara de Ramzan. —Debes recordar.

—¿Por qué?

—Para que mis sobrinos sepan dónde comprar mi cuerpo.

Ramzan asintió.

—Puedo permitírmelo, ¿sabes?—, dijo el imam con voz orgullosa. —Todavía tengo mi cuenta de pensiones.

Cuando Ramzan se dio la vuelta el imam le preguntó, ¿por qué te han metido aquí?

—Contrabando de armas. ¿Y a usted?

—Por mi altura.

—¿Por su altura?

—Bueno, por mi falta de altura. Los federales vinieron al pueblo para llevar a cabo una operación antiterrorista. Iban en busca de una mente maestra wahabí que al parecer se escondía allí, pero la única descripción física que tenían de él era que tenía barba y medía menos de dos metros.

Así que reunieron a todo el pueblo y se llevaron a los hombres bajos y con barba, y a muchos adolescentes que no la tenían pero que coincidían en lo de la altura. En la línea de *motivo del arresto* de mi informe pone *demasiado bajo*—.

El imam sacudió la cabeza y miró fijamente su nombre grabado en la pared de arcilla, ahora fuera de su alcance. Ramzan se alegró de haberle ayudado.

—Tiene gracia—, continuó el imam. —Los de mi generación crecimos en campos de reasentamiento en Kazajistán y como las proteínas eran tan escasas, es habitual que no hayamos crecido mucho. Pero es algo de lo que me he avergonzado toda mi vida. Mi hermano pequeño siempre me decía que mi estatura no me mataría. Sólo era dos centímetros más alto que yo, pero te juro que su vida entera estaba en aquellos dos centímetros. Me los restregaba por la cara, me preguntaba si necesitaba su ayuda para alcanzar las

estanterías superiores. Ojalá estuviera aún vivo para que los federales lo detuvieran a él también por ser demasiado bajo.

—¿Qué le vamos a hacer?—, dijo Ramzan encogiéndose de hombros.

—Rezar—, respondió el imam.

Sentado en el sillón de honor, un cubo que se había soltado de su cuerda puesto del revés, el imam celebraba audiencia en la esquina suroeste de la Fosa B. Cada mañana hacía las abluciones con nieve hasta que se le ponían los dedos blancos de frío y dirigía las oraciones. Insistía en que Dios en Su eterna misericordia no tendría en cuenta el estado de impureza en el que se encontraban. Había memorizado el Corán y daba sermones sobre la naturaleza del mal que, como una sombra, no puede existir independientemente del bien, del cual es silueta. A diferencia del jeque y de los muyahidines, nunca mezclaba la política con el Corán sino que se centraba en la rectitud de los creyentes, la sabiduría del Profeta y los goces del Paraíso, el verano del invierno de este mundo. Sobre todo hablaba del final de los tiempos y del Juicio de Dios.

Pero el interrogador juzgaría a Ramzan antes que Dios, y era el juicio del interrogador lo que Ramzan temía. Cada día observaba el ritual de los convocados. Primero la escala de los sesenta peldaños bajaba por la pared de la fosa y el nombre de la persona requerida sonaba por un megáfono, tan alto y lleno de interferencias, que parecía venir de los mismos cielos. Si la persona a la que habían llamado tardaba más de la cuenta, los guardias hacían un disparo de aviso. El convocado subía los sesenta escalones de la escala hasta el número sesenta y uno, que era el nivel de la superficie, un lugar tan lejano que el cielo parecía estar más cerca. Ninguno de los convocados regresaba jamás. Un optimista creería que los habían declarado inocentes y los habían mandado a casa con sus familias, pero ni siquiera Dokka, que se hallaba en algún otro infierno parecido, sería ya capaz de tal optimismo. En cuanto el convocado subía los sesenta escalones y ponía los pies en el suelo nevado del sexagésimo primer peldaño, el imam daba comienzo al funeral.

El servicio no se parecía a ninguno de los que Ramzan había visto en su vida. Ni cuerpo, ni sudario, ni vecino o amigo que hubiera conocido al difunto fuera de aquel deplorable estado. Todos estaban ya muertos, sólo un par de pasos los separaban del convocado. Por eso le honraban no como a alguien que se hubiera marchado, sino como a alguien que había entrado del todo. El imam congregaba a los otros frente al espacio en la pared en el que el convocado hubiera escrito su nombre y procedencia. Repetían el nombre, en voz baja al principio, y luego iban elevando el tono hasta una especie de canto que rivalizaría con un *zikr*, y hacían del nombre una plegaria y lo enviaban al cielo.

Durante veinticuatro horas, o lo más cercano a ello que pudieran calcular, dejaban el nombre y el pueblo del convocado en la pared de arcilla. En la hora vigésimo quinta todos se reunían en tono a la inscripción, cogían un puñado de tierra del suelo embarrado y la tapaban. Al no tener su cuerpo, tan sólo podían sepultar su nombre, y cuando ya no podían leerlo, sabían que el hombre había partido.

—Debéis saber que según el *Hadith*, aquel que recita por las noches la sura 67 del Corán se librará de una muerte tortuosa—, dijo una noche el imam de los ojos azules sentado en el cubo. —Tenéis que saberlo. Tenéis que contar con ello.

La sura describe cómo el Misericordioso creó los siete cielos uno encima del otro. El Trono de Dios está asentado sobre el más alto, mientras que el más bajo está adornado con luminarias. Las luminarias son nuestros astros y cometas, el firmamento que está sobre nuestras cabezas.

Miró al cielo y bajó la cara. Se sacó una caja de cerillas del bolsillo y encendió una. Una diminuta luz amarilla brilló en su mano. —Animaos, amigos, ya estamos entre los justos. Ya estamos con Dios—. Levantó la cerilla hasta la altura de la cara y su sombra se proyectó contra la pared de la fosa.

—He aquí la luminaria del más bajo de los cielos.

En algún lugar por encima de ellos el megáfono dijo un nombre. El imam se bajó del cubo y caminó hacia la escala. —En el nombre de Dios—, dijo al poner el pie sobre el primer peldaño.

Cayó la noche. La luz de la luna cubría a Ramzan como una fina sábana. Estaba tumbado sobre un trozo de moqueta antaño de color burdeos que lo tiraría al barro si se sentaba, se daba la vuelta, bostezaba o pensaba demasiado. Las estrellas brillaban con mayor intensidad allí abajo. La diáfana luz de la Vía Láctea era como un dosel, lo más parecido a un techo que tenían en la Fosa B. Nada era peor en este mundo ni en el otro que el dolor físico. En el más allá, cuando sólo fuera un alma, no tendría cuerpo que apalear, no tendría piel que despellejar, no sangraría, no tendría ojos que sacar, uñas que arrancar, pulmones que ahogar, corazón que detener. Por eso los castigos de Dios siempre serían más suaves que los castigos del hombre. Se agarró a esa única verdad la mañana siguiente, cuando su nombre sonó por el megáfono. Se agarró a ella mientras subía por los sesenta escalones y vio entre los peldaños los nombres de los que habrían de seguirle. Cuando le ordenaron que se desnudara, obedeció. Cuando uno de los oficiales a cargo de los interrogatorios quiso echar una mirada a la piel cicatrizada de lo que había sido su escroto, obedeció. La cicatriz tenía siete años.

La primera vez que lo detuvieron se negó a delatar. Cuando le bajaron los pantalones a la fuerza y le enseñaron la cizalla dijo que no.

Gritando y retorciéndose con su virilidad medio cercenada dijo que no. Así hizo entonces. Ahora estaba dispuesto a empezar a decir que sí.

Lo hubiera confesado todo pero no le preguntaron.

No les interesaba. Incluso le amenazaron con cortarle la lengua y arrancarle los dientes con unos alicates si decía una sola puta palabra más. Le conectaron cables eléctricos en los dedos y gastaron una batería de coche en sus huesos. Quizá Dios estaba observando pero no era el dedo de Dios el que apretaba el interruptor. Los interrogadores no decían una palabra. Él era un instrumento que tocaban, un instrumento con el que interpretaban un dueto, y hasta cierto punto podría decirse que conversaban por medio de sus gemidos.

Ambos llevaban zapatos muy brillantes. Sólo recordaría eso.

Se desmayaba y lo resucitaban a base de cubos de agua fría con tanta frecuencia que ni la electricidad que le corría por el cuerpo lo calentaba. Los interrogadores salieron de la habitación a tomarse un descanso y un nuevo equipo ocupó su lugar. Después de tres horas de interrogatorio todavía no le habían hecho ninguna pregunta. En un momento de pausa, mientras los oficiales charlaban sobre el fin de semana, intentó encontrar los latidos de su corazón entre los eructos y chapoteos, reales e imaginarios, que salían de su atormentado cuerpo. Antes de conectarlo a la segunda batería, el nuevo interrogador lo llevó a la habitación contigua.

Le costaba caminar. Había olvidado lo agotadora que puede ser la tortura. El nuevo interrogador, cuyos zapatos estaban menos brillantes, lo puso derecho usando su propio cuerpo como muleta y lo ayudó a andar. Le limpió la frente cuidadosamente con un pañuelo antes de abrir la puerta de la habitación. En el centro había una mesa de madera blanca con marcas de arañazos. En aquel reino de expectativas en suspenso, el acuario al fondo de la habitación no le sorprendió. Hicieron entrar al imam de ojos azules por otra puerta. No reconoció a Ramzan, y si lo hizo, no quiso reconocer su vergüenza ante un discípulo. Sujetaron al imam a la mesa. Uno de los guardias le bajó los pantalones y la ropa interior. El interrogador de los zapatos menos brillantes, el mismo que minutos antes le había ayudado a andar por el pasillo con suma delicadeza, fue hasta el acuario. Se puso un par de gruesos guantes de goma y metió las manos. El imam de ojos azules no veía lo que estaba pasando a su espalda. Desde donde estaba sólo podía ver la pared y los brazos que lo agarraban. No pudo ver lo que Ramzan vio. El imam no pudo ver al interrogador de zapatos menos brillantes acercarse a él con una correa negra que se resistía y retorcía entre sus manos enguantadas, así como el interrogador no podía verle la cara. Ni el imam ni Ramzan entendían qué estaba pasando. Pero cuando el interrogador de zapatos menos

brillantes metió a la anguila, los dientes por delante, entre las pálidas nalgas del imam, no cabía ya duda alguna. Entonces la habitación se puso borrosa, y luego todo se puso negro y los alaridos del imam lo acompañaron a la inconsciencia. Cuando volvió en sí estaba de nuevo en la primera habitación y el interrogador de zapatos menos brillantes estaba en cuclillas junto a él. Tenía las manos mojadas. Ramzan prometió de todo y el interrogador, como el padre de un hijo demasiado mayor para creer en fantasmas, lo miraba con desilusión, sus ojos claros entristecidos por la sinceridad de las promesas de Ramzan. El interrogador se quitó la chaqueta, se remangó la camisa, le aplicó los cables al pecho y trazó la frontera de la humanidad que ambos compartían. Ramzan ofreció su alma. Suplicó ser su esclavo. El universo empezaba y terminaba en el suelo de cemento y allí, el interrogador de zapatos menos brillantes era hombre y deidad, profeta y Dios. A eso de las diez el interrogador de zapatos menos brillantes le hizo la primera pregunta. A eso de las once le desconectaron los cables de los dedos. A eso del mediodía le permitieron vestirse. A eso de la una estaba a sueldo del FSB. Siguió dando las gracias al interrogador de zapatos menos brillantes. Una y otra vez le dio las gracias, nunca en su vida había expresado tan sincera gratitud. Habría seguido al interrogador de zapatos menos brillantes al fin del mundo.
Había encontrado a Dios al otro lado de unos cables eléctricos.
Le hicieron entrega de un teléfono por satélite y un libro de instrucciones de trescientas páginas en alemán, francés, inglés y japonés. Pregunto por Dokka, preguntó si podía comprar la vida de su amigo. Sí, le dijo el interrogador de zapatos menos brillantes, siempre que reuniera un rescate de cincuenta mil rublos antes de una semana. De lo contrario el precio subiría a setenta y cinco mil por su cadáver. Ramzan metió la mano en uno de los muchos bolsillos de su abrigo del ejército Rojo que le habían devuelto y sacó tímidamente el fajo retractilado de billetes. A nadie se le había ocurrido mirar en sus bolsillos. —Aquí solo hay la mitad—, dijo el interrogador de zapatos menos brillantes. —Pero soy, sobre todo, una persona razonable.

Ramzan esperó a Dokka en las escaleras de cemento de la Administración de Eliminación de Residuos. A cien metros de allí, en el fondo de la Fosa B, tenía lugar su funeral. Quizá uno de los otros estaba sentado en el cubo del imam entonando el nombre de Ramzan Geshilov, el hombre bueno y honrado que se había negado a confesar y había muerto por ello en el Vertedero hacía siete años, y cuyo funeral se celebraba por fin.

En el suelo había guijarros redondos y agujereados alrededor de sus pies descalzos. En aquel momento no había culpa ni vergüenza, ya llegarían después. De momento se sentía arropado por el ruido blanco del alivio, de su propia respiración, del no-dolor. Llevaba diez anillos

de marcas de quemaduras en los dedos. Por primera vez en su vida creía sin reservas en la existencia de un Dios bueno y generoso, igual que la sed del desierto enseña a creer en la lluvia. Una hora después su camioneta roja dobló la esquina seguida de una nube de polvo que pasó por delante de él cuando el vehículo se detuvo. En el asiento del copiloto Dokka jadeaba de dolor. El interrogador de zapatos menos brillantes dejó el coche en marcha, y salió por la puerta del conductor. Sostenía orgullosamente una bolsa de plástico en la mano como si hubiera atrapado un pez. Diez dedos flotaban en sangre. —Tu amigo recuperará esto cuando yo tenga los veinticinco mil que faltan—, dijo el interrogador de zapatos menos brillantes.

Después de ponerse al volante y de haberle vendado las manos a Dokka con cinta americana y un pañuelo, miró al salpicadero y se dio de cuenta de que el interrogador, cuyos zapatos manchados de sangre ahora brillaban al sol del mediodía, le había llenado el depósito de gasolina.

Así que ahora, dos años después, en diciembre de 2004, dos semanas antes de la desaparición de Dokka, cuando la señal de llamada cortó la amenaza del coronel de Cosacos y Ramzan guardó el teléfono y bajó de la cabina del camión maderero abandonado, lo hizo con el mismo embotamiento que le había permitido salir conduciendo del Vertedero dos años antes. En ambas ocasiones oía los llantos de Dokka, en ambas ocasiones hacía lo posible por ignorarlos. Durante las dos semanas posteriores a la llamada del coronel de Cosacos, las dos semanas en que sus tripas se convirtieron en un puño cerrado, Dokka, que no era aún un fantasma, atormentó a Ramzan. Repasó los doce nombres de las doce personas que ya había entregado a los federales, los doce que habían desaparecido porque él se había convertido en un chivato dos años antes en el Vertedero. ¿Qué importaba un decimotercero? ¿Qué importaba una persona machacada más sobre el yunque de la historia? Se sentó en silencio y recordó a Dokka como si ya no estuviera. Dokka solía terminar las preguntas con un *o*, como si anticipara una negativa. *¿Jugamos una partida de ajedrez o…? ¿Nos entregarán mañana las raciones G—3 o…?* Su generosidad al abrir su casa a los refugiados y su intransigencia al exigirles algún tipo de pago, aunque no fuera más que un botón, un clip o un artículo de papelería para la colección de su hija. Sus ojos marrones habían perdido el brillo dos veces, primero cuando perdió los dedos y después cuando perdió a su mujer. Sus manos de remo. Sus finos dedos de los pies, hábiles como una mano izquierda. Podía agarrar un lápiz entre el primero y el segundo y escribir letras extrañas y tan grandes que necesitaba una hoja entera para una sola frase. Su maestría al ajedrez.

Cuanto más lo pensaba más horrible se volvía. El Dokka

desenterrado que ya no era más que un puñado de recuerdos le partía el corazón. Dokka se empeñaba en usar camisas con botones, y Ramzan no sabía cómo se vestía por las mañanas, si le ayudaba su hija, si era demasiado orgulloso para pedir ayuda, si se despertaba antes del amanecer para comenzar la larga y ardua tarea de abotonarse la camisa con los dedos de los pies. Ramzan no lo sabía. Dokka le había dado las gracias por salvarle la vida durante el frenético retorno del Vertedero en la camioneta. De alguna forma habían sobrevivido, pero ni siquiera el dolor agónico de diez dedos cortados a cizalla había conseguido que Dokka olvidara los buenos modales.

Dos semanas después de su primera conversación con el coronel de Cosacos volvió a atravesar las ramas encerradas en hielo del bosque, y volvió a la cabina del camión maderero oxidado. Llamó al coronel y le entregó a Dokka, explicándole que albergaba a refugiados en su casa, y probablemente también a simpatizantes de los rebeldes, aunque omitió que casi todos los chechenos eran simpatizantes de los rebeldes. Le describió fielmente cómo Dokka le había pedido un arma después de volver del Vertedero porque temía no poder proteger a su familia. Describió fielmente cómo había enseñado a Havaa a usar la pistola Makarov ya que Dokka carecía de dedos con los que apretar el gatillo. Era la primera vez que no adornaba sus denuncias con nuevos datos. La única prueba era la pistola Makarov plateada, pero a pesar de que Ramzan le proporcionó todo tipo de detalles, de circunstancias atenuantes y de dudas razonables, lo cierto era que el coronel de Cosacos no estaba allí para recopilar datos para el procesamiento de Dokka. El coronel preguntó por Havaa, y Ramzan, con un pellizco en las tripas que no vaticinaba la puesta en libertad bajo fianza de sus intestinos, comprendió que cuando un hombre está implicado en el asesinato de un coronel del FSB, su familia entera debe desaparecer, incluso si la mencionada familia está compuesta sólo de una niña de ocho años.

Cuando terminó y salió del bosque después de la segunda conversación con el coronel de Cosacos, se obligó a pasar por casa de Dokka. Le palpitaban las sienes de dolor. Cerró los ojos. ¿Qué hiciste con la pistola, Dokka? Imbécil. Esta vez no puedo comprar tu vida. A cada paso se despojaba de una parte de si mismo. Cuando había delatado a sus vecinos anteriormente solía escudarse en la lógica de la necesidad. De alguna forma u otra, ya fuera comiendo basura o delatando a un viejo amigo, todos se habían deshonrado para sobrevivir. No era la avaricia lo que lo había vuelto un chivato, al menos no principalmente. Había sido la necesidad de sobrevivir, el amor y el odio y sobre todo el terror que sentía por el poder que tenía en sus manos el interrogador de zapatos menos brillantes. Sin

embargo era totalmente responsable de delatar a Dokka y a Havaa. Había perdido la zona de sombra que le protegía.

Llamó a la puerta, que se abrió instantes después gracias al ingenioso sistema de poleas que Dokka había inventado con una cinta de sierra mecánica, la rueda de un carrito y una espuela.

Dokka le dio la bienvenida y lo invitó a entrar. No sospechaba nada. Ramzan tomó dolorosa consciencia de que, aparte de los federales, Dokka era la única persona dispuesta a dirigirle la palabra. La única persona que toleraba su voz, la única que le escuchaba y le respondía. Fue entonces, Ramzan se daría cuenta más tarde, cuando el universo se quedó mudo. Le podía haber colocado la pistola a cualquiera, a Akhmed por ejemplo. ¿Por qué había dicho la verdad? Dokka le invitó a entrar otra vez. Sólo allí, delante de la hospitalidad, la amistad y la conversación de Dokka, Ramzan comprendió por qué se había obligado a hacer aquella visita.

—No gracias—, dijo. Dokka señalaba la mesa de la cocina. —Sólo he pasado un momento para preguntarte si necesitas más leña.

—Me dejaste una carga el otro día en el jardín de atrás.

—Ya lo sé, sólo quería saber si…—, se mordió el labio y miró el suelo del umbral, hollado por los pies de cientos de refugiados. También conservaría las huellas de los que vinieran aquella noche a hacer desaparecer a Dokka y a su hija. Lo miró a los ojos marrones.

—¿Estás bien?—, le preguntó Dokka. —Tienes mal aspecto.

Lo siento, Dokka, lo siento mucho.

—¿Ramzan?

Sólo he venido a despedirme, pensó. —Sólo he venido a saludar—, dijo.

19

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

—Así que es por esto por lo que te mantienen en nómina…—, le dijo Akhmed al guarda manco, que en ese mismo momento se debatía bajo el peso de una caja en el aparcamiento del hospital. Una palpitante vena azul sobresalía de su brazo izquierdo. —¿Tienes una segunda ocupación como transportista profesional?—, preguntó Akhmed apoyado contra el jeep y fumando un cigarro tranquilamente. —¿Medio transportista?

—¿Puedo meterle un tiro, Doctora Sonja?—, preguntó el guarda con voz esperanzada.

Ella miró a los dos idiotas con una sonrisa mientras el guarda amenazaba con darle de patadas en el culo a Akhmed con las *dos* piernas. Tenían que ser idiotas porque todos los empleados del hospital con un kopek de sentido común se habían marchado hacía tiempo. —Necesito sus brazos—, le dijo al guarda, que perseguía a Akhmed por el aparcamiento. —No le dispares hasta que los suministros estén todos dentro.

Cuando terminaron de descargar, Sonja fue al armario del comedor. Detrás de la caja de zapatos con las monedas sueltas, de los carnets de identidad y de la bolsa de heroína estaba lo realmente bueno: latas de leche condensada. El jarabe dulce manaba del orificio en la lata y le cubría las encías, y durante unos deliciosos segundos su mente se reducía a la anchura de aquel arroyuelo azucarado. —La leche condensada te pudrirá la boca pero preservará tu alma—, solía decir Lena, una tía de su padre que había muerto en una residencia de ancianos de Grozni a los ciento tres años y había sobrevivido a dos maridos, seis hijos, tres nietos y treinta y dos dientes. La sala de maternidad estaba vacía, en la de trauma no se oía un ruido, así que Sonja cerró los ojos y se sumergió en aquel inesperado momento de paz como en un baño de agua caliente y purificadora.

Subió al cuarto piso. Las puertas batientes de la antigua sala de maternidad chirriaron al entrar. La pequeña llama del mechero la guio hasta la lámpara de aceite y se expandió para llenar la cámara de

vidrio. Cuando levantó la lámpara las sombras desaparecieron de la habitación. En los años que habían pasado desde que los terminó, los murales de Natasha se habían difuminado y ensuciado como si un banco de niebla hubiera caído sobre la ciudad. Aún así, la cantidad de detalles todavía la dejaba boquiabierta. En la ventana desde la que se divisaba la mitad del Parque Municipal un perro llevaba ya ocho años aliviándose en la pierna de un comisario.

—Esto no me lo enseñó durante la visita.

Se había puesto la ridícula bata de mujer y estaba apoyado contra el marco de la puerta intentando sin éxito parecer relajado. Idiotas, bufones, huérfanas, lunáticos y visionarios, esa era su familia. —Lo siento—, le dijo. —Por lo de antes.

Él se encogió de hombros. ¿Es que no había límite en el número de encogimientos de hombros que se veía obligada a descifrar? —¿Qué lugar es este?—, preguntó Akhmed mirando a las paredes.

—La antigua sala de maternidad.

—¿En el cuarto piso?

—Así era el genio de la arquitectura soviética—, dijo ella moviendo la cabeza. —El hospital se diseñó en los comienzos de la era de Brezhnev sin contribución alguna de los médicos en ejercicio. Cuando los federales le dispararon un cohete al almacén decidimos bajarlo todo a la primera planta.

Las sombras huyeron de la cara de Akhmed cuando entró en el haz de luz de la lámpara.

—¿Los dibujó usted?—, preguntó señalando con la cabeza a los murales.

—Fue Natasha.

—¿Cómo era?—, le preguntó inclinando la cara hacia ella.

Sonja había descrito a Natasha a guardias de frontera, encargados de campos de refugiados y cooperantes. Ojos de color avellana, pelo castaño, ciento setenta centímetros de altura, sesenta kilogramos de peso, sin tatuajes ni piercings, sin cicatrices visibles a excepción de varias quemaduras de cigarro en el hombro izquierdo. Entonaba la letanía o rellenaba los formularios como el que hace un garabato inconsciente. ¿Cómo podía un instrumento tan burdo como el lenguaje dar cuenta de un ser tan extraño y elusivo como Natasha? Las metáforas fallaban, no se la podía resumir en unas cuantas palabras. Sólo poseía lo que había perdido; su risa, su desdén, su rencorosa forma de amar. Igual que un miembro fantasma produce picor y cosquilleo, su hermana perdida seguía riendo y desdeñándola y amándola con rencor, tan pujante y llena de vida que frecuentemente se preguntaba si la desaparecida no sería ella.

—Era una persona complicada—, dijo por fin. Era casi toda la

verdad que podía reunir.

—Es—, la corrigió Akhmed. —Volverá, como un George Bush.

Sonja se encogió de hombros con una sonrisa estúpida en la cara. Por fin le había descubierto la utilidad al gesto.

A Akhmed se le arrugaban las mejillas al sonreír. En sus palabras había una seguridad demasiado grande, demasiado audaz. Si no tenía cuidado acabaría creyéndoselo. Esa esperanza que se agarraba a los márgenes de la más nimia de las posibilidades era más dolorosa que la pérdida en sí. Era una esperanza que, a diferencia de Natasha, nunca desaparecía del todo. —Hablar sobre ello no soluciona nada—, dijo, contenta de que su hermana no estuviera allí para oírla admitir eso.

—Dokka desapareció una vez, y regresó. Sin dedos pero regresó. Espero que vuelva a hacerlo.

Sonja podía haberle dicho que esa era la parte más difícil, el momento antes de que el tiempo suavizara la pérdida hasta transformarla en un dolor manejable. Sin embargo Akhmed y la niña todavía bromeaban con una ligereza de la que ella no había podido hacer acopio ni siquiera un año después de la desaparición de Natasha, y esa capacidad de alegría la perturbaba.

—¿La querría usted incluso si tuviera hijos propios?—, le preguntó, incapaz de ocultar su incomodidad.

—Es difícil saberlo. Siempre la he querido. Pero la verdad es que ahora es hija mía, más que de ningún otro. Quizá si tuviera familia sabría responderle con mayor claridad, pero lo que sé es que ahora es mía.

Una vez cuando era niña, había cogido una rabieta y había repudiado a su familia. Su padre le dijo: —Tu familia no es tu elección —. Cerca de treinta años después, un día que paseaba por el Parque Municipal vio a dos hombres vagabundos durmiendo abrazados y sucios en el mismo saco de dormir, y por fin comprendió lo que su padre quiso decir.

—Es curioso—, dijo Akhmed caminando hacia la ventana. —Hace años un amigo mío me habló de este mural.

—¿Un hijo suyo nació aquí?

—Lo dudo—. Estaba respetuosamente concentrado observando la obra de Natasha a un palmo de distancia de las tablas de contrachapado. —Tiene casi ochenta años.

—Trabajó en ello durante mucho tiempo. Nunca la había visto ponerle tanta dedicación a algo antes. Me sentía muy orgullosa de ella. Deshi y Maali la ayudaron.— Natasha le había dicho una vez que lo que hacía era transcribir los recuerdos de ellas; la expresión era tan hermosa que no estaba dispuesta a compartirla con él.

—Lo había olvidado completamente, de lo contrario le habría

pedido antes que me lo mostrara. Cuando Khassan me habló de él, me conmovió mucho que alguien se hubiera tomado tantas molestias. Me pareció una enorme y hermosa pérdida de tiempo. Imagínese cuánto le gustaba una idea así a alguien como yo. Así que hice algo parecido.

El corazón de Sonja le dio una pequeña punzada. Incluso desaparecida, su hermana tenía el poder de sorprenderla. —¿Se inspiró en el mural de mi hermana?

—Supongo que sí. ¿Le he hablado ya de los rebeldes heridos que ocuparon el pueblo? Lo siguiente fueron los federales. Cuarenta y un vecinos míos fueron hechos desaparecer. Me acordé de lo que Khassan me había contado de la habitación cuya vista estaba recreada en los tablones que clausuraban las ventanas, así que hice un retrato de cada uno de los cuarenta y un desaparecidos y los colgué repartidos por todo el pueblo.

—Aquí todo el mundo es un puto artista—, dijo ella moviendo la cabeza. —Si dedicaran más tiempo a luchar y menos a dibujar a lo mejor ganaban una guerra de vez en cuando.

—En mi caso la culpa es de la Facultad de Medicina—.
Se acercó a ella y su voz se convirtió en un susurro conspiratorio exagerado. —Me saltaba las conferencias y las prácticas de laboratorio y me iba a clases de arte. Por eso soy mejor pintor que médico.

—No me puedo creer que me esté contando algo así.

—Le estoy confiando mi secreto más oscuro—, le dijo. Estaba tan complacido consigo mismo que Sonja no pudo evitar reírse con él.

—Podría perder mi trabajo por conocer esa información y mantenerle en nómina. Negligencia criminal.

—Evidentemente usted es una criminal. No hay más que ver las compañías que frecuenta. Contrabandistas internacionales, artistas aficionados…— Su brazo izquierdo se había ido acercando al de ella. —Me podría despedir.

—Demasiado tarde—, dijo ella fijándose en el aspecto ridículo de la bata de mujer abotonada alrededor de su bíceps. Desde el día en que los ascensores dejaron de funcionar definitivamente, había estado con catorce hombres; cuatro rusos, seis chechenos, dos ingusetios, un médico francés y un periodista finlandés a quien se tiró antes de concederle una entrevista. Ninguno había sabido ni su nombre ni su patronímico.
El anonimato era el anticonceptivo más completo. En cuanto al sexo, infrecuente, ilícito y a veces extrañamente impersonal, le satisfacía más que cualquier cosa que un marido pudiera darle. Era una persona cuyos días empezaban y terminaban con las diez mil distintas formas de daño que puede experimentar un ser humano, y a veces necesitaba recordar que el sistema nervioso central existe para algo más que para

sentir dolor.

—Incluso antes de los retratos, la gente de las granjas y pueblos de los alrededores, gente que no tenía fotografías de sus familiares desaparecidos, solía venir a mi consulta y yo se los dibujaba—, dijo Akhmed como si aquello hubiera sucedido siglos antes.

—¿Cómo si fuera un especialista en retratos robot de la policía?

—Si hay que colgarle un -ista, prefiero la palabra retratista.

A partir de ahí todo se volvió evidente.

—Dibújela para mí—, le pidió. —Ahora mismo. Dibújeme el retrato de la mujer que le dijo mi nombre.

Fue a por un lápiz y un cuaderno y se sentaron en el mostrador. Akhmed abrió el cuaderno.

—Casi no la recuerdo—, dijo; Sonja no sabía si era una disculpa o una exoneración.

Le hizo una seña con la cabeza para que empezara.

Si decía algo, si abría el grifo de aquel depósito ya no habría quien lo contuviese. Akhmed plegó el cuaderno por el gusanillo y dibujó una línea tan suave que parecía medio borrada. Un óvalo. Podía ser la cabeza de cualquiera, incluso la de Natasha. Después dibujó dos óvalos más, justo en el centro de la cabeza, demasiado alargados. Ella se imaginó un flequillo. Los ojos la miraban desde el papel. Cuando empezó a dibujar una nariz que no era, ella le apretó el brazo.

—Así no es…—, se esforzó por llenar la frase de palabras. Sabía que se arrepentiría. No había visto a su hermana en doce meses, dos semanas y tres días, y más que la cara de Natasha, más incluso que su regreso, lo que necesitaba era que Natasha terminara de una vez. —Tenía la nariz más pequeña—, dijo.

Durante la siguiente media hora le fue corrigiendo suavemente cada vez que se equivocaba. Akhmed no se había olvidado de su cara, se dijo a sí misma, sólo le estaba ayudando a recordar. ¿Y qué si se estaba engañando a sí misma? ¿No era mejor el engaño que la desesperación? ¿Acaso no se vivía mejor con falsas esperanzas que sin esperanza?

La cara de Natasha emergía del papel y el corazón de Sonja trepaba por sus costillas, resonaba en cada una, llegaba al cuello, le apretaba la garganta. En algún lugar lejano, en un campo de refugiados o en un país extranjero, Natasha estaba bien. Akhmed dibujó una barbilla que ella habría reconocido entre un millón, después el lápiz bajó por el cuello perfecto e inmaculado. Sin marcas de quemaduras. No le había dicho que se las pusiera. En su pecho pasaban cosas espectaculares. No creía que algo así fuera posible; en una de las doscientas veinte hojas de un cuaderno y con poco más de unos milímetros de grafito Natasha había vuelto a ella y a la sala de maternidad.

—Deténgase, por favor—, dijo.

—¿No es esto lo que quería?

Le puso la mano sobre el hombro y ella se apartó.

—Hasta mañana—, dijo él después de un momento.

—Llévese esto.

Akhmed levantó a Natasha del mostrador y la sacó de la sala de maternidad.

20

1994 **1995 1996** 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 2004

Fue vendida a un burdel a tiro de piedra de Kosovo, y desde allí transportada hacia el sur por la ciudad de hormigón de Tirana y a través del Adriático, donde, flotando en el agua verde y opaca, vio por primera vez en cinco semanas la cara de la luna, plagada como ella de cráteres de quemaduras de cigarro. Su pasaporte era su título de propiedad y su escritura de compraventa. Se hallaba en poder de quienquiera que la hubiera comprado ese día. Siempre viajaba al alcance de su mano pero nunca en ella. Todos los días el mismo ritual, fijo como el amanecer y la puesta de sol. Un chute de heroína por la mañana la deja flotando un metro por encima del suelo. A mediodía comienza el síndrome de abstinencia.

Por la tarde está dispuesta a hacer lo que le pidan con tal de que por la noche le den otro. No es la señorita de compañía de lujo que se había imaginado, esa que llega en limusina a los hoteles de cinco estrellas, saluda a los porteros por su nombre y les da generosas propinas, esa mujer libre que vuelve a la noche con paso tranquilo. Con lo que los clientes le pagan por media hora no le alcanza ni para una bolsa de comida. Tiene la sensación de que es otoño pero a lo mejor es primavera. Es difícil saberlo cuando vives quince pisos por encima del árbol más cercano. No se acuerda de la fecha, no sabe dónde vive, no recuerda el sabor del aire fresco, ni el tacto de su pasaporte, ni la voz de su hermana, ni el amor y la desesperación que la obligaron a huir. Pero, de pie frente a la ventana, sí recuerda el paisaje. Dentro de ocho meses, cuando todo haya terminado y esté dándose duchas de tres horas en un refugio para mujeres, lo dibujará con todo detalle en el espejo empañado del cuarto de baño. Los hombres la llaman Natasha, pero ella no comprende cómo saben su nombre. Al final Katya le explica que así llaman a todas las chicas originarias de Europa del Este. Para ellos todas nos llamamos Natasha. Un día normal consiste en diez hombres, tres hamburguesas con queso, ocho vasos de agua del grifo y dos chutes. Un cepillo de dientes, nada de pasta de dientes.

Un paquete de pastillas de menta después de cada hombre. Las mujeres repatriadas tienen razón: es la esclavitud moderna, sólo que no tiene nada de moderno. Ocho mujeres como tú duermen en cuatro literas apretujadas en una habitación. Por la mañana temprano, a media tarde, cuando se despeja el cielo, cuando la heroína te corre por las venas y te olvidas hasta de cómo te llamas, te asomas por la ventana y enhebras la eternidad del cielo con pupilas de ojo de aguja. La ciudad se extiende bloque tras bloque hasta el horizonte y todos ellos, hasta el último, están en pie. Sergei, el chulo, a cuyo hermano lo enviaron de vuelta desde Grozni dentro de una caja de zinc, dejó de fumar la semana pasada o el mes pasado y los chicles de nicotina que escupe y se secan por el suelo parecen diminutos cerebros. Una Natasha murió.

Siete Natashas se fueron. Una Natasha nueva entró en la habitación y preguntó si era allí donde dormían las *au pairs*. Sois todas reemplazables, todas desechables. Sergei lee libros de negocios y escucha en la radio programas sobre el capitalismo y el libre mercado. A veces se oyen las conferencias a través de la pared y a través de los gruñidos del animal que tienes encima. Conceptos como *libre comercio* y *economía de productos básicos* te producen una fuerte nostalgia de la relativa generosidad de los estados totalitarios. La noche de hoy, la de ayer, la de mañana. La goma alrededor del tobillo. Los dos golpes en la jeringa, la sangre dentro del cilindro, el émbolo que la empuja. Una mujer se llama Anzhela pero la llaman Natasha. Una mujer se llama Nadya pero la llaman Natasha. Una mujer se llama Natasha y la llaman Natasha.

21

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Al amanecer, Khassan salió hacia la carretera de servicio esperando cruzarse con Akhmed pero sólo encontró un rastro de huellas recientes. No sabía muy bien qué hacer, así que caminó sobre ellas con los perros una y otra vez hasta que entre todos convirtieron los cinco kilómetros de huellas en un acertijo indescifrable. Khassan se había quitado los guantes y se embadurnaba las manos en mantequilla de vez en cuando, de modo que las lenguas de la jauría le calentaban las manos. Kashtanka, el perro calvo, temblaba como una rata recién nacida y Khassan se detuvo varias veces a ajustarle la manta que llevaba atada al cuerpo. En verano bañaba a los perros. Cuando alguno enfermaba, lo atendía. En el límite del pueblo se arrodilló y ellos se arremolinaron a su alrededor brincando, lamiéndole las manos, apoyándole las patas en la espalda y jadeando en su oído, sucios, medio enfermos y suyos, suyos, suyos. Cuando se levantó, todos lo siguieron. Sharik cerraba la formación. No eran aún las nueve de la mañana. Tenía todo un día por delante, sinuoso y sin sentido, como la carretera que acababa de dejar atrás. Antes de la curva vio la casa de Akhmed y, enfrente, el hueco de lo que había sido la de Dokka. Si se hubiera encontrado con Akhmed le habría pedido permiso para visitar a Ula. Quizá se lo habría denegado. Era una excusa mejor que el aire frío para quedarse acurrucado entre las mantas unos minutos más.

Los perros se recostaron en la nieve del jardín a esperarlo. Cruzó en silencio el salón en penumbra, con cuidado de no tocar las cortinas, y entró en la habitación donde Ula cabeceaba. No sabía si despertarla. Sentía que era parte de sus sueños y que se disolvería si la tocaba. Tenía el pelo apelmazado en mechones grasientos y olía a polvos de talco. Fue a la cocina, llenó una cacerola de agua y la puso junto a la cama. Le subió las sábanas hasta la barbilla para que no temiera por su decencia al despertar y le acarició el brazo con reticencia.

—¿Por qué estás aquí?—, preguntó ella sin la más mínima sombra de sorpresa en la cara.

—¿Te acuerdas de mí?—, la interrogó con algo más de intensidad de la que pretendía.

Ella entornó los ojos.

—He debido vivir mil vidas. He sido pájaro, he sido insecto, habitaba entre las hojas. No sé cuál es una alucinación.

—Te llamas Ula. Eres la mujer de Akhmed.

—¿Por qué estás aquí?—, volvió a preguntar Ula, y Khassan volvió a dejar la respuesta en el aire.

Porque su hijo era la causa de que ella tuviera que pasar los días sola. Porque hacerle compañía, asegurarse de que estaba cómoda, cuidarla un poco, era lo mínimo que podía hacer. Porque estaba solo. Porque ya no recordaba la compañía de una mujer. Porque la idea de pasarse el día hablando con un montón de perros asilvestrados como un viejo senil no le resultaba en absoluto atractiva a aquellas tempranas horas. Dirigió la mirada a la cacerola de agua al lado de la cama. Porque ella olvidaba. Porque olvidaba todo lo que le contaba. “He venido a lavarte el pelo”, le dijo.

Ula asintió y Khassan le retiró las sábanas. Tenía la piel más blanca que la de una rusa. De vez en cuando Akhmed la sentaba en la mecedora fuera de la casa y ella se quedaba allí, sin mecerse, envuelta en mantas incluso en los pegajosos meses de verano. Khassan la giró para que el pelo le colgara fuera de la cama y cayera en la cacerola. El jabón hacía una fina espuma; removió el agua con los dedos y le enjabonó el pelo y el cuero cabelludo deshaciéndose de la grasa y de la piel muerta. Cuando le hubo lavado y enjuagado el cabello le envolvió la cabeza en una toalla y la puso derecha contra el cabecero de la cama.

—Pareces un jeque con un turbante—, dijo.

—¿Por qué estás aquí?

—He venido para terminar de contarte una historia.

Ula sonrió complacida. —A lo mejor tienes que repetirme algunas cosas. Quizá no lo sepas pero mi memoria ya no es lo que era.

Khassan retomó la historia por donde la había dejado, en la estepa, donde a la mañana siguiente Mirza y él subieron al tren que los conducía de Kazajistán a Chechenia. Eldár era un pueblo fantasma cuando los supervivientes de sus antiguos habitantes regresaron. Los soldados soviéticos habían destrozado el antiguo cementerio local para construir una nueva carretera. Khassan entró en el pueblo por una calle salpicada de epitafios. En su casa había una capa de medio centímetro de polvo sobre la mesa, el suelo y las estanterías. El aire era irrespirable, así que la primera noche durmió al raso. A la mañana siguiente, bajo un toldo de nubarrones grises, enterró la maleta marrón en el jardín trasero.

Tenía treinta y un años y se matriculó en el programa de doctorado en Historia de la Universidad Estatal de Volchansk. El día de la boda de Mirza se atrincheró en la biblioteca de la universidad. Había acariciado la idea de raptarla, inveterada tradición de los hombres chechenos cuando no contaban con el beneplácito de los padres de la novia, pero no quería labrarse una reputación de secuestrador de mujeres, sobre todo entre sus profesores, y además, ya era demasiado tarde. Aquella misma tarde contraería matrimonio con el botánico al que sus padres la habían prometido cuando tenía nueve años. Por si fuera poco, el tipo, además de botánico, era patizambo y coleccionaba flores prensadas. Se pasó el día leyendo gruesos volúmenes de temas filosóficos, ninguno de los cuales daba cuenta de la injusticia de un mundo en el que él debía perder a Mirza entre los brazos de un botánico cojo apasionado de las flores prensadas. El botánico era una persona decente, pero Khassan estaba enamorado, por lo que era capaz de sentir un odio infinito.

En la misma época en que comenzó a escribir el libro que le ocuparía toda la vida, Khassan se embarcó en otro proyecto, secundario y de menor envergadura, de recuperación histórica. Registró en tarjetas los recuerdos que los vecinos, amigos y parientes lejanos tenían de su familia y las pegó a las paredes de lo que había sido la habitación de su hermana. Era una colección ordinaria y cotidiana —la risa salpicada de hipos de su hermana, la manía de su padre de llenarse los bolsillos de calderilla para que sonasen como los de un rico—, pero al leerlos en voz alta en la casa donde una vez habían vivido juntos, aquellos insignificantes recuerdos regresaban con una fuerza inesperada. Cuando las tarjetas cubrieron una pared entera, comenzó a llenar la habitación de objetos relacionados con Mirza, como si ella también se hubiera desvanecido en el pasado que se había tragado a su familia. La seguía.

Si ella compraba un ovillo de rojo rubí en el bazar, él adquiría el de color naranja mandarina que había al lado; si ella se ponía una rebeca gris con botones plateados, él encontraba una igual con botones de color bronce. Mientras el botánico patizambo coleccionaba flores, Khassan coleccionaba a su mujer. La habitación empapelada de notas se llenó de pañuelos que Mirza no usaría, de cigarros que no fumaría; por las tardes Khassan se sentaba en la butaca de rayas verde azuladas, casi idéntico al de rayas azul marino que ella tenía en su salón, y leía mientras bebía té en una taza un centímetro más estrecha que las de Mirza, y, si tenía suerte, de pronto lo olvidaría todo por un instante y ella estaría allí, fuera de su vista, rellenando el samovar o tejiendo unos mitones de color naranja, y así la felicidad de Khassan se convertía en el único artefacto real de la habitación.

La vida continuaba su curso. Pasaron siete años antes de que

volviera a hablar con Mirza, una tarde de otoño tan anodina como todas las de aquel otoño, cuando el claxon de un autobús de Volchansk rompió el silencio. Acababa de salir de la biblioteca a toda velocidad para ir a buscar cerillas cuando escuchó el pitido. Se dio la vuelta y si el mismísimo Profeta se hubiese materializado allí delante, su sorpresa no habría sido mayor. Llevaba puesta la rebeca gris y la verdad era que los botones plateados quedaban mejor que los de color bronce. Los extremos de una bufanda roja brillante que llevaba sobre los hombros ondeaban al aire. El autobús había parado a un metro escaso de ella. Khassan se hubiera postrado a besar el ennegrecido y sagrado suelo que pisaba. Sus ojos se encontraron. Ella se ruborizó, no sorprendida, no asombrada, sino avergonzada y cabizbaja de que la hubiera descubierto in fraganti.

La invitó a tomar algo en la cafetería de la universidad. Durante un rato picotearon incómodos un trozo de pastel de hojaldre mientras ella intentaba convencerle de que tenía cita con el dentista y él le aseguraba que la creía. Pero pronto su vergüenza se disolvió como la cucharada de azúcar en la segunda taza de té. Sus uñas cortas y bien limadas cruzaron la frontera de los cubiertos. Conversaron durante dos horas y cuando las miradas de desaprobación de la encargada de la cafetería empezaron a durar más de la cuenta, ella le pidió que le enseñase la biblioteca. Recorrió deslumbrada las pilas de volúmenes con los ojos como platos; cuando Khassan le sacó en préstamo una docena de libros, ella le contó que era la primera vez que pisaba una biblioteca. Le llevó los libros a su despacho, que sin duda no le produjo el mismo efecto. Se trataba, en el sentido más literal, del cuarto de escobas. Él mismo se había deshecho de ellas cuando le asignaron el despacho. Tenía el espacio justo para acomodar el escritorio más estrecho del campus, tan encajado que no cabía un pañuelo entre el borde y la pared. Mirza le confesó que su vida estaba vacía; le pidió permiso para venir un par de días a la semana a leer a su despacho. La Mirza que tenía delante era completamente distinta de la que le había aplastado la nariz a patadas al busto de Stalin. Quizá también él hubiera cambiado, pero su amor por ella permanecía inmutable.

Atentos a los autobuses, se encontraban en la esquina dos veces por semana. Mirza aparecía con la rebeca gris de los botones plateados, con la rebeca azul de los botones de imitación de marfil y con la rebeca verde sin botones. Compartían un cigarro, y cuando Khassan notaba en el filtro la humedad de sus labios el mundo se volvía un lugar enorme y maravilloso. En su despacho sólo cabía una silla, así que ella se quedaba allí leyendo mientras él se iba a trabajar a la biblioteca. Una tarde volvió media hora antes de lo habitual y se la encontró inclinada sobre un montón de papeles mecanografiados.

Por las páginas pasadas se dio cuenta de que ya se había leído al menos dos terceras partes de *su* manuscrito. Se quedó congelado. —Es maravilloso—, dijo ella poniéndose en pie, como asombrada de que él fuera capaz de crear algo maravilloso. La mirada de Khassan barría el suelo y de pronto chocó con sus tobillos. Eran preciosos. Ella estaba elogiando su obra cuando él la abrazó más de agradecimiento que de deseo, sin embargo ella no lo soltó. Él tampoco la soltó. Le besó la mejilla, el lóbulo de la oreja. Llevaban meses acariciando el dobladillo de sus sentimientos sin reparar en el tejido. De pronto la circunferencia del mundo se redujo a lo que abarcaban sus brazos. Mirza se sentó en la mesa entre las dos columnas del manuscrito, el leído y el no leído, y lo atrajo hacia sí tirando de sus dedos índices.

Todo sucedió en noventa segundos. La acompañó a la parada del *marshrutka* y se sentó a su lado en el taxi colectivo. Apoyó la pierna contra la de ella y viajaron en silencio, dos extraños con un secreto como una hoja de papel entre las rodillas. Se reunieron en la parte de atrás de la casa de Khassan, ella esperaba temblando con las mejillas sonrojadas, él la tomó de las manos y la hizo entrar. Ella era su hogar. La única tierra a la que pertenecía. La llevó a la habitación empapelada de notas y no tuvo que explicarle una palabra. En cuanto Mirza vio el ovillo de lana lo comprendió todo. Se quitó la bufanda roja y la depositó entre las demás piezas de la colección. Aquella vez se desnudaron para hacer el amor. La marca de nacimiento que Khassan recordaba tan vivamente seguía allí, una mancha de tinta azulada sobre su estómago, la única parte de su cuerpo por la que no habían pasado los años. La relación duró once meses, hasta que Mirza se quedó embarazada. Su marido y ella llevaban varios años intentando sin éxito tener hijos. El botánico había recurrido a remedios y afrodisíacos hechos con raíces que le preparaba una anciana viuda. Cuando la noticia se propagó, la herborista recibió tal aluvión de clientes que se convirtió en la persona más rica del pueblo y hasta le llovieron proposiciones de matrimonio. Khassan nunca supo si el padre era él o el botánico curado por las raíces. Akhmed nació el 1 de julio de 1965, eso era lo único importante. Mirza murió a los treinta y nueve años de un cáncer en el estómago que se la llevó en ocho meses. Akhmed tenía siete años. Después del fallecimiento, Khassan y el botánico se hicieron amigos. Compartían el mismo amor y la misma desgracia, y aunque nunca lo hablaron, Khassan siempre sospechó que el botánico lo sabía. El botánico le permitió hacer las veces de tío de Akhmed, alguien a quien el niño pudiera querer sin necesidad de dependencia. De esta forma, y dejando aparte el asunto de la verdadera paternidad, Khassan había sido mejor padre para Akhmed que para Ramzan.

—Hasta tú lo sabes, Ula. No hay más que ver cómo ha salido cada

uno.

Ramzan estaba sentado a la mesa cuando Khassan volvió a casa, aunque la palabra sentado era una generosa forma de describir su postura pues en realidad estaba tan desplomado sobre la silla que el respaldo le sobresalía por encima de la cabeza. Un fuerte hedor a licor impregnaba el aire. Quizá el alcohol le hubiera disuelto la columna vertebral.

Aunque se balanceaba contra la mesa, Ramzan tenía la voz firme. Aún no había visto a su padre en la puerta. —No hay nada de comer pero no puedo cagar. No lo entiendo. ¿Cómo puedo estar estreñido si les das toda la carne a esos sucios perros? Serán las pastillas para dormir. Será el tiempo. Será que diciembre me ha congelado las tripas —. Hablaba con el tono monótono de quien sabe que nadie le escucha. A Khassan le resultaba horrible oír a su hijo, con la voz mermada por la soledad, hablarle a una silla vacía. Unos años antes no habría conseguido que su hijo le respondiera sí o no a una pregunta. Ahora las preguntas que Ramzan hacía y respondía no eran tan simples.

De no haber sido por Ula, Khassan habría cerrado la puerta y se habría ido con los perros por los callejones, por las alcantarillas llenas de desechos, por los finos laberintos que las sombras de las ramas dibujaban en el suelo del bosque, hasta que sus hocicos se alzasen en su busca hambrientos, impacientes. De no haber sido por Ula, habría ignorado la voz de su hijo por la mañana, por la tarde y por la noche, cuando dejaba a los perros y entraba en casa a prepararse la dosis de insulina. El día habría sido igual que cientos de otros días de no haber sido por Ula. Pero había hablado con Ula y el alivio de haber aligerado su conciencia le animaba, por lo que decidió que aquel era el día en que hablaría con la única persona que estaba esperando oír sus palabras.

—¿No puedes cagar?—, preguntó suavemente. Había olvidado cómo era el tono de voz de las reprimendas. —Debe ser de esas pastillas que tomas para poder dormir entre fantasmas. Puede que sea Alman, o Musa, u Omar, o Aslan, o Apti, o Mansur, o Aslan el Hirsuto, o Ruslan, o Amir, o Amir Segundo, o Isa, o Khalid, o incluso Dokka. Posiblemente sea Dokka—. Ponía tanta hostilidad en la voz como le era posible. Nunca había hablado así. Durante un año, once meses y cuatro días, todas las súplicas, exhortaciones y plegarias que había querido articular no habían salido de sus pulmones. El peso de todo lo que había callado colgaba de su pecho como un órgano muerto. Apenas sí podía respirar. Él también sabía lo que es tener dentro basura de la que es imposible desprenderse.

La sorpresa iluminó la cara de Ramzan. —Llevo tiempo esperando oírte decir esas palabras—, dijo. El brillo de una sonrisa borró las sombras de su rostro. El silencio de Khassan había sido tan largo y le

había hecho sentir tan solo que a Ramzan aquellas acusaciones le sonaban a victoria y a absolución. Lo único que le importaba era el sonido de la voz de su padre; el mensaje era irrelevante. —Sin embargo, tú no puedes hablarme así—, dijo agarrándose al hilo de la conversación con todas sus fuerzas y esperando que si iniciaba una discusión su padre continuaría hablando.

—¿Me vas a decir a mí cómo he de hablar?—, las venas en las sienes de Khassan palpitaban. —¿Un hijo da lecciones a su padre? ¿Un niño? ¿Un…—, Khassan se detuvo antes de menospreciar a Ramzan por su hombría.

—Tú crees que caminas diez centímetros por encima de suelo, ¿verdad? Pero ¿quién te consigue la comida que les das a esos chuchos?— Ramzan hablaba despacio, con un gozo salvaje, clavándole a su padre cada palabra. —En cincuenta kilómetros a la redonda no hay una aspirina ni para aliviar una resaca, y sin embargo yo te traigo insulina cada dos semanas. Deberías estarme agradecido. Te permito a la vez sobrevivir y odiarme por ello.

Khassan jadeaba inconteniblemente. Una sorda claridad aplastaba como una losa lo poco de amor paternal que había sobrevivido al silencio. A pesar de todas las mentiras que sembraban su vida, Ramzan aún era capaz de decir la verdad, y era por la verdad, no por las mentiras, por lo que Khassan lo odiaba. Una vez, cuando Ramzan era un bebé, había puesto una mano por encima de su cuna y los dedos del niño se habían enredado entre los suyos como pequeñas ramas de vid. Una vez lo había cogido en brazos y había visto milagros en sus ojos profundos y fijos. —Para mí ya no eres nada—, le espetó finalmente.

Pero Ramzan, aún sonriendo, aún con una expresión inexplicablemente gozosa en la cara dijo: —¿Igual que tu libro? ¿Piensas llevarme al bosque y quemarme a mí también?

—Ese libro era mi mayor tesoro.

—Lo sé. Mayor que mi madre, por ejemplo.

—Ella me conocía perfectamente cuando me aceptó por esposo.

—Se creyó que eras Albert Einstein y que el honor de tu genio la compensaría por tu abandono. Tratas mejor a tus perros.

—Eso no es verdad—, dijo Khassan, que no comprendía cómo la conversación se había vuelto en su contra.

—Es un genio, pensaba ella. Como si Albert Einstein se olvidara del cumpleaños de su mujer.

¿Para qué había empezado a hablar? Dos años más de silencio serían menos dolorosos que un minuto más de aquello. Se esperaba la cháchara vehemente de Ramzan, pero no su concisión. No había visto venir que su hijo, el mismo que había destruido su reputación, su

nombre, su fe en la bondad humana, encontraría nuevas maneras de quebrantarle. Más que sus errores como padre, lo que se le grabaría en la memoria para siempre sería el placer cruel y la sonrisa con que su hijo se los describía. Los ojos se le desencajaban de júbilo. Khassan se reconocía en ellos. Había temido esa conversación desde el día del nacimiento de Ramzan. Desde que la mujer que no era Mirza había dicho, dolorida y agotada, aquellas palabras que debían haberlos unido, "Nuestro niño". Desde que lo había tenido en brazos, poco más que una cabeza sin pelo envuelta en una sábana y había deseado que ese niño fuera Akhmed. Pobre hijo mío. Nunca tuviste una oportunidad.

—No he sido un buen padre. Lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé. Siguió repitiendo su confesión como un disco rayado una y otra vez para que Ramzan no lo dijera más veces. —Pero nunca te hice daño—, dijo finalmente. —Nunca os puse una mano encima a ninguno de los dos.

—Eras una boca que sólo se abría para comer. De hecho sigues siéndolo. Y lo peor es que echaste a perder lo que tenías. Eras físicamente capaz de tener una mujer y un hijo, pero no nos querías.

—Siento mucho lo que te ocurrió—, dijo Khassan. No era capaz de hablar de ello ni para demostrarle cuánto lo lamentaba. 2 de marzo de 1995, ocho días después del vigésimo tercer cumpleaños de Ramzan, imposible olvidar la fecha.

Ni siquiera redujeron la velocidad cuando lo empujaron fuera del furgón. Los pañales de adulto que le habían puesto estaban de color rojo oscuro. Encontrar a su propio hijo así, en medio de la carretera, por Dios, el horror lo había dejado sin palabras. Akhmed se había ocupado de la herida y era la única persona del pueblo, aparte de ellos, que sabía lo ocurrido. Khassan cuidó a su hijo durante semanas. Le llevaba la comida a la cama, le leía novelas baratas, intentaba que se volviera a encender la llama de la vida en sus ojos apagados, torturados. Ramzan nunca se recuperó del todo. Ni física ni existencialmente. El Vertedero lo había quebrado como a una rama, y ni todas las tazas de té y la charla de Chechenia conseguirían recomponerlo de nuevo. Nunca habló de lo sucedido. El orgullo de lo que había hecho y la deshonra de las consecuencias no le permitieron siquiera contarle a su padre que lo habían castrado por negarse a delatar a sus vecinos. —Lamento la vida que te robaron. Lloro por el padre que habrías llegado a ser, por todos nosotros.

—Y yo lloro por el padre que tú podrías haber sido—, dijo Ramzan. La burla cruel había desaparecido de su voz. Debajo estaba la carencia, desnuda y enorme. Sobre los hombros de Khassan, una carga de tristeza. Esperaba falsas acusaciones, mentiras; no esperaba sinceridad. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Las tablas del suelo

le dolían. La música de un programa de televisión que ponían en los setenta después de las noticias le daba vueltas en la cabeza. Una musiquilla estúpida y alegre interpretada por los trabajadores de un koljós cuya melodía le servía de despertador, pero al contrario. Le avisaba de que era la hora de dormir, de descansar, de soñar. Hacía años que no se acordaba de aquella canción, y de pronto la tenía en la cabeza, nota a nota. La tarareó en voz baja mientras abría la puerta y quería morir.

—Tú me tomas por un egoísta pero la verdad es que no lo soy—, dijo Ramzan detrás de él con apabullante sinceridad. —Lo que he dicho de la insulina es literalmente cierto. Todo esto terminará tarde o temprano. Lo único que tenemos que hacer es sobrevivir. Tú no puedes hacerlo sin insulina y los dos necesitamos comer, ¿cierto?

—Tengo setenta y nueve años. Setenta y nueve. El resto de mi vida vale menos que las vidas de Dokka o de Havaa o de Akhmed.

—Yo no le pongo la pistola en la cabeza a nadie.

—No, Ramzan—, Khassan soltó un suspiro. Una ola de agotamiento le recorrió el cuerpo. —Tú sólo metes las balas en la recámara.

—¡Soy como tú! Has dicho que nunca nos pusiste un dedo encima ni a mi madre ni a mí. Yo tampoco le he puesto un dedo encima a nadie.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Sólo un nombre al teléfono.

—¡Eso es todo!

—Después viene otro nombre, ¿no? Y luego otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y luego Dokka—. En los ojos de Ramzan se reflejaba su propio desconcierto. Su estúpido, estúpido hijo no comprendía lo que hacía ni por qué mejor de lo que lo comprendía el propio Khassan.

—Lo hice por nosotros. Para que sobrevivamos juntos. Eres la única persona que me queda. Eres mi familia—. Aquello era lo más triste y al mismo tiempo lo más dulce que había oído en su vida. En otro mundo lo habría abrazado, le habría besado la frente, lo habría apretado hasta que el latido del corazón de su hijo se confundiera con el suyo.

Caminó hasta la mesa y le puso la mano en el hombro, una mano llena de fuerza, de consuelo. Pensó en Ibrahim en lo alto del monte y los versos le vinieron a la cabeza espontáneamente: *Hijo mío, soñé que te sacrificaba.*

—Hablas de familia. Deja pues en paz a Akhmed y a Havaa.

—Sé que hubieras querido que fuera tu hijo. Siempre lo he sabido.

—¿Y qué si lo fuera, Ramzan?—, preguntó Khassan agarrándolo del hombro. —¿Entonces qué?

De pronto la cara de Ramzan se volvió una máscara fría e inexpresiva. —Nadie está unido a nadie por algo tan trivial. ¿Crees que la paternidad importa? No, padre, no. Somos hijos de lobos. Eso es lo que somos, padre. No salvaría a Akhmed ni aunque fuera tu hijo, tu hermano, tu sobrino, tu vecino o tu amigo.

—Y sin embargo me salvas a mí. Qué desperdicio.

Khassan caminó hasta la puerta. La abrió al viento. Volvió la cara para mirar a su hijo. Ramzan lo observaba frío e impenetrable como un estanque invernal. *Eres mío.*
Te reconozco. Envolvemos nuestras almas alrededor de las desgracias del otro. Por eso somos familia.

Fuera le esperaban sus perros.

22

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Las chimeneas del pueblo humeaban entre los abedules cuando Akhmed oyó un silbido apagado que salía de los árboles. Khassan, rodeado de su guardia de perros asilvestrados, salió al camino con una mano naranja que sofocaba la luz de una linterna. Los perros lo estudiaban cautelosamente con las orejas erguidas.

—No quería que Ramzan me viera esperarte—, dijo Khassan. Sus dedos brillaban.

—Anoche me estaba esperando. Me preguntó por Havaa.

—Hoy he hablado con él. Por primera vez en dos años. Mi propio hijo. Le he suplicado.

La afirmación le impactó tanto que dio un paso atrás. Sorprendido, honrado, agradecido de que Khassan hubiera roto el silencio por Havaa, por él, cubrió con la mano sus brillantes dedos y la carretera se sumió de nuevo en la oscuridad. —No te preocupes.

—Lo siento, Akhmed, yo…— Un sollozo quebró la voz del anciano y Akhmed le apretó los dedos. Cuando su madre murió, Khassan lloró en el funeral. Cuando su padre murió, Khassan aportó el sudario. Akhmed nunca había olvidado que Khassan había compartido su dolor como un miembro más de la familia. Las patas de los perros pisaban los matorrales.

—Así que vendrán a por mí—. Como todos los hombres de su edad había vivido durante años con miedo a la tortura, al asesinato, a la desaparición, y lo que de verdad le aterrorizaba era lo absurdo de todo el asunto; que la monumental irreversibilidad de la muerte pudiera presentarse arbitrariamente era más aterrador que la eternidad que la seguía. Pero si cortaba los vínculos entre la ciudad y el pueblo, la suya no sería una muerte inútil y sin sentido, y él sería más afortunado que miles de sus compatriotas.

—No lo sé—, dijo Khassan. Sus manos temblaban bajo las de Akhmed.

—¿No sabe Ramzan dónde he estado estos días?

—No creo que quiera saberlo. Mientras te toque a ti confesar, una

pequeña parte de su conciencia estará limpia.

Pensó en Havaa en ese instante, irritando a Sonja con sus preguntas, pidiéndole que le explicara por qué las heces son marrones, por qué se doblan las orejas, tan joven, tan alocada, tan inteligente. Era una niña sin padres y él era un hombre sin hijos. Diez años atrás hubiera sido impensable que la reclamara, pero las reglas de aquella sociedad se habían roto. No quedaba nadie que dijera a quién se podía amar.

—No diré una palabra—, susurró Akhmed.

—Lo siento.

—Mi lealtad ya sólo pertenece a Havaa—. La luna contorneaba el rostro de Khassan. Las lágrimas se agolpaban en sus párpados y sus labios estaban firmemente apretados, sin embargo no parecía apenado. Si no lo hubiera conocido, Akhmed habría dicho que en su cara había una expresión de incontenible orgullo.

—¿Te acuerdas de cuando en la primera guerra Dokka iba con un libro a todas partes?—, preguntó Akhmed. —Cada vez que se cruzaba con los federales, lo abría y empezaba a leer.

Khassan sonrió con alivio. —Los federales creían que todos los rebeldes eran analfabetos, así que leer un libro era la demostración de que no era un rebelde.

—Pero ni siquiera era un libro, ¿verdad?

—No, era un diario. Las páginas estaban en blanco. Pero los federales no lo sabían.

Se rieron y la linterna arrojó círculos de luz en las sombras.

—Consiguió que no lo mataran a tiros—, reflexionó Khassan.

—Aquella vez sí.

Khassan sacó un sobre de su abrigo y se lo dio a Akhmed. El intercambio, pensó Akhmed, era lo más parecido a un servicio postal desde hacía muchos años. —Me gustaría que le dieras esto a Havaa. Es una carta con unos cuantos recuerdos de Dokka antes de que fuera padre. Así tendrá algo a lo que recurrir cuando sea mayor.

—Tu optimismo me alegra—, dijo Akhmed.

—¿Qué hago? Sé lo que el honor exige pero ¿hacerle *eso* a mi propio hijo? ¿Con mis propias manos? ¿Es *eso* lo que se espera de mí? Dime qué hacer, Akhmed. Sabes que el siguiente nombre que entregará a los federales es el tuyo. Dime, ¿qué debe hacer un padre? —. Khassan se había inclinado hacia delante. Su aliento rancio y jadeante le calentaba la mejilla, sus manos buscaban los hombros de Akhmed. Era una sensación extraña. Nunca antes se habían abrazado.

—No lo sé—, dijo Akhmed. No existía una respuesta correcta y además estaba demasiado cansado, tenía demasiado frío y estaba demasiado cerca de casa como para empezar a descartar todas las

incorrectas. —No soy padre. No sé lo que debes hacer.

—No estoy te pidiendo tu aprobación. Te estoy pidiendo consejo.

Akhmed asintió. —Lo pensaré.

Khassan dio un paso atrás y su cara, pálida a la luz de la luna, cambió bruscamente. Abrió la boca, pero por un momento sólo sus ojos hablaron. Akhmed habría llenado de gratitud el espacio que los separaba. Le habría agradecido a Khassan todos los consejos, relatos, comidas, cigarros, silencios, todo, incluso las interminables lecciones de historia que habían compartido a lo largo de los años. Le habría dicho que en los diez años que su padre llevaba muerto, Khassan había sido como un padre para él. Habría dicho todo eso, pero fue Khassan quien habló primero. —Me siento afortunado de saber quién eres, Akhmed. Llevo mucho tiempo queriendo decírtelo.

Sus ojos se encontraron y se separaron. Un reconocimiento tan directo de su relación los avergonzaba a ambos. Akhmed asintió, volvió la cabeza hacia el pueblo y no dijo nada.

Penetró en la rancia oscuridad del salón y avanzó lentamente hacia la luz del dormitorio. —Soy yo—, dijo en el umbral. —¿Cómo te encuentras?

Bajo las mantas, Ula se dio la vuelta y sonrió medio dormida. —Oh, estoy bien. Estoy muy bien. Tu padre ha venido otra vez y me ha contado un cuento.

Akhmed preparó lentejas y una lata de albaricoques de cena, llevó una silla junto a la cama y comió a su lado. Su pobre Ula. Realmente estaba perdiendo la cabeza.

En los últimos meses su salud había mejorado, pero aquella insistencia en que pasaba los días con su padre, muerto hacía una década, disipaba toda esperanza de recuperación. Mejor. Así tenía una cosa menos que perder. En una caja de puros bajo la cama escondió una aguja hipodérmica y un vial de heroína que había robado del hospital.

Después de lavar los platos cogió su ejemplar de Hadji Murat, que calzaba la pata coja de la cómoda, y lo puso junto la puerta. Antes de abrir el sobre de Khassan comprobó que las cortinas estaban bien cerradas. Había cuarenta o cincuenta hojas unidas con encuadernadores de latón. Abrió las páginas al azar. *A tu padre le encantaba la nariz de tu madre. Era grande y desgarbada, y él decía que seguía creciendo y que se adueñaba poco a poco de las mejillas y la frente de modo que su cara estaría pronto sepultada bajo la nariz*. No podía ponerse a leer, no en aquel momento, así que devolvió las hojas al interior del sobre.

En la cama, cubrió la cadera huesuda de Ula con la mano. No era la misma cadera que había sujetado en la noche de bodas mientras resoplaba y se atropellaba, tan abochornado de lo que estaba haciendo

que la vergüenza de verla girar la cara hacia la ventana abierta lo cogió por sorpresa. Sin embargo ahora la amaba más y la extrañaría más. Discutían por todo, se gritaban de tal forma que a la mañana siguiente se despertaban roncos y se perdonaban en silencio, con una taza de té, una mano en el hombro, liberados de las voces que los separaban. Sobre todo, echaba de menos su desprecio. La forma de mirarlo como si no existiera. Ula sabía lo que el pueblo sospechaba: que era un médico incompetente, un administrador aún peor, un romántico, un hombre cuya mayor felicidad era estar en el bosque dibujando pájaros. Lo sabía y sin embargo lo amaba. Le pasó los dedos por el pelo. Hacía días desde la última vez que se lo había lavado y aún estaba limpio. Gracias a Alá que habla con mi padre. Si está mirando lejos en el horizonte no podrá ver lo que tiene delante.

—¿Te acuerdas de quién soy?—, le preguntó, pero ya se había quedado dormida.

—¿Sabes cómo se inventó ese aparato?—, preguntó Sonja señalando al estetoscopio que la niña estaba usando para oír su propio corazón. —Lo inventó un médico francés que tenía un paciente muy gordo. Era tan gordo que el médico francés no conseguía oírle el corazón en el pecho. Así que inventó el estetoscopio.

—Qué raro—, dijo la niña moviendo la campana como una ambigua pieza de ajedrez. —Yo nunca he visto a un gordo.

—¿Nunca?

—Nunca. Pero entre mis souvenirs tengo el autógrafo de un hombre que solía ser gordo.

La niña anotó su ritmo cardíaco en la tabla que Sonja le había dado. Dominada por un inexplicable interés por la medicina, llevaba siguiéndola desde la cena, envuelta en una bata de laboratorio que arrastraba por el linóleo. A Sonja le costó casi una hora darse cuenta de que la estaba imitando. Su cruda exasperación se redujo a una leve desaprobación cuando la vio regañando al aire por propagar enfermedades. Pobre cría, pensó. Esperemos que encuentre un modelo a seguir mejor que yo.

La niña cogió la campana del estetoscopio como un micrófono y, mientras daba patadas a la arrugada cola de una sábana, empezó a hacerle una entrevista.

—¿Cómo es ser cirujana?—, preguntó.

—Maravilloso. Siguiente pregunta.

—¿Por qué no tienes hijos?

—Porque hacen demasiadas preguntas.

—¿A quién sobornaste para que te admitieran en la Facultad de Medicina?

—Sorprendentemente, a nadie.

—¿Eres la única mujer cirujana del mundo?

—Eso parece.

—¿Cuál es tu enfermedad favorita?

—Las clamidias.

—Si a ti te dejaron hacerte cirujana en vez de esposa, ¿me dejarán a mí hacerme arbolista en vez de esposa?

—¿Quiénes son esos que "me dejaron"?

—Ya sabes.

—Dímelo.

La resignación vació la cara de la niña. Hacía mucho tiempo de eso, pero Sonja aún recordaba cómo era tener esa cara, aún recordaba el sentimiento de no ser más lista que el hombre más tonto, de no ser más fuerte que el niño más débil. Con esas ideas rondando con la cabeza, nadie podía sorprenderse de que la sumisión fuera el resultado inevitable. Se sentó en la cama al lado de la niña, compadecida al recordar cómo era tener esa cara.

—Escúchame, Havaa—, dijo con toda la generosidad que podía reunir a aquellas horas de la noche. —Tú puedes ser exactamente la persona que quieras ser, ¿de acuerdo? A lo mejor no lo parece, pero las cosas cambiarán cuando seas un poco mayor. Si te esfuerzas, sacrificas algunas cosas y sí, recurres al soborno de vez en cuando, llegarás a ser arbolista, marino-anemonista o lo que quieras.

Siguieron un rato hablando, pasándose la campana del estetoscopio la una a la otra.

—¿Tienes alguna pregunta para mí?—, preguntó la niña al final de la entrevista.

Desde que Akhmed se había ido por la tarde Sonja había estado retrasando la pregunta, como una carta largo tiempo esperada, aterrada de lo que el sobre pudiera contener.

—¿Se quedó a dormir alguna vez una mujer rusa en tu casa?

—¿Cuál de todas? Se quedaba mucha gente.

—Se llamaba Natasha.

—Probablemente tuvimos treinta Natashas por lo menos.

—Se parecía a mí.

La evaluó con la mirada. —Pues entonces no.

—Era como yo pero más guapa.

La niña inclinó la cabeza. —Eso no me lo puedo imaginar.

Entonces cayó en la cuenta. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El retrato de Akhmed. Se levantó y salió de la habitación antes de que Havaa pudiera preguntarle dónde iba. ¿Por qué le había dicho que se llevara el retrato? ¿Dónde lo habría metido? Subió al cuarto piso y comenzó a registrar. La salas de maternidad, la nueva y la antigua, la habitación del hombre de la mina terrestre, las oficinas de

administración vacías, la sala de espera. Mientras rebuscaba, de pronto se le cruzó por la cabeza el recuerdo del día en que compró el cascanueces con forma de guardia de palacio de Buckingham. Como se esperaba de él, había resistido los vuelos a lo largo de Europa, todos los baches sufridos por la Samsonite, e incluso la vergüenza de llamarse Alu sin perder la compostura una sola vez.

Había encontrado el cascanueces pegajoso y manchado de refresco en una tienda donde había entrado a comprar caramelos para la tos antes de asistir a una conferencia. Quedaban cuatro semanas para Navidad. La primera guerra no empezaría oficialmente hasta doce días después. Lo había comprado sin pensar en Natasha, por capricho, porque los extranjeros piensan en Buckingham Palace cuando piensan en Londres, y ella, Sonja con *j*, era ante todo una extranjera. Nubes grises se arremolinaban en el cielo mientras subía por las escaleras mecánicas de la estación de Holborn y cruzaba Lincoln Inn's Fields hasta el Royal College of Surgeons. Allí, transcribió la serpenteante sintaxis del inglés académico de una conferencia sobre neurocirugía en un cuaderno rosa que había encontrado en un cesto de todo a 50 peniques. Junto al Royal College había un museo dedicado a la anatomía y la patología. Después de dar las gracias al conferenciante y de cinco minutos de pausa en el claustro para fumar un cigarro y tomar un caramelo para la tos, recorrió las curiosas colecciones del museo. Había una exposición sobre la historia de la momificación fuera de Egipto. Una vitrina dedicada a la tibia. En una sala se exhibían
1 474 calaveras reunidas por el médico del siglo XIX Joseph Barnard Davis. El cráneo fracturado de una mujer hallado en Pompeya. Los de nueve piratas chinos ahorcados en Ningpo. Calaveras congoleñas procedentes de las plantaciones de caucho del rey Leopoldo de Bélgica. Sin embargo, lo que más le impresionaba era el cráneo de un caníbal de Bengala. Estaba completo e intacto, con sus veintidós piezas y la mandíbula aún encajada en el temporal. Una luz halógena bañaba los ocho huesos que componían la caja neurocraneal. La envergadura de las placas, los arcos superciliares protuberantes y las líneas temporales, así como el tamaño general y la solidez, le decían que se trataba del cráneo de un hombre. Nada lo diferenciaba de los cráneos de los piratas chinos o los trabajadores del caucho congoleños. Leyó el letrero escrito por un frenólogo victoriano. *No hay características que distingan el cráneo de un caníbal del de un hombre ordinario*.

Mientras buscaba el retrato sólo pensaba en la morbosa asociación entre el caníbal y el cascanueces, algo que nunca le mencionó a Natasha. Por fin encontró el cuaderno en el mostrador del comedor, debajo de una pila de sábanas dobladas. Natasha la miraba con

tranquilidad desde la última página, con ojos que ni el rencor ni el juicio habían nublado, el pelo recogido en una cola con un pasador que nunca había tenido y en las orejas unos pendientes que no existían.
Era evidente que Akhmed no la había conocido.

Sus pasos, cada vez más lentos mientras volvía a su habitación, sonaban en el suelo como las últimas gotas de un grifo cerrado. Quería y no quería saber. Ambos sentimientos siempre estaban ahí, tirando de ella en un juego de la soga en el que la soga era ella. Se dijo que estaba bien. La verdad era sólo un rumor más que corría por las filas de refugiados, una alucinación más en la que no creer. Cuando entró en la habitación la niña ya se había dormido. Metió el retrato en un cajón, agradecida de posponer la respuesta una noche más.

23

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 **2001** 2002 2003 2004

Cuando la segunda guerra llegó a Volchansk no lo hizo con bombardeos ni explosiones de mortero, balas trazadoras ni huellas de tanque, sino que entró por el bazar; el cardamomo subió unos kopeks, un par de rublos más por un kilo de zanahorias, al principio la carestía era tan imperceptible que lo más fácil era culpar a la inflación, a la inestabilidad de los mercados mundiales o a los desastres naturales. Entonces se fue la electricidad. La red municipal, restaurada después de la primera guerra, nunca había llegado a funcionar durante más de dos horas seguidas de todos modos. La corriente llegaba igual a mediodía que a media noche, quince o veinte minutos en los que Natasha tenía el tiempo justo para cargar las baterías, correr a la ducha, secarse el pelo y oír las noticias en la radio antes de que las luces parpadeasen y la ciudad se sumiera de nuevo en la oscuridad. Entonces se fue el agua.

Al igual que los habitantes que quedaban, tuvo que llenar cubos en pozos a cielo abierto y filtrar el agua a través de fundas de almohada antes de hervirla. Entonces llegó el turno de la escasez de víveres. Se acabó la leche, después la ciruelas, después el repollo, después la harina. Incluso los animales salvajes se callaron. Los perros dejaron de aullar. Los pájaros dejaron de cantar. El Ejército Federal invadió Chechenia en agosto de 1999, sin embargo Natasha no notó el comienzo de la segunda guerra hasta que la vio entrar por la puerta del Hospital nº 6 una tarde de 2001.

En la sala de maternidad el cielo del mural estaba tan tranquilo como el día que lo dibujó. Sonó un disparo pero ella creyó que era un trueno. Mientras bajaba las escaleras a toda velocidad sonaron más disparos. En la sala de trauma Sonja y las enfermeras estaban apiñadas junto a los archivadores.

—Podemos evacuarlos a una aldea—, propuso Sonja. —Tenemos el jeep.

—No—, dijo Deshi. —Se quedan aquí. Esto es un hospital y aquí es donde deben estar.

—Podemos usarlos de escudos humanos—, agregó Maali.

Natasha intentó meter baza en la conversación, pero como siempre, el triángulo no se dejaba transformar en cuadrado. Respiró hondo y se dio la vuelta. Todo esto no va contigo, se dijo; lo único que puedes controlar son tus propias reacciones. Parecía increíble pero al final había merecido la pena leer los libros que Sonja trajo el día que volvió a casa con un vaso de hielo. En los cinco años que llevaba trabajando allí su espectro emocional había evolucionado hasta superar la monocromática depresión que teñía los primeros meses de su recuperación. *Recuperación*. Qué palabra tan extraña y maravillosa. Ninguna definía mejor su gradual reintegración en el seno de la humanidad. Casi nueve meses de cautividad, prostitución forzada, palizas y adicción a la heroína quedaban atrás. Había vuelto. Nadie más sorprendida que ella misma y nadie más feliz que Sonja. Una vez, de adolescente, Natasha se había quedado dormida en la terraza de su casa y se había despertado del color del borscht. La semana siguiente todas las chicas populares acudieron al colegio quemadas por el sol, y la siguiente las que querían ser populares. Al final el director tuvo que intervenir y en una reunión escolar improvisada explicó a las estudiantes que se conocían casos de chicas que se habían asado vivas por tomar demasiado sol.

El recuerdo había estado en su interior, intacto bajo pliegues de tiempo, hasta que lo recuperó con una sonrisa las tardes que subía a la azotea del hospital a tomar el sol. Transcurrían horas enteras sin pensar una sola vez en Italia.

Las enfermeras no querían escucharla, pero los enfermos sí. La vieja Xenia, paciente número 29395, preguntaba *qué sucede* sin interrupción, cada vez más confusa y angustiada. Su vecino de habitación, que además era su primo hermano, le rogaba que cerrara el pico ya que su desagradable voz iba a acabar con él antes que las bombas y las balas. Ochenta y un años antes, mientras los rusos blancos arrasaban Volchansk, Xenia había hecho la misma pregunta y su primo se la había respondido. Xenia tenía seis años y su primo ocho. Por entonces tenía una voz preciosa.

—Estamos intentando averiguarlo—, dijo Natasha. —No se preocupe. ¿Quiere que le traiga un poco de hielo?

Xenia le echó una sonrisa arrogante a su primo y asintió.

—¡Tráigame el depresor lingual!—, le gritó el primo a Natasha mientras se iba.

Dos días antes, cuando Xenia había ingresado en el hospital con una neumonía, Sonja había tratado sus pulmones con el respeto que un fontanero le muestra a un desagüe atascado. Su hermana era una gran profesional, no cabía duda, pero a Natasha le molestaban sus formas. Para poder trabajar en circunstancias como aquellas, un

cirujano debía prestar atención únicamente al cuerpo del paciente, pero esa era precisamente la actitud de los tratantes de blancas, chulos y clientes que pululaban por el infierno personal de Natasha. Por eso, cuando Sonja trataba una fractura de pelvis sin mirar al enfermo a los ojos ni una sola vez o se dirigía a él por su número de paciente en lugar de usar su nombre, Natasha se recluía en la sala de maternidad, donde podían transcurrir días sin que sus caminos se cruzasen, donde los llantos de los recién nacidos le recordaban que la voz de la vida suena a más volumen que su pulso. Mientras Sonja debatía la conveniencia de una evacuación, Natasha le daba cucharadas de hielo picado a Xenia y le contaba exactamente lo que sucedía.

Un ruido de botas procedente del pasillo acabó con las deliberaciones. El guarda de seguridad cruzó las puertas batientes a la carrera agitando los brazos y con los bajos de la camisa aleteando por fuera del pantalón. —¡Están aquí!— gritaba. Pasó como un rayo por delante de Sonja y salió por la puerta trasera anunciando su dimisión con un grito ahogado.

—¿Quiénes? ¿Los federales o los rebeldes?—. La pregunta de Sonja quedó sin respuesta. Xenia sostenía un trozo de hielo entre los dientes, temerosa de partirlo. Nadie hablaba. El ruido de botas militares cesó detrás de las puertas. La tensión estiró tanto el aire que Natasha habría podido caminar por él. Un puntapié abrió las puertas bruscamente y todo el mundo dio un respingo pensando que se trataba de un disparo. Cuatro hombres con barba entraron con las ametralladoras en posición.

—Yo me jubilé hace siete años—, dijo Deshi sin dirigirse a nadie en particular.

—Liberamos y tomamos posesión de este hospital en nombre de la gloriosa campaña por la independencia nacional—, declaró el insurgente de menor estatura. Tenía las mejillas polvorientas y la camisa y los pantalones manchados de sangre. Lanzó una desafiante mirada a los allí reunidos. —¿Quién está al mando?

Al otro lado de la habitación Sonja levantó la mano con cara de aburrimiento supremo.

—Soy el comandante de la cuarta brigada del Ejército Nacional de la República Chechena de Ichkeria—, dijo el rebelde. Bajó el arma y caminó hasta Sonja con pasos cortos y laboriosos, —Somos cuarenta. La mayoría de mis hombres necesitan atención médica. Todos necesitamos comida y agua.

—Podríamos amputarles las piernas a todos—, sugirió Maali, pero la entrada de treinta y seis rebeldes más convirtió el permiso de admisión en una formalidad. Sonja aceptó curar a los heridos a cambio de que se quitaran las botas. Metieron a los rebeldes en una de las salas desiertas con el acuerdo tácito de que cuanto antes

terminaran el trabajo, mejor para todos. Los rebeldes pidieron que los atendieran por orden ascendente de rango, no por triaje. El comandante explicó con acento norteño que los rangos inferiores llevaban más tiempo en combate y habían sufrido más. A Natasha se le secó la garganta al cortarle la pernera del pantalón a un soldado de pelo rizado que tenía la cara pálida y los ojos enrojecidos. Era la primera vez que tocaba los pantalones de un hombre en cinco años y tres meses.

—¿Qué haces?—, preguntó tumbado boca arriba en la camilla.

—Te estoy haciendo unos pantalones cortos. Tienes unas piernas muy bonitas.

—¿Dónde están mis piernas?

—Siguen en su sitio, no te preocupes.

Intentaba ser cuidadosa pero el guerrillero tenía la pantorrilla izquierda llena de metralla. —Aguanta—, le decía. —Tú sólo aguanta —. El flequillo sudoroso se le pegaba a la frente. Quería preguntarle cómo se llamaba pero ¿y si se moría y la dejaba allí con su nombre? El nombre que Natasha no preguntó era Said. Había nacido en un barrio de Grozni donde su madre, asistente de veterinario, metía en casa todos los cachorros que la gente abandonaba en la puerta de la clínica donde trabajaba. La guerra ya se había llevado a su madre, pero él sobreviviría, volvería a casa y cuidaría de sus gatos, que se habían multiplicado durante los años de guerra alimentándose de la floreciente población de ratas y ratones, y ya eran prácticamente un pueblo. Pasaría el resto de su vida haciendo trabajos esporádicos y sacrificaría las comodidades de la vida familiar para ocuparse de los descendientes de los gatos de su madre. Ochocientos ochenta y dos gatos, todos nombrados en honor a su madre, aunque lo cierto es que él nunca sabría la cifra exacta. Sesenta y seis años después, cuando estuviera en su lecho de muerte, habría de recordar aquella tarde lejana en que los dedos de una hermosa enfermera extraían de sus piernas fragmentos de metralla. Lo recordaría como el momento más íntimo que había compartido con una mujer. Después recordaría a sus gatos.

Natasha llamó a Sonja y le pidió un analgésico. El joven estaba conversando incoherentemente con un bote de algodón al que creía su madre. Al otro lado de la sala, la sierra quirúrgica se detuvo, pero Sonja no levantó la vista del brazo medio amputado que tenía entre manos. —Tendrás que cogerlo tú misma—, le dijo con calma. Debido a su historial de drogadicción Natasha nunca tocaba ni administraba la heroína. Cinco años después, todavía soñaba con cucharas y temía que un simple mechero reavivara el síndrome de abstinencia. Sin embargo, se quitó los guantes de látex y corrió al comedor. No era momento de andarse con remilgos, no con aquel chico en la camilla.

Estaba en el armario, detrás de un arsenal de latas de leche condensada. Se compactaba entre sus dedos y se apretaba contra las esquinas de la bolsa. El hermano de Alu había asegurado que aquel material no contenía talco ni para el trasero de un solo bebé. En los chutes que Sergei le había metido en Italia, por el contrario, había talco suficiente para una guardería entera, e incluso aquella basura le ponía las venas como cables eléctricos. En cambio aquello… Pura al noventa y ocho por ciento… Escupió en el fregadero. Se le estaba haciendo la boca agua. *Puedes* controlar tus reacciones. *Puedes* controlar tus reacciones, se repetía. Tardó dos minutos en preparar la dosis. Lo único que tenía que hacer era llevar una jeringa a la sala de trauma, no eran más que veinte metros, pero allí sola delante de la aguja se sentía totalmente superada.

El último paquete de hilo de sutura había desaparecido en los miembros de los soldados rebeldes cuando llegó el momento de atender a los oficiales. El comandante, último en recibir atención médica, estaba tumbado en la cama plegable de Sonja. La sangre de sus hombres empapaba las sábanas y cuando sus hombros desnudos la tocaron, suspiró. Entre la barba y los ojos tenía un espacio de piel color terroso que hablaba de largos meses de intemperie y mala alimentación. Natasha vio a su hermana atenderle. Tenía una larga y profunda herida semicircular en el pecho. —Mi pecho me sonríe—, dijo.

Sonja le aplicó solución salina y yodo en abundancia. Separó los bordes de la herida con unos fórceps en busca de fragmentos de metralla. Aunque había empezado a coagularse, no se curaría sin puntos. Los soldados rebeldes observaban atentamente en medio de un respetuoso silencio.

—Hay un problema—, dijo Sonja. El comandante asintió mirando al techo. —Tengo que ponerle unos cuantos puntos pero no queda hilo. Sencillamente no dispongo de material suficiente para tratar tantas heridas de combate.

—Dele el mío—, dijo un hombre delgado al que le habían afeitado media barba para aplicar trece puntos en el lado izquierdo de la cara. De pronto hubo un coro de ofrecimientos. Incluso los que no habían necesitado puntos lo cedían vociferando.

—No es higiénico—, dijo Sonja con una firmeza que puso fin a la cuestión. Ninguno pareció lamentar que no hubiera aceptado su oferta. —¿Alguien tiene un botiquín de campaña? ¿Algo que podamos esterilizar y usar para coserle?

Un oficial joven le entregó una pequeña bolsa verde. Natasha miró en su interior mientras Sonja aplicaba una compresa en la herida. Sacó un cepillo de dientes rosa con las cerdas grises, un botellín de enjuague bucal no alcohólico, un tubo de blanqueador dental a base

de flúor, cinco tubos de pasta de dientes con los nombres de las oraciones diarias escritos con rotulador negro y tres rollos de hilo dental sin cera.

—El hilo dental—, dijo Sonja. —Quizá sirva.

El comandante hizo una mueca de dolor mientras el hilo empapado en alcohol seguía a la aguja a través de su piel. Rechazó los analgésicos. Natasha admiraba su autocontrol.

—¿Se han empezado a alistar los dentistas?—, le preguntó mientras Sonja le daba el quinto punto. Si era tan valiente como para rechazar la anestesia, lo mínimo que ella podía hacer era distraerle con un poco de conversación.

—No, es del botiquín personal de un capitán.

—¿Tenía buena dentadura?

—Sí—, respondió el comandante. Su boca abierta revelaba una filosofía más relajada en lo referente a la higiene bucal. —Unos dientes verdaderamente fantásticos. Se los cepillaba cinco veces alt, antes de cada oración, como si también se hiciese las abluciones en la boca.

—¿Se preocupaba mucho por su estado general de salud?

—La verdad es que no. Fumaba más de dos paquetes al día.

—Qué tipo tan extraño.

—Te vuelves así. En la primera guerra luché junto a un tipo que se tomaba un paquete de antiácidos al día.

—Eso puede dar lugar a un trastorno hidroelectrolítico: hipercalcemia, piedras en el riñón, problemas óseos y desequilibrios psicológicos—. Natasha repitió para sí misma lo de *desequilibrios psicológicos* preguntándose si a Maali le gustarían los antiácidos.

—Dudo que importe. Está bastante muerto. Además, sólo comíamos kasha de trigo. Los antiácidos le aportaban una dosis extra de calcio. Le daba mucho miedo la osteoporosis.

Casi se echó a reír. —¿Cuántos años tenía?

—Veintidós.

—Estáis todos locos.

Sonja tensó los puntos y el comandante hizo una mueca de dolor. —Es fácil convencerse a uno mismo de que cuidar una parte del cuerpo sirve para proteger el resto. Como si a Alá le faltara crueldad como para quitarle la vida a un hombre con la dentadura perfecta.

—¿Sirvió de algo?

—Lo enterramos con la boca abierta para que presumiera de dentadura delante de los ángeles del Paraíso.

Los rebeldes pasaron la noche en la sala desierta. No hubo ronquidos. Eran cautelosos incluso en sueños. Por la mañana orientaron las camas de los heridos hacia La Meca. Natasha les sirvió

cucharadas de una espesa papilla de cereales con leche en polvo. Comprobó con Sonja y las enfermeras el estado de las quemaduras vendadas, las heridas suturadas y los huesos rotos entablillados. Sólo dejaron atrás al rebelde del brazo amputado. El comandante rezó por él y le registró la mochila para que nada lo relacionara con la insurgencia.

—A partir de ahora eres un civil—, le dijo el comandante. —Disfruta de la paz por la que tanto has luchado. Nos llevaremos tu brazo para enterrarlo adecuadamente pero debemos separarnos. Si quieres permanecer aquí, la doctora ha dicho que el puesto de guarda de seguridad acaba de quedar vacante.

De acuerdo con sus deseos de ser tratado el último, Natasha sirvió al comandante el último bol de cereales.
La superficie se había endurecido al enfriarse y el comandante tuvo que golpear la costra dos veces con la cuchara antes de romperla.

—¿A dónde os dirigís?

—Al sur. A las montañas.

—Intenta que te vea un médico o al menos un veterinario antes de llegar. Si se te infecta la herida los federales serán el menor de tus problemas.

—En nuestro estado no creo que hoy pasemos de Eldár.

Sólo dos de los botones de la camisa del comandante iban a juego con la tela marrón cuyo color original era ya imposible de determinar. Natasha se la retiró y cubrió la herida con una venda limpia. El hilo dental funcionaba.
—Una vez estuve en las montañas—, le dijo al comandante. —Crucé la frontera.

—¿En invierno?

—En primavera.

—Este invierno será difícil. Necesitamos líneas de abastecimiento. Intermediarios de confianza. Quizá haya alguno en Eldár. ¿No quieres cambiar de profesión?

El comandante dejó la bolsa de productos de higiene bucal como donativo para el hospital. Se quedó muy derecho en la puerta mientras sus hombres se arrastraban al exterior. Cuando sólo quedaba él, se volvió a las hermanas.

—Gracias—, dijo con una leve inclinación. —Son ustedes amables, decentes y si me permiten la impertinencia, muy atractivas. Deben tener algo de sangre chechena.

—Necesito que me haga un favor—, dijo Sonja. —¿Le importaría escribirnos una carta de salvoconducto por si necesitáramos viajar por territorio rebelde?

El comandante tenía dos hermanas, uno y tres años mayores que

él, que le hacían rabiar y le regañaban, pero siempre le cuidaban. Llevaba sus nombres cosidos en el dobladillo del pantalón. Les había confiado el nombre de su primer amor y les confiaría su descanso eterno. Sonrió y buscó un bolígrafo.

Cuando el comandante partió y las puertas batientes se cerraron, Natasha volvió a la sala de maternidad casi convencida de que la guerra se iba con él. Seis días después los federales tomarían Volchansk. Dispararían un solo proyectil de mortero al hospital en represalia por haber albergado insurgentes. El proyectil caería en el almacén del cuarto piso, donde Maali estaría buscando sábanas limpias. Aterrizaría entre los escombros cuatro pisos más abajo con el pulso cada vez más débil en las muñecas. Le prepararían una inyección, de la cual sólo le administrarían la mitad pues la muerte la libraría de sus dolores antes de que la droga hiciera efecto.

El mundo ruidoso y sin sentido enmudecería de pronto cuando Natasha se clavara esa misma aguja entre los dedos de los pies y apretara el émbolo para enviar la sangre de Maali junto a la suya.

EL CUARTO Y EL QUINTO DIA

24

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Si hubiera dormido en el sofá habría visto la carta para Havaa. Si la lámpara hubiera tenido la más mínima chispa de electricidad habría visto la carta para Havaa. Si se hubiera levantado una hora más tarde, cuando la brillante luz del amanecer se extendía por el suelo, habría visto la carta para Havaa. Pero no la había visto, y ahora Havaa venía corriendo hacia él, su cara era una flor, una luna, una bala de cañón que de pronto golpeó su estómago y le sacó el aire de los pulmones. Fue sólo entonces, con los brazos de la niña alrededor de la cintura, cuando se acordó de la carta de Khassan que había olvidado traer.

—¡Estás aquí!—, le gritó la niña a su cadera.

—¿Dónde iba a estar si no?—. No era completamente consciente de lo que la niña sabía, que *aquí* era un lugar especial e improbable. Havaa pensaba que también Akhmed podía haber desaparecido ya. Podía estar con su padre, dondequiera que estuviera, lo que quiera que eso significara. Pero estaba aquí. Un intenso aroma a lejía precedió al rumor de las pisadas de Sonja y ambos miraron hacia la puerta antes de que apareciera.

La vieron entrar con la bata blanca tan brillante como un médico de Moscú o Londres o Berlín. Si alguna vez despertaba de su sueño a una mina terrestre o se cruzaba en el camino de una bala, quería ser atendido por un médico con una bata como esa.

La noche anterior, mientras dibujaba el retrato de Natasha, había tenido que luchar contra la tentación de apoyar su rodilla izquierda en la rodilla derecha de Sonja. Hacía dos años desde la última vez que había tocado una rodilla de ese modo. ¿Y antes? ¿Cuándo le había tocado las rodillas a Ula con algo parecido al deseo? Cuidarla había refinado su pasión, antes tosca e inflamable como el petróleo crudo, en un amor más atenuado y de más larga duración.

—¿Es ese el libro de Tolstoi?— Sonja apuntó con la cabeza a la silla sobre la que descansaba la edición de Hadji Murat. Eso sí que no lo había olvidado en casa.

—Sí, el que escribió sobre Chechenia.

Se retiró un rizo extraviado y escribió con él un signo de interrogación alrededor de la oreja. Abrió el libro por la última página.

—¿Pero qué hace? No lea la última página.

—Siempre leo primero la última página—, dijo sin levantar la vista.

—Pero lo va a estropear todo. El argumento se va desarrollando a lo largo del libro y culmina en el final.

Sonja frunció los labios. Doblaba la cubierta con las manos intentando que no le temblaran. ¿Las anfetaminas? Sin embargo hablaba con voz neutra y apagada. —Si creo que el final no me va a gustar no me leo el libro—. Se lo devolvió.

—¿En serio?

—Lo decapitan en la última página. No es un final que me apetezca leer.

Sonja era más difícil de atrapar que el último pepinillo del frasco. Había pensado que la impresionaría con el libro y que hablarían sobre sus temas e imágenes, una especie de salón literario en una ciudad sin electricidad.

—Pero si es el gran libro. Tiene un siglo y medio y sigue siendo lo mejor que se ha escrito sobre la primera y la segunda guerras.

—¿Para qué leer sobre lo que estoy viviendo?

—¿Prefiere escapar?

—Usted llegó hace cuatro días—, dijo ella. —Siga viniendo por aquí un tiempo y ya veremos si todavía cree que merece la pena discutir sobre libros.

Akhmed, Deshi y Havaa fueron al punto de distribución de ayuda semanal, así que poco después de las ocho, cuando trajeron a un hombre con un tubo de escape alojado en el pecho, Sonja lo recibió sola. El hombre, que trabajaba de contratista del ejército, había sufrido de asma durante veintiún años. Después de vivir ahogándose todo ese tiempo, su último aliento, diecinueve segundos después de la explosión del coche bomba, le entró en los pulmones sin esfuerzo a través de la tráquea de metal que tenía clavada y que le salía del pecho, la inspiración más fácil de su vida.

Sonja sólo lo conoció ya cadáver. El puñado de anfetaminas que la había mantenido en marcha toda la noche aún le corría por las venas. Lo llevó a la sala de trauma en una camilla del hospital y se sentó junto a él mientras las polillas le revoloteaban alrededor de la cabeza. El cráneo del cadáver colgaba hacia un lado con los ojos abiertos. Empezó a hablar con él, era un oyente ideal en todos los aspectos, y se enfrascó hasta tal punto en la alucinación que perdió el contacto con el mundo real, en el que los pasos de Akhmed se acercaban por el

pasillo.

—¿Honrar a los muertos?—, le decía ella con la cara a la misma altura que la del cadáver. Akhmed observaba desde la puerta.
—Claro, pero sólo si los muertos son honorables. No, por supuesto que no dudo de ti. Tienes todo el derecho a sentirte mal. Te acabas de morir. No te lo tomes tan a pecho. Escúchame, necesito que eches un ojo por si encontraras a mi hermana por ahí. Ya sé que está a rebosar de gente, pero es sólo un vistazo. Por favor. No hay prisa. Y ya que estamos, ¿te importaría reservarme una silla? Ah, claro. Tenía que haberme imaginado que sería una sala de pie—. Akhmed no podía verle la cara, pero sólo oír su voz agotada le dolía. —¿Tenías problemas respiratorios?—, dijo ella hablando por el tubo de escape como por un micrófono. —Parece que tienes algún tipo de excrecencia bronquial—. Cuando la vio tomar la cara del muerto entre las manos, Akhmed entró en la habitación para salvarla de lo que quiera que fuera que sucedía en el interior de su cabeza. —No hay características que distingan el cráneo de un caníbal del de un hombre ordinario—, le dijo al cadáver. —Pero te garantizo que tú y yo nos lo hubiéramos pasado en grande.

Dos manos sobre los hombros la apartaron suavemente del cadáver antes de que pudiera responder, antes de que pudiera decirle si Natasha estaba allí con él.

—Usted también, no—, dijo Akhmed cautelosamente, la piel dos grados centígrados por encima de la del cadáver, el *pes* azul marino demasiado pequeño aún en la cabeza.
—Alguien tiene que mantener la cordura en este lugar.

La llevó al despacho que le servía de dormitorio. Akhmed era como un estanque en el que Sonja hubiera caído. Braceaba y braceaba, pero él seguía allí, a su alrededor. Llevaba despierta una eternidad. El aleteo de las polillas era insoportable. Cuando llegaron al despacho la sentó sobre el atestado sillón de ejecutivo. —Necesita descansar—, dijo con un tono autoritario evidente imitación del de Sonja.

—¿Quién se cree usted que es para darme órdenes?—, preguntó. Echaba de menos al cadáver. Era mucho mejor conversacionalista.

—Creo que soy alguien que durmió lo suficiente anoche—. Echó un vistazo a la biblioteca, seleccionó el libro más grueso que encontró y lo dejó sobre la mesa. —Aquí tiene un diccionario médico. Si no quiere leer a Tolstoi, pruebe con esto.
Se quedará dormida en un minuto.

Cuando Akhmed cerró la puerta Sonja observó el diccionario, temiendo alguna treta. Hacía años que no lo consultaba. Una cirujana de su nivel no necesitaba hacerlo. Lentamente, temerosa de las nuevas alucinaciones que acechaban entre las páginas, abrió el libro. Era tan tedioso como lo recordaba.

Sin embargo, el libro le interesó y la abigarrada y pequeña letra la tranquilizaba. Las definiciones tenían la majestuosa seguridad de la ortodoxia y le recordaban a los años anteriores a la guerra, cuando recurría a los libros de referencia para completar sus deberes semanales, cuando se sentaba a la mesa de su habitación con bolas de algodón en los oídos mientras aquella cacofonía que Natasha llamaba música retumbaba en la pared del otro cuarto, cuando aún creía que el significado de una cosa sólo consistía en una lacónica serie de frases compuestas de palabras. Ahora sabía que nada podía definirse aisladamente y que todos los bichos, lápices, y briznas de hierba eran por sí mismos diccionarios que requerían de todas las demás definiciones para completar la suya propia.

Las letras del libro se proyectaban en sus dedos a través de las finas páginas de modo que las palabras parecían impresas en su piel: el peso medio de una mano, interpretaciones del nudillo. La invadió una sensación de mareo producida por la bajada de las anfetaminas. Odiaba tener que admitirlo pero Akhmed estaba en lo cierto. Entonces, cuando iba por la mitad del libro, al final de la página mil trescientos veintidós, una definición rodeada por un círculo rojo rezaba:

Vida: una constelación de fenómenos vitales —organización, irritabilidad, movimiento, crecimiento, reproducción, adaptación.

El mismo cielo no habría podido hacer una declaración más rotunda. Sonja se la repitió a la cama deshecha, a la maleta de Havaa, aún sin deshacer, al escritorio del antiguo director de la sala de geriatría. Ella nunca había subrayado un diccionario, y sin embargo aquel estaba marcado con el mismo lápiz rojo que solía tener en la mesilla de noche. Salió tambaleándose al pasillo e intentó sin éxito apoyarse en la pared. Sentía las piernas tan rígidas como el día en que había intentado hacerse unos pantalones, pero en cambio, cuando perdió el equilibrio, cuando se cayó hacia delante, Natasha no estaba allí para detener su caída.

Se despertó en el suelo. Sentía el interior de las mejillas como si fueran rodajas de limón. Se masajeó las sienes y comprobó si había polillas alrededor de las luces fundidas. Afortunadamente el techo estaba en calma. En el almacén abrió un cartón de Marlboro y cogió un paquete. El crujido del envoltorio de plástico la seguía por el pasillo. En la puerta le ofreció un cigarro al guarda manco, que este rechazó. Esquirlas de cristal brillaban en el cenicero. Se llamaba Mohmad. No le gustaba demasiado su trabajo pero era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que tener empleo en aquellos tiempos era una suerte, sobre todo para un amputado. En Ingusetia, una hija de once años, de la que nada sabía, esperaba su llamada. En dos años y medio oiría su voz por primera vez.

Se fumó tres cigarros antes de que Akhmed apareciera detrás de ella calentándose las manos con una taza de agua caliente. —¿Un Marlboro?— le ofreció. Encendió el cigarro con el de Sonja.

—Tiene mucho mejor aspecto—, dijo. Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Cállese.

—No hay nada como un pequeño sueño reparador.

—Si dice una palabra más le prendo fuego a su bata.

Su incipiente sonrisa se hundió en una expresión de capitulación. —Han venido a por él—, dijo. —Quien sea que fuere quienes lo dejaron.

—Traer un muerto a un hospital. ¿Se creen que somos magos?

—Los milagros médicos son los únicos que la mayoría de nosotros veremos jamás.

Ahí la había pillado. —Usted es un creyente—, dijo ella. Eso explicaba su incompetencia tan bien como cualquier otra cosa.

—Creo en algunas cosas.

—En Dios.

Sacudió la cabeza.

—Pero le veo rezar a mediodía.

—Es como preguntarme si creo en la ley de la gravedad—, dijo Akhmed. —No se requiere creer.

—Siempre he creído que la postura de Marx con respecto a la religión es lo único en que acertó. La religión no es más que una muleta.

—Si pisas una mina—, dijo Akhmed, —la muleta se transforma en una pierna.

El único templo que había pisado era la abadía de Westminster, y no con un libro de oraciones en la mano, sino con una guía de viajes. Dios, como todas las cosas buenas y amables, vivía en Londres. Se miró las manos y se pellizcó los callos de la palma.

Akhmed las cogió y las observó con una mezcla de asombro y compasión. —Dios mío— dijo, —tiene usted manos de leñador.

—Odio mis manos—. En voz alta, aquella frase sonaba tan insignificante y ridícula como en su cabeza, pero realmente eran unas manos horribles, un crimen tan nefasto que necesitaba el inmediato alivio de la confesión. —¿Cómo pueden estas cosas crecer de la muñeca de una mujer?

—Ha elegido mal su profesión. En lugar de leñadora, habría sido una estranguladora perfecta—. Los dedos de Akhmed le subieron por el brazo con una inesperada sensibilidad de cirujano.

—Siempre pienso en los nombres de los huesos en latín—, dijo ella. Los dedos de Akhmed se detuvieron en su ulna.

—El latín es un problema en el que no tengo experiencia—. Le apretó el bíceps. —Debería pensar en la anatomía como yo. Este es su brazo. Sólo su brazo. Este es su hombro. Nada más que su hombro. Su cuello es sólo su cuello—. Subió los dedos hasta la barbilla que era sólo su barbilla, las mejillas que eran sólo sus mejillas y la nariz que no pertenecía a nadie más.

—Y los labios—, dijo inclinándose hacia ella, —nuestros labios.

Un momento y Sonja se apartó de él mirando con ceño fruncido a la puerta del hospital y alisándose la bata. De todas las distintas formas de amor, pena, ira y terror que habían habitado esa bata, la expectación optimista era algo nuevo. Miró la enorme y estúpida cara de Akhmed, se sonrojó y apartó la vista. ¿Qué diría Deshi si la sorprendiera en semejante situación? La impresión podía incluso obligarla a cumplir su amenaza de jubilación.

—Voy a la cuarta planta—, dijo finalmente. —Nos vemos allí en media hora.

—Incluso si no soy muy buen médico.

—Incluso si es un médico de una incompetencia criminal.

Le mostró las manos. Ni un solo callo.

—No se burle de mis manos de leñadora.

—No me burlo—, dijo él.

—Sí se burla—, dijo ella.

Él miró de reojo el jeep, quizá acordándose de la emboscada que le había tendido en Grozni el día anterior y de lo despreciable que era ella por ponerle una pistola en la cabeza un día y ofrecerle los labios al siguiente. Cuando él le pidió las llaves para recoger la bufanda que se había olvidado en el asiento, se sintió tan aliviada que no reparó en que el día anterior no llevaba bufanda.

Las huellas que habían dejado la noche antes aún estaban impresas en el polvo del suelo de la sala de maternidad de la cuarta planta. Los murales de Natasha parecían estudiarla como si Sonja fuera una creación suya. Inquieta por estar allí sola con aquellos fantasmas salió al pasillo y abrió la puerta del almacén para que corriera el aire fresco. La ciudad destruida se extendía hasta el río congelado. El derecho internacional prohibía el ataque a instalaciones médicas, lo que explicaba por qué en una ciudad en la que el ochenta por ciento de los edificios habían sido pulverizados, el hospital aún se mantenía en pie. El proyectil que había destrozado aquella habitación había sido más una represalia que un acto de guerra. Natasha se había venido abajo con las paredes, había caído con Maali, alguna corriente ascendente la había mantenido a salvo por un momento pero después se había precipitado más abajo aún, donde la tierra había abierto sus fauces en un bostezo y se la había tragado. Sonja sabía que Natasha y

Maali, ambas hermanas de mujeres ambiciosas y exigentes, habían sido cómplices y aliadas. Sabía que Natasha no había estado bien después de la muerte de Maali. Sin embargo ignoraba que Maali, dieciocho minutos menor que Deshi, había vivido sus sesenta y siete años en aquellos dieciocho minutos, creando espacio en ellos para todos los sueños, miedos y frustraciones, adelantando el reloj dieciocho minutos para poder fingir que tenía la misma experiencia que Deshi, siempre preguntándose cómo sería su vida de haber nacido dieciocho minutos antes. Natasha quería a Maali por ese motivo tanto como por su demencial pasión por las amputaciones, pero Sonja no lo sabía. Cuatro meses después, limpiando un archivador, Sonja encontraría una serie de bocetos de edificios municipales dibujados al dorso de unos formularios de nóminas. Los largos e irregulares trazos de Maali estropeaban los bocetos de Natasha con críticas a veces negativas y a veces en clave de broma, pero siempre dedicadas. En esos bocetos, enmarcados y colgados en el pasillo, como lo estarían esa misma tarde, Sonja aprendería lo que las dos hermanas menores significaban la una para la otra.

La puerta de la escalera se cerró de un portazo. Caminaron el uno hacia el otro hasta que sus siluetas se juntaron. En la oscuridad Sonja acarició las cejas de Akhmed con los pulgares. Fueron hasta la tercera cama de la sala de maternidad, ella se sentó y él se quedó de pie entre sus piernas. Le agarró las caderas con los muslos. La luz de una débil linterna en el otro extremo de la habitación los bañaba.

—Me parece que tengo una abeja en el trasero—, dijo ella.

—Todavía tienes alucinaciones.

—Deberías echarla de un azote por si acaso—, dijo ella.

Le metió las manos bajo la camisa y se las pasó por el abdomen intentando no pensar qué órgano había debajo de cada dedo. —Este es tu estómago—, dijo imitando su voz,
—no el estómago de tu hermano ni el estómago de Stalin; tu estómago.

—Me haces parecer un hombre serio.

—Eres cualquier cosa menos eso.

Se desnudaron poco a poco, un botón aquí, una manga allá, mostrándose sus defectos, sus cuerpos andróginos por la carencia. Era increíble confiar tanto en alguien como para hacer bromas así de tontas. Ella se tumbó. Estaba oscuro. Sus labios encontraron los de él.

—Buenas noches a usted y a su fea nariz—, le deseó Deshi a Akhmed cuando se marchaba. Rebosaba autoconfianza; al salir a la luz azul marino del atardecer y mientras caminaba hacia el pueblo, se sentía por fin entre los diez primeros de su promoción. Nunca había estado tan orgulloso de que se dirigieran a él en segunda persona.

Pero la inclinada antena de la camioneta de Ramzan, aparcada enfrente de su casa, desinfló la placentera sensación en su interior. Akhmed sonrió con tristeza y siguió caminando fatigosamente. Cerró los puños dentro de las mangas del abrigo. Era un abrigo de lona militar que ya tenía cincuenta y ocho años, una de las pocas cosas que el Ejército Rojo había hecho bien. Le mantenía caliente igual que lo había hecho con su padre y con el padre de su padre. La idea de tres generaciones protegidas del frío por una misma rígida e irreductible prenda le daba más calor que el abrigo en sí.

Una vez más Ramzan lo sometió a un interrogatorio y una vez más Akhmed fingió no saber nada.

—Me decepcionas, amigo mío—, dijo Ramzan. El abrigo de Ramzan tenía seis meses. Nunca calentaría otros hombros. —Eres médico. Piensa con lógica. Piensa en tu esposa. Piensa en ti mismo. Piénsate tu silencio. No seas imprudente.

—Le debo a Dokka mi silencio. A ti no te debo nada.

—¿Deber? Estamos ya más allá de las obligaciones—, dijo Ramzan. —Usamos ropa, hablamos, levantamos civilizaciones y creemos que somos superiores a los lobos. Sin embargo, dentro de nosotros hay una palabra que no podemos pronunciar y esa palabra es lo que somos. Sé que crees que eres muy noble, que todo esto es un fantástico acto de sacrificio. Probablemente lo crees porque hace dos años te estuviste follando a la mujer de Dokka, de modo que tienes que salvar a su hija porque sientes que estás en deuda con él. Pero permíteme que te hable claro, Akhmed. No lo estás. Ella no te pertenece—. A Ramzan se le quebró la voz pero consiguió tranquilizarse respirando hondo un par de veces. No fingía. —Ya sé que piensas que soy un traidor y un cobarde, Akhmed. Y estás en lo cierto. Pero eso no implica que esté equivocado. Te lo digo porque fuimos amigos. Esto no se lo debes a Dokka.

Antes de las guerras, Akhmed no deseaba a Esiila. No veía en ella más que a la mujer de su mejor amigo. En realidad podría haber sido cualquiera. Tan sólo quería que alguien le susurrara su propio nombre al oído, un cuerpo cálido y húmedo bajo el suyo, perfecto y vivo y a un mundo de distancia del dolor. ¿Era eso pecado? Claro que no. El problema era Dokka. La existencia de Dokka. Ahora los defendía como si fuera un héroe, no un hipócrita, como si no hubiera traicionado, insultado y destrozado la familia por cuyo último miembro vivo ofrecía ahora su vida. Aunque Ramzan se oponía a él, Akhmed sabía que en el fondo ambos estaban del mismo lado.

La pálida luna caía sobre las huellas de sus botas cuando Akhmed se dio cuenta de pronto de lo frágil del plan que había urdido durante el día. Suponía que la niña estaría a salvo siempre y cuando él consiguiera cortar el vínculo entre el pueblo y el hospital, y el vínculo

era él mismo. Su plan implicaba contar con que Sonja se haría cargo de la niña. Implicaba confiarle la vida de la niña a una cirujana errática y desbordada que el día anterior le había puesto una pistola en la espalda. Implicaba superar sus eternas dudas y confiar en la decencia que estaba convencido que había en el fondo del corazón de Sonja, sin importar lo infundado de la creencia.

—¿Por qué buscan a la niña, Ramzan? Todavía no me lo has explicado.

—Venganza. Dokka la jodió—, respondió Ramzan inexpresivamente.

—¿Pero qué es lo que hizo?

—Akhmed. Demasiadas preguntas. Si hubieras aprendido a tener la boca cerrada habrías vivido más feliz.

—Ya tienen a Dokka, Ramzan. ¿Para qué necesitan a la niña?

Ramzan sacudió la cabeza. —Porque la vida de un coronel ruso no vale igual que la de un arbolista checheno.

—¿Quieres decir que…?

—Unos días después de que regresáramos del Vertedero, Dokka me pidió una pistola. Quería poder proteger a su familia, así que le di una de las Makarov que me había quedado del material de nuestro último viaje, el que se jodió. Esa misma Makarov se usó después para asesinar a un coronel.

—Pero Dokka no era un insurgente. ¡No podía ni coger una pistola, cuánto menos dispararla!

—Eso da igual. El número de serie de la pistola utilizada en el asesinato del coronel coincide con la secuencia de los números de serie de las pistolas que los soldados nos descubrieron antes de meternos en el Vertedero. Los federales ataron cabos. No llegué a entregar a Dokka, ellos ya lo tenían.

—¿Y por qué buscan a la niña?

Ramzan le sonrió con tristeza. —¿Conoces el dicho *el hijo hereda del padre tanto como el padre del hijo*? Los federales lo han convertido en su política oficial. Hay una campaña para hacer desaparecer no sólo a los sospechosos de insurgencia sino también a sus familias. La idea es que si sabes que tu familia desaparecerá y que te quemarán la casa, seguramente no te echarás al monte con los rebeldes. En los últimos meses el número de gente que se une a la insurgencia ha caído en picado. Es parte de su nueva estrategia para ganar los corazones y las mentes. Así es como piensan ganar la guerra contra el terror. Matarán a Havaa y lo llamarán paz.

A Akhmed le daba vueltas la cabeza por la conmoción que le producía lo poco conmocionado que estaba. Había comprendido por qué los federales querían acabar con una niña. Aquella comprensión

venía acompañada de otra, igualmente vergonzosa: aquella guerra incomprensible le robaría incluso la humanidad de considerarla incomprensible.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque estoy intentando salvarte.

Cuando Ramzan volvió del Vertedero la primera vez con aquella herida entre las piernas fue Akhmed quien lo salvó. Nunca hablaron de ello, Ramzan nunca se lo agradeció, pero ambos sabían que Akhmed había pasado una semana tratándole la infección y lo que ello significaba. Si un extraño pegase el oído al espacio entre ambos, oiría el sordo clamor de eso que ambos sabían.

—¿No es un poco tarde ya?—, preguntó Akhmed.

—Todavía no.

—Sí, sí lo es.

—Si te rindes así es que verdaderamente eres el médico más tonto de toda Chechenia.

Akhmed se permitió una sonrisa. Ese era el Ramzan que recordaba. —Ese honor es mío desde hace ya tiempo.

—Seguramente crees que eres una especie de héroe o de mártir, ¿verdad?—, preguntó Ramzan. —Seguramente crees que eres un santo por resistirte a los federales. Akhmed, sé lo que estás pensando. Piensas que al rechazar mi ayuda los estás rechazando a ellos, pero déjame que te diga algo, amigo mío, yo no soy nada. No soy nadie. Comparado con los que vendrán a por ti, yo soy facilísimo de rechazar. Crees que callarás ante ellos, como callas ante mí, pero no, Akhmed, no lo harás. Puede que creas que serás valiente, que te agarrarás a tus convicciones, pero eso es porque tú nunca has estado en el Vertedero. No te preguntarán dónde está la niña. Te harán llevársela y te verás a ti mismo hacerlo. Mírame, Akhmed. Yo una vez fui como tú, y muy pronto tú serás como yo. Su oficio es cambiar las vidas, Akhmed, y son los mejores.

Aquel era su mayor miedo. ¿Conseguiría callar? ¿Soportaría lo que se le venía encima? Se decía a sí mismo que el amor que sentía por la niña le haría resistir cualquier tortura, pero era mentira, como tantas de las cosas que se decía. Después de todo, si le repugnaba la mera visión de la sangre, ¿qué diría cuando se viera yaciendo en un charco de la suya propia? Sin embargo, no había otra salida. Rezaría por encontrar la fuerza suficiente, rezaría por sufrir un ataque al corazón y le dejaría el resto a Dios.

—¿Te acuerdas de mi primera estancia en el Vertedero, allá por el noventa y cinco?—, preguntó Ramzan. —Era mi vigésimo tercer cumpleaños y tuve la mala suerte de ir a la ciudad en bicicleta justo el día en que hubo una emboscada de los rebeldes. Sólo por eso me

cogieron. Yo era un checheno joven en el día en que los rebeldes decidieron atacar a los federales a las afueras de Gudermes, así que me llevaron al Vertedero y ya sabes lo que me hicieron. Tú mismo me cosiste las heridas. Durante mucho tiempo temí que mi padre o tú me preguntarais por qué había sucedido aquello y siempre tuve miedo de ello, siempre tuve miedo de aquella pregunta y de qué respuesta daría. Sin embargo, ninguno de los dos me preguntasteis. Sois demasiado educados. ¿No quieres saber qué pasó? Siempre andas preguntando el porqué de las cosas, Akhmed, déjame que te cuente el porqué. Sucedió porque querían que delatara a mis vecinos y amigos, Akhmed. Cuando me amenazaron con apalearme, no dije nada. Cuando me amenazaron con electrocutarme, no dije nada. Cuando me amenazaron con castrarme, no dije nada. No dije nada, Akhmed. Pienses lo que pienses de mí, acuérdate de que una vez no dije una sola palabra cuando un hombre más listo habría cantado de plano.

Los interrogadores no se lo podían creer. Llamaron a otros para que me examinaran. Estaba tirado en el suelo y sus caras eran siluetas oscuras recortadas contra las luces del techo. Me habían dado una paliza tremenda y no oía bien, pero seguí diciendo que no, cada vez que respiraba decía que no. El único motivo por el que me dejaron marchar, el único motivo por el que no me metieron un tiro allí mismo fue por una especie de respeto perverso, una especie de cortesía profesional. Pero ojalá lo hubieran hecho, Akhmed, porque lo mejor de mí murió allí, y desde entonces mi vida ha sido un más allá del que intento escapar.

Akhmed nunca se había peleado con nadie antes, pero en aquel momento estaba luchando por controlar las manos.

Si las hubiera dejado, habrían estrangulado a Ramzan para que no dijera una sola palabra más. No sabía si estaba diciendo la verdad o si era un truco, pero la cara de Ramzan expresaba una terrible angustia.

—¿Por qué empezaste a decir que sí?

Ramzan tenía los brazos cruzados y se estremeció. —Una segunda guerra, una segunda estancia en aquel lugar. Sabía lo que me harían. Sabía que nunca termina. Te meten dentro una vergüenza que sigue y sigue como un puente que no acaba nunca, la humillación, la puta humillación de saber que no eres un ser humano sino un simple manojo de terminaciones nerviosas que grita, y que la tortura no acaba ni siquiera cuando el dolor físico se calma. Cuando volví la primera vez la gente me trataba de forma distinta. Los cotilleos, los rumores sobre mí porque aún vivía con mi padre y no podía casarme. Después me convertí en un puto chiste para aquellos por los que había sacrificado una esposa, unos hijos, una familia, una vida. Cuando los federales nos llevaron a Dokka y a mí al Vertedero, cuando dije que sí, cuando les conté lo que querían, cuando prometí que les entregaría a

quien quisieran, deseé haberlo hecho allá en el noventa y cinco, en la primera guerra. Eso es lo que realmente lamento. Si hubiera dicho que sí desde el principio, aún sería un hombre. No quiero tu perdón ni tu amistad, Akhmed, sólo quiero oírte decir que me comprendes. Por favor, concédeme al menos eso.

Ramzan dio un paso al frente para abrazar a Akhmed, que justo antes de volver en sí, echarle las manos al pecho y tirarlo al suelo de un empujón, quería realmente tomarlo entre sus brazos, como a un paciente, como a un amigo, y arreglarle todo lo que le habían destrozado.

—No lo haré—, dijo mientras le empujaba. Ramzan cayó al suelo y un instante después Akhmed estaba de rodillas encima de él con el puño preparado para golpearle como le habían golpeado los interrogadores por lo que le había hecho a Dokka, a Havaa, a todo el pueblo, a sí mismo. Ramzan se cubrió la cara con las manos y trató de huir arrastrándose con los codos. —No me hagas daño, no lo hagas, no me hagas daño, ten piedad, ten piedad—, suplicaba desplomado en el suelo en posición fetal, llorando en la nieve sucia con los ojos cerrados. Akhmed se levantó asqueado de sí mismo, del hombre a sus pies y de la guerra que los había reducido a ambos a aquello. —No te comprendo—, le dijo, pero Ramzan no oía nada excepto sus propias peticiones de clemencia.

Después de ver cómo estaba Ula, cerró las cortinas y encendió la lámpara de aceite del salón. La carta de Khassan estaba sobre el sofá, donde la había dejado la noche anterior. ¿Cómo se le podía haber olvidado? Menudo imbécil. El débil llanto de Ramzan aún se oía a través de la puerta. La noche anterior Khassan le había pedido consejo y él había pensado que sabía la respuesta correcta y honorable, pero ya no era así. Llevaba en el bolsillo de la chaqueta dos cartas de salvoconducto que había cogido de la guantera del jeep de Sonja aquella tarde con el pretexto de ir a buscar su inexistente bufanda.
Había docenas de salvoconductos en la guantera, Akhmed esperaba que Sonja no necesitara precisamente esos dos. Los introdujo en el sobre marrón que contenía la carta de Khassan a Havaa, y añadió una nota con una sola palabra para Khassan, lo cerró y escribió la dirección: *K, 56 Carretera de Servicio de Eldár*.

Volvió a la habitación y desvistió a Ula. La llevó al baño y el nivel del agua subió suavemente cuando la metió en la bañera. Ula nunca había aprendido a nadar. De niña le robaba a su madre las zanahorias del estofado y se las daba al conejo que vivía en el jardín trasero. Una tarde de otoño su madre atrapó al conejo e hizo un estofado. Durante todos los años que vivieron juntos Ula se negó a explicar a Akhmed su aversión por las zanahorias. Le lavó el cuello y los hombros. Le levantó los brazos y le lavó el suave vello de las axilas. Su madre

hablaba del deseo como si fuera un arma de fuego cargada, por eso, cuando un verano el niño de orejas grandes que vivía al otro extremo del pueblo se convirtió en algo hermoso y proporcionado, ella ocultó sus sentimientos en el fondo del pecho porque sabía que su madre moriría de vergüenza. Le lavó los codos y las muñecas.
Le pasó un cepillo de dientes bajo las uñas. Le lavó la nuca y la espalda y le pasó los dedos por la columna. Su hermano mayor había nacido mal de la cabeza y se había pasado la vida dentro de una habitación con las cortinas siempre corridas, un alma incomprensible que aullaba y golpeaba las paredes de la casa. Casi durante el mismo tiempo que le tuvo miedo, sintió vergüenza de tenérselo; quería atravesar su locura y llegar a la parte de él que podía, a veces, ser dócil y buena, y abrazarla. Le lavó el pecho, la piel que habían sido los senos. Le lavó las caderas, el estómago, le llenó el ombligo de jabón. Akhmed le había causado terror cuando lo vio por primera vez en el porche de su casa una mañana de junio en que los mirlos se posaban en las ramas de los árboles.
En los ocho años que habían pasado desde su compromiso se había convertido en toda una celebridad local. Podía tener a cualquier chica. Su madre lo invitó a pasar sin temor porque una prima suya se había llevado al hermano mayor a pasar el día en su casa. Le lavó el pubis, la vagina, el ano. Le lavó los muslos, las pantorrillas. Siempre había querido ser madre. Le lavó los pies y las plantas de los pies, los diez dedos y el espacio entre ellos. Hubiera querido tener ocho niñas y tratarlas como a las ocho únicas razones por las que sus pulmones respiraban, tanto si eran normales como si no, si comían zanahorias como si no, las habría amado igual y se habría entregado a ellas; les habría regalado un conejo a cada una; madre, habría sido madre si tan sólo su cuerpo y el de Akhmed hubieran funcionado como se suponía que tenían que hacerlo. Cuando terminó, ambos estaban limpios.

La envolvió con una toalla y la secó con caricias largas y vigorosas. Le preocupaba que se resfriara. Cuatro horas antes se había corrido dentro de Sonja y ahora estaba cepillándole el pelo a su esposa. Una irritante duda era lo más parecido a la culpa que sentía. Miró a los ojos a la esposa de la que se había convertido en cuidador. En su barba se escondía una sonrisa. Nunca la había amado más.

Le puso un camisón, la arropó hasta la barbilla y se acostó a su lado. —¿Has tenido visita hoy?

—No—, respondió ella. —He estado esperando a tu padre pero no ha venido.

Gran parte de su matrimonio había sido una decepción. No habían tenido niños. El frágil estado de salud de Ula. Sin embargo ahora, cuando se acercaba el final, cuando había que abandonarlo todo, era una bendición. Pero estaba acostumbrado al acto mismo de anhelar.

Hizo las abluciones nocturnas y rezó, pero el ritual estaba vacío y recitó las oraciones como una receta de cocina. La perla de la fe se había disuelto, en su centro había un grano de arena de duda y se agarró a él, sabiendo que la duda, como el anhelo, lo sostendrían.

Más tarde el viento trajo el murmullo de los furgones que se acercaban. Akhmed estaba vestido. Llevaba calcetines gruesos de lana y su chaqueta cincuentenaria porque sabía que le llevasen donde le llevasen haría frío. Cuando los furgones pararon frente a su casa ya tenía la jeringa cargada con suficiente heroína como para detener el corazón de un hombre sano. La respiración de Ula, lenta y profunda, llenaba la habitación. Se tomó el tiempo para desinfectarle la piel. Fuera se oyeron portazos en los furgones. Gracias a Alá por sus alucinaciones. Sin ellas no habría sido capaz de empujar el émbolo y silenciar para siempre aquella vena amada. Sin embargo ella estaba convencida de que su padre, muerto hacía diez años, la había visitado aquella semana, así que cuando se le abrieron los párpados de par en par y apareció en su cara una súplica de somnolienta confusión, apartó la mirada porque una mujer que recibe la visita de los fantasmas es casi un fantasma ella misma y seguro que le perdonaría por ayudarla a terminar de recorrer el camino.

Su respiración se ralentizó. Se le desviaron los ojos hacia la izquierda, hacia lo que hubiera después. La tomó de la mano. Estaba caliente. Una vez, tres meses después de su boda, la había llevado de la mano bajo la lluvia durante dos kilómetros. El paseo los había dejado empapados, brillantes, puros. Le cerró los ojos. Le colocó un apósito en la vena sin pulso. Era el final. Dios no le pediría más. Los puños de las fuerzas de seguridad golpeaban la puerta. El sobre con dos cartas de salvoconducto estaba en el suelo junto a la carta de Khassan a Havaa. ¿Llegaría a leerla? ¿Llegaría a saber que su padre había convertido sus cajas de libros en muebles? La puerta se astillaba bajo los golpes. El único sitio seguro para esconder el sobre y la carta de Khassan era debajo de Ula. Las fuerzas de seguridad jamás mirarían debajo de un cadáver. Le besó la frente. Ella ya se había ido y él no era aún capaz de despedirse. —No nos secaremos nunca—, había dicho Ula. Llovía a cántaros. Ella estaba allí.

Cuando echaron la puerta abajo Akhmed estaba de rodillas. Rezaba por que en el Paraíso Alá le concediera a su mujer un cuerpo que funcionara. Rezaba por que Sonja encontrara por fin un compañero. Rezaba por que Havaa viviera hasta morir de muerte natural. Rezaba por Khassan, rezaba por Dokka. Pero cuando comenzaron a pegarle, cuando lo amordazaron y lo lanzaron a la parte trasera del furgón, ya sólo rezaba por sí mismo.

25

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 **2003** 2004

El martes que Natasha partió había sido el tercer día de diciembre más caluroso del que se tenía memoria. El abrigo de Sonja aún colgaba del perchero, donde lo había dejado aquella mañana tras levantar la persiana y sacar la mano para comprobar el tiempo que hacía. Cuando Sonja llamó a su puerta con los dedos aún cálidos por la luz del sol, Natasha dijo que estaba enferma, pero lo que en realidad la aquejaba era el síndrome de abstinencia. Desde que Maali se había caído de la cuarta planta con el resto del almacén, Natasha se anestesiaba con pequeñas dosis de heroína. Sin contar la primera dosis, robada de la jeringa destinada al antebrazo de Maali, sólo esnifaba el polvo. Durante el primer año no más de una o dos veces al mes, la frecuencia mínima necesaria para creer que era ella la que controlaba la droga y no al revés. Pero luego sucedió que ayudó a nacer a tres niños muertos en una sola semana, que las heladas del invierno se retrasaron hasta la tercera semana de mayo, que se le instaló un dolor en el tobillo izquierdo que le duró meses, que se despertaba por la mañana sintiéndose podrida como una calabaza aplastada y el doble de fea. El mundo debía haberse convertido en un lugar más cruel, porque antes de darse cuenta estaba buscando razones para esnifar todos los días. Sonja creía que la muerte de Maali era el origen de su dolencia, como si Natasha hubiera estado atada a la enfermera, como si su regresión pudiera explicarse tan fácilmente. Aunque Natasha rompía sus propias normas antes de que le diera tiempo a relajarlas, había una que era inmutable: nunca volvería a usar una aguja. Así que cuando la noche anterior se había visto a sí misma clavándose una aguja en aquel familiar espacio entre los dedos de los pies, se había prometido a sí misma que se marcharía al día siguiente. Para su sorpresa, se despertó por la mañana. Para su mayor sorpresa, cumplió lo prometido.

Hizo la cama, limpió la habitación lo mejor que pudo y metió lo que necesitaba en la Samsonite negra de Sonja. Antes de irse se sentó a la mesa de la cocina que su padre había construido con madera de

fresno. Estaba totalmente desvencijada, los clavos se caían y dos de las patas estaban calzadas con cajas de cerillas. Era una mesa que un hospicio habría rechazado, pero en la que había comido toda su vida porque el té derramado y el tétanos no matan a nadie tan deprisa como un padre con el orgullo herido. Intentó escribirle una nota a Sonja pero las letras le fallaban. ¿Qué podía decir? A la hermana que, ahora se daba cuenta, había abandonado una vida decente en Londres por ella, cualquier excusa que diera le sonaría a insulto. No. Era mejor no decir nada de momento. Ya le haría llegar un mensaje desde los campos, cuando ya estuviera demasiado lejos para darse la vuelta. Si hubiera sabido el dolor que su partida sin palabras le iba a provocar a su hermana, habría escrito la frase que le martilleaba la cabeza: *Gracias, Sonja*.

Se alejó de la ciudad por la carretera de servicio en dirección a la frontera por la ruta que alrededor de cincuenta mil refugiados habían recorrido antes. ¿Dónde iría después de los campos? Seguramente a Turquía, Armenia o Azerbaiyán, pero prefería lugares como China o Hawái, cualquier lugar donde nadie hablase ruso ni checheno. Quería tener sílabas extranjeras en la boca como caramelos de menta que se disolvían a medida que ganaba en fluidez. Las hojas húmedas que cubrían el suelo de la carretera de servicio atascaban las ruedas de la maleta. Hacía un día cálido pero ella tenía frío. Cuando llegó la noche sólo había andado los once kilómetros que había hasta Eldár.

La última vez que había pasado por Eldár había sido en la parte trasera de un furgón con techo de lona en compañía de cinco mujeres. Entonces no conocía el nombre del pueblo. La carretera de servicio se ensanchaba al llegar al pueblo y se ramificaba en calles laterales sin nombre sumidas en la oscuridad. Incluso si los cables eléctricos llevaban corriente, no había farolas para alumbrar aquellas grietas. Paró enfrente de un porche en el que dos ancianas hacían punto y cotilleaban sentadas al aire cálido. Cuando preguntó si había habitaciones le hicieron señas con la cabeza de que siguiera hacia adelante.

Un tercio de las casas estaban en ruinas por incendios, explosiones o, incluso, por sus antiguos ocupantes que, como los agricultores que sembraban los campos de sal, pensaban que la destrucción era el último acto de propiedad. Colgados de los postes eléctricos y las puertas siniestros retratos la miraban inexpresivos. Preguntó por una habitación a un anciano que le dijo que siguiera por la carretera hasta una casa con la puerta verde donde un hombre que se llamaba Dokka alquilaba camas a los refugiados que se dirigían a la frontera.

El hombre que se llamaba Dokka abrió la puerta con el pie. La miró con cara de sospecha y ella temió que su piel, que había perdido el color desde septiembre, delatara su etnia. Entonces sus dudas se

disolvieron en una pirotecnia de reconocimiento. —¡Natasha!—, exclamó abriendo los brazos en señal de bienvenida. Al final de ellos había dos horribles manos sin dedos. Dio un paso atrás. Él tipo sabía su nombre pero no se habían visto antes. Aquellas cosas que tenía al final de los brazos no se le habrían olvidado tan fácilmente.

Le preguntó si le recordaba.

—Lo siento. ¿De qué?

Él soltó una risotada alta y llena de luz. Ella no podía apartar la vista de sus manos. Aquello no era, desde luego, cosa de risa. —Nos conocimos hace siete años en la sala de maternidad del Hospital nº 6. Nunca la olvidaré, no la olvidaré mientras viva. Usted trajo al mundo a mi hija Havaa.

Ella repitió el nombre pero no era capaz de asociarlo a ninguno de los cientos de recién nacidos que recordaba. Junto al hombre había una niña pequeña con el pelo de color castaño almendrado, ojos verdes y cinco dedos en cada mano. Natasha preguntó por las camas para los refugiados pero el hombre la interrumpió. —Pase, pase. Quédese con nosotros tanto tiempo como quiera.

Las habitaciones parecían amputadas a la altura de la cadera. Nada estaba fuera del alcance de un niño. Dokka, rechazando educadamente sus ofrecimientos de ayuda, usaba sus manos como fórceps mientras iba y venía por la cocina. Sujetó una cerilla entre los dientes, la rascó en la pared y la escupió al horno de leña. En cuatro años había preparado el té para unos dos mil refugiados, pero deseaba que aquella tetera fuera la que supiese mejor. Natasha le volvió a ofrecer ayuda pero él les había preparado el té a más de dos mil sin flaquear y lo único que necesitaba de ella era que se lo bebiese.

—¿Vas a los campos de refugiados?—, le preguntó. Ella asintió. Había oído historias de campos superpoblados donde un solo grifo abastecía a tres mil personas, pero lo bueno de los rumores es que son inagotables, así que podía creer lo que quisiera. A pesar de todo lo que había sucedido, lo que Sonja le había contado sobre Londres la tentaba. Quería vivir allí.

—No deberías viajar sola. Hay soldados y bandidos, a menudo son los mismos. Deberías viajar en un grupo en el que hubiera al menos un hombre.

No pudo evitar una sonrisa. —Eso ya lo he intentado y no funcionó.

—¿Y encima eres de etnia rusa? No, no, no—. Un momento después, Dokka le hizo un gesto de complicidad a la silla vacía que había al lado de Natasha. —Ya se nos ocurrirá algo antes de que te vayas.

Cuando la niña volvió del bosque media hora después con un

tesoro escondido de piñas, plumas y hojas secas catalogadas por colores, su padre, con tono de familiar exasperación, le pidió que se quitara las botas embarradas. Colocó cuidadosamente sus hallazgos en la mesa de la cocina y los siguió al dormitorio. Todavía no le había dicho una sola palabra a Natasha. Frente al armario abierto, Dokka le contó que su mujer había muerto aquella primavera. La echaba mucho de menos, entre otras cosas porque su muerte había dejado la casa con un único par de manos hábiles, aún demasiado pequeñas y delicadas para cortar leña. Tenía un armario lleno de ropa que sería pasto de las polillas antes de que Havaa creciera, así que mientras salía de la habitación le dijo en pocas palabras que podía coger lo que quisiera. Mientras se desvestía se dio la vuelta para ocultar las cicatrices, pero Havaa había visto cosas peores y la observó sin prejuicio ni repugnancia. Como no había espejo, tenía que preguntarle a la niña su opinión sobre cada vestido que se probaba.
La niña sacudía la cabeza, no, no, no. Había visto a su madre con ese vestido y con aquel otro y le dolía ver a una extraña ponérselos. Sólo dijo sí cuando Natasha se puso un traje de embarazada, el único en todo el armario que su madre no había usado.

Después de la cena Dokka le entregó unas sábanas y la acompañó a la antigua habitación de Havaa. En el ancho mundo había dos mil dieciocho personas que habían dormido en aquella habitación, que recordaban aquella habitación, y que la mantendrían en la memoria durante no menos de noventa y nueve años, hasta el día en que una niña pequeña a la que Havaa había visto dormir, la última con vida de los dos mil, cerrara los ojos para siempre.

Havaa se tumbó en la litera inferior de la cama que estaba al lado de la de Natasha, se apoyó sobre los codos y mirándola a los ojos le pidió que le enseñara las manos. —Tú todavía los tienes—, dijo mientras le flexionaba los dedos.

—Y tengo intención de conservarlos.

—Mi madre conservó los suyos pero murió de todas formas.

—No suelen desempeñar una función muy importante en eso.

La niña no estaba tan segura. —Dice mi padre que tus manos fueron las primeras que me sostuvieron—. Había dejado de flexionarle los dedos y ahora se los sujetaba y los apretaba con firmeza.

—Yo ayudé a tu madre a dar a luz. Me aseguré de que estaba limpia y cómoda. Cuando tú saliste, me aseguré de que tú también lo estuvieras.

—Yo una vez vi unas crías de conejo—, dijo la niña, orgullosa. —¿Me parecía a ellas?

—En absoluto. Eras preciosa.

La niña hizo una mueca. —Yo quería tener un aspecto raro.

—Lo tenías—, dijo Natasha un poco demasiado deprisa.

—No te creo.

—Las piernas te salían de los hombros y los brazos de las rodillas. Además respirabas por el trasero. Tuve que arreglarlo todo. Aquel día me quedé sin almorzar por tu culpa.

La niña se iluminó. —¿Vas a ayudar a los niños de los campos?

—Ha sido un día muy largo. Mañana lo hablamos.

La niña apagó la lámpara de un soplido y una fina columna de humo flotó desde el pabilo hacia el bostezo de Natasha. Podía contar las tablas de la cama a través del colchón. Las pesadas mantas, tan ásperas que se podía limpiar una sartén con ellas, conservaban el olor de todos los cuerpos que habían calentado. ¿Dónde estaría su hermana en aquel momento? ¿Se estaría haciendo la misma pregunta? Más adelante habría tiempo para sentirse culpable, para hacerse preguntas, para mirar atrás, pero ahora era la hora de descansar. Mientras se hundía en un profundo sueño, tan profundo y tranquilo que ni siquiera los dedos de los sueños la alcanzaban, oyó decir a la niña: —Me alegro de que los conserves. Si no, me habría caído.

Durante el desayuno Dokka la animó a quedarse un par de días más. Quizá pasara por allí un grupo de refugiados al que pudiera unirse. Era una obviedad infantil, pero viniendo de él, de su amabilidad y hospitalidad, decidió quedarse aunque sólo estuviera a doce kilómetros de casa. La niña ocultó una sonrisa detrás de una cucharada de kasha. Quería enseñarle el bosque. Después de lavar sus platos volvieron al dormitorio para vestirse.

—¿Quieres ver mi colección de souvenirs antes de irte?—preguntó Havaa. —Tengo una colección de todas las personas que han dormido aquí.

Abrió el cajón antes de que Natasha pudiera sugerir que la vieran cuando no llevaran puesta ropa suficiente como para asarse vivas. Había una flor prensada, recogida veintidós años antes en Ucrania. La única entrada de un diario en blanco. Tres botones de bronce, procedentes de la chaqueta de un hombre de negocios que se había arruinado tres veces y que en aquel momento, en Hoboken, Nueva Jersey, ya había entregado el papeleo para abrir una agencia de cobro de morosos que lo haría millonario en ocho años. Un llavero con dos llaves de la puerta de una casa que ya no existía.

—Antes de irte tienes que darme algo—, dijo la niña.

—Te regalo mi dentadura completa a cambio de que salgamos de aquí ahora mismo. Mi ropa interior se está convirtiendo en un pantano. Siento los renacuajos.

La niña la cogió de la mano y la condujo por los matorrales hasta que el bosque se olvidó de la carretera de servicio y los troncos de los

abedules ocultaron las chimeneas del pueblo. El suelo blando era una sensación extraña bajo las botas. ¿Cuándo había sido la última vez que había pisado algo que no fuera asfalto, cemento o linóleo? La vez que cruzó la frontera caminando con cinco mujeres cuyos nombres aún desconocía. En el bosque se estaba mejor.

En los montones de hojas en descomposición encontraron gusanos, larvas y unas criaturas con caparazón que, en la opinión de las dos, estaban mejor adaptadas para habitar las profundidades marinas. Hallaron una montaña de excrementos de ciervo horadada y recorrida por un regimiento de hormigas rojas. El sol quemaba un agujero en el centro del cielo.

Mientras Natasha se preguntaba si las manos de Dokka serían capaces de preparar *siskal* para el almuerzo, Havaa se detuvo de pronto. —¿Qué sucede?—, preguntó Natasha.

La niña señaló con la cabeza a un espacio entre los árboles veinte metros más adelante en el que se veían dos tiras de aguamarina como dos trozos de cielo fuera de lugar. Al acercarse, Natasha descubrió que no pertenecían al cielo sino que eran parte de unos pantalones azules rellenos de paja.

—¿Un espantapájaros?—, preguntó Natasha. Sobre los pantalones, languidecía una gastada camisa del Ejército Rojo. Nueve soldados habían vivido y muerto en ella. El espantapájaros, borracho a juzgar por su columna vertebral préstamo de un tronco de abedul, había sido decapitado. Donde debería haber estado la cabeza había un tablero comido por el musgo clavado al árbol.

—No—, dijo la niña. —Es Akim.

—¿Quién es Akim?

Aunque la niña era demasiado joven para expresar con palabras el dolor de la pérdida, su cara, en cambio, tenía edad suficiente para mostrarlo. Natasha, que no sabía su significado, se sintió irritada por un momento, pues compadecerse de un espantapájaros le parecía un derroche, habiendo tantas otras formas de vida más merecedoras de compasión, aunque después pensó que quién era ella para decidir dónde debe verter su empatía una niña. Le pasó a Havaa el brazo por el hombro. El hombro huesudo de la niña le cabía entero en la palma de la mano. La niña la cogió de los dedos. Si Akim las hubiese visto se habría burlado de ellas durante semanas.

Aquella noche después de la cena se les unió un hombre alto, delgado y con barba con el que Dokka se comportaba de forma distante. Se llamaba Akhmed. Le preguntó por el hospital. Estaba particularmente interesado en el proceso de contratación. Le contó que el hospital había abandonado tales formalidades ya antes de su llegada. Ella misma nunca había hecho un curso de primeros auxilios, confesó. Si quería trabajar allí, seguramente Sonja Andreyevna Rabina

lo contrataría. El brillo que iluminaba sus ojos se apagó cuando le dijo que ningún empleado del edificio había recibido salario alguno en muchos años. Después el hombre le hizo una pregunta peculiar: ¿Había usado alguna vez hilo dental para dar puntos? Natasha se preguntó si estaría loco pero él empezó a describir a un comandante rebelde que había pasado por el pueblo dos años antes con el pecho cosido con puntos de hilo dental. Seguro que era obra de Sonja, dijo Natasha.

Era capaz de coser un león a la espalda de un ñu. El hombre nunca había visto unos puntos mejores de ningún otro material, cuánto menos de hilo dental, y recordaba con todo detalle los veintitrés puntos a lo largo de la curva de la herida que el comandante rebelde llamaba la sonrisa de su pecho, y el recuerdo le obsesionaba y le hacía pensar en las inesperadas maravillas de las que es capaz una mente resuelta. Natasha estuvo completamente de acuerdo y alimentó en él la idea errónea de que Sonja hacía milagros, no por maldad, sino por un creciente orgullo que recorría los once kilómetros que había desde allí hasta su casa.

Dokka no le dijo a Akhmed una sola palabra, no lo saludó ni se despidió de él, y cuando se fue Natasha le preguntó si era un invitado.

—Viene una vez a la semana—, le respondió, —normalmente cuando hay huéspedes. Le gusta hablar con la gente y recibir noticias del exterior. Me echa una mano con las tareas para las que las manos de Havaa son aún demasiado pequeñas como partir leña y cosas así.

—Pero ¿no le tienes cariño?

Dokka esbozó una triste sonrisa. —Antes era mi mejor amigo. Me apena no poder rechazar su ayuda.

En el dormitorio Natasha se desnudó bajo la mirada inquisitiva de la niña. —¿A ti también te encerraron en el Vertedero?

—No—, respondió.

—¿Entonces por qué tienes esas marcas en los hombros?

Se cubrió las nudosas cicatrices instintivamente. Unas tres docenas de marcas le salpicaban el hombro izquierdo y el cuello, y si no hubiera sido porque Sergei se había pasado al chicle de nicotina habría tenido tres docenas más. Se puso el camisón rápidamente. —No es nada. Una vez me quedé dormida al sol. No pude dormir de espaldas durante meses. Es un recuerdo de lo tonta que era de joven —. Después de lavarse los dientes le preguntó —¿Anduvo el espantapájaros hasta el bosque él solo?

—Yo le ayudé—, dijo la niña con tono presumido.

—Seguro que pesaba mucho.

—Tardé tres días. Lo arrastré por la carretera y por las noches lo dejaba escondido para que nadie se lo llevara.

—¿Por qué?—, preguntó Natasha.

—Por Akim.

—Me hablaste de él antes. ¿Quién es?

—En realidad, no es nadie.

—¿Es un amigo imaginario? Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas teníamos una hermana imaginaria.

—¡No!—, dijo la niña, horrorizada por la sugerencia. —Akim no es imaginario.

—Lo siento. Sólo era una pregunta.

—Eres mala—. Natasha sintió que se adentraba en un país extranjero cuyas maneras y costumbres no comprendía, donde sus gestos de interés se tomaban por afrentas. Se había dejado la Samsonite abierta al coger sus calcetines de dormir y a través de la abertura vio el sombrero de piel negra del cascanueces guardia del palacio de Buckingham. Sin pararse a considerar los miles de kilómetros que aquel cascanueces había recorrido, o que quizá necesitaría aquel tótem para sacar fuerzas en los inciertos días venideros, lo sacó de la maleta y se lo regaló a la niña para hacer las paces.

—Toma—, le dijo. —Un souvenir.

El cascanueces era tan ancho como la mano de la niña y el doble de largo. Mientras lo observaba con atención su curiosidad pudo con su enfado. —¿Quién es este?—, preguntó.

¿Cómo habían bautizado a este pequeño hombre de madera que nunca se reía? Se recostó con más miedo de perder el nombre que el cascanueces, pero ahí estaba, hacía años desde la última vez que había pronunciado su nombre, pero ahí lo tenía.

—Alu—, respondió.

Habían pasado ya cinco noches y los refugiados prometidos por Dokka no aparecían. La mañana del sexto día anunció que se iba. Después del desayuno Dokka le pidió que le acompañara al dormitorio. En los tiradores de los seis cajones del armario había amarrados seis lazos. Dokka metió la mano en el primero de ellos y abrió un cajón que contenía joyas, monedas extranjeras, relojes de pulsera y billeteras, una versión más extravagante de la colección de su hija. —Ahí la tienes—, dijo. —¿Ves la pañoleta roja? Cógela.

La pañoleta envolvía un objeto con forma de L. Al cogerla, su peso dio sustancia a sus temores.

—Es una pistola Makarov semiautomática—, dijo. —Lo único que tienes que hacer es quitar el seguro, apuntar al blanco y disparar.

Excepto la empuñadura beige, la pistola era plateada. La sombra de una nube oscureció su brillo. Había visto pistolas en la televisión y en el bazar, en manos de rebeldes, soldados y gánsteres; la habían

apuntado con ellas en el Parque Municipal y en los campos de sometimiento, pero nunca antes había estado de este lado del cañón.

—Tengo tantas posibilidades de volarme la cabeza a mí misma que a quien esté apuntando—, dijo Natasha.

No quería la pistola, pero él insistió diciendo que el Camarada Makarov velaría por su seguridad y la libraría de los peligros del camino. —¿Les regalas armas a todos tus huéspedes?—, preguntó con una sonrisa.

—Tú eres la primera.

—¿Por qué?

—Cuando perdí los dedos pensé que Havaa tenía que aprender a disparar. Pero cuando pienso en ella disparándole a un federal y lo que pasaría después… Sabe correr. Es mejor que no tengamos la pistola.

—¿Pero por qué me la das a mí?

—Porque quiero proteger a la persona que me dio a Havaa—. No se le ocurría forma alguna de negarse. Él insistió en que la llevara encima y allí estaba, apretando su pecho izquierdo cuando se despidió de Havaa con un abrazo.

La niña se agarró de los dedos de Natasha y ella se separó de ambos, agradecida, y se puso en camino bajo la fresca luz del día antes de que sus mejores deseos la paralizaran. Los talones de las botas le hacían rozaduras pero no pensaba parar a ponerse otro par de calcetines antes de haberse alejado lo suficiente de casa de Dokka como para evitar la posibilidad de volver. Las viviendas de madera, ladrillo y bloques de hormigón se hacían más pequeñas a medida que se acercaban al límite sur del pueblo. Los campos sin pastorear estaban cubiertos de rastrojos. El bosque se cernía sobre la carretera. El último retrato colgaba de un árbol. Era una mujer con el pelo negro y largo y la nariz aguileña a la que Natasha reconoció pero no podía identificar. Era el más detallado de todos los retratos del pueblo. En el centro del sereno rostro del retrato, los labios de la mujer se abrían mostrando un pequeño fragmento de su lengua, el retrato número cuarenta y dos si Natasha los hubiera contado, el único en el que el modelo abría la boca para hablar o suspirar, una palabra dicha y oída por siempre, o una expresión de nostalgia, aunque Natasha ignoraba si pertenecía al artista o a la mujer. Observó el retrato durante varios minutos antes de comprender por fin por qué la mujer le resultaba tan familiar. Quizá aquellos ojos como castañas la habían reconocido. Al fin y al cabo llevaba puesta su ropa de embarazada.

Cuando se puso el sol había recorrido veinte kilómetros. Pensaba que por el camino quizá habría algún pueblo donde le darían una fracción de la hospitalidad de Dokka, pero los únicos signos de presencia humana previa eran los restos desvalijados de campamentos

madereros. Lo demás era bosque. Se adentró entre los árboles hasta estar segura de que desde la carretera no se veía ni el resplandor de una fogata. Encendió un fuego de ramas muertas y hojas secas, como le había enseñado el Profeta del Parque Municipal. Dokka le había dado un paquete G-4 de ayuda humanitaria: tres latas de leche condensada y una de carne procesada. Los federales que repartían la serie de ayuda G afirmaban que cada paquete contenía alimento suficiente para un hombre de peso y constitución normales durante tres días, confirmando así su antigua sospecha de que en Rusia sólo vivían enanos o gilipollas. Mezcló la leche condensada con agua removiéndola hasta que se convirtió en gotas brillantes que cubrían el borde de la cantimplora como huevas doradas. Cuando llegó la hora de acostarse, apagó las llamas y, según las enseñanzas del Profeta del Parque Municipal, extendió el saco de dormir sobre el suelo quemado para que el calor le subiera plácidamente por la espalda mientras se dormía.

Al siguiente día caminó diez, veinte o cuarenta kilómetros. Al otro quizá más, quizá menos. Mil veces se planteó volver pero los soplidos de todas las nubes de Chechenia no resultaban más deprimentes que otra tarde en el pasillo del hospital luchando contra los diez pasos que la separaban del armario del comedor. Y la Samsonite. Por Dios, ¿en qué momento pensó que llevársela era buena idea? La gravilla y la tierra atascaban las ruedas con lo que pasaba de maleta que rodaba a maleta que había que arrastrar y al final a yunque con mango extensible. ¿Qué clase de lunático aparece en un campo de refugiados con una Samsonite? Llevaba tanta energía emocional dentro aquella maleta que ya no le quedaba ninguna para pensar en lo que le había hecho a Sonja.

Las montañas eran más altas cada día. Abundaban los puntos de filtración y los controles de carretera, en la mayoría de los cuales sólo había soldados adolescentes demasiado temerosos para investigar cualquier movimiento en el interior del bosque. Sin embargo al atardecer del cuarto día, cuando llevaba sobre los hombros veintiocho agotadores kilómetros, llegó a un punto de filtración mayor y mejor iluminado que los demás. La alambrada de tela metálica coronada de alambre de espinos que se extendía por el prado y se adentraba en el bosque impedía el habitual rodeo.

Si hubiera llegado cuando el sol le calentaba el cuerpo, quizá habría vuelto sobre sus pasos para tomar la carretera secundaria que había dejado atrás dos horas antes. Si hubiera sido verano y no hubiera sido necesario calentar y secar el suelo con una hoguera, quizá habría dormido entre los árboles y habría esperado a que el nuevo día arrojara algo de luz sobre sus opciones. Pero no era un momento más temprano del día ni del año. Era de noche. Hacía frío. Sus huesos la

odiaban. Lo único que quería era cruzar al otro lado, calentar el suelo y dormir, dormir y dormir. Además, era una refugiada en ruta hacia un campo de refugiados y, en su agotamiento, pensó que los soldados respetarían el derecho internacional y le franquearían el paso.

La luz de un foco la rodeó. No sabía si la guiaba o la seguía. Un megáfono le ordenó que mantuviera las manos a la vista. El cansancio y la prisa le habían nublado el entendimiento y sólo empezó a preocuparse cuando se vio a sí misma caminando en medio de un círculo de luz con una mano levantada y la otra tirando de la maleta. Había pensado que la dotación de aquel campo, como la de todos los demás, serían chicos recién salidos del instituto que echaban de menos su hogar, pero cuando vio las manos llenas de tatuajes carcelarios y cuando el oficial con gafas arrugó el gesto ante el billete de cincuenta rublos que le entregó a modo de pasaporte, se dio cuenta más allá de toda duda del error que había cometido. Aquellos soldados eran *kontraktniki*, y aquel lugar era el frente, no un control de carreteras. La Makarov se volvía más pesada cada segundo que pasaba sin que se la descubrieran. Sus compresas les parecieron lo suficientemente sospechosas como para inspeccionarlas, sin embargo a ella no la habían registrado todavía. Se reunieron alrededor de su despertador como desconcertados hombres de la selva. En su pecho la pistola pesaba más y más.

Pensó en la clínica para mujeres de Roma que, a pesar de todos los comentarios desagradables que había hecho sobre ella, permanecía en su memoria como un sinónimo de salvación. Le habían sacado sangre y la habían pasado por una máquina expendedora en la que brillaban luces rojas y amarillas. Había dado positivo en media docena de enfermedades de transmisión sexual, todas las cuales sonaban como términos de geometría. En las sesiones de grupo, se reconoció a sí misma en las confesiones de mujeres que echaban de menos a sus chulos, que no podían dormir por miedo a despertarse de nuevo en el burdel, que estaban aterrorizadas de lo que dirían sus familias. Extrañas procedentes de Polonia y Turquía y Siberia hablaban con su voz. Natasha había tardado mucho en perder la esperanza de que alguien la salvase. Esa esperanza había sobrevivido a los campos de sometimiento, a Kosovo, a las palizas, a las violaciones y a la heroína. Había sobrevivido a la negación y a la indignación. Había sobrevivido a tres de sus dientes. Había sobrevivido hasta el día en que a uno de los clientes se le cayó la cartera, que quedó abierta en el suelo. En la funda de plástico, la foto de un niño y una niña con jerséis a juego y una sonrisa incómoda. Le rogó que la rescatara, a él, a un padre, a un hombre de familia. Pero él sólo la miró como si le hubiera pedido que le grapara plumas a los brazos. Cuando llegó su turno, se lo contó a las otras mujeres, que la miraron y asintieron.

Pero la salvación era otro país y no sabía si llegaría a él. Los soldados desataban, desempacaban, desplegaban, desenvolvían sus cosas y mientras tanto, en su pecho, la Makarov se convertía en un Kalashnikov y después en un lanzacohetes Katyusha. Los soldados estaban destrozando las ruedas de la maleta pero aún no la habían tocado. Cuando se apretó el pañuelo se dio cuenta de lo que pasaba. Los soldados la habían tomado por una mujer tradicional chechena.

Un oficial de más edad, con suficiente aftershave encima como para intoxicar a hombres menores, emergió de la cabaña camuflada en que consistía la oficina del control de carreteras. En sus galones brillaban estrellas doradas.
Un águila bicéfala posada en el alfiler de la corbata. Llevaba la raya del pelo justo por encima de la oreja izquierda y el flequillo engominado por encima de la coronilla medio calva. Los soldados lo llamaban coronel.

—Perdón por las molestias—, dijo en un ruso de acento redondeado. —Podrá seguir camino en breve.

Les susurró una orden a los soldados. No había motivos para desconfiar de él ya que empezaron a doblar sus ropas amablemente y a arreglarle la maleta con una cuerda.

—Por aquí—, dijo el coronel. La tomó del brazo como lo haría un caballero y la condujo al bosque. —Tiene usted que firmar unos cuantos formularios antes de que la dejemos pasar. Desafortunadamente, se encuentran en un puesto avanzado a medio kilómetro hacia el oeste de aquí.

No supo en qué momento se cristalizó en su mente la verdad, si fue al quinto o al sexto paso, al octavo o al decimoctavo, pero antes de llegar al bosque supo lo que aquel hombre le haría. Por su parte, el coronel, que achacaba el origen de las dos guerras al hecho de que su primera mujer había vivido allí un tiempo, aún no lo había decidido.

Por el camino, el coronel habló todo el tiempo con el tono meloso del que se siente tan cansado de la burocracia como ella debía estarlo, del que, ni que decir tiene, dejaría pasar a una mujer tan hermosa sin el menor problema si tan sólo la decisión fuera suya. No arrastraba las palabras.
La llevaba del brazo con tanta gentileza que Natasha realmente quería creer que se dirigían a un puesto lleno de formularios en medio del bosque. De vez en cuando explotaba un globo de chicle.

Cuando llegaron al límite del bosque la mandó parar. Los focos del puesto brillaban en sus ojos, pero éstos se encontraban más allá incluso de aquella dudosa sociedad.
Le quitó el pañuelo de la cabeza y le pasó los dedos por el pelo. Su primera esposa había sido la primera de cinco. Después de divorciarse de él, se reunieron y entre todas recompusieron sus vidas. Las cinco

mujeres serían damas de honor en las segundas nupcias de las demás. Los hijos con sus segundos maridos serían bautizados juntos, y mucho más tarde dos de sus treinta y nueve nietos contraerían matrimonios que no acabarían en divorcio. La amistad entre sus ex mujeres era la única cosa decente que el coronel había creado en sus cuarenta y siete años.

—Quítate la ropa—, le ordenó el coronel con hastío, como si de una labor burocrática más se tratara.

—No—, dijo ella. Nunca había rechazado a un hombre de esa manera. Se le secó la boca y todo su cuerpo vibró al repetirlo. —No.

—Quítatela— le ordenó de nuevo.

—No.

El dorso de la mano del coronel le cruzó la mejilla con un violento chasquido. Se masajeó los nudillos. Si hubiera estado enfadado o excitado, quizá Natasha se hubiera rendido, pero en su cara no había emoción alguna, nada que sugiriera que uno de ellos era un ser humano. En los cuatro burdeles en los que había trabajado, había conocido todas las clases de desesperación a las que Dios había dotado de testículos. A los únicos que no conseguía olvidar era a los que necesitaban provocar dolor en vez de recibir placer. El dorso de la mano del coronel aún ardía en su mejilla. Bajo el pelo engominado, el coronel era todos y cada uno de los hombres del Mediterráneo que aún recordaba.

—De acuerdo—, dijo. —Lo haré—. Ni siquiera su rendición avivó el más mínimo destello en los ojos del coronel. Empezó a desabrocharse el abrigo. En su pecho se había instalado una banda de música. Le latían las venas. Se desabotonó el abrigo pero no se lo quitó, y nunca lo haría. Necesitó recurrir a todas sus fuerzas para sacar la Makarov del bolsillo de la chaqueta. En la palma de la mano llevaba el peso de batallones enteros, de cien mil extremidades amputadas, así que no le tembló el pulso. Quitó el seguro y le apuntó al puente de la nariz. A juzgar por la expresión de la cara del coronel, igual podía haber estado apuntando a un pastel de hojaldre. Sonrió. Si no hubiera sido porque Natasha ya había atravesado las llamas del infierno, quizá habría creído que podría renunciar a su dignidad. Pero ella sabía que no era así. Fue entonces cuando él supo que ella lo sabía y su mirada furiosa sacudió el aire entre ellos y en ella, él comprendió que no saldría de allí.

—Yo…—, comenzó, pero ella apretó el gatillo sin vacilar. Más que ira, miedo u odio, lo que sintió fue decepción por que el coronel hubiera hablado. Debía haber sabido que las palabras no lo sacarían del bosque. Su puntería no era buena. Aunque ella le había apuntado a la frente, la bala le arañó el lado izquierdo de la cabeza y le arrancó la oreja como si estuviera sujeta con arcilla fresca. De la nariz le salía

un hilo de moco que se mezclaba con el sudor, la sangre, las lágrimas y todo lo que la luz de la luna le pegaba a la piel. Soltó un chillido. Natasha sonrió al ver los bramidos que tenía guardados en el pecho. El dolor le hizo romper el registro de voz de los adultos y brotó de su boca con los familiares alaridos de los recién nacidos. Se arrodilló junto a él y se inclinó sobre su cara. Los gritos le salían de la boca en nubes de vaho. De modo que así es. Esto es lo máximo que puedes hacerle sentir a una persona. No sabía que se había convertido en el mayor deseo hecho realidad de cinco mujeres a medio continente de distancia. Le puso la pistola en la sien y lo miró directamente a la profunda herida que eran sus ojos con la rectitud del que le hace un favor a un desconocido. Tuvo paciencia. Él la miró y ella esperó hasta que se le disolvieron las pupilas en el terror de lo que estaba a punto de suceder. La sangre manaba del agujero que había sido su oreja pero la raya del pelo, que estaba justo encima, seguía intacta en su sitio.

—Vas a tener que adentrarte solo en el bosque—, dijo ella. Él sacudió los brazos violentamente antes de que tres disparos los dejasen quietos para siempre. Siguió un silencio. Natasha cerró los ojos. Sus manos empezaron a temblar finalmente.

Entonces comenzaron las carreras, los gritos de *coronel*, las parábolas de luz de linterna registrando el suelo. Las ramas desnudas la llamaban. Podía huir, pero ¿cuánto duraría? ¿Unas horas? ¿Un par de días como mucho antes de que los sabuesos diesen con el rastro de su olor, olisqueado en la Samsonite, y la encontraran? No, ya no se escondería más, no negociaría más. Lo había comprendido al sacar la pistola. Vivir con dignidad significaba morir antes de tiempo.

Uno de los círculos de luz iluminó los dedos del brazo estirado del coronel. Minutos después otro foco cayó sobre ellos y esta vez no pasó por alto a Natasha y al coronel. Sonrió al escuchar los gritos de *shahidka, shahidka*. Aguantó firme de pie, apoyándose contra el tronco de un roble, y consiguió disparar dos veces antes de que una ráfaga le abriera el estómago y la pusiera de rodillas. Se suponía que dolía, pero ¿tenía que doler tanto? Las madres primerizas siempre decían que dolía más de lo que nunca habían imaginado. Ella les preguntaba si merecía la pena. Oh, sí, respondían. Oh, sí. La luz de la linterna cayó sobre ella de nuevo. La segunda bala le hizo un agujero en el pecho. Sintió como se le escapaba el aliento, pero ni la tercera, ni la cuarta, ni la quinta, ni la sexta, ni la séptima, ni la octava, ni la décima, ni la decimoprimera, ni la decimosegunda, ni la decimotercera, ni la decimocuarta, ni la decimoquinta, ni la decimosexta, ni la decimoséptima las vio, las sintió o las oyó.

26

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

La aguja pequeña dio las ocho, las ocho y media, las nueve, las nueve y media de la mañana y aún no había señales de Akhmed. La niña preguntó por él apenas se despertó, pero Sonja había esquivado su nombre como un charco en la carretera y no habían vuelto a hablar de él. —Hablar no sirve de nada—, había dicho Natasha, y por una vez, en su corazón, Sonja sabía que su hermana estaba en lo cierto. Hacía cinco días de la desaparición de Dokka.

Cuando la aguja pequeña dio las once, Sonja fue a por un vaso de hielo al comedor para calmar los nervios y encontró un trozo de papel sobre el mostrador. *Si encuentra mi cuerpo*, decía, *devuélvalo para que le den sepultura*. Arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo, pero entonces lo sacó y le echó otra mirada. La dirección era *Carretera de servicio del bosque de Eldár, 38*. Era el pueblo de Akhmed. ¿Era eso lo que llevaba cosido a los pantalones? Dieciséis horas antes se habían acostado en la estrecha cama de la sala de maternidad y se habían sujetado el uno al otro para no caerse. Cuando él se levantó y se estaba abrochando los pantalones, ella notó un pequeño desgarrón junto a la rodilla, producido, según él, por alambre de púas, aunque no le había preguntado. Estiró el arrugado papel con el pulgar. Era el penúltimo mensaje que recibiría de él. El último sería su carnet de identidad, aunque no lo encontraría hasta cinco días más tarde.

Con la nota doblada en el bolsillo de la chaqueta, condujo hasta Eldár. Los árboles desprovistos de hojas parecían esqueletos. Aquella era la carretera que Akhmed recorría para ir y venir del hospital. La carretera que *recorre*, se corrigió, tratando de mantenerlo vivo mientras pudiera. El cielo tenía venas de nubes alargadas. Los tallos de cereales se mecían con la débil brisa que soplaba. El bosque había conquistado gran parte de las tierras de labor, pero en una curva en que la carretera se metía por un campo halló lo que quedaba de la osamenta de un lobo.

Comparado con Volchansk, Eldár era minúsculo. El típico pueblo al que uno sólo llegaba cuando se perdía. Si no fuera por los retratos

colgados por las calles, sólo se diferenciaría de otros miles de pueblos en ruinas por el nombre. Intentó orientarse con las direcciones, lo cual no era tarea fácil dado que había muy pocas puertas en pie, y aparcó frente al número 38. Enfrente de la casa de Akhmed la ceniza congelada se extendía más allá de los pilares ennegrecidos, cruzaba el campo y se adentraba en el bosque. Había sido la casa de Havaa y al pensarlo sintió una punzada de pena que le atravesó el estómago. Havaa y Akhmed sólo se habían hecho reales cuando aparecieron en su vida salidos de la nada. Sabía lo que le había sucedido al padre de Havaa y a su casa, pero fue allí donde Havaa se materializó en su mente como nunca antes. Les dio la espalda a las ruinas.

La puerta del número 38 colgaba de su bisagra superior. Se le hizo un nudo en el estómago al entrar, como siempre le pasaba cuando entraba en un quirófano sabiendo que no podía salvar la vida que tenía delante.

Durante sus primeros nueve años Sonja celebraba las navidades y el fin de año en casa de su abuela materna en Grozni. Su abuela se había mudado de Moscú a Grozni a finales de los cuarenta con la comunidad de etnia rusa enviada para repoblar Chechenia después de la deportación, y había traído con ella el colchón de plumón de ganso que había heredado de sus padres. Los padres de su abuela, los bisabuelos de Sonja, habían escondido el colchón de plumón de ganso en un pajar durante los tres años que siguieron a la Revolución, cuando el precio a pagar por la posesión de semejante extravagancia eran nueve gramos de plomo.

Los bisabuelos habían cedido al Estado prácticamente todo que tenían de menor valor que sus vidas. Las tierras de labor, la granja, casi toda la ropa y los muebles, e incluso el burro al que llamaban Vladimir Ilich. En medio de todo aquello, el colchón de plumón de ganso seguía oculto en el pajar que ni a los agentes de la Checa ni a los comisarios políticos se les había ocurrido tocar. Cuando se mudaron a Moscú, el colchón era para ellos un feliz recuerdo de cómo había sido la vida antes de que una banda de hombres enfadados y con demasiado aprecio por el vello facial se dignara a liberarlos. Incluso durante la Gran Purga, cuando tuvieron que esconder el colchón debajo de la cama y dormir en una fina colchoneta de paja, lo sacaban en los aniversarios y cumpleaños para acordarse de cómo una vez habían vivido. La abuela de Sonja fue concebida en aquel colchón, nació en aquel colchón y, sesenta y cuatro años después, murió en aquel colchón. Durante su larga vida, más larga que la de la Unión Soviética, el colchón no había perdido el hedor a humedad del pajar. Aquel olor había marcado los primeros nueve diciembres de Sonja y ahora, en su trigésimo quinto, al abrir de un empujón la desvencijada puerta de la casa de Akhmed, se encontró dentro con el aroma del colchón de su

abuela.

El salón estaba completamente revuelto. Una estantería volcada sobre el sofá; en el suelo, doce círculos del tamaño de un kopek conectados por finos rayos de luz con los doce agujeros de bala que había en el techo. Lo llamó en voz alta pero la casa no le respondió ni siquiera con un eco. Un rastro de cristales conducía a la cocina, donde los únicos objetos intactos eran un hervidor de agua y dos latas de leche condensada. En la habitación, un cadáver yacía bajo las sábanas. La esposa de Akhmed, pensó Sonja. Retiró la sábana lentamente. Le tomó el pulso por costumbre. El pelo de la mujer olía a pera. Tenía unas manos hermosas, suaves, sin callos. Con los dedos sobre la frente de la mujer muerta se sintió por primera vez en muchos años libre de toda culpa delante de un cadáver. Una conocida de la difunta en lugar de una cirujana sin éxito.

No sabía su color favorito, ni su plato favorito, ni si de niña había preferido la compañía de su padre o la de su madre; no conocía el sonido de su voz, si era pequeña, como indicaba su cuerpo, o mucho mayor, y crecía mientras menguaba su carne. Pero sabía que aquella mujer había tenido un marido y que había sido un hombre decente. Sí, *había sido*. Akhmed murió en el momento en que Sonja vio el cuerpo de su mujer en la cama. No volvería. La siguiente persona que entrara en aquella casa encontraría secuelas, caos, y no vería cómo Akhmed había vivido. Un extraño, un refugiado, encontraría el lugar pero nunca al hombre y a la mujer a quienes había pertenecido.

Cogió una escoba y un recogedor del armario de la cocina y barrió los platos y frascos y tazas rotas. Puso derechas las estanterías y colocó los libros por orden alfabético, ya que no sabía cómo Akhmed ordenaba su biblioteca. Pasó un trapo por la escayola del techo y clavó una tabla de madera en los agujeros de bala. Restregó la suciedad negra del fregadero con un estropajo de aluminio. Estuvo limpiando la casa más de dos horas. Las habitaciones contenían tan pocos objetos que las restauró rápidamente y para principios de la tarde no quedaba ya más remedio que enfrentarse al dormitorio.

El polvo cubría el escritorio, alfombraba el suelo, empañaba el marco de la foto de bodas. Sacó un puñado de calcetines de deporte de un cajón. —¿Te importa si uso esto?—, preguntó, y tomó el silencio por permiso. Limpió el escritorio, el suelo, el alféizar y los cristales de las ventanas. Los bordes de la cama, el filo de la lámpara y la pila de libros de debajo de la mesilla. Hadji Murat estaba entre ellos. Lo puso aparte, sabiendo que por una vez se saltaría su inveterada política contraria a los finales tristes. En uno de los cajones del escritorio encontró varias docenas de retratos a carboncillo de la mujer que ahora yacía muerta en la cama. Sus mejillas estaban más rellenas, sus ojos abiertos eran de color claro.

En todos salía sonriendo.

Cuando terminó con el polvo se ocupó de la cama.
—Varias horas después de la muerte, los músculos del esfínter y la vejiga se relajan—, dijo en voz baja. —No está bien pasar la eternidad con la ropa interior sucia. Te voy a limpiar, ¿de acuerdo?—. Retiró las mantas y le quitó el camisón. Usando los calcetines a modo de guantes lavó los muslos y las nalgas de la mujer y la vistió con una falda marrón claro, un jersey verde manguera y un pañuelo burdeos. Parecía un ramo de rosas. Akhmed le había dicho que su mujer no había caminado en más de dos años, así que le puso el último par de calcetines limpios y le metió los pies en unas zapatillas deportivas. —Ahora podrás caminar adonde te apetezca.

Después de limpiar y vestir a la mujer volvió al sobre marrón y al conjunto de páginas que había encontrado escondidos bajo el cuerpo. El sobre iba dirigido a *K, Carretera de Servicio del Bosque de Eldár, 56*. El tal K, fuera quien fuera, vivía sólo a unas cuantas casas de allí. Puso el sobre aparte y cogió las páginas. Parecían una carta o una entrada de un diario. La primera frase decía: *Esto es sobre tu padre*. Como era su costumbre, abrió por la última página para leer el final, después leyó el último párrafo y después la última página completa.

> *Queda poca tinta en la pluma, menos energía aún en mi mano, y ha llegado el momento. Esta historia termina donde tú comienzas. Naciste en un hospital. Yo llevé a tus padres en la camioneta que le compré a mi hijo por su decimosexto cumpleaños. La cara de tu madre estaba del mismo color rojo que la pintura del coche. Tu padre no paraba de decirme que condujera más rápido. La sala de maternidad estaba en la cuarta planta del hospital. Tu padre y yo ayudamos a tu madre a subir por las escaleras. Cuando sus pies no pudieron más, la cargamos. Le preocupaba que sus caderas te aplastaran.*
>
> *Se preocupaba por ti incluso antes de que hubieras nacido. Era increíble ver cómo te quería antes de haberte conocido. Quizá nuestro amor más profundo esté inscrito en nuestro interior, de modo que la persona amada no escribe un nombre nuevo sino que nos permite leer el que ya estaba allí. Tus padres atesoraron su amor por ti durante toda su vida, incluso antes de conocerse, igual que la bellota contiene al roble. Para ellos tú eras el sol y la lluvia, la mañana y la noche.*
>
> *En la sala de maternidad la enfermera colocó a tu madre en una cama y yo la cogí de la mano izquierda mientras tu padre la cogía de la derecha. La tradición dice que los hombres no deben estar presentes en los partos, pero nosotros no hicimos caso. Allí estuvimos. En las ventanas clausuradas había dibujos de una ciudad*

que ya no existía. Naciste entre los recuerdos de un pasado mejor. Los gritos de tu madre le abrían tanto la boca que podías haber salido por ella. Yo jamás había visto a tu padre pasar tanto miedo. Después llegaste tú. Allí estábamos todos, esperándote. La enfermera te cogió en brazos. Tú no respirabas. Contuvimos el aliento esperando a que encontrases el tuyo. Cuando abriste la boca y tus pulmones se abrieron, supimos que nunca estarían vacíos. En cuanto a tu padre… en mi vida he visto hombre más feliz.

La enfermera que te trajo al mundo se llamaba Natasha.
He recordado su nombre todos estos años porque ella conocía el mío. Había leído mi libro, Los orígenes de la civilización chechena, *era una de las tres o cuatro personas que lo leyeron. Sus manos fueron las primeras en cogerte. Cuando te estabas ahogando, ella te enseñó a respirar.*

Las de tu madre fueron las segundas manos. Te miraba como si hubiera sido ella la que había nacido de ti. Te puso en brazos de tu padre. Los extremos de los ojos se le arrugaron. Su corazón había sido la bellota. Ahora era el roble.

Esos fueron los tres primeros pares de manos que te sostuvieron. Ahora espero que vivas lo suficiente como para que yo nunca conozca a los tres últimos.

—¿Cómo se llama?—, preguntó la enfermera mientras tu padre te ponía sobre su pecho.

—Havaa—. Pronunció tu nombre como el ritmo de un latido.

Cuando se lo llevaron, tenía tu nombre en el pecho y estabas con él aunque no lo supieras. Cuando llegó el final, no murió. Pronunció tu nombre y empezó a vivir en ti.

Bajó la carta. Si su desbocado corazón estaba diciendo algún nombre, era uno que no reconocía. Su hermana había asistido el parto de cientos de niños en los siete años en los que había trabajado en la sala de maternidad, cientos de Havaas, que habían sido sus pacientes y no sus hijos, ni más ni menos queridos que todas las demás vidas que habían comenzado y terminado, se habían salvado y perdido, revivido y llorado entre las grises paredes de granito del Hospital nº 6. Sin embargo, Sonja no sabía los nombres de todas aquellas innumerables personas, no había compartido con ellos un colchón, una habitación o una barra energética, no reconocería sus caras por la calle, en el bazar o en el cementerio, no les deseaba lo que le deseaba a Havaa, una necesidad, recién creada, de salvar esta vida que su hermana había traído al mundo.

Antes de salir repasó la habitación por última vez.
La mujer de Akhmed yacía apaciblemente con los brazos a lo largo del cuerpo, las zapatillas deportivas preparadas para llevarla a cualquier

parte. Sonja cerró la puerta de la casa lo mejor que pudo y se preguntó quien sería el siguiente en entrar. La casa vacía se convertiría en un albergue gratuito para los refugiados que habían oído hablar del hostal del número 30 de la Carretera de Servicio el Bosque de Eldár. Como era de esperar, nunca volvió a estar tan limpia como Sonja la había dejado la tarde en que se marchó, ya que más de tres mil almas se alojarían en ella.

Condujo hasta la dirección escrita en el sobre marrón. Delante de la casa había una camioneta roja en mejor estado que cualquier otra de la manzana. Perlas de anticongelante verde salpicaban el barro del camino. Llamó a la puerta.

Pasó un minuto antes de que un anciano abriera y se la quedara mirando boquiabierto. Había tal desconcierto en sus ojos desorbitados que Sonja se preguntó si el anciano pensaría que era un fantasma.

—Perdone que le moleste. Soy…— ¿Qué? ¿Jefa? ¿Supervisora? ¿Colega? ¿Amante? ¿Conocida de hace cinco días? —Soy… amiga de Akhmed. ¿Es usted K?— Le entregó la carta.

—Khassan—, masculló el anciano. Cogió el sobre como si no estuviera allí, como si su mano fuera a atravesar el papel, después a ella, y finalmente fuera a disolverse en la eternidad. —¿Dónde…?

—En su casa. Lo encontré allí. Se lo llevaron anoche.

—Lo sé. ¿Y Ula?

—¿Ula?

—Su mujer—, dijo el anciano.

—Está allí pero ha muerto.

El anciano asintió, casi ausente. Apretó el sobre y siguió con el dedo la dirección.

—¿Se encuentra bien?— preguntó Sonja. Parecía que se iba a derrumbar.

—Gracias por traerme esto—, masculló.

Estaba a medio camino de su jeep cuando lo oyó abrir el sobre. Allí estaba su jeep, al lado de la camioneta roja. Sólo quería marcharse. Aquel sobre contenía un mensaje final, pero no era para ella, y no quería saber qué decía. Metió la carta de Havaa en la guantera con los salvoconductos sin darse cuenta de que faltaban dos. Mientras se alejaba conduciendo puso los labios alrededor de aquel nombre sonoro. Ula. U-la. El nombre le hacía arrugar los labios, que esperaban un beso por respuesta. Si hubiera sabido el nombre antes habría vestido a la mujer con un vestido de noche y un chal en lugar de una falda y un jersey, para que durante toda la eternidad estuviera tan elegante como el sonido de su nombre.

27

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Bajo las estrellas, sin interferencia de nube, viento o manto de hojas, el murmullo de motores diésel entró por la ventana abierta en la que Khassan esperaba y escuchaba. Cuando el reloj de la mesilla de noche daba las 12:15 AM, los potentes faros de tres furgones rompieron la oscuridad. Un minuto después los furgones aparcaron frente a la casa de Akhmed, motores al ralentí, ocupantes bajando de los vehículos, miembros de las fuerzas de seguridad, que Khassan, con la cabeza asomada por la ventana, sólo distinguía como siluetas negras iluminadas un instante por los faros antes de retornar a la oscuridad. Las 12:16. Habían transcurrido años enteros en los que disponía de tanto tiempo que no se molestaba en pensar en el paso de un minuto suelto, pero ahora cada minuto lo obsesionaba, este minuto, el próximo, todos eran términos diferentes de la misma ilusión. A las 12:17 comenzaron las llamadas a la puerta. Khassan no podía ver a los enmascarados miembros de las fuerzas de seguridad golpear primero y luego echar abajo a patadas la puerta de Akhmed. A aquella distancia era posible confundir los golpes con algo menos violento, un carpintero insomne, una pareja dándose calor en la cama, pero un minuto más tarde llegó el inconfundible crujido de madera que se rompía, de bisagras que cedían. No veía más que la pálida luz de los faros. *Eres un cobarde*, le había dicho Mirza hacía cincuenta años. La oía como si la tuviera detrás. *Eres un cobarde*. ¿Y qué podía hacer? ¿Salir? ¿Razonar con los enmascarados que ya irrumpían en la casa? En el mejor de los casos lo arrestarían y se lo llevarían al mismo lugar donde llevaban a Akhmed. En el peor los matarían a tiros a los dos por haber intervenido. ¿Qué sería de Havaa entonces? Un sudor frío le corría por la cara, sus manos se aferraban al alféizar. Intentó mover los pies hacia la puerta pero no le obedecían. Nunca en sus sesenta y nueve años de vida se había sentido más inútil, más impotente, más aterrorizado. *Eres un cobarde* le decía Mirza al oído, pero ella no sabía lo que le hacían a la gente en el Vertedero. A las 12:21 se oyó el estruendo de doce disparos que podían haber matado a doce Akhmeds

pero ninguna sombra cruzó la ancha herida de luz de faros. No podía ver, no podía moverse, así que sintonizó el oído con la frecuencia de los huesos rotos de Akhmed, su piel magullada, sus ojos arrancados, sus órganos reventados, sus dedos partidos, su cara quebrada, sus sienes aplastadas, su cráneo fracturado, sus gemidos, su rendición, su derrota, sus jadeos, sus súplicas, sus promesas, sus plegarias, su último aliento, sus recuerdos finales, el del abrazo de su madre o el del muslo de Ula o el del ladrido de un perro o una bala que atravesaba una nube rosa de cerebro, lo que quiera que fuera aquello a lo que Akhmed se agarrara mientras cesan los susurros y la silenciosa ascensión comienza. El dolor de Akhmed era el único sonido lo suficientemente alto para imponerse al monótono ensalmo de Mirza, *eres un cobarde un cobarde un cobarde*, sin embargo Khassan no oyó a Akhmed gritar, suplicar ni pedir clemencia. El único sonido que salía de la casa era el de los platos rotos, los platos blancos de filos desportillados, los pequeños platillos con los que Akhmed engañaba a su estómago, la taza de té verde azulada de borde carmesí en la que una vez Khassan había bebido un exquisito té indio que un pariente político de alguien le había regalado a uno de ellos y, ¿cómo podía hacerse añicos una taza envuelta en tantas capas de recuerdo, cómo podía esto estar pasando de nuevo, cómo podía Khassan estar de pie en la misma ventana donde cuatro noches antes había escuchado los mismos ruidos de vajilla destrozada, había observado los mismos faros fijos, había sentido la misma vergüenza desgarrarle mientras hacían desaparecer a Dokka? A las 12:27 las sombras atravesaron con pasos pesados el río de luz y entre ellos trastabillaba una silueta, una forma tan borrosa que nadie excepto Khassan podría reconocer a Akhmed en ella. Un momento y la silueta se desvaneció en la bendita tiniebla y las puertas del furgón se cerraron de golpe y la acusación de Mirza lo fijó al alféizar y los faros se llevaron a los furgones de vuelta al inframundo del que habían salido. Mientras el último furgón pasaba por delante de su ventana, a Khassan le llegó finalmente el ahogado grito de Akhmed.

Cuando su mente se había serenado lo suficiente como para evadirse, ya había amanecido. Un duermevela sin descanso. Deambulaba en sueños por la hierba congelada hasta un campo de rígidos lazos blancos. Cuánto había odiado Kazajistán. Nunca pensó que recordaría aquella época de exilio como la más feliz de su vida.

A las diez se despertó y se quedó tres horas mirando al techo mientras reunía fuerzas para levantarse. La casa estaba en silencio. Se deslizó por la puerta entreabierta de Ramzan como había hecho tantas veces cuando tenía algo que decirle a su hijo. Ramzan estaba tumbado en la cama con la boca abierta. Silenciosamente, Khassan sacó el *kinzhal* del cajón superior del escritorio. Él lo había heredado de su

padre, y su padre a su vez del padre de su padre y así sucesivamente, siglo y medio de padres e hijos. Era lo más antiguo que había tenido, sin contar los árboles del jardín trasero. Cerca de la empuñadura la hoja estaba marrón de sangre de un soldado imperial o quizá era sólo óxido. Su padre le había enseñado a clavarlo hacia delante y retorcer la hoja antes de sacarla por si el zar Alejandro II se levantaba de entre los muertos para saquear Eldár.

Recorrió con el filo las marcas de las palmas de su mano, la línea de la vida, la del amor. Llevó el arma hasta la cama y envolvió la hoja en la manta para que no despertase a Ramzan antes de tiempo. Respiró y se llenó completamente de aire. La noche anterior era un lugar del que no regresaría. Cuando los faros desaparecieron, había cruzado y descruzado los dedos, había cogido el vaso de agua y lo había vuelto a dejar en su sitio, y en medio de esos gestos triviales, había muerto. —Sin orgullo, amor ni familia no eres nada—, le había dicho una vez a Akhmed. Los dos primeros habían desaparecido la noche anterior en el fondo de un camión; estaba acariciando con el dedo el filo de la hoja que dentro de poco atravesaría al tercero.

—¿Te he contado alguna vez la historia del hijo borracho del zapatero?—, preguntó en voz baja. Ramzan no le oía.

—Cuando yo era niño, el pueblo era objeto de los destrozos del hijo del zapatero. Era un muchacho de dieciocho años que había causado más daños materiales de lo que podía esperarse de alguien que no sabía mover los dos pies en la misma dirección. El zapatero gozaba del respeto de todo el pueblo hasta que su hijo descubrió el *samogon* de remolacha. El licor los convirtió a los dos en parias, dando la razón al inventor del aforismo que dice que el hijo hereda del padre tanto como el padre del hijo. Durante años el zapatero apeló al imam, se disculpó con los padres de las mujeres a las que su hijo había insultado y pagó, reemplazó o devolvió los objetos que robaba. Se ofreció a reparar gratis los zapatos de todo aquel que hubiera sido ofendido por su hijo. Pero llegó un momento en que la capacidad de destrucción del joven superó la capacidad de restitución del padre. Debía dinero a todo el mundo. La mitad del pueblo caminaba con zapatos pagados por el alcoholismo de su hijo. Un día el joven desapareció. Ni una palabra de él; ni un funeral; ni un rumor sobre un trabajo en una granja colectiva lejana. Nada. Simplemente se desvaneció. Un mes más tarde mi abuelo y el consejo de ancianos visitaron al zapatero. Le llevaron miel y pasas y le felicitaron por su regreso. A mí, que por entonces no era más que un niño, me dijeron que, al igual que todos los demás habitantes del pueblo, debía respetar y honrar al zapatero porque había puesto el bien de la comunidad, del *teip*, por encima del suyo propio. El nombre de su hijo se convirtió en una blasfemia, se borró de la memoria colectiva, desapareció incluso

de las murmuraciones de las mujeres. Cuando la gente contaba la historia, el final era siempre esta cúspide de honor y sacrificio. Nadie seguía contando que el zapatero no volvió a arreglar un zapato en toda su vida y vivió hasta los noventa y cinco como un ermitaño, emborrachándose día y noche hasta caer redondo, con la única compañía del fantasma de su hijo al que suplicaba con gritos insoportables que yo oía desde el otro extremo del pueblo.

—Esa parte no te la contaban nunca, nunca te decían cuánto tiempo tendrías que vivir con ello,— continuó Khassan. Tomó los flojos dedos de Ramzan. Habían pasado ya treinta y dos años y nueve meses desde la primera vez que había cogido aquellos dedos y se había quedado atónito ante algo tan delicado como las patas de un gorrión que sin embargo se agarraban a su pulgar como la más firme rama de todo el bosque. —Esa parte no te la cuentan nunca.

Llevaba dos años odiándose a sí mismo por imaginar ese momento. Llevaba la cuenta de las vidas con las que su hijo había acabado, porque aunque Ramzan no los hubiera matado personalmente, sí los había puesto a tiro, desaparición tras desaparición, Alman, Musa, Omar, Aslan, Apti, Mansur, Aslan el Hirsuto, Ruslan, Amir, Amir Segundo, Isa, Khalid y Dokka. Había pospuesto lo inevitable un día más, una desaparición más, hasta que había visto cómo la apaleada sombra de Akhmed eclipsaba la luz de los faros y había comprendido que el día siguiente sería el último. Veintiún años antes Ramzan había saltado de esa misma cama y corrido a la cocina sin camisa y con los ojos desorbitados de sorpresa y le había señalado un único pelo que crecía en su axila, tan emocionado como si hubiera encontrado allí un diamante.

—Tenías razón sobre lo del toque de trompeta—, dijo Khassan. El remordimiento ya estaba allí, un muro vacío al que se pasaría mirando el resto de su vida. —Es el fin de los tiempos. No puede haber nada después de esto—. Ahora que el fin ya había llegado, las historias de sacrificios en las cimas de las montañas parecían los grandilocuentes y absurdos desvaríos de un viejo aturdido. No había ninguna voz en el cielo.

El pecho de Ramzan subía y bajaba, ignorante de la decisión ya tomada por la mano que sostenía la suya. Khassan había tenido en sus manos aquel pecho cuando no era más grande que el de un pollo, lo había sujetado contra el suyo y había sentido cómo circulaba entre ambos algo tan tierno y valioso que habría hecho cualquier cosa por aquel niño. ¿Pero eso? Si el bote de somníferos no hubiera estado allí abierto sobre la mesilla de noche, habría actuado más deprisa. Pero después de tantas veces sentado en el colchón, sabía que las pastillas dejarían a Ramzan en estado comatoso hasta bien entrada la tarde. Podía esperar. Ahora que ya se había arrojado por el precipicio, al

menos interiormente, poco importaba cuánto durase la caída antes de golpear el suelo. —Hay algo que quiero decirte—, le dijo. —Pero no sé qué. No lo sé—. Incluso en aquel momento, el orgullo le impedía disculparse. —Eres mi hijo. Eres mío—, susurró como si fuera un conjuro, un regalo, una última canción de cuna, una marca al rojo vivo. La cabeza de Ramzan se movió ligeramente sobre la almohada; aquel destello de vida casi partió en dos a Khassan. Duerme, sólo un poco más, eso es. ¿Dónde puedes ir cuando ni sufres ni causas sufrimiento? Khassan se tumbó en la cama y acompasó su respiración a la de su hijo. Ramzan marcaba el ritmo. Juntos tomaban y devolvían el aire común, su mano abierta subiendo y bajando sobre el pecho de Ramzan en medio del silencio por ambos fabricado.

Tres golpes en la puerta lo rompieron. Khassan se incorporó sobre la cama y transportó la caverna que llevaba en el pecho hasta la puerta. Nadie del pueblo, ni siquiera Akhmed, había visitado la casa desde que las denuncias de Ramzan se habían sabido. ¿Acaso los antiguos amigos estaban en la puerta con miel y pasas para felicitarle por su regreso a la comunidad? Llegáis demasiado pronto, quería gritarles. Todavía no lo he hecho. Estoy aún de camino a la cima. Se enjugó la frente con un pañuelo morado antes de abrir la puerta.

Al otro lado había una mujer recortándose contra el cielo verde azulado. Llevaba un abrigo acolchado gris sobre una bata de hospital. —Perdone que le moleste. Soy… amiga de Akhmed. ¿Es usted K?—. Le entregó el sobre marrón que él le había dado a Akhmed dos días antes. Le temblaba el pulso al cogerlo; si aún contenía la carta que le había escrito a Havaa, se rendiría. Pero su dirección estaba escrita en el sobre con la letra de Akhmed. La carta que contenía era más delgada que la suya. —En su casa—, explicó la mujer.
—La encontré allí. Se lo llevaron anoche.

Aquella sombra que trastabillaba a través de la luz en dirección al banco oscuro de la otra orilla. La demencia que devoraría su memoria nueve años después le dejaría esa imagen. Aquellos faros seguirían brillando cuando ya todo lo demás hubiera desaparecido. Serían la luz al final. Casi no podía hablar, pensar, moverse, respirar. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué era aquello? Descubrió en sus labios el nombre de Ula. La mujer bajó los ojos y negó con la cabeza, respetuosa pero firme, quizá acostumbrada a dar malas noticias.
En cuanto volvió a la carretera, Khassan abrió el sobre marrón. Contenía dos cartas. Una escrita por un coronel del FSB y otra por un comandante rebelde. Cada una garantizaba el permiso de paso al portador. Al fondo del sobre había un tercer mensaje, escrito en un trozo de papel tan ligero que casi no lo vio. *Clemencia*, decía la nota. *Clemencia*.

Los perros, que dormitaban en la parte trasera de la casa, estiraron

las patas en el suelo y lo siguieron, Sharik el último, mientras corría a la casa de Akhmed. Llevaba el sobre de color marrón apretado contra el pecho para protegerlo del viento.

La puerta estaba apoyada contra el marco. Atravesó un salón inmaculado, una colección de libros inexplicablemente colocados por orden alfabético, y los perros le seguían, Sharik el último, porque la puerta no se podía cerrar y además qué importaba, eran más limpios que las últimas bestias que habían entrado.

Ula yacía completamente vestida en la cama. Después de las horas que había pasado en contemplación de las subidas y bajadas del pecho de su hijo, supo inmediatamente que estaba muerta. Unas zapatillas de tenis asomaban por el bajo de su amplia falda marrón, como si en la muerte hubiera renacido con buena salud, hubiera recibido un nuevo sistema nervioso, y se le permitiera vivir una vida eterna de maratones en su paraíso personal. Cerró la puerta de la habitación, temeroso de que los perros mordisquearan el cadáver. El ruido de sus patas se filtraba por las finas paredes. Si tuviera que volver, querría ser perro.

Se quedó un momento junto a la puerta sorprendido del olor a jabón. Adelantó un pie. Luego el otro. Le cruzó los dedos y le juntó las manos sobre el estómago. La habitación y el cuerpo estaban limpios, y aunque no pudiera explicar ninguno de los dos fenómenos, no le sorprendía. Un pañuelo burdeos le enmarcaba la cara. Sujetando el cráneo como una frágil taza en la que hubiera vertido sus más preciadas posesiones, le puso los pulgares sobre los párpados y los abrió a la luz mortecina de la tarde. A través de él, ella miraba a los espacios sin límites que enmarcaban sus treinta y cinco años de vida; a través de él miraba al lugar donde pronto, cuando le fallara el aliento al trompetista, se reunirían, y él descendería por las notas de la última melodía hasta el silencio donde Mirza le aguardaba.

Podría haber envuelto el cuerpo en una sábana blanca con elásticos, lo más parecido a un *kafan* de entierro en el armario casi vacío. Los cuerpos se solían lavar en agua perfumada, pero los de los mártires se enterraban sin lavar, con las ropas que vestían al morir. Podía haberla amortajado. Pesaba muy poco. Incluso un hombre de su edad podía haberla transportado al exterior. Podía haberla acostado sobre un colchón de nieve en el exterior. El suelo estaba congelado. Podría haber hundido la cabeza de la pala pero el suelo habría resistido. Aunque no se sabía las oraciones fúnebres podría haberse quedado silenciosamente en pie y que la respiración de los perros marcara el minuto. Llevaba toda la vida enterrando, desenterrando y volviendo a enterrar a los muertos, podría haberlo hecho una vez más. La pala habría arañado el hielo. Una paletada de nieve sobre su pecho. Tres mil años antes de la existencia del imperio ruso las tribus nativas enterraban a sus muertos en *kurganes* de tal tamaño que se habían

convertido en parte del paisaje y habían sobrevivido al nacimiento y declive de las civilizaciones posteriores. Habría pensado en eso mientras la sepultaba. Habría cavado hasta no poder levantar la pala, hasta que la fosa le llegase al pecho, hasta que se endureciese y se convirtiese en un monumento que duraría hasta el deshielo primaveral. Pero sólo le quedaban energías para cerrarle los ojos, ahuecarle la almohada y orientar la cama hacia La Meca.

Volvió a su casa y cogió tres mudas de ropa. Capas extra, ricas en lana. No podía seguir confiando en las comodidades que su hijo le proporcionaba. Buscó en su armario algo donde meter la ropa pero sólo encontró una bolsa de lavandería. Nunca se le había ocurrido sustituir la maleta marrón después de enterrarla. Nunca pensó en abandonar Chechenia de nuevo. En el centro de su pequeño montón de ropa estaba la bufanda roja brillante que Mirza se había quitado del cuello y puesto en sus manos una tarde hacía mucho tiempo.

En la cocina empaquetó en bolsas de plástico arrugadas tanta comida como pudo y también algodón, jeringas y viales de insulina. Las llaves de Ramzan brillaban sobre la mesa. Se las metió en el bolsillo. No sabía dónde iría. Había viajado por Polonia, Checoslovaquia y Alemania. Una vez incluso había cagado victoriosamente en un retrete del Reichstag. De allí, a la estepa de Kazajistán, donde en el horizonte nada sonaba más alto que el viento. Había recorrido un cuarto del globo sin haber dado un solo paso por voluntad propia. Aquel era su hogar. En cada suelo de barracón, trinchera embarrada, lona de puesto de avanzada, camastro de búnker y campo baldío en el que había dormido, el recuerdo de su casa había sido su único descanso. Cuando volvió en 1956 se juró no volver a partir. Mejor morir allí, se dijo, que soportar otro exilio.

Cruzó el salón y entró en la habitación de Ramzan.

Ni el *kinzhal* ni su hijo se habían movido de allí. Si pudiera volver atrás abrazaría a su hijo, lo amaría y desharía el nudo en que su alma se había convertido. Encontraría el modo. *¿Por qué eres mi padre*? habría preguntado una tarde de agosto, veinte segundos después de preguntar *¿Por qué el cielo es azul?* y cuarenta segundos antes de preguntar *¿Por qué envejece la gente?*. Estaban sentados fuera. Khassan, que había estado enseñando a su hijo a comer pipas de girasol, contuvo el aliento hasta que la pregunta pasara. *¿Por qué eres mi padre?*, repitió el chico. Quedaban dos años para que dejara de pedirle una bicicleta, cinco y tres meses para que dejara de pedirle cosa alguna. Khassan nunca había encontrado una respuesta. Si pudiera volver atrás pensaría en una.

Cerró la puerta de Ramzan tras de sí. El tiempo de las respuestas se había agotado y la paz de la tarde expresaba todo lo que deseaba para su hijo. En la puerta esperaban las bolsas de comida, la bolsa de

lavandería llena de ropa y dos cartas de salvoconducto. Cuando iba a por ellas, de pronto una pregunta le cayó encima como una pared; ¿quién era esa mujer y por qué había venido a entregarle la respuesta de Akhmed? ¿Sabía que le estaba liberando de su hijo? Ya no importaba. La recordaría como a un ángel con abrigo y ropa de hospital, enviado para detener su mano.

Cerró la puerta con llave y cruzó la nieve apelmazada hasta la camioneta roja. Los perros lo seguían, olisqueando las bolsas de plástico llenas de jeringas, insulina y muslos de pollo. Colocó las bolsas en el asiento del copiloto y se volvió hacia los perros, seis en total, de huesos finos, peludos, ciegos, calvos.

—Me voy—, les dijo. La voz se le quebró de tristeza y los perros volvieron los hocicos hacia él. Matar a su hijo le parecía más tolerable que abandonarlos. —No sé dónde.
No sé que pasará.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Dos de los perros salieron corriendo detrás de un ratón imaginario, el resto miraba a su lloroso benefactor con la misma confusión que llenaba su cabeza. —No puedo prometeros nada, pero intentaré cuidaros. Si queréis venir, os llevo.

Subió a la camioneta, metió los salvoconductos en la guantera y arrancó el motor. Quitó el freno y dejó que el coche se deslizara despacio, esperando a ver qué pasaba.
En el retrovisor, los perros se lamían unos a otros, rodaban por el suelo y seguían sus vidas sin él. Cuando apretó el acelerador la gravilla salió despedida y las orejas del perro calvo se enderezaron. Cuando se dio la vuelta, los demás perros se dieron cuenta, los hocicos giraron hacia la camioneta y de pronto todos salieron corriendo como un solo animal, una sola bestia de veinticuatro patas y doce orejas, reclamando a su séptima cabeza. Abrió la puerta trasera y uno por uno saltaron al interior, Sharik el último.

Al pasar por delante de los retratos los miró como si los viera por primera vez. Nadie recordaría la cara del artista salvo él. Cuando llegó al final de la manzana, siguió conduciendo. Cuando llegó al final del pueblo, siguió conduciendo. El viento tiraba de la lengua de los perros, que movían la cabeza maravillados. La silueta serrada de las montañas se recortaba contra el horizonte. Puso rumbo hacia ellas. Los refugiados que pasaban especulaban y especulaban, cualquier rumor era suficiente para mantener la esperanza. Khassan no sabía lo que le esperaba al otro lado. No sabía que la enfermedad que borraría todos sus recuerdos excepto el de los faros nueve años después ya fermentaba entre sus neuronas. No sabía que su hijo viviría solo y abatido en el pueblo tres años más esperando su regreso y preguntándose dónde estaría antes de mudarse a una aldea en las montañas donde seguiría preguntándose, sin averiguarlo jamás, qué le

habría sucedido a su padre durante cincuenta y siete años más. Khassan no sabía nada de eso y conducía. Tenía setenta y nueve años. Comenzaba una nueva vida.

28

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

—¿Si pudieras volver atrás, te irías de Londres?—. Natasha había hecho esa pregunta un frío martes por la mañana de marzo de 1998. Aquel mes se llevaban bien. Estaban compartiendo las últimas caladas de un cigarro en el aparcamiento del hospital. Los escombros sueltos crujían bajo un cielo demasiado hermoso. —¿Si pudieras volver atrás, te irías de Londres?—. De las miles de veces que se había planteado y se plantearía la pregunta, aquella era la única en que parecía que hubiera una respuesta al otro lado. —¿Si pudieras volver atrás…?—. Durante una época se permitía darle vueltas a la hipótesis durante horas, trazando el mapa que la había traído hasta allí. Sin embargo, la vida no es lineal y la suya era una órbita irregular alrededor de una estrella oscura, una polilla dando vueltas alrededor de una bombilla fundida buscando la luz que una vez irradiaba.

La visita a la casa de Akhmed había durado más de lo que esperaba y, mientras aparcaba el jeep y cruzaba el aparcamiento, la agobiaban las premoniciones de un inminente desastre. En la sala de espera sólo se oían los ruidos de la respiración de Deshi, que se había quedado dormida. Sonja le sacudió la silla. Las agujas de punto se pusieron en movimiento antes de que abriera los ojos.

—¿Hay algo?—, preguntó Sonja.

—No, una semana tranquila. El hermano del de la mina vino a llevárselo. La única visita.

—¿Eso es todo? ¿No hay nada más?—. Se apoyó en el borde del mostrador de ingresos donde un bolígrafo, seco desde hacía tiempo, aún estaba sujeto por una cadenita de metal. ¿Por qué precisamente aquel día descansaban las emergencias de Dios y de los hombres?

—Nada más—, dijo Deshi sin apartar la vista de la punta de las agujas. —Ni un solo paciente en todo el hospital.

—Podríamos cerrar.

Deshi sonrió. No pasaba un día sin que lamentara haber enviado a Maali a por sábanas al cuarto piso; no pasaba un día sin que la abrazara entre los escombros del cuarto piso, como la había abrazado

aquella vez que se cayó del columpio, cuatro años antes de las deportaciones, y lloraba y nadie excepto ella sabía cómo consolarla.

—¿Dónde iría la doctora?

—De vacaciones.

—Con toda la formación que tiene y lo que ha tardado en decir algo inteligente.

—No me acuerdo de la última vez que el hospital estuvo vacío.

—Yo tampoco.

—No durará mucho.

Deshi sacudió la cabeza. —¿Por qué estropear una tarde tan deliciosa hablando así?

—Sólo estoy siendo realista.

—Apostaría algo a que la doctora sería realista incluso en un día de verano—, dijo Deshi.

—Creía que habías dejado las apuestas.

—Me hubiera gustado jugar una partida de cartas con Akhmed. Le habría sacado hasta los pantalones.

—Me habría gustado verlo—, dijo Sonja guardándose la pequeña alegría de semejante logro.

—Supongo que no lo volveremos a ver, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Es una pena—, dijo Deshi. Aquel pequeño epitafio sería la última conversación que tendrían acerca de Akhmed.

Un dedo se materializó entre las puntas de las agujas de Deshi. —¿Para quién estás tejiendo eso?—, preguntó Sonja.

—Para nuestra joven amiga. Lleva toda la semana con los puños dentro de las mangas.

La niña. Sonja no había considerado lo que la desaparición de Akhmed significaba para ella. En menos de una semana había perdido todo lo que conocía. El día había librado a las piernas de las minas y a los corazones de los infartos pero no la había librado a ella. —¿Dónde está?

—Yo me jubilé hace diez años—, dijo Deshi. Aún tardaría diez años más en hacer realidad la afirmación y tres años después de eso moriría de cáncer de garganta, pero no antes de enamorarse de su oncólogo. —Vaya a buscarla usted misma.

La encontró en el cuarto piso, sentada con las piernas cruzadas bajo la puerta del almacén que enmarcaba el quemado lienzo de la ciudad. —Lo siento.

—¿Volverá?

—No lo sé—, respondió Sonja y se arrepintió inmediatamente, ya que sabía la cantidad de falsas esperanzas que uno puede llegar a

cultivar en el fértil suelo de esas tres palabras. —Seguramente no.

La niña asintió mirando a la ciudad.

—Es muy duro, Havaa, lo sé. A mi hermana le pasó igual—. Sin embargo, eso era falso, ¿verdad? Siempre contaba a Natasha entre los desaparecidos. Quería su parte de desgracia nacional para poder culpar a los federales del hecho de que su hermana no la hubiera querido lo suficiente como para despedirse de ella. Había en el centro una innombrable negrura alrededor de la cual daba vueltas y vueltas pero no podía tocar. —No sé dónde está. No sé si está viva o muerta. No sé nada.

—¿Cómo los encontramos?—, preguntó la niña. Miró a Sonja como si se balanceara al borde de un precipicio.

—No lo sé, Havaa. Lo siento. No lo sé. Quizá intentemos encontrarlos en otras personas. En la amabilidad, en la generosidad. Esas cosas no desaparecen nunca.

La niña resopló con la nariz taponada. No era la respuesta que quería, sin embargo Sonja había aprendido a ser realista al hablar de la muerte. Incluso si ponía a la niña frente al agujero que la guerra había hecho en su interior, su respuesta, esperaba Sonja, sería suficiente para que no se rindiera.

Havaa le cogió la mano y ella, automáticamente, le comprobó el pulso. Su arteria radial palpitaba contra su dedo como un sutil recordatorio. Le puso la palma de la mano en la frente.

—¿Estoy enferma?—, preguntó la niña.

—No, tienes una salud perfecta—, y mientras las decía, aquellas palabras le parecieron un pequeño milagro. Cogió la muñeca de Havaa flexionándola adelante y atrás. A través del chándal descolorido le palpó las piernas y las rodillas. Aquellas piernas se mantendrían derechas, andarían y correrían. Los brazos levantarían objetos, abrazarían y soltarían. Aquella persona crecería y se adaptaría y viviría. Sonja se aseguraría de ello. —A tu familia no la eliges tú—, le había dicho su padre hacía muchos años para calmar una rabieta y, sin querer, seguía descubriendo lo que había querido decir.

—¿Qué haces?—, preguntó Havaa.

Dentro de Sonja se desenredaron de pronto miles de ovillos de gratitud. Era idiota por sentirse tan impresionada por unas piernas que andaban, unas muñecas que se flexionaban y unas manos que cogían objetos. En lugar de andarse con explicaciones se concentró en lo afortunada y bendecida que se sentía, para poder volver después a aquel momento y maravillarse del cuerpo de la niña, lo fascinante que era aquella materia humana.

—No tengo ni idea de lo que hago—, dijo. Ayudó a la niña a ponerse en pie. —Todavía tienes la maleta preparada por si acaso

tienes que marcharte de nuevo, ¿verdad?

Havaa asintió.

Media hora después salían del hospital. Bloque tras bloque, todo seguía igual, excepto por los cráteres y los ladrillos desperdigados. Una señal de sentido obligatorio apuntaba al cielo. Tres perros negros desnutridos las observaban desde el otro lado del cañón del sótano de una tienda de alimentación, pero por suerte no las siguieron. La cabeza le daba vueltas. Llevaba a la niña de una mano y su maleta en la otra. Intentó acordarse del nombre de la calle en la que vivía.

Así son las cosas. Huellas de incendios en el suelo como enormes conchas marinas. Nubes agrupándose en el horizonte. Irregularidades del terreno. El calor pequeño que su mano sostiene. Una mano que es su mano sostiene una mano que es de la niña. Eso es todo.

De alguna manera sus pies recordaban lo que ella había olvidado. La condujeron a casa. El piso no se había venido abajo. El temblor de las explosiones había abierto las ventanas pero el edificio seguía en pie. Subieron por las escaleras.

—Aquí vive una buena mujer—, le dijo mientras pasaban por delante del piso de Laina. —A lo mejor puedes pasar algo de tiempo con ella mientras yo estoy en el hospital.

La niña asintió. Se detuvieron delante de la puerta.

—Hace muchos meses que no vengo aquí—, dijo. Abrió la puerta. El polvo llegaba hasta el techo. Se ocuparía de eso al día siguiente, o al otro. Ya había limpiado bastante por un día. No había señales de violencia en la entrada. Hacía tiempo que los saqueadores habían emigrado. Encendió una vela.

Para cenar, Havaa cortó los brotes de dos patatas y las peló mientras Sonja encontraba una batería de coche con la suficiente carga para conectar a la placa eléctrica y hervir algo de arroz. Mientras comían, Sonja le contó que en Asia la gente come el arroz con palillos. La niña lo intentó con dos lápices, pero después de cinco minutos de fracasos afirmó que Asia era producto de la imaginación de Sonja. Cuando terminaron, Sonja llevó a Havaa a la habitación de Natasha. Por costumbre llamó a la puerta antes de abrir.

La cama estaba aún hecha. La silla del escritorio estaba un poco girada, como si la dueña de la habitación fuera a volver en cualquier momento a escribir una nota, una carta, una explicación, una disculpa.

—Aquí dormirás tú—, dijo Sonja. Colocó la maleta a los pies de la cama y sacó del cajón los vaqueros y jerséis de Natasha. Se había llevado la rebeca de color burdeos que Sonja le había regalado por su decimoctavo cumpleaños, la que odiaba y nunca se había puesto. Sonja deseó que allá donde estuviera hiciera el suficiente frío como para que pudiera usarla. —Puedes poner tus cosas aquí.

—¿Voy a vivir aquí?

Sonja no lo había pensado. —¿Te gustaría?

La niña inspeccionó la habitación y el armario, miró bajo la cama. —¿La habitación entera es para mí?

—Toda entera.

—¿No tengo que compartirla con nadie?

—Es toda tuya.

La niña asintió lentamente y se abrazó a Sonja escuchando los sonidos de sus órganos, esos objetos maravillosos que solemos ignorar, olvidar y tomar por descontado. —Vamos—, dijo Sonja. —Deshaz tu maleta antes de que una de las dos cambie de opinión.

Havaa abrió la maleta y comenzó a sacar calcetines grises con bolas, un jersey, una falda, dos pañuelos, ropa interior blanca estampada con lacitos rosas. Después venían los artefactos extraños y maravillosos. Una licencia de boda de 1942 que le regaló una pareja que llevaba casada sesenta y un años y ya no necesitaba aquel documento. La foto de un hombre con un abrigo de marinero que ahora colgaba dentro de un armario en Arabia Saudí. La versión número ochenta y uno de una carta de amor. El sello sin matasellar que hubiera servido para enviar la versión número ochenta y dos. Un libro de oraciones que había pasado por doscientos seis pares de manos anhelantes.

—¿Qué son todas estas cosas?—, preguntó Sonja. Tres semanas después, cuando ayudara a Havaa a fabricar una estantería para colocar todos esos tesoros, sería la primera vez que usaría la sierra quirúrgica para crear algo.

—Mis souvenirs—, respondió Havaa. Los separó dentro del cajón. —Son de los refugiados que se quedaron en mi casa.

Había un anillo de plata que había hecho sentir a una madre de treinta y ocho años la mujer más glamurosa de Grozni. Una libreta de direcciones que un marido infiel le había regalado a Havaa para que el fantasma de su mujer no lo encontrase entre sus cosas. Un caballito de mar seco que un padre le había dado a su hija de seis años en lugar de un pony. Un llavero del Taj Mahal que un refugiado en el sur de Rusia lamentaba haber regalado. Un alfiler de corbata que un cosmonauta había llevado al espacio y traído de vuelta. Y un cascanueces con forma de guardia del Palacio de Buckingham.

—¿Qué es eso?— a Sonja apenas le salían las palabras.

—Es Alu—, dijo la niña. Tres semanas después, con la palma de la mano maravillosamente dolorida de cortar madera, Sonja le hablaría del palacio de Buckingham. —Es idiota—, añadió.

—¿Quién te regaló a Alu?

—Una de las mujeres que se quedó en casa.

—¿Una de las refugiadas?—, preguntó Sonja. Dieciocho meses después comenzaría a hablarle de Natasha. Tardaría el resto de su vida en terminar la historia.

—Yo le presenté a Akim—, dijo la niña. —Era simpática.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Se quedaba mucha gente en nuestra casa.

—Pero sí te acuerdas del nombre de Alu—. Ocho años y medio después habría terminado de enseñarle a la niña todas las lecciones que había escrito en sus cuadernos de secundaria. Diez años y nueve meses después, la niña, estudiante de primero de biología en la recién construida Universidad Estatal de Volchansk, comenzaría a enseñarle a ella.

—Alu no se fue.

—¿Pero cómo era ella?

—Tenía todos los dedos.

—¿Qué más? ¿Qué mas?—. Doce años y cuatro meses después, la niña, ya una mujer, acompañaría a Sonja en un viaje de cinco días a Londres. Cuando el encargado nocturno le preguntara si a su hija le apetecía un té de hierbas, a Sonja ni se le pasaría por la mente corregirle. Ya haría tiempo que no se le pasaría. Después de cinco días se irían de Londres. Sonja no volvería a ver la ciudad. Havaa sí.

—Era muy guapa. Yo estaba nerviosa porque quería que ella pensara que yo era guapa.

—¿Estaba contenta?

—No lo sé.

—¿Adónde iba?—. Cuando la niña, para Sonja siempre sería la niña, fuera al lago Baikal para escribir su tesis acerca de los efectos del cambio climático sobre los microorganismos de agua dulce, Sonja consideraría brevemente irse a dormir al hospital, pero haría ya mucho tiempo que el mundo había dejado de temblar y nadie toleraría una excentricidad como aquella, ni siquiera a la distinguida cirujana jefe.

—Seguramente a un campo de refugiados.

—¿Pero dónde? ¿Qué campo?

—No lo sé.

—Piensa. ¿Dónde?—. Veinte años después Sonja encontraría el nombre de Natasha junto al suyo en la frase final del capítulo de agradecimientos de la tesis de Havaa. La tesis sería publicada con cierto éxito, de modo que en las polvorientas estanterías de las universidades de media docena de países, las dos hermanas compartirían la vida eterna en aquella frase, una coma más allá de Akhmed y Dokka.

—No lo sé.

—¿Iba sola?

—Sí, iba sola—. En veintiocho años y siete meses, en una conferencia de limnología en Colonia, la niña conocería al que se convertiría en su marido nueve años después. A la edad de cuarenta y seis años, daría a luz a su único hijo, un niño que llevaría el nombre de su padre, en la misma sala de maternidad en la que ella había nacido. Sus manos serían las segundas en sostenerlo.

—¿Y se fue de tu casa?

—Le dije adiós y se fue.

—¿En qué dirección? ¿En qué dirección se fue?

—Por la carretera. Sólo puedes ir en una dirección—.

La niña sobreviviría a su marido, a su hijo, a un nieto y a todas las personas a las que había conocido antes de los once años. Sobreviviría a veintitrés de sus dientes, a tres dedos de sus pies, a uno de sus riñones y a todo el color marrón de su pelo.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—Pero la viste.

Moriría a la edad de ciento tres años en la sala de geriatría del Hospital nº 6 de Volchansk, en una habitación que había sido el despacho del director, y después la habitación de Sonja y finalmente una habitación normal, una habitación que Havaa recordaría, igual que muchos refugiados recordarían su habitación, como un lugar que estaba allí cuando se lo necesitaba.

—¿Dónde está? Por favor, Havaa. Por favor.

La niña rodeó los dedos de Sonja con los suyos.

La miró. Tenía los ojos verdes. —No sabemos dónde fue—, dijo.

Nunca lo sabrían.

29

1994 1995 1996 1997 1998 1999 2000 2001 2002 2003 **2004**

Los hombres de la Fosa B lo recordarían como un hombre callado, en caso de recordarlo. Recordarían que se abrochaba la camisa con los pies, que había aprendido a vivir sin dedos. Estaba nervioso, hambriento y asustado. Como todos los demás. Por la noche dormían sobre la nieve, en trozos de alfombra, planchas de madera, lo que encontraran. Aunque todos tenían pesadillas, algunos recordarían que el hombre sin dedos repetía en sueños *¿está ella…, está ella…, está ella…?* antes de que alguien lo despertara.

Cuatro noches después de la llegada del hombre sin dedos, otro hombre bajó desde el sexagésimo primer escalón. Se ovilló cerca de la pared y se quedó dormido. Por la mañana, el recién llegado buscó entre los prisioneros. Sus ojos y los del hombre sin dedos se encontraron en la pequeña multitud. Era evidente que se habían conocido antes de los sesenta y un escalones, pero si eran hermanos, amigos, rivales o enemigos, nadie lo supo. Los hombres, los que llevaban meses allí, habían sido testigos de cómo el Vertedero alteraba el sentido del honor y la obligación de una persona, cómo en aquel inframundo incluso una cara odiada era bienvenida.

El recién llegado les examinó las heridas y por eso, aunque no hizo un trabajo muy bueno, le llamaron el doctor.

Era una persona callada. Por la noche no gritaba ni roncaba y de día raramente respondía a cualquier pregunta más allá de un gesto afirmativo o negativo. Cuando alguien le comentó su reserva dijo que estaba practicando para cuando lo interrogaran. Los hombres que, sin dedos, sin salud mental, sin un trozo de sus almas, consiguieran salir de allí, quizá recordarían los epitafios grabados en el muro de arcilla de la fosa. Aunque era increíblemente autosuficiente, el hombre sin dedos no podía escribir su nombre. El doctor le ayudó.

Los dos epitafios estaban grabados tan cerca el uno del otro que parecían el mismo.

Pocos días después convocaron al hombre sin dedos y al doctor al sexagésimo primer escalón. Al hombre sin dedos no le fue fácil subir.

El doctor le ayudó. Durante el día y la noche siguientes los hombres de la Fosa B, los que sobrevivirían y los que no, rezaron ante el epitafio del hombre sin dedos y el doctor. Veinticuatro horas después de su ascensión, los hombres de la Fosa B, los que confesarían y los que no, pegaron cada uno un trozo de arcilla a la pared. Tenían las palmas de las manos húmedas y frías y estaban investidos de solemnidad. Cuando los nombres de los dos hombres recibieron sepultura, todos supieron que finalmente habían partido.

Pero si recordaran algo del hombre sin dedos y del doctor, sería seguramente su primera conversación, cuando nadie estaba seguro de qué eran el uno para el otro. El doctor se acercó al hombre sin dedos. Mantuvieron las distancias un momento, desconfiados. De pronto el hombre sin dedos abrió los brazos, el doctor se echó en ellos y ambos se abrazaron, se mecieron y empezaron a dar vueltas celebrando un *zikr* privado que sólo ellos comprendieron. Nadie supo qué pensar de aquellos dos hombres que se habían encontrado en medio del barro del Vertedero y habían empezado a bailar. Nadie había visto nada igual. El doctor, receloso de los demás hombres, le susurró algo y nadie supo qué sucedió entre ambos mientras giraban juntos, si fue una confesión, una noticia o una disculpa. Alguno afirmó haber oído al doctor decir tres veces *ella está a salvo*, pero a aquel hombre lo visitaba con regularidad su difunta familia política y nadie confiaba en su cordura. Lo que todos oyeron, lo que todos recordaban, fue que el hombre sin dedos, abrazado al doctor, se echó hacia atrás, levantó la cabeza y se echó a reír, algo que nadie había oído en muchos días, con las mejillas mojadas mientras gritaba un nombre *Havaa, Havaa, Havaa*, y aquellos que lo vieron recordarían cómo allí, en la Fosa B, un hombre que había perdido la libertad y los dedos, y pronto perdería la vida, encontró en aquel nombre una alegría inmensa y vertiginosa.

NOTA DEL AUTOR

Al escribir esta novela he utilizado las siguientes fuentes, que recomiendo vivamente a todo aquel que esté interesado en Chechenia o en la Rusia moderna.

Para tener una idea sobre la vida cotidiana de un cirujano durante la guerra de Chechenia, me he basado en las espléndidas memorias de Khassan Baiev *El juramento: un médico bajo el fuego de Chechenia*. He tenido siempre a mano la agobiante y desoladora obra de Anna Politkovskaya *A Small Corner of Hell: Dispatches from Chechnya*, y he alterado algunas de sus anécdotas para incluirlas en la novela. Baiev y Politkovskaya son dos de los pocos héroes del conflicto de Chechenia y sus obras son testimonios esenciales y valientes.

Para la descripción y los detalles de Grozni durante la guerra, las deportaciones y la industria petrolera del Cáucaso he recurrido a *El ángel de Grozni*, de Åsne Seierstad, y a *Las montañas de Alá: la batalla por Chechenia*, de Sebastian Smith. En el capítulo 12, las descripciones de Chechenia en el período entre la caída de la Unión Soviética y la Primera Guerra se basan en los artículos de Smith. La descripción que Sonja le hace a Akhmed de la plaza de Grozni en ruinas procede de la narración que una mujer chechena le hizo al propio Smith. Tanto Smith como Seierstad han pasado largos períodos informando desde Chechenia y sus libros conforman un panorama completo de las últimas dos décadas en el Cáucaso Norte.

Para la redacción de la *zachistka*, he utilizado la descripción de Andrew Meier de la *zachistka* de Aldi que aparece en su vasto y potente libro *Black Earth: A Journey through Russia After the Fall*. Mientras investigaba para su libro, Meier viajó desde Chechenia al Ártico, del Pacífico al Golfo de Finlandia, y ha creado la descripción más completa en un solo tomo de la Rusia postsoviética que he leído.

Para el viaje de Natasha por los campos de sometimiento y la Europa occidental me he servido de *Las Natashas tristes: esclavas sexuales del siglo XXI*, de Victor Malarek y *Sex Trafficking: The Global market in Women and Children*, de Kathryn Farr. *La guerra más cruel*, de Arkady Babchenko; *Torres de piedra*, de Wojciech Jagielski; *The Chechens: a Handbook*, de Amjad Jaimoukha, y *I Am a Chechen*!, de German Sadulaev, me han proporcionado valiosos datos sobre el contexto histórico y cultural. Joseph Barnard Davis y sus 1 474 cráneos provienen de *Human Remains: Dissection and Its Histories* de Helen MacDonald. Me han influido y servido de inspiración las obras de ficción sobre desapariciones políticas, como por ejemplo *Radio ciudad perdida*, de Daniel Alarcón y *El fantasma de Anil*, de Michael Ondaatje. Ambas novelas incluyen escenas de artistas que evocan imágenes de los desaparecidos, que han inspirado los retratos de Akhmed. La escena de Sonja con Ula tiene una deuda con el cuento "Old Boys, Old Girls" de Edward P. Jones. El eje de la novela está compuesto por dos relatos compartidos tanto por la tradición islámica como por la cristiana, el de un padre obligado a sacrificar a su hijo y el de una huérfana entregada a la familia responsable de su orfandad. En este sentido, quiero dar las gracias a N. J. Dawood por su elegante traducción al inglés del Corán y *The New Oxford Annotated Bible*. Por último, *Hadji Murat*, la última novela de Tolstoi y una de las más contundentes, aparece en la hermosa traducción al inglés de *La muerte de Ivan Ilich y otras historias* realizada por Richard Pevear y Larissa Volokhonsky.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud por el apoyo que esta novela ha recibido por parte del *Creative Writing Program* de la Universidad de Stanford, del *Iowa Writers´ Workshop*, del *Truman Capote Literary Trust* y de la Fundación Patricia Rowe Willrich, así como a la *Bread Loaf's Writers' Conference* y la *Sun Valley Writers' Conference* por sus votos de confianza.

Este libro no podía haber tenido una editora y defensora más fenomenal que Lindsay Sagnette. Gracias a ella, a Becky Hardie en el Reino Unido, a Anne Collins en Canadá, y a Molly Stern, Christine Kropprasch, Rachel Rokicki y los demás en Crown. Mi agradecimiento a Tom Jenks, Carol Edgarian y Josh Clark de la revista *Narrative*, donde Sonja, Akhmed y Havaa aparecieron por primera vez. Gracias a Olga Zilberbourg por responder a mis muchas preguntas acerca de Rusia.

Y muchas gracias a Austin Ratner y a Christina Minami, grandes médicos y novelistas por señalar mis muchas imprecisiones médicas.

Chechenia ha cambiado radicalmente en la última década, en gran parte debido a los esfuerzos de una nueva generación decidida a reconstruir la república. Mi agradecimiento a todos aquellos cuya ayuda y hospitalidad hicieron posibles mis viajes por Chechenia.

Las páginas de este libro no bastan para expresar mi aprecio y respeto.

En Stanford, agradezco el apoyo y las opiniones de Eavan Boland, Adam Johnson, Elizabeth Tallent, Tobias Wolff y a los miembros del Taller Stegner que han leído amablemente largos fragmentos de esta novela: Josh Foster, Helen Hooper, David Kim, Dana Kletter, Justin Perry, Shannon Pufahl, Nina Schloesser, Justin Torres, Juliana Xuan Wang. Y en Iowa, gracias a: Erika Jo Brown, Scott Butterfield, Ethan Canin, Andres Carlstein, Lan Samantha Chang, Patrick Haas, Michelle Huneven, Allan Gurganus, Alexander Maksik y Elisabeth McCracken. A Jay Muranaka por su amistad. A Christina Ablaza, Connie Brothers, Krystal Griffiths, Deb West y Jan Zenisek por tener respuesta para prácticamente todo.

A mi familia, a los amigos de Washington, D.C. y a los que aún me

conocen por Hal: gracias.

Peter Orner, mi director de tesis, fue la tercera persona que leyó esta novela. Janet Silver, cuyos conocimientos y generosidad se sienten en cada página, fue la segunda.

M. fue la primera.